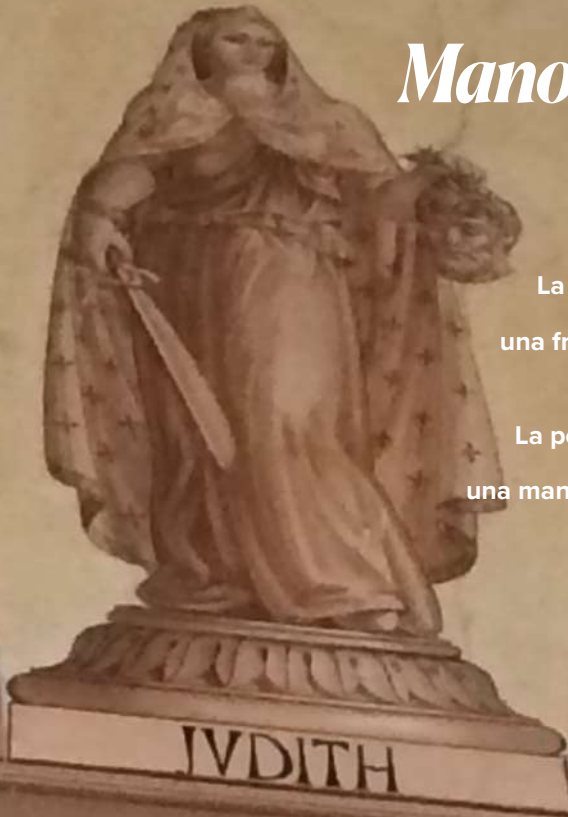


Mano Frágil

La paradoja de
una fragilidad fuerte:

La poesía es como
una mano frágil de mujer...



Judith María

Peña Santodomingo

ECCE ENIM EX
HOC BEATAM
ME DICENT OM
NES GENERA
TIONES

2023

Judith María
Peña Santodomingo

Mano Frágil

© Judith María Peña Santodomingo

Sobre la autora: Judith María Peña Santodomingo: de nacionalidad Colombiana. Dedicada al campo de la educación la mayor parte de mi vida, y formada académicamente en el campo de la Psicología Educativa y la Pedagogía. Sin estudios formales en el área de la Teología, simplemente intentando hacer experiencia de fe y seguir a Cristo desde el contexto en que vivo y la historia que comparto con quienes Dios me ha regalado para acompañarme en el Camino.

Se autoriza la reproducción parcial o total de este libro con la debida cita o referencia, y sin hacer cambios a su contenido, respetando el propósito testimonial de su autora, y su voluntad de que este sea un material gratuito de acceso público. En el caso de su reproducción impresa o por otro medio que genere costos, se podrá colocar un valor de venta sin ánimo de lucro, correspondientes a cubrir los costos de su reproducción y difusión. Se autoriza también su difusión por diferentes medios impresos, electrónicos o virtuales.

“Lo que han recibido gratis, denlo gratuitamente” (Mateo 10, 8).

Judith María Peña Santodomingo

www.bienaventuradamanofragil.com



Notas:

- Las fotografías usadas para ilustrar los poemas son propias, y también los dibujos que han sido elaborados para este fin por Daniel Alvarez Yarce. Solo hay algunas imágenes que son de dominio público CCO, según Creative Commons (fotografías de algunos personajes públicos ya fallecidos. Estos aparecen en el poema titulado «Pan»).
- Las negrillas y cursivas, presentes en el texto a lo largo del poemario, han sido usadas por mí con una intencionalidad específica para destacar o hacer énfasis en algunas expresiones de acuerdo con lo que deseo expresar. De igual manera, en las citas bíblicas, las cursivas y negrillas son mías para enfatizar algunas expresiones que considero importantes sobre lo que estoy haciendo referencia.

La poesía es como una mano frágil de mujer: El lenguaje estético llega a donde otros lenguajes no pueden, y toca las profundidades de esa dimensión intuitiva y espiritual del ser humano que se conecta con la realidad profunda de Dios que nos habita.

La poesía es palabra encendida en fuego de una pasión que nos consume desde adentro, y que finalmente nos libera porque rompe nuestra dura armazón para abrirnos la puerta a un terreno sagrado al que es necesario entrar con los pies descalzos (Ex 3, 1)... Fuego ardiente que purifica nuestros labios y estalla en ellos con un canto de vida y gratitud.

Judith María Peña Santodomingo

Contenido

Introducción: ¿Mano Frágil?.....	7
Cuando nos duele el alma	24
Quédate con nosotros	34
Sed	42
Encuentro.....	52
María	58
José.....	66
Ver.....	82
Caridad	90
Mi Hermano Lobo	98
Yo cantaré por ti	112
Rey de los Cielos	120
Cielo	130
Si supieras.....	140
Quince años	166
Cruz	178
En lo secreto.....	188
Ciencia	228
Pan.....	262
Templo.....	270
La nube.....	294
Mendigo y Señor	302
Corona	336
Acerca de la autora	369



IVDITH

ECCE ENIM EX
HOC BEATAM
ME DICENT OM
NES GENERA
TIONES

Introducción: ¿Mano Frágil?

Por: Judith María Peña santodomingo

Claves de Lectura para una Bienaventuranza:

Hay un punto donde nuestras explicaciones se quedan muy cortas para expresar lo que ciertas experiencias suscitan en lo más íntimo de nuestra existencia: Aquello que contemplamos y nos hace arder el alma, que eleva nuestro espíritu a alturas de cumbres inimaginables para luego hacernos bajar en generosa entrega, como corren las aguas frescas que nacen en lo alto de la montaña y bajan para derramarse en la tierra y fecundarla... Y es allí, donde se agotan los recursos de nuestro pensamiento, cuando otra forma de lenguaje más sensible brota de las profundidades de nuestro corazón para intentar dibujar con palabras aquellas experiencias inefables que nos trascienden, no por extrañas, sino por profundas y transformantes.

Así es como nace este compendio de poemas, algunos en verso, prosa, y otros que se vistieron de canción. Irreverentes un poco con las métricas y las formas pues, como las aguas frescas y salvajes que nacen en las cumbres y corren presurosas a derramarse, no saben de formatos ni de cálculos... simplemente fluyen libres con la preciosa fuerza que les anima e impulsa a derramarse en un derroche de la Gracia que les dio vida. Cada poema que comparto en este libro nace de experiencias personales, acontecimientos de mi vida cotidiana que han sorprendido mi andar desprevenida por la historia porque, al contemplarlos bajo la luz de la fe, transfiguran lo ordinario en signos extraordinarios de una realidad mucho más profunda que le da un sentido totalmente trascendente a mi existencia.

¡Y es que nuestra vida cotidiana esta tan llena de signos esperando por ser leídos!: «*Jesús, inclinándose, con su dedo comenzó a escribir sobre la tierra*» (Jn. 8). Sí, Dios sigue creando y escribiendo hoy sobre la tierra de nuestra historia.

Cada experiencia que vivimos, cada circunstancia, cada persona que entra a nuestra vida, cada pérdida y cada ganancia, son signos que conforman un texto vivo para ser leído desde la fe. Signos con los cuales Dios traza su mensaje de Amor a través de los acontecimientos con los que va tejiéndose nuestra existencia. Porque Dios escribe en la historia con sus propios signos, pero no todos han aprendido a leerlos (Mt.16, 1-3).

De ahí que en este libro y, bajo la forma de un lenguaje estético que me posibilita aproximarme a comunicar lo que bajo otras formas sería incomunicable, comparto algunos fragmentos de lo que Autor de la Vida ha estado amorosamente escribiendo conmigo en la tierra de mi historia. Detrás de cada poema, hay todo un contexto en el cual surge cada uno de ellos, aquellas experiencias personales, alegres y dolorosas, que bajo una mirada contemplativa adquieren un nuevo sentido que las hace profundamente fecundas y las tornan en experiencias de vida y gratitud.

Por eso, como preámbulo al porqué del título de esta obra (Mano Frágil) y, aunque quizás a alguien pueda parecerle un tanto pretencioso, la rúbrica con la que he decidido firmar mis poemas es: *Bienaventurada Mano Frágil*. Pues creo que todos, como María, estamos llamados a ser un canto de acción de gracias por la Obra amorosa que Dios hace en nuestra historia: «*se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha mirado la pequeñez de su esclava*» (Lc 1,46-48). Es Dios quien nos ha mirado, y su mirada amorosa es Gracia que transfigura nuestra vida simple, sin más méritos que la decisión de abrírnos libremente a este don gratuito que nos eleva y ayuda a descubrir nuestra verdadera identidad de hijos muy amados por Dios. No importa el vestido bajo el cual lleguen los maestros de este tiempo (enfermedad, vejez, persecución) que en esta vida han de enseñarnos aquellas lecciones importantes que necesitamos para descubrir lo que

es realmente esencial. Jesús, el verdadero Maestro, nos dice que somos bienaventurados si, a través de todos esos maestros temporales de esta vida, aprendemos a descubrir nuestra verdadera riqueza y nuestra auténtica identidad en Dios:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos (Mt 5, 3-12).

Dios nos invita a alegrarnos y regocijarnos en medio de todas las circunstancias pues el Reino de los Cielos está dentro de nosotros y esa es nuestra verdadera riqueza (Lc. 17, 21), y cuando descubrimos esta realidad profunda, nada, ni nadie nos puede robar esta perfecta alegría que llevamos dentro. Podemos ser verdaderamente libres como Pablo y Silas y, en medio de las dificultades, entonar también un canto de acción de gracias que se constituya para otros en el signo que necesitan para salvarse del sin sentido de la vida (Hch. 16, 25-31)¹. Somos entonces capaces de poner en perspectiva trascendente esta realidad, y ver como simples *maestros temporales* todas aquellas circunstancias a través de las cuales aprendemos las lecciones que necesitamos para seguir avanzando y madurando en este Camino de fe, por ejemplo: ¡bendita enfermedad que me permitió liberarme de mi orgullo y autosuficiencia, bendita vejez que me ayudó a

¹ Hechos 16, 25-31: Encarcelados, a media noche Pablo y Silas estaban cantando himnos a Dios, y los demás presos los escuchaban. De repente se produjo un temblor tan fuerte que se conmovieron los cimientos de la cárcel; todas las puertas se abrieron de golpe y a todos los presos se les soltaron las cadenas. Se despertó el carcelero y vio todas las puertas de la cárcel abiertas. Creyendo que los presos se habían escapado, sacó la espada para matarse, pero Pablo le gritó: «No te hagas daño, que estamos todos aquí.» El hombre pidió una luz, entró de un salto y, después de encerrar bien a los demás presos, se arrojó temblando a los pies de Pablo y Silas. Después los sacó fuera y les preguntó: «Señores, ¿qué debo hacer para salvarme?» Le respondieron: «Ten fe en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu familia.»

descubrir la sabiduría, bendita pérdida que me abrió los ojos a lo verdaderamente importante, bendita persecución que me hizo hacer de Dios mi única fortaleza...! Porque «*todo sucede para bien de los que aman a Dios*» (Rom. 8, 28).

Decidí también asumir esta firma de *Bienaventurada Mano Frágil* en mis poemas, no como un seudónimo o disfraz para camuflar mi identidad, sino todo lo contrario: como rúbrica que expresa y sintetiza el sentido más profundo de mi nombre en esta tierra: *Judith María*. Mis padres me pusieron este nombre compuesto porque *Judith* se llamaba la doctora que diligentemente atendió mi nacimiento en el hospital, y *María* porque nací en mayo, mes dedicado a la Virgen María. Pero yo aprendí un sentido mucho más profundo de mi nombre cuando estuve en Tierra Santa y, a partir de ahí, surge el título de este libro de poemas: *Mano Frágil*. Eso fue lo que Dios delicadamente ha susurrado a mi corazón desde la figura de dos mujeres que son rostro del pueblo de Dios en tiempos distintos de la historia de salvación: *Judith* y *María*, en quienes se expresa la paradoja de una *fragilidad fuerte*. A continuación, comparto brevemente el contexto de esa profunda experiencia, el porqué del título *Mano Frágil* y la firma *Bienaventurada*:

Redescubriendo mi nombre en Tierra Santa:

En el año 2014 tuve la oportunidad de visitar Tierra Santa. Allí estuve en la iglesia de la *Visitación*, donde se conmemora el encuentro entre la Virgen María y su prima Isabel. Al entrar a este lugar, me sorprendió gratamente ver que, en las paredes, en muchísimas lenguas estaba escrito el *Magníficat*: aquella alabanza que proclama María cuando visita a su prima Isabel:

En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre e Isabel quedó llena del Espíritu Santo. Entonces, con voz muy fuerte, dijo: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, ¿Quién soy yo para que venga a

visitarme la Madre de mi Señor? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi vientre. ¡Dichosa tú por haber creído que han de cumplirse las cosas que el Señor te ha dicho!» ...Y María dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador, porque ha mirado la humildad de su esclava. Desde ahora **me llamarán bienaventurada todas las generaciones**, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí; su Nombre es Santo y su Misericordia llega a sus fieles de generación en generación» (Lc. 1, 39-56).



Santuario La Visitación: Tierra Santa (2014)

El *Magnificat*: alabanza a Dios por su Obra Maravillosa y que, en los labios de María, se constituye en la alabanza de todos nosotros: la humanidad, la Iglesia de todos los tiempos.

Recuerdo que en este lugar de la Visitación, al llegar allí, cada grupo de peregrinos de diferentes lenguas y culturas buscaban aquel espacio en la pared donde estuviese escrito el *Magnificat* en su propia lengua y luego, juntos, lo

proclamaban. A nosotros (que éramos un grupo de habla hispana) el guía nos ubicó donde estaba escrito en nuestro idioma y, antes de leer y orar juntos con esta alabanza, nos pidió que cada uno escogiéramos y proclamáramos en voz alta la frase que más nos llamara la atención del *Magnificat*.

Yo, entonces, escogí y proclamé la frase que dice: «**Me llamarán bienaventurada todas las generaciones de la tierra**» ... ¿Por qué? Pues porque allí, todos nosotros éramos testigos del cumplimiento de esta Palabra, no solo por el hecho de que el Magnificat estaba grabado en las paredes en muchísimas lenguas pertenecientes a las diferentes comunidades que han pasado por allí *a lo largo de los siglos*, sino que, además, ese mismo día podíamos ver desfilar allí gente de diversos países, culturas, lenguas y edades, proclamando la misma alabanza en su propia lengua. Todos ellos, en sus lenguas nativas, la llamaban Bienaventurada. Confieso que esta escena me hizo sentir que estaba siendo testigo de una Palabra Viva que seguía aconteciendo ante mis ojos sorprendidos.

Al salir de allí, nos llevaron a la capilla de la *Asunción de la Virgen*, llamada también de la *Dormición de María*, y fue muy significativo ver que ahí, en la cúpula sobre la imagen de María que yace dormida, están grabadas o pintadas todas las mujeres del Antiguo Testamento que fueron prefigura de María y, debajo de cada una de ellas, también estaban diferentes frases del Magnificat escritas en latín. Alguien del grupo llamó mi atención al señalar una de ellas, diciéndome: ¡Mira, allí está tu nombre!

Al levantar mi mirada hacia donde me señalaba, vi que entre esas mujeres estaba **Judith** sosteniendo en su frágil mano femenina la Espada con la cual le cortó la cabeza a Holofernes, quien, en su tiempo, era jefe de un ejército enemigo del pueblo de Dios (Judith 13,18) y, que hoy, en un sentido simbólico, representa el mal, interno y externo, que amenaza nuestra existencia.

Al contemplarla, yo meditaba sobre la Virgen María, porque Ella es la Nueva Eva, la Mujer en cuyo vientre se

encarna Jesús quien es la Palabra² de Dios (Espada³ de doble filo) que aplasta la cabeza del mal enemigo del ser humano (Gen 3)⁴.



Judith

Lugar: Santuario de la Asunción de María
(Tierra Santa, 2014)

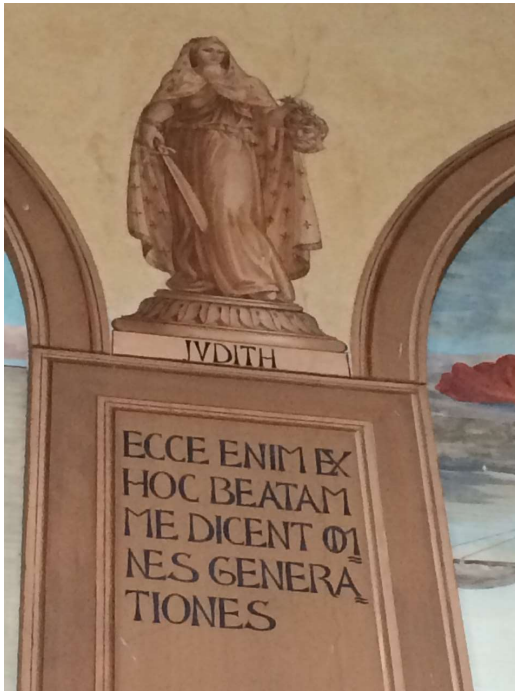
² Jn .1,1-4: Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios

³ Heb. 4,12: La Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de doble filo: ella penetra hasta la raíz del alma y del espíritu. /Isaías 49, 2: Dios hizo mi boca como espada afilada.

⁴ Gen. 3, 15. Dios dijo en el Edén a la serpiente: «Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras tú acechas su calcañar»

Pero lo que ese día, cual Palabra Viva, realmente atravesó mi alma como *espada de doble filo*, fue el darme cuenta de que la frase del Magníficat que habían escogido para colocar debajo de la figura de Judith era justamente la misma que, minutos antes, yo había elegido para proclamar cuando estuvimos en el lugar de la Visitación:

«Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes» (He aquí, desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones).



Mi corazón se estremeció de emoción sobrepasado por el profundo misterio en que me sentía envuelta en ese momento. En las Sagradas Escrituras, la humanidad es representada con la figura de la Mujer, de aquella Esposa amada y buscada por el verdadero Esposo de nuestra alma que es Dios ((Jn. 4, 1-42/Os. 2, 19-20/Cantar de los Cantares).

Por eso, pienso que *toda la historia de Salvación se sintetiza en el signo de la relación amorosa de una Alianza matrimonial* entre Dios (el Amado, el Esposo) y la humanidad que se descubre como suya, el pueblo de Dios, su Iglesia, esa comunidad de fe que se hace Esposa de Cristo en la Cruz (Jn. 19, 34). María es signo y figura de esa Iglesia, la Madre, la Mujer, la Esposa, es decir, de nosotros, y, a lo largo del Antiguo Testamento, algunas mujeres, exaltadas por el pueblo judío, fueron pre-figura de Ella:

Judith, por ejemplo, fue aquella valiente mujer que narra el Antiguo Testamento (Libro de Judith), que pone su confianza, y su vida en las manos de Dios. La mujer a través de cuya mano frágil llega la liberación al pueblo que, en su época, estaba en peligro de ser exterminado por un ejército enemigo; Judith es el rostro de la humanidad de todos los tiempos, del pueblo de Dios, ese pueblo humano conformado hoy por ovejas de muchos rediles (Jn. 10) que va haciendo historia en medio de la lucha por su existencia, de aquellos que son felices (bienaventurados) **porque han hecho de Dios su fortaleza**, y a pesar de sus dolores, en medio de sus luchas de cada día, confían en la fidelidad de Dios.

Judith y su historia representan nuestra lucha existencial contra todo aquello que amenaza destruirnos, tanto ese mal enquistado al interior de nosotros mismos, como también aquel que nos rodea en las estructuras sociales de pecado que han oprimido al ser humano en distintas épocas. La historia de Judith es un signo de esperanza, que representa el eterno triunfo del bien sobre el mal, de la confianza en Dios sobre el miedo:

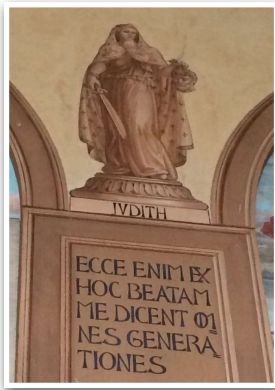
Y Ozías dijo a Judith: «¡Hija, que el Dios altísimo te bendiga más que a todas las mujeres de la tierra! ¡Alabado sea Dios, el Señor Dios, creador del cielo y de la tierra, que te ha guiado para cortar la cabeza del jefe de nuestros enemigos! Nunca olvidarán los hombres la confianza que has demostrado y siempre recordarán el poder de Dios. Que Dios te exalte para siempre, favoreciéndote con sus bienes, porque no vacilaste en exponer tu vida para salvar a nuestro pueblo de la opresión y librarnos de la catástrofe» (Judith 13,18).

Y Ajior también dijo a Judith: «Bendita seas en todos los campamentos de Judá y en todas las naciones, las que, **al escuchar tu nombre**, quedarán asombradas» (Judith 14, 7).

«El Señor Omnipotente aniquiló al enemigo **por mano de una Mujer**» (Judith 16, 7)

Esta alabanza que recibe Judith es anticipo de la alabanza que por generaciones recibirá la Virgen María, orgullo de nuestra raza, la Mujer que Dios escogió de entre nosotros, para hacer de su vientre y de su corazón la Nueva Arca de la Alianza, portadora de la Presencia de Dios, del Verbo Encarnado, de la Palabra de Dios hecha hombre: Jesús, Espada de doble filo. María, figura también de la Iglesia naciente, esa comunidad Cristiana que es templo y presencia de Cristo en el mundo.

Al meditar paralelamente en estas dos mujeres, **Judith** y **María**, yo pensé en el bello detalle de que, Dios, a través de mis padres, haya elegido para mí estos dos nombres tan significativos, pues mi nombre de bautismo es precisamente: **Judith María**. Y en perspectiva de fe, el nombre de una persona representa su misión...



Judith
(Tierra Santa , 2014)



María
(Jerusalén, Tierra Santa , 2014)

- **Masada: la Fortaleza de Herodes y la Mano Frágil de una Mujer:**



Ruinas de **Masada: fortaleza de Herodes** (Tierra Santa)



En ese mismo viaje, fui al desierto de Judea, y estuve en las ruinas de **Masada**: la última fortaleza de Herodes, lugar y símbolo también de la resistencia del pueblo Judío en la primera lucha Judeo-Romana. Ahí, nuevamente, hubo dos acontecimientos muy especiales en mi itinerario:

Allí había un hombre que, usando tinta y unos papelitos, escribía en hebreo los nombres de quienes visitábamos el lugar; él me escribió: **Judith**. Esa fue la primera vez que yo vi mi primer nombre escrito con los signos de la lengua hebrea: ג'ודית

Minutos después, bajo el intenso sol, mientras yo levantaba mis ojos para contemplar las impresionantes ruinas de esta fortaleza, me hizo bajar la mirada la dulce voz de una pequeña niña hebrea que me llamó con insistencia: «*Immah*» (expresión hebrea que equivale a una forma dulce y familiar de decir mamá o mamita). Al mirarla, ella volvió a repetirme por tercera vez: «¿*Immah*?», pero ahora con ojos de sorpresa al darse cuenta de que yo no era quien ella pensaba; su padre, que venía detrás de ella, intuyendo que yo no hablaba hebreo, intentó hablarme en inglés y ayudándose con señas me indicó que la niña me había confundido con su mamá por el tono del color de mi piel y mi cabello.

Al escuchar ese «*Immah*» de los labios de la niña, yo recordé a mis amigos Luisa y Roberto, una pareja que a su Ministerio Musical le llamaron «*Immah*» (mamita) en honor a la Virgen María. Ellos también titularon «*Immah*» a la primera canción⁵ de su primer CD pues está dedicada a Ella. Todos estos recuerdos vinieron a mi mente a partir de mi encuentro con la niña hebrea que me había confundido con su mamá. Y entonces, hallé una relación especial entre el **Judith** de mi nombre escrito en hebreo por aquel hombre de la entrada, y ese «*Immah*» en labios de aquella pequeña niña que me hizo recordar a **María**, que también es mi segundo nombre, ambos expresados en aquel lugar, la Fortaleza de Masada, que es memoria y símbolo de una lucha donde el pueblo judío resistió hasta al final frente a sus enemigos. Y ¿cuál es la relación que yo contemplé allí?:

Judith y **María**: en ambas está el signo de la **mano frágil** de una mujer a través de la cual Dios trae liberación. Signo de esa sabiduría Divina que escoge como instrumento



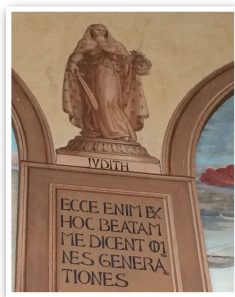
⁵ Escuchar la canción *Immah* en: https://youtu.be/B9lgE63_Gjo

de salvación a aquello que, a nuestro juicio, es considerado débil... Esa fragilidad nuestra que pone en evidencia la fuerza de su Amor Providente sobre nuestros limitados presupuestos, la confianza que triunfa a través de nuestra debilidad, porque nuestra verdadera fortaleza es Dios: «**Él hace proezas con su brazo, dispersa a los soberbios de corazón. Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes**» (Lc. 46, 52).

Sí... **Masada, la fortaleza de Herodes, hoy está en ruinas**, pero la fortaleza de Judith y María es el Dios Viviente que permanece en medio de su pueblo de todos los tiempos, ese pueblo ya sin color de piel ni nacionalidad⁶, el pueblo de los pobres en Espíritu porque su único baluarte y fortaleza es Dios.



Judith y María: **Judith**, figura del pueblo de la *antigua alianza*, y **María**, figura de una *Alianza Nueva*⁷, ellas son el rostro de ese pueblo *bienaventurado* que ha hecho de **Dios su fortaleza** y, por eso, permanecerá eternamente...



⁶ Jn. 10: Tengo otras ovejas que no son de este redil; a éstas también debo traerlas, oírán mi voz, y serán un rebaño con un solo Pastor.

⁷ Jn. 2, 1-5: Tres días más tarde se celebraba una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí [...] Sucedió que se terminó el vino preparado para la boda, y se quedaron sin vino. Entonces la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino». Jesús le respondió: «Mujer, ¿qué tenemos que ver nosotros? Todavía no ha llegado mi hora». Pero su madre dijo a los sirvientes: «Hagan todo lo que Él les diga» /Lc. 22, 20: Después de cenar, Jesús tomó la copa de vino, diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros»

Como María, yo he aprendido a guardar todos estos acontecimientos meditándolos en mi corazón⁸, para descubrir en ellos, aún en los más adversos, la Mano de Dios actuando, a «Dios haciendo proezas con su brazo» (Lc. 1, 56). Por eso, mi alma también estalla en un Magníficat, que reconoce la grandeza de Dios por todo lo que ha hecho, por todo lo que hace y por todo lo que hará...

Por ello, los poemas que aquí escribo están colmados de referencias a textos bíblicos que he visto encarnarse en mi historia y darme vida en cada experiencia, pues lo importante aquí no es la mano frágil de quien escribe, sino la Palabra que porta como espada⁹ de dos filos que penetra el corazón. Esa es la verdadera fuerza de esa mano cuya fragilidad se traduce en apertura a la acción del Espíritu Creador.

He ahí la paradoja de una *Fragilidad Fuerte*, simbolizada en la *mano frágil de una mujer* (signo de la fragilidad humana), con una fuerza insospechada que la habita: la Palabra creadora capaz de dar vida y seguir creando a través de Ella¹⁰.



En el tiempo que terminé de escribir este libro (año 2023), usar esta figura de la *mano frágil de una mujer* puede ser considerado polémico en un contexto donde los discursos que circulan son sobre el “empoderamiento” femenino. Ese empoderamiento que intenta superar aquellas visiones reduccionistas de la mujer que circularon en otras épocas de la historia. Sin embargo, el empoderamiento que Dios nos propone es muy distinto y trasciende nuestra limitada lógica humana... Y, es por eso, que se viste de paradoja: la de una *Fragilidad Fuerte*.

⁸ Lc. 2, 19: María guardaba todo meditándolo en su corazón

⁹ Heb. 4,12: **La Palabra de Dios** es viva y eficaz, y más cortante que cualquier **espada de doble filo**: ella penetra hasta la raíz del alma y del espíritu.

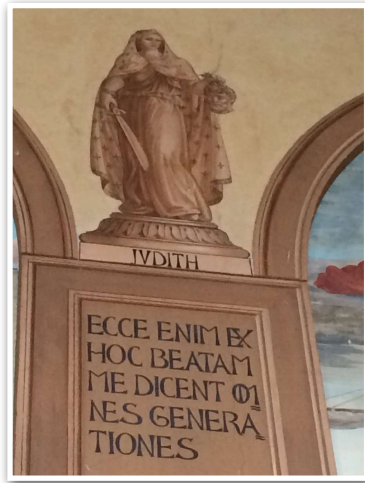
¹⁰ El Señor me llamó desde el seno materno, desde las entrañas de mi madre **pronunció mi nombre. Ha hecho mi boca como espada afilada.**

La poesía es como una mano frágil de mujer: El lenguaje estético llega a donde otros lenguajes no pueden, y toca las profundidades de esa dimensión intuitiva y espiritual del ser humano que se conecta con la realidad profunda de Dios que nos habita.

La poesía es palabra encendida en fuego de una pasión que nos consume desde adentro, y que finalmente nos libera porque rompe nuestra dura armazón para abrirnos la puerta a un terreno sagrado al que es necesario entrar con los pies descalzos (Ex 3, 1)¹¹ ... Fuego ardiente que purifica nuestros labios y estalla en ellos con un canto de vida y gratitud.

Judith María... Y, a partir de aquí:

Bienaventurada Mano Frágil



¹¹ Ex. 3, 1-5: Moisés llegó hasta el monte de Dios, que se llama Horeb. Allí el ángel del Señor se le apareció en una llama de fuego, en medio de una zarza. Moisés se dio cuenta de que la zarza ardía con el fuego, pero no se consumía...Entonces Moisés pensó: «¿Qué cosa tan extraña!» [...] Entonces Dios le dijo: «No te acerques. Quitate las sandalias porque el lugar donde estás es Sagrado».

POEMAS



***Cuando nos duele
el alma***

Daniel
J. Jara

Quando nos duele el alma

Quando nos duele el alma:

¿Y es que acaso allí también puede doler?

Sí...

*Dolor profundo,
dolor muy lento...
Dolor de entrañas,
dolor violento...*

*Llover de lágrimas,
sufrir intenso...
Sangrar sin sangre,
morir por dentro...*

*Quando nos duele el alma,
Dios mismo sangra,
el Cielo llora
con nuestras lágrimas*

*Quando nos duele el alma,
Dios también sufre,
y su corazón desgarrá¹²*

*Quando me duele el alma,
Dios llora¹³, gime,
muere conmigo,
me abraza fuerte,
y me levanta*

¹² Jn. 19, 34: Uno de los soldados atravesó con su lanza el costado y de inmediato salió Sangre y Agua

¹³ Jn. 11, 35: Y **Jesús lloró**.

*Reprende al viento
de mi tormenta,
y me dice: «calma»¹⁴*

*Ven a mi pecho
Ven y descansa¹⁵*

Bienaventurada Mano Frágil

8 de abril de 2015



Este poema titulado «*Cuando nos duele el Alma*» recoge diferentes momentos de mi vida donde me he sentido infinitamente acogida por el Corazón de Dios. A continuación, relato aquí una de las experiencias más significativas que todavía me cuesta un poco compartir (desnudar la propia historia no es fácil), pero que, sin embargo, es necesario que lo haga, no solo porque me ayuda a recordar cuánto me ama Dios, sino también porque, al hacerlo, a través de ella otros podrán ser bendecidos; entonces, se cumplirá también en mí aquella Palabra referida a Jesús: «*Por sus heridas [llagas] hemos sido sanados*» (Is. 53, 5/ 1 Pdro. 2, 24). Sí, es necesario exponer nuestras propias heridas sanadas por el amor de Dios, para que otros, al conocerlas, también puedan llenarse de fe, esperanza y volver sus ojos hacia la única medicina que todos necesitamos para nuestras heridas más profundas: Cristo. Así, nuestras heridas expuestas, unidas a las heridas de Cristo, y transfiguradas en experiencia de Amor y sanación, también se convierten para otros en «***llagas que curan***».

¹⁴ Mc. 4, 37-39: Se desató una gran tormenta, con un viento tan fuerte que las olas caían sobre la barca y amenazaban con hundirla... Jesús se levantó y dio una orden al viento, y al mar: «¡Calla! ¡**Calma!**!» Y el viento cesó, y sobrevino una gran calma.

¹⁵ Mt. 11, 28: Jesús dijo: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados que Yo os haré descansar» /Jn.13, 23: Uno de sus discípulos, aquel que Jesús amaba, estaba recostado en el pecho de Jesús.

El abrazo de un desconocido en una noche muy triste:

Señor, ¿No te importa que perezcamos? (Mc. 4,35-41)

Fue una noche del año 2007, cuando vivía en los Estados Unidos, un período de mi vida en que me hallaba muy alejada de la fe. Dentro de ese contexto en que vivía, y bajo las nuevas lógicas que, como «estrellas» de mi noche existencial guiaban mis decisiones, yo empecé a cuestionar duramente a esa Iglesia Católica en la que había nacido y crecido, a su estructura a la que consideraba demasiado rígida, a las equivocaciones históricas de sus servidores, etc... Y, poco a poco, en franca «rebeldía», comencé a distanciarme hasta finalmente romper mi comunión sacramental con la comunidad del catolicismo. Empecé a vivir una fe «a mi medida» y según mis criterios.

Durante este período de tiempo, sucedió el milagro más hermoso, pero, al mismo tiempo, el más amargo de mi vida: Quedé embarazada (sin buscarlo intencionalmente, pues yo no consideraba que ese fuera el momento oportuno), sin embargo, recibí la noticia sorprendida de felicidad, fue una alegría inmensa, ni yo misma me lo creía... Escuchar los latidos de su pequeño corazón en mi primera ecografía fue lo más maravilloso que pude experimentar y es algo que nunca olvidaré... ¡Yo estaba tan feliz de tener a mi bebé creciendo en mi vientre!

Hasta que un día una «pesadilla horrible» me despertó... Soñé que amanecía toda llena de sangre y que mi bebé ya no estaba, que lo había perdido... Sobresaltada, al despertar le grité a Dios que por favor no lo permitiera... Recé mucho a Dios, y le pedí también a la Madre de las madres, la Virgen María, su oración por mí bebé... Pasaron los días, todo estaba «aparentemente normal», así que yo intenté olvidarme de ese mal sueño y seguir disfrutando de mi embarazo... Pero, lamentablemente, tiempo después la pesadilla se hizo realidad...

Recuerdo que todo empezó con pequeños sangrados que tuve a mediados del mes de noviembre, y por lo cual me incapacitaron con reposo absoluto. Me hicieron una

ecografía, el bebé aparentemente estaba bien, pero yo debía permanecer en cama. Así pasé la Fiesta del Jueves de «Acción de Gracias» (una fiesta muy significativa en los Estados Unidos).

Luego me permitieron retornar a trabajar y, a los pocos días de estar otra vez trabajando, los pequeños sangrados regresaron... Me volvieron a incapacitar y mejoré, sin embargo, posteriormente, al hacerme una ecografía de control, los resultados mostraron que el corazón de mi bebé, no saben el porqué, se había detenido (había muerto) y que, en consecuencia, debían hacerme un procedimiento quirúrgico, pues al permanecer su pequeño cuerpo intacto en mi vientre sin salir espontáneamente, yo podría sufrir una infección...

Cuando me dieron semejante noticia, yo quedé derrumbada completamente por el dolor y la tristeza... En ese momento yo andaba sola, pues el papá de mi bebé estaba fuera del país. Recuerdo que salí de ese consultorio médico como un autómatas, subí a mi carro y empecé a manejar sin rumbo... Finalmente paré en un establecimiento cualquiera, no me acuerdo el porqué lo hice, como tampoco recuerdo de qué era este establecimiento, pero lo que sí recuerdo muy bien es qué sobre una de las vitrinas, a manera de «adorno», había una pequeña figura de cristal de la Virgen María y frente a Ella estaba otra figura de cristal la cual era de un «dragón»¹⁶.

No sé por qué al ver estas figuras de cristal de la Virgen María y el dragón, inmediatamente vino a mente la Capilla del Sagrado Corazón de Jesús («*Sacred Heart*» *Catholic*

¹⁶ Ap. 12, 1- 16: Apareció en el Cielo una gran señal: una mujer vestida del sol y con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando encinta, gritaba con dolores de parto y sufría angustia por dar a luz. Y apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón rojo [...] El dragón se puso de pie delante de la mujer que estaba por dar a luz, a fin de devorar a su hijo en cuanto le hubiera dado a luz [...] Entonces se entabló una batalla en el Cielo: Miguel y sus Angeles combatieron con el dragón [...] El dragón grande, la antigua serpiente, conocida como el Demonio o Satanás, fue expulsado; el seductor del mundo entero fue arrojado a la tierra y sus ángeles con él [...] Cuando el dragón vio que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer. Pero le fueron dadas a la mujer dos alas de gran águila, para volar de la presencia de la serpiente, al desierto, a su lugar donde recibe alimento por un tiempo [...] Con eso, el dragón se puso furioso contra la mujer, y fue a pelear contra el resto de los descendientes de Ella, los que obedecen los mandamientos de Dios y guardan el mensaje de Jesús.

Church), que quedaba al sur de la ciudad y a la que yo a veces iba porque allí tenían un pequeño oratorio de «adoración perpetua», donde todo el tiempo mantenían expuesto el Santísimo Sacramento. Y es que, aunque en ese tiempo yo no tenía la gracia de comulgar sacramentalmente porque en mi rebeldía vivía en una relación sin casarme, a mí me gustaba ir a este pequeño oratorio a «contemplar a Jesús» en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía; usualmente le pedía que me ayudara a ordenar mi vida, le decía cuánto me dolía no recibirlo sacramentalmente como solía hacerlo antes. Realmente extrañaba mucho la Sagrada Comunión...

Al recordar esta capilla del Sagrado Corazón de Jesús, sentí en mi alma un fuerte impulso de ir allí; así que me volví a subir a mi carro y di la vuelta hacia el sur, pues al conducir sin rumbo fijo me había alejado demasiado al norte de la ciudad.

Llegué al oratorio de esta capilla, ya de noche (siempre estaba abierta, pero protegida con una reja que se abría con una serie de números a manera de clave, que conocíamos quienes íbamos allí). En el oratorio no había nadie más, solo Jesús expuesto en la Custodia del Altar... Jesús parecía estar allí «esperándome». Al llegar allí, caí de rodillas frente al Altar donde estaba la Custodia que contenía a nuestro Señor expuesto en la Hostia Consagrada, y rompí en llanto desconsoladamente a los pies de Jesús Eucaristía...

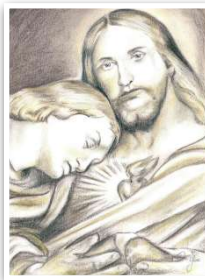
No comprendía por qué me pasaba esto a mí, pensaba en las mujeres que abortan a sus hijos, mientras yo, que tanto defendía la vida de los niños por nacer, ahora pasaba por el dolor de sufrir la pérdida de mi bebé que había empezado a amar tanto... Recuerdo que luego de un largo tiempo allí, decidí irme a casa, pues ya era muy tarde en la noche...

Al salir de ahí, en el atrio de Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, había un hombre americano que, al ver mi rostro tan compungido por el llanto, se preocupó mucho. Apresuradamente, se acercó a mí y, sin decir nada, simplemente me abrazó... Yo, en medio de mi llanto que no lograba contener, dócilmente recibí su abrazo y, por la notable diferencia de estatura, mi cabeza quedó hundida sobre su pecho...

Mientras me abrazaba, este hombre solo me preguntó el porqué lloraba y, como intentando consolarme, me dijo en inglés que Dios me daría «otro hijo»¹⁷.

Esa noche, el abrazo de ese hombre desconocido, de ese «extraño», fue para mí como el abrazo y el consuelo de Jesús... Así lo sintió mi alma: el consuelo y el abrazo de parte del mismísimo «Corazón de Jesús», como se denominaba aquella capilla de adoración perpetua (*Sacred Heart Catholic Church*).

Aquella noche, a través de ese hombre desconocido, Jesús me decía otra vez, como lo hizo en otra época de mi vida: «*Ven y recuéstate sobre mi pecho, escucha los latidos de mi Corazón amante que sana tus heridas viejas y nuevas*»



Uno de sus discípulos, aquel que Jesús amaba, estaba recostado en el pecho de Jesús (Jn.13, 23)

Jesús dijo: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados que Yo os haré descansar» (Mt. 11, 28).

Dios sana a los que tienen el corazón roto y venda sus heridas (salmo 147, 4).

Dios, a su manera, me hacía entender que Él no es indiferente ante nuestro dolor... De hecho, el versículo más corto de la Biblia dice: «*Y Jesús lloró*» (Jn. 11, 35). Y es, precisamente, cuando comparte el dolor de Marta y María, hermanas de su amigo Lázaro, que llevaba 4 días de muerto. Jesús llora aunque Él lo va a resucitar, pues Dios se compadece del dolor humano (Jn. 11, 1-45).

¹⁷ Con el tiempo comprendí que lo que Dios me dijo a través de este hombre desconocido, sobre ese «otro hijo», era una Promesa que iba más allá de gestar a un bebé en mi vientre físico, se refería realmente a lo que estamos llamados los cristianos de todas las épocas: actualizar en nuestra propia vida el misterio de la «encarnación» de Cristo: Todos, como María, acogemos a Dios para que haga su morada en nuestro corazón y que, a través de su Espíritu, forme también en nosotros a Jesús: su Hijo Amado. Hay una *fecundidad en la fe*: parimos muchos hijos espirituales.

Porque, como lo digo en el segundo fragmento de este poema titulado «*Cuando nos duele el alma*», el Corazón de Dios es un corazón desgarrado junto al nuestro:

*Cuando nos duele el alma,
Dios mismo sangra,
el Cielo llora
con nuestras lágrimas*

*Cuando nos duele el alma,
Dios también sufre,
y su corazón desgarr...*



*Cuando me duele el alma,
Dios llora¹⁸, gime,
muere conmigo,
me abraza fuerte,
y me levanta*

*Reprende al viento
de mi tormenta,
y me dice: «calma»*

*Ven a mi pecho
Ven y descansa...*

Y es que, contrario a lo que yo pensaba en aquella época de mi vida, a Dios «le importaba todo» lo que me pasaba, más allá de lo que yo pudiese imaginar: «*Señor, ¿No te importa que perezcamos*» (Mc. 4, 35-41). Sí, porque, en medio de mi tormenta y, a pesar de que, en ese momento de mi historia, yo llevaba a Jesús «dormido» en la barca de mi

¹⁸ Jn. 11, 35: Y Jesús lloró.

vida y en mi corazón, Él, *Emmanuel* (Dios con nosotros), estaba allí conmigo... Jesús se levantaba y me llenaba con su Paz y Consuelo:

Se desató una gran tormenta, con un viento tan fuerte que las olas caían sobre la barca y amenazaban con hundirla. Jesús iba dormido en la parte de atrás [...] Lo despertaron: «Señor, ¿No te importa que perezcamos?» Jesús se levantó y dio una orden al viento, y dijo al mar: «¡Calla! ¡**Calma!**» (Mc. 4, 36-39).

El viernes 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, me hicieron el procedimiento quirúrgico en la clínica, fue un momento muy doloroso para mí, no solo físicamente, sino en mi corazón, sin embargo, la fecha en que esto sucedió, fue para mí como un signo de que nuestra Madre, la Virgen María recibía a mi bebé en el Cielo...



Días después, al volver a mi trabajo, una pequeña niña de escasos 5 años se me acercó y me preguntó el porqué no había ido a trabajar todos esos días. En los Estados Unidos las vacaciones son en verano, en diciembre solo se dan libres los festivos de navidad y año nuevo. Pues bien, esta niña me había estado guardando un regalito de Navidad. Su regalo era un pequeño «angelito» (una niñita) hecho de madera y con la palabra «*Faith*» (Fe) en sus manos. Luego, durante esos mismos días, otro niño me regaló un nuevo angelito, igualito al de la otra niña, pero este era varoncito, y en cambio tenía un «paraguas» con gotas de lluvia y flores, el sol en sus alas y en su pecho llevaba la palabra «*happiness*» (felicidad).



En esos días, escribí un poema titulado «Angelito», dedicado a mi bebé en el Cielo, el cual está en otro libro publicado previamente.

Los angelitos que me regalaron aún los conservo con cariño, pues estos hermosos detalles enviados por Dios a través de estos angelitos de madera, y entregados por aquellos dos angelitos de «carne y hueso» que fueron ese par de niños, ciertamente me llenaron de Esperanza.

Los conservo como un recordatorio del gran Amor de Dios que nos acompaña siempre, aunque a veces nos cueste reconocer su amorosa presencia en la oscuridad de nuestra noche existencial...

Bienaventurada Mano Frágil



Quédate con nosotros



**«Pero ellos le forzaron, diciendo: Quédate con nosotros, porque está anocheciendo. Y entró a quedarse con ellos. Y sucedió que, al sentarse a la mesa con ellos, tomó pan, y lo bendijo; y partiéndolo, se los dio. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero Él desapareció de su lado»
(Lc. 24, 29-31)**

Quédate con nosotros

Sí...

Quédate con nosotros Señor...

*Nos has dicho
que conviene que Tú te vayas,
y vendrá el Espíritu Santo Consolador¹⁹*

*¡Pero, quédate
«con nosotros» por favor!
Cuando se hace noche
en nuestra vida,
con tu presencia escondida,
y necesitamos tocar ²⁰
las llagas de tu Amor*

¡Quédate, oh, dulce Alimento!

*No sólo a través
del soplo de tu Aliento
Quédate también físicamente:
con tu Sangre y con tu Cuerpo²¹*

¹⁹ Jn. 16, 1-7: Por haberos dicho esto vuestros corazones se han llenado de tristeza. Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito (palabra griega traducida en algunas versiones como consolador, abogado, defensor). /Jn 14, 26: «Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que Yo os he dicho».

²⁰ Tomás dijo: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré» [...] Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: «La paz con vosotros». Luego dice a Tomás: «**Acerca tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado**, y no seas incrédulo, sino creyente». Tomás le contestó: «Señor mío y Dios mío». Jesús le dijo: «Porque me has visto has creído. Dichosos los creen sin haber visto».

²¹ Jn. 22, 19-20: Jesús: «Tomó luego pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: «Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en memoria mía». De igual modo, después de cenar, la copa, diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros».

*Sí... Quédate muy cerca
Porque cuando fallan
nuestras fuerzas,
para continuar el Camino,
te necesitamos Pan Vivo,
nuestro Maná en el desierto²²*

*Quédate,
fiel compañero de Camino,
porque en nuestra vida
se hizo tarde
para empezar a buscarte
y nos hemos perdido ²³*

*Quédate... Sí...
Y, aunque sea noche todavía,
gozaremos la alegría
de ser encontrados por ti ²⁴*

Bienaventurada Mano Frágil

Fecha del Poema: Primera parte: año 2002; segunda parte: año 2011.

²² Jn 6,48-51: Jesús dijo: «Yo soy el pan de la vida. Sus padres comieron el **maná** en el desierto y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera. Yo soy el **pan vivo**, bajado del cielo. /Jn 6,52-56: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida». /1 Reyes 19, 7: El ángel del Señor volvió por segunda vez, le tocó y le dijo: «Levántate, come, porque **el camino es superior a tus fuerzas**. Elías se levantó, comió y bebió, y con la fuerza de aquel manjar caminó cuarenta días y cuarenta noches»

²³ Mc. 16. 12-13: Dos de los discípulos iban a un pequeño pueblo llamado Emaús, situado a unos diez kilómetros de Jerusalén [...] Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos. Pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran [...] Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron, diciendo: «**Quédate con nosotros, porque está anocheciendo**». Y Jesús entró a quedarse con ellos. Y sucedió que, al sentarse a la mesa con ellos, tomó pan, y lo bendijo; y partiéndolo, se los dio. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero Él desapareció de su lado» (Lc. 24, 29-31)

²⁴ Jn 22, 32: Entonces se dijeron el uno al otro: «¿No sentíamos arder nuestro corazón cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?».



«*Quédate con nosotros Señor*»

El sacerdote de la parroquia de San José de Nazaret, cercana a donde había estado viviendo en la ciudad de Medellín (año 2010), solía celebrar todos los jueves la Hora Santa: un espacio de oración y adoración a Jesús expuesto en el Santísimo Sacramento del Altar, en la Custodia Eucarística. Era una parroquia cuyo *templo* estaba apenas en proyecto de construcción, y funcionaba en el sótano d aun edificio de apartamentos.

En esos días, yo también tenía la visita Virgen Peregrina de Guadalupe que van pasando de casa en casa, y que me habían enviado por motivo de mi cumpleaños. Esa una hermosa advocación donde María está embarazada, portando a Jesús en su vientre, como una especie de *custodia eucarística*, también. Durante esos días, yo debía orar con el Rosario, eso era parte del compromiso de esta peculiar «visita» de la Virgen María... Yo elegí, entonces, meditar los *Misterios Luminosos* de Rosario, porque sentía la necesidad de recibir esa Luz que me ayudara a comprender el desastre de mi vida, en ese tiempo de oscuridad por el cual estaba pasando.



Retablo de la Virgen Peregrina de Guadalupe



Custodia Eucarística

Él sacerdote de la parroquia me invitó a participar de esta experiencia de adoración eucarística de los jueves. Yo, al principio, tenía muchas resistencias, era una época de mi vida donde todavía estaba saliendo de ese período de noche existencial y confusión en el que estuve por más de 7 años. Sin embargo, como por inercia, acepté su invitación y empecé a ir cada jueves, aunque simplemente me quedara allí sentada, sin hacer o escuchar nada...

El sacerdote iniciaba esta hora de adoración con un **recorrido** de Jesús Eucaristía **alrededor**, por los pasillos formados entre las bancas, en el interior de la capilla. Y, así, cada jueves era un volver a **rodearme**, una y otra vez, en silencio...



En esos días se celebraba en Jerusalén la fiesta de la Dedicación del templo. Era invierno, y **Jesús se paseaba por el templo** (Jn. 10, 22-23).

Oyeron luego el ruido de **los pasos de Yahveh Dios que se paseaba por el jardín** a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahveh Dios por entre los árboles del jardín (Gen. , 8).

Sí, Dios se paseaba, mientras, yo permanecía allí como inerte, sin pecatarme de lo que realmente ocurría a mi alrededor, pues, al igual que en aquella ciudad amurallada de Jericó, una nueva conquista en mí acontecía: Jesús Eucaristía, expuesto en la Custodia del Altar, era aquella Arca de la Alianza que ahora también «rodeaba» mi alma y, a «fuerza de Amor», derrumbaba mis murallas, esas que, por más de 7 años, me habían separado de su Gracia:

Jericó estaba herméticamente cerrada [...] El Señor dijo a Josué: «Yo he puesto en tus manos a Jericó y a su rey. Por eso ustedes, darán una vuelta **alrededor** de la ciudad, formando un **círculo** en torno a ella. Así lo harán durante seis días. Además, siete sacerdotes irán delante del Arca llevando siete trompetas de

cuerno. El séptimo día darán **Siete vueltas** alrededor de la ciudad, y los sacerdotes harán sonar las trompetas. Consagrarán al Señor la ciudad con todo lo que hay en ella (Josué cap. 6).



Murallas (Ávila, España)

En ese momento no comprendía nada, ni lograba captar la magnitud de lo que acontecía a mi alrededor... Ahora comprendo aquello del «*secreto mesiánico*» que varias veces aparece en los Evangelios: cuando Jesús, al momento de sanar a o liberar alguien, le dice que no se lo cuente a nadie (Mc 1,44; 5,43; 7,36; 8,26). Sí... Todavía no lo contemos a nadie, pues hay un tiempo oportuno para todo (Eclesiastés 3, 1-15). Es que, ciertamente, necesitamos «*tiempo*» para poder digerir todo aquello que nos acontece, comprender en perspectiva global y darle sentido a todos esos signos que conforman la escena completa de esa historia de Amor que Dios esta escribiendo con nosotros; solo entonces podremos salir a contar esa experiencia nuestra con el Mesías: Mientras le lavaba los pies, Jesús dice a Pedro: «*lo que Yo hago, ahora no lo comprendes, lo entenderás después*» (Jn. 13, 7).

Al principio, yo no entendía, y lloraba porque mi propia historia era **como un libro sellado** para mí que, en medio de mis lágrimas, no lograba comprender, pero Jesús lo abriría para mí, rompería sus sellos:

Y yo lloraba mucho, porque no había sido hallado ninguno digno de abrir el libro [...] Y uno de los ancianos me dice: No llores, he aquí, el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro, y desatar sus siete sellos (Ap. 5, 1-7)

Jesús me ayudaría a interpretar mi historia en clave de fe (Ap. 5, 1-7) y, entonces, yo tomaría conciencia de que las Escrituras que hablan de Él, **«también hablan de mí»**:

Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, **les explicó** lo que había sobre Él en **todas las Escrituras** (Lc, 24, 13-35). / El funcionario etíope le preguntó a Felipe: «De quién dice esto el profeta: de sí mismo o de algún otro? (Hch. 8, 29-34).

Comprendí que, en la noche de mi vida, como los discípulos de Emaús, yo también caminaba lejos de Jerusalén: lejos de los principios de vida que Dios me había entregado a través de la Iglesia en que había crecido, y no entendía los acontecimientos dolorosos que habían sucedido en mi historia en esos años de mi vida. Pero Jesús también caminaba a mi lado escribiendo historia de salvación conmigo aunque, en medio de la oscuridad que me rodeaba y la tristeza, yo tampoco lo reconocía:

Dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, lejos de Jerusalén. Iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido [...] **Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.** Sus caras se veían tristes, y uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo a Jesús: **¿Eres tú el único en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado en estos días?** (Lc, 24, 13-35).

¡Claro que Jesús sabe todo lo que ha pasado en nuestra vida! Porque nunca se ha ido de nuestro lado... Siempre ha estado allí, en los momentos más duros y oscuros. Como lo hizo con aquellos discípulos desanimados que caminaban lejos de Jerusalén, también salió en mi búsqueda, fue a mi encuentro, escuchó nuestra súplica: **«Quédate con nosotros Señor»**... Y se quedó allí: en el Pan Eucarístico...



Pero ellos le forzaron, diciendo: **Quédate con nosotros, porque está anocheciendo.** Y entró a quedarse con ellos [...] **Tomó pan, y lo bendijo; y partiéndolo, se los dio.** Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron (Lc, 24, 13-35).

Por eso, este poema que yo escribí, es mi súplica también. Una súplica escrita mientras todavía caminaba entristecida, entre las sombras de mi historia, pero con la esperanza y la fe de ser encontrada por Dios, cuya presencia intuía caminando a mi lado:



*Quédate,
fiel compañero de Camino,
porque en nuestra vida
se hizo tarde
para empezar a buscarte
y nos hemos perdido* ²⁵

*Quédate... Sí...
Y, aunque sea noche todavía,
gozaremos la alegría
de ser encontrados por ti* ²⁶

Bienaventurada Mano Frágil

²⁵ Mc. 16. 12-13: Dos de los discípulos iban a un pequeño pueblo llamado Emaús, situado a unos diez kilómetros de Jerusalén [...] Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos. Pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran [...] Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron, diciendo: «**Quédate con nosotros, porque está anocheciendo**». Y Jesús entró a quedarse con ellos. Y sucedió que, al sentarse a la mesa con ellos, tomó pan, y lo bendijo; y partiéndolo, se los dio. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero Él desapareció de su lado» (Lc. 24, 29-31)

²⁶ Jn 22, 32: Entonces se dijeron el uno al otro: «¿No sentíamos arder nuestro corazón cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?».

A photograph of a well located inside a stone archway. The well is made of stone and has a decorative iron frame with a bucket hanging from it. The word "Sed" is written in white cursive in the center of the image. There are flowers in a vase on the left and another vase on the right.

Sed

Pozo en la Iglesia de San Juan Bautista en Ein Karem, Tierra Santa

Sed

*De repente me pesa tanto
este mundo alrededor...
Ese mundo donde
«el Amado no es amado»²⁷*

*La sed de Dios
gimiendo
en mi interior...
Y, yo: «un simple
cántaro de barro»*

*«Tengo sed»,
me dijiste
desde la Cruz ²⁸*

*«Dame de beber»,
me pediste
junto al pozo ²⁹*

*Cruz y pozo:
camino espinoso
que te lleva sediento
a mi cántaro roto...*

*A mi vida
en jirones rasgada,
a mi corazón
en pedazos y trozos*

²⁷ Se dice que San Francisco de Asís solía gritar «El Amado no es amado»

²⁸ Jn. 19, 28-30: En la Cruz, Jesús dijo: «**Tengo sed**». Había allí una vasija llena de vinagre. Sujetaron a una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca. Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: «Todo está cumplido»

²⁹ Jn. 4, 1-18: Jesús, fatigado del camino, se sentó junto al pozo [...] Una mujer de Samaria vino a sacar agua, y Jesús le dijo: «**Dame de beber**».

Tú, mi verdadero Esposo,³⁰
*¿a cuántos rincones más
 tendrás que llegar,
 a buscarme afanoso?*

*¡Oh, qué dulce esta noticia!
 El Amado que mi amor porfía,
 dispuesto a recibir mi hiel,
 a beber el vinagre de mi vida³¹*

*Yo, tan sedienta de Ti ³²
 y mi corazón
 no lo sabía...*

*Mendigaba
 remedos de amor,
 mientras el Amor
 por mí moría*

*¡Oh, feliz buena noticia!
 Tú, la fuente de Agua Viva,
 me pides a mí que calme tu sed,
 esa sed, como Tú infinita,
 de saciar para siempre la mía ³³*

Bienaventurada Mano Frágil

Noviembre 7 /2012

³⁰ Jn 4, 17-18: Respondió la mujer: «No tengo marido». Jesús le dice: «Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es tu marido».

³¹ Salmo 69, 20: por comida **me dieron hiel, y para mi sed me dieron a beber vinagre** / Jn. 19, 28-30: Jesús dijo: «Tengo sed». Había allí una vasija llena de vinagre y se la acercaron a la boca. **Cuando tomó Jesús el vinagre**, dijo: «Todo está cumplido»-

³² Salmo 41, 2-3: Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; **tiene sed de Dios, del Dios vivo...**

³³ Jn. 4, 9-10: La Mujer dijo Jesús: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana? (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos) Jesús le respondió: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: «Dame de beber», tú le habrías pedido a él, y él te habría dado **Agua Viva**» ... La mujer le dijo: Señor, dame esa agua, para que ya no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla.



Este poema nace de sentimientos que surgieron en la hora de almuerzo (12:00-13:00) de un día normal de mi trabajo, en el contexto universitario de una Institución Franciscana (año 2012). Recuerdo que salí de mi oficina y me dirigí a la cafetería. Allí, como era usual al medio día, estaba el bullicio de todos los que a esa hora almorzaban. De repente, en medio de todas las voces a mi alrededor, un sentimiento de soledad, desolación y gran tristeza me invadió... Sentí frío en el alma... Me devolví a mi oficina pues un intenso de deseo de llorar me embargaba... Era extraño, no tenía ningún motivo para ello, yo no sufro de ningún tipo de cuadro emocional ambivalente, generalmente suelo disfrutar mucho el estar a solas, como también de la compañía de otros con quienes comparto... Al entrar en mi oficina, allí en la soledad de esa hora, no pude contener las lágrimas... Una frase que alguna vez vi en este lugar, y que atribuyen a San Francisco de Asís, resonaba en mi cabeza y en el interior de mi corazón: *«El Amado no es amado...»*

Días después, tuve que resolver una situación particular que no me generaba mayor inconveniente, pues lo veía como una oportunidad de cambio: me habían pedido dejar el pequeño apartamento donde vivo en arriendo, pues lo necesitaban para otros planes que tenían y yo debía mudarme. Entonces, siguiendo el consejo de buenos amigos, en lugar de buscar otro lugar para arrendar, decidí hacer planes de un crédito en el banco para la compra de un apartamento, la idea era usar el dinero que pagaba en arriendo para irlo pagando por cuotas.

Una tarde mientras caminaba y observaba el hermoso paisaje del lugar donde me encontraba, pensé en torno a cómo me gustaría que fuese ese espacio. Empecé a conversarle a Dios sobre mi anhelo; le dije: *«yo quisiera algo así, pequeño pero con mucho verde, en un lugar tranquilo, donde pueda descansar después del trabajo»*.

Y de repente, en tono grave, yo sentí que Jesús me interpelaba en lo profundo de mi corazón: *«¿Y Yo qué?... Yo no tengo donde recostar mi Cabeza»*.

Una profunda tristeza inundó mi alma... Aquello resonaba una y otra vez en mi cabeza... Yo podía sentir verdaderamente su dolor en mi interior:

Jesús le respondió: «Las zorras tienen madrigueras [cuevas] y las aves del cielo nidos, **pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza**» (Mt. 8, 20).

Sentí que Jesús en ese momento no me estaba hablando de una «casa» material, ni tampoco sobre vincularme en un proyecto para personas sin hogar, quienes ciertamente son rostro viviente de Cristo pobre y necesitado de techo. Al respecto, en la parroquia, nuestro párroco desarrollaba una significativa obra social de vivienda a personas necesitadas y yo, adicionalmente, también participaba en una fundación solidaria. Y, aunque seguramente todo eso todavía no era suficiente, pues siguen habiendo muchos necesitados, sin embargo, yo sentía que, en esa ocasión, no era esto lo que me interpelaba en el corazón... Era algo que iba mas allá, que trascendía lo material...

No se trataba de casas o de «templos materiales», sino del corazón humano tan esquivo a su Amor y donde que Él quiere habitar, la verdadera casa donde Él desea ser recibido, el templo donde Él anhela quedarse:

Jesús miró hacia arriba y le dijo: «Zaqueo, baja pronto, porque **conviene que hoy me quede Yo en tu casa**». (Lc. 19, 5)

Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi Voz y abre la puerta, **entraré a su casa y cenaré con él** y él Conmigo (Ap. 3, 20).

¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (1 Cor. 3, 6).

Ante aquello que sentía que Jesús me interpelaba en mi interior, yo, ingenuamente, y sin reparar en lo pequeño y limitado de mi propio corazón, le dije a Dios: «*Tienes mi corazón, ¿No te basta?...*» Pero entonces, como respuesta a mi ingenua pregunta, su Divino silencio, me hizo comprender una realidad que me estremece: Él, **el Dios «infinito»**, padece también una «**sed infinita**».

Una mañana, durante mi oración matutina, me topé con este texto bíblico que nunca había leído antes, y que, al hacerlo, mi corazón tembló, «mi piel se puso como de gallina», e incluso hasta pensé en renunciar definitivamente a mis proyectos personales de compra de casa:

Esto es lo que dijo el Señor todopoderoso por medio del profeta: **«Esta gente dice que todavía no es tiempo de reconstruir mi templo. ¿Y acaso para ustedes sí es tiempo de vivir en casas lujosas, mientras que mi templo está en ruinas?... Vayan a las montañas, traigan madera y construyan de nuevo el templo. Yo estaré allí contento, y mostraré mi gloria. Ustedes buscan mucho, pero encuentran poco; y lo que guardan en su casa, yo me lo llevo de un soplo. ¿Por qué? Pues porque mi casa está en ruinas, mientras que ustedes sólo se preocupan de sus propias casas»** [...] Entonces Hageo, el mensajero del Señor, les habló nuevamente en nombre de Dios, diciéndoles: **«El Señor dice: “Yo, el Señor, lo afirmo: Yo estoy con ustedes»**. De esta manera animó el Señor a Zorobabel, gobernador de Judá, a Josué, jefe de los sacerdotes, y al resto de la gente, y el día veinticuatro del sexto mes del año segundo del reinado de Darío empezaron a reconstruir el templo de su Dios, el Señor todopoderoso. (Hageo 1, 1-15).

Después comprendí que el asunto no era tanto que yo dejara de buscar casa, al fin y al cabo debía encontrar un lugar donde vivir y pagar por este, simplemente, Dios se servía de estas circunstancias para hablarme de su propio «desalojo». El mensaje aquí se centraba en el «grito de Dios», desplazado del corazón humano por tantos otros intereses, que como en las posadas de Belén no dejan lugar para Él:

María dio a luz a un hijo, su primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, **porque no había lugar para ellos en la posada** (Lc. 2, 7).

Jesús le respondió: «Las zorras tienen madrigueras [cuevas] y las aves del cielo nidos, **pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza**» (Mt. 8, 20).

Recordé que en junio 2011, en mi proceso de cambio de trabajo, llegué providencialmente a vincularme laboralmente con una universidad Franciscana. Esta institución contaba

con una parroquia anexa. Pues bien, un día decidí entrar ahí a Misa, pero casi me devuelvo, pues pensé que no habría Eucaristía porque vi que *el templo estaba en proceso de ser «reconstruido»*; había allí muchos escombros, bolsas de cemento, andamios y ladrillos por todos lados. Finalmente pude ver al sacerdote preparando el altar y decidí entrar. Circunstancialmente, la primera Misa en la que participé allí, fue el día de la fiesta de San Juan el Bautista (24 de junio de 2011). Recuerdo la fecha porque todas las lecturas de ese día eran sobre la misión de Juan Bautista. Para completar la «escena», estaban también haciendo como una campaña para recoger donaciones para la reparación del templo, y en el fondo habían puesto una especie de telón que se extendía desde arriba de una columna a otra en el lado opuesto; este telón tenía la imagen de San Francisco de Asís y la frase que este santo recibió del Cristo de San Damián: *«Francisco, repara mi casa que amenaza en ruinas»*.

La idea de poner ese mensaje en esta parroquia, era motivar las donaciones para colaborar con los costos de la reparación del templo. Sin embargo, esa tarde para mí, tuvo un sentido mucho más profundo, que me llevó, no solo a aprender más de la hermosa historia de este Icono del Cristo de San Damián que yo desconocía, sino a descubrir lo que, desde ese día, Dios parecía insistirme por largo tiempo.

En realidad, la «reconstrucción del templo», se refería, primeramente a mi propio corazón, donde Dios había estado haciendo un laborioso trabajo de años para restaurar en él, aquel Jardín, el paraíso perdido de mi infancia, donde Él, el verdadero Esposo de mi alma, quería volver a morar y reinar... Yo, era como aquella ciudad amurallada de Jericó y después en ruinas que Él había rodeado 7 veces (siempre) y conquistado para su Corazón (Josué, cap. 6). Luego, la reconstrucción del templo también se refería al corazón de mis hermanos: los de mi casa y mi familia, los de mi trabajo, todos aquellos que Dios, en su providencia iría trayendo a mi vida para compartir la historia conmigo.

He sentido **la sed de Jesús**: Él, quien es el Amor mismo, pero que en medio de nosotros, no se siente correspondido en su Amor:

En la Cruz, Jesús dijo: «**Tengo sed**». Había allí un jarro lleno de vino agrio. Empaparon una esponja en el vino agrio, la ataron a una rama de hisopo y se la acercaron a la boca (Jn. 19, 28-29).

Para mi sed me dieron a beber vinagre (Salmo 69, 21).

Estaba allí **el Pozo de Jacob** [...] Jesús, fatigado del viaje, se había sentado en el pozo era alrededor del medio día [...] Vino una mujer de Samaría a sacar agua. Jesús le dijo: «**Dame de beber**» (Jn. 4, 5-7).

Es la historia de **un romance junto a un pozo**, como el de Raquel y Jacob, ese enamorado que trabajó 7 años por el amor de su amada (Gen. 29): También Dios llega junto al pozo de nuestros corazones agrietados, rotos por las heridas de nuestras decisiones equivocadas, llega a decirnos que Él es el verdadero marido, el verdadero Esposo de nuestro corazón, que no tenemos que conformarnos con migajas quienes estamos invitados a un banquete: al banquete de nuestra boda con Aquel que ha firmado su Alianza de Amor eterno con su propia sangre en la Cruz.

Jacob trabajó durante siete años para poder casarse con Raquel, pero a él le pareció muy poco tiempo porque la amaba mucho (Gn. 29, 20,30).

Con Amor eterno te he amado (Jer. 31, 3).

Jesús contestó a la mujer samaritana: Bien has dicho: «No tengo marido», porque has tenido cinco y **el que tienes ahora no es tu marido** (Jn. 4, 17-18).

Sí, Dios tiene sed: Sed de nosotros, sed de saciar nuestra propia sed de su Amor sin límites:

«Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» (Jn. 20-15).

Jesús les preguntó: ¿Qué buscan? Y ellos le dijeron: Maestro, ¿dónde vives? (Jn. 1, 38).

Amor que nosotros buscamos en los lugares equivocados: en personas, afectos, roles, metas profesionales y tantas otras

cosas que en sí mismas son buenas, hasta que te equivocas cuando las pones como el centro de tu vida y de tu corazón, y las conviertes en «ídolos»: falsos dioses que usurpan el lugar de Dios, ídolos ante los cuales sacrificas tu propia vida, arrodillas tu existencia y todo lo que eres... Son como pozos agrietados que jamás podrán saciar nuestra sed de infinito, nuestra sed de Dios:

Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; **tiene sed de Dios, del Dios vivo** (Sal. 41, 2-3).

Jesús dice a la mujer samaritana: «Si conocieras el Don de Dios y Quién es el que te dice: **“Dame de beber”**, tú le habrías pedido a Él, y Él te hubiera dado Agua Viva» (Jn. 4, 10).

Porque dos males ha hecho mi pueblo: me han abandonado a Mí, fuente de Aguas Vivas, y han cavado para sí pozos, **pozos agrietados** que no retienen el agua (Jer. 2, 13).

La parroquia de **San José de Nazaret** cercana al apartamento donde vivía en la ciudad de Medellín, y que ha sido el lugar donde Dios inició mi proceso de retorno al seno de la Iglesia Católica, no tiene templo material y, a la fecha de este relato, todavía no se ha logrado construir; la comunidad se reúne en el sótano de uno de los edificios del sector, en una pequeña, pero acogedora capilla organizada provisionalmente ahí... Sin embargo, lo inspirado por Dios al sacerdote que inició este proceso, ha sido muy interesante, pues la parroquia, que no es el templo material sino la comunidad de creyentes que la constituyen, se ha ido consolidando poco a poco, cual piedras vivas de un edificio espiritual que rompe los límites del espacio y el tiempo...

La mujer samaritana dijo a Jesús: «Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar». Jesús le dijo: «Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraráis al Padre. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren» (Jn. 4, 19-24)

Ciertamente los templos materiales donde la comunidad de fe se congrega son importantes, allí cada símbolo, cada

figura te habla de Dios, te conecta con lo sagrado, son, en cada época y lugar, memoria de como cada comunidad de creyentes ha interpretado el paso de Dios por su historia. Un legado que sirve de texto, huella y memoria para que las generaciones venideras conserven el mensaje... Pero, finalmente, ellos son solo medios, escenarios importantes donde acontece la fe; porque los templos materiales son el signo del verdadero templo: Cristo, y de su Cuerpo místico: la iglesia, la comunidad de los creyentes... El templo, la casa donde Dios anhela morar, es el corazón humano, allí, en la intimidad de nuestro interior, es donde el Dios vivo busca que le adoren los adoradores en Espíritu y verdad:

Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; **tiene sed de Dios, del Dios vivo** (Sal. 41, 2-3).

Y por eso, yo le digo a Dios en mi poema, :

*¡Oh, feliz buena noticia!
Tú, la fuente de Agua Viva,
me pides a mí que calme tu sed,
esa sed, como Tú infinita,
de saciar para siempre la mía...*

Bienaventurada Mano Frágil

Tocca
il Dio vivo



Encuentro

Vivi in
Adorazione

Papa Francesco

DIOCESI DI ASSISI - NOCERA UMBRA - GUALDO TADINO
VICARIATO DI ASSISI

Adorazione Eucaristica

Encuentro

*Un día me di cuenta
de que estaba desnuda
y acudí a Ti en busca
de vestiduras blancas
para cubrir la vergüenza
de mi desnudez³⁴*

*Descubrí que era pobre...
Y quise comprar de Ti
el oro refinado en Fuego
y poseer, así,
la verdadera riqueza,
esa que es incorruptible
y que nadie me puede robar*

*Entonces, me hiciste
pasar por el Fuego
y me llevaste al desierto³⁵*

*Allí mi espíritu fue probado
como se prueba
al oro y a la plata...*

*Me invitaste a caminar
sobre las aguas,
desafiar a la tormenta
con mi mirada puesta solo en Ti³⁶
Quebrantaste mi corazón
endurecido por la historia*

³⁴ Ap. 3,17.

³⁵ Mt. 4, 1: Entonces, el Espíritu llevó a Jesús al desierto/ Os. 2, 14: Dice Dios a su pueblo infiel: «Yo voy a seducirla, la llevaré al desierto y le hablaré a su corazón».

³⁶Mt. 14, 27-31: Pedro dijo a Jesús: «Señor, si eres tú, mándame ir donde ti sobre las aguas». «¡Ven!», le dijo. Bajó Pedro de la barca y se puso a caminar sobre las aguas, yendo hacia Jesús. Pero, viendo la violencia del viento, le entró miedo y, como comenzara a hundirse, gritó: «¡Señor, sálvame!». Al punto Jesús, tendiendo la mano, le agarró y le dice: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?»

y tomaste tu lugar en él...

*Abriste los ojos cegados
de mi alma³⁷
y Tu LUZ inundó
mi vida...*

*Supé entonces
que Tú me amabas
y tu Amor llenó mi vacío,
sanó mis heridas...*

*Vi mi nombre
grabado en la palma de
Tu Mano traspasada³⁸
y mi corazón descansó
en Tu Corazón³⁹*

*Bebí, bebo y
beberé por siempre
de la fuente de Agua Viva⁴⁰
que brota del costado,
eternamente abierto,
de Tu Misericordia*

Bienaventurada Mano Frágil

³⁷ Ap. 3,17. Tú piensas: «Soy rico, tengo de todo, nada me falta». Y no te das cuenta de que eres un infeliz, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo. Yo te aconsejo que de Mi compres oro refinado en fuego para que te hagas verdaderamente rico; vestiduras blancas para cubrirte y no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez, y pídemelo un colirio para los ojos y que puedas ver. Yo reprendo y corrijo a los que amo.

³⁸ Is. 49, 16: Yo te llevo grabada en las palmas de mis manos

³⁹ Jn.13, 23: Uno de sus discípulos, aquel que Jesús amaba, estaba recostado en el pecho de Jesús.

⁴⁰ Jn. 4, 9-10: La Mujer dijo Jesús: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana? [...] Jesús le respondió: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: «Dame de beber», tú le habrías pedido a él, y él te habría dado Agua Viva



Escribí este poema hace muchos años (quizás en el año 2000), **un viernes de la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús**. Recuerdo que estas líneas fueron fluyendo desde lo profundo de mi corazón, sin embargo, parecía estar hablando de otra persona que no era yo, pues no veía que el total de su contenido se aplicara a mi vida de ese momento. Pasaron los años, y me alejé bastante de Casa (de la fe en la que había crecido), fue una especie de período de oscuridad en la fe, aridez y lejanía. Luego de varios acontecimientos dolorosos en mi historia, regresé a la experiencia de fe que había dejado. En ese proceso de regreso a Casa, un día decidí renovar la alianza de amor con Dios que sentía yo había roto en el pasado.

Dice Dios: Yo la voy a seducir: la llevaré al desierto y le hablaré al corazón [...] Allí me responderá como en su juventud [...] Y aquel día ella me llamará «Esposo mío», y Yo quitaré de su boca los nombres de los Baales [otros amores, ídolos con los que fue infiel] (Os. 2, 14-15).

Quise hacerlo en una capilla, con un acto sencillo, bendiciendo un anillo que, a manera de signo, yo había mandado a hacer fundido con oro de un anillo que mi padre fallecido me había dado en mi infancia y ya no me quedaba (Lc.15); el anillo es en forma de mariposa con una silueta humana resucitada sobre la Cruz. Buscando textos y oraciones que fueran adecuadas para la ocasión, de repente me topé nuevamente con este poema que había escrito hace tantos años, olvidado en una vieja agenda. Con lágrimas en los ojos vi que describía perfectamente el camino que yo había recorrido en esos últimos años de mi vida. Decidí llevarlo conmigo y orar con este mismo texto en aquel sencillo acto de renovación. Fue **un viernes 15 de junio del 2012**, yo no escogí la fecha, simplemente fue el día que el sacerdote de mi parroquia tenía disponibilidad en su agenda, y que el anillo estuvo listo; ese día se celebraba



también la **Solemnidad del Corazón de Jesús** (viernes, después del segundo domingo de Pentecostés). Me sentí profundamente amada por Dios. Lágrimas de profundo agradecimiento, rodaron por mis mejillas al darme cuenta de que, muchos años atrás, yo había escrito este texto también en una **Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús**.

Ahora estoy segura que no fue casualidad, creo que esa era la fecha que Dios había elegido para mí, una fecha que traía a mi memoria aquellos dulces recuerdos de mi infancia cuando yo jugaba junto aquel cuadro del Sagrado Corazón de Jesús que estaba en el piso, en un rincón de la habitación de mi mamá: ese mismo cuadro del Corazón de Jesús al que, en mi infancia, cuando aprendí a leer y escribir, yo le hice un título con crayolas de colores y se lo puse encima, lo llamé: «*El Paraíso de la Felicidad*», tal era el gozo que me daba jugar allí en esos tiernos años de mi infancia.

Cuánto tiempo había pasado desde entonces... Cuánto me había alejado de aquel fuego del primer amor de infancia⁴¹... Y ahora, al volver, después de un largo tiempo lejos de Él, Dios ponía un «anillo» en mi dedo, como aconteció en aquella parábola del Padre Misericordioso y el hijo pródigo, ese hijo que un día decide volver a la casa de su Padre:

El Padre lo vio cuando aún estaba lejos sintió compasión y corrió a su encuentro [...] El Padre ordenó a sus sirvientes: «Vístanlo con la túnica más fina, pónganle **un anillo en su dedo**» (Lc. 15, 22)

Una Niñita de oro:

Al respecto, recientemente mi mamá me contó una historia sobre mí que yo desconocía y que es como la pieza que faltaba para darle sentido a todo esto:

Mi mamá me cuenta que yo nací justo durante una epidemia de *Tos Ferina* muy agresiva en toda esa zona y, en mi casa, todos mis cinco hermanitos estaban contagiados, pues, en esa época, todavía no se tenía acceso a una vacuna para esta enfermedad (al menos, en mi país). Mi mamá,

⁴¹ AP. 2, 4: Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor / 2 Tim. 1, 6: «Por lo cual te recuerdo que avives el fuego del don de dios en ti»

obviamente, estaba muy preocupada por mí, pues yo, tan pequeñita, era muy vulnerable, y la *Tos Ferina* es una enfermedad que usualmente resulta fatal en los recién nacidos y, mucho más, en esa época.

El asunto es que mi mamá, en la sencillez de su fe y religiosidad popular, «me ofreció» al Cristo (Señor de los Milagros) que tenía en la casa, prometiéndole viajar junto con mi papá a uno de sus santuarios (en Sucre), y llevarle una «**niñita de oro**» (como un pequeño dije, a manera de ofrenda), con tal de que Dios me protegiera de la epidemia... Y así fue... La epidemia pasó de largo y a mí no me tocó...

Meditando ahora en esta anécdota, pienso que Dios, a su manera, le devolvió a mi mamá su «**niñita de oro**», pero en su «oro refinado en Fuego» (Ap. 3, 18). Una *niñita de oro* refinado en el Fuego del Espíritu Santo, pues la fe cristiana es una experiencia de **encuentro** con el Espíritu del Resucitado que nos da otra vida, cual **nuevo nacimiento**.

Confieso que, mientras escribo esto, no puedo evitar que lágrimas de emoción rueden por mis mejillas, y mi cuerpo se estremezca conmovido al ver los detalles de Amor de Dios que acoge con infinita ternura aún nuestras oraciones imperfectas, porque, más allá de las formas, Él ve lo que realmente es importante: las intenciones puras de nuestro corazón... Y, en este caso, Él vio el corazón sencillo y humilde de mi mamá por encima de su forma de pedir «un favor» a Dios, un acto de devoción propio de su religiosidad popular, quizás cuestionable por algunos hoy⁴². Dios, que desborda en generosidad, siempre escucha y responde en abundancia más allá de lo que nosotros podamos imaginar...

Ni ojo vio, ni oído oyó, ni mente humana puede imaginar lo que Dios tiene preparado para los que le aman (1 Cor. 2, 9).

⁴² Ciertamente Dios no necesita que le llevemos cosas, Él es el dueño de todo, también de nuestras vidas, la ofrenda agradable a Dios es un corazón sincero... Y eso era precisamente lo que tenía mi mamá cuando hizo su súplica, y Dios lo recibió con infinita ternura, por eso creo que también, años más tarde, a su manera, Dios le devolvió su «niñita de oro» a ella: Una niñita de oro refinada en el Fuego del Espíritu Santo.

María



María

«No es bueno que el hombre esté solo; le haré una ayuda adecuada»
(Gén. 2, 18)

María:

¿Qué decir de ti?

¿Acaso solo tu nombre?

¿Quizás todos tus títulos?

Esclava:

*Así te llamaste
a ti misma,
y acogiste la Vida⁴³*

Reina:

*Así te proclamó,
después, la tierra
a ti rendida⁴⁴*

Madre:

*Así te reconocen
los que en la Cruz
recibiste por hijos⁴⁵*

Bienaventurada:

*Así te felicitan
a lo largo de los siglos...*

⁴³ Lc. 1, 26-38: Y María respondió al ángel: «He aquí la **esclava** del Señor, hágase en mí según su Palabra»

⁴⁴ Ap. 12: Apareció en el Cielo una gran señal: una mujer vestida del sol y con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza **una corona de doce estrellas** [...] Y Ella dio a luz un hijo varón que ha de regir todas la naciones con vara de hierro.

⁴⁵ Jn. 19, 26: En la Cruz: Cuando Jesús vio a su madre, y al discípulo a quien Él amaba, dijo a su madre: «*Mujer he ahí a tu hijo*». Después dijo al discípulo: «*he ahí a tu Madre*», desde aquella hora el discípulo se la llevó a su casa.

*Esclava, Reina,
Madre, Bienaventurada*⁴⁶

*¿Acaso existe un solo título
que encierre tu misterio?*

Sí...

*Aquel, quien es la Palabra misma,
nos lo dijo:*

«Mujer»⁴⁷

*Así te llamó
el Autor de la Vida,
el Creador que te soñó,
el Alfarero que moldeó
tu barro, tu arcilla*

*Mujer:
La verdaderamente libre,
la auténticamente fuerte,
la abierta a la Vida,
la realmente valiente,*

*la Mujer del principio,
la del fin de los tiempos,
la humana y real,
la de todos los pueblos...*

⁴⁶ Lc. 1, 39-56: Isabel, llena del Espíritu santo exclamó: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, ¿Quién soy yo para que venga a visitarme la Madre de mi Señor? [...] Y María dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador, porque ha mirado la humildad de su esclava. Desde ahora **me llamarán bienaventurada todas las generaciones** porque el poderoso ha hecho obras grandes por mi.

⁴⁷ En Bodas de Caná: «Mujer ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora»/En la hora de la Cruz: «Mujer he ahí a tu hijo» (Jn. 19)

*Mujer: ¡Nueva Eva!
La Ayuda Adecuada
del Nuevo Adán
en la Obra Redentora* ⁴⁸

*Su Compañera de Misión,
Co-autora de la historia...*

*Mujer...
¡Qué profundo
es tu misterio!*

*¿Qué más decir de ti,
si tú encarnas la Palabra?*

Mejor guardar silencio...

Bienaventurada Mano Frágil

Noviembre /2017



Podría contar aquí tantos episodios de mi vida donde María ha estado presente que realmente sería otro libro. Sin embargo, solo voy a referirme aquí a cómo surgió este poema titulado «*María*» y dedicado a Ella:

Fue en la víspera de la memoria de un reconocido intelectual Franciscano: *Fray Juan Duns Scoto*, quien en su tiempo hizo la defensa del cuarto dogma mariano de la «Inmaculada Concepción de María».

Recuerdo que yo llevaba varios días, quizás semanas, con una inquietud en mi corazón: escribirle un poema a María. Pero realmente no me decidía a hacerlo, no por falta de amor o voluntad, sino porque pensaba que sobre Ella ya se había escrito mucho, de forma muy bella y profunda. ¿Qué más podría decir yo de Ella?

⁴⁸ Gén. 2, 18: «No es bueno que el hombre esté solo; le haré una ayuda adecuada»

Pero este deseo ardiente en mi corazón no me daba tregua ni descanso... Así que esa noche, cuando ya me disponía a dormir, nuevamente este impulso que me empujaba a escribir me hizo levantar de mi cama... Busqué mi computador, y recuerdo que, por primer vez, frente a la hoja en blanco de mi ordenador yo no sabía qué decir; usualmente, cuando escribo poemas, estos fluyen naturalmente fruto del impulso irresistible que les da vida...

Pero esta vez era diferente, un silencio interior me inundaba, aunque el impulso irresistible ciertamente estaba allí, empujándome de nuevo a aplazar mi hora de dormir para atender su requerimiento inoportuno que no respeta horarios: Creo que Dios es como ese «amigo inoportuno» que toca a tu puerta a las horas más inesperadas ¿Cómo, entonces, no levantarse y darle aquello que pide con tanta urgencia?

Les dijo Jesús: Si uno de ustedes tiene un amigo y, acudiendo a él a medianoche, le dice: «Amigo, préstame tres panes, porque ha llegado de viaje a mi casa un amigo mío y no tengo qué ofrecerle», y aquél, desde dentro, le responde: «No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados; no puedo levantarme a dártelos», les aseguro, que si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos se levantará por su importunidad, y le dará cuanto necesite (Lc. 11, 1-13).

Volví entonces mis ojos hacia el cirio pascual de la pasada Semana Santa que tenía en mi cuarto y que estaba decorado con una paloma como símbolo del Espíritu Santo. Pedí entonces la asistencia del Santo Espíritu. Recuerdo que le dije algo así: «*Ella es tu Esposa, eres quien mejor la conoce ¿Qué más quieres que diga de Ella?*»

Y allí, entonces, se liberó el dique que parecía contener una catarata imparable de aguas que fluyen sin anticipar a donde llegarán... Yo, dócilmente, me dejé llevar... Cada línea que fluía me hacia contemplar una dimensión del rol de María en la historia de la salvación y, al mismo tiempo, contemplar en Ella nuestro propio rol en esa misma historia: Todo lo que acontece en Ella es lo que ha de acontecer en nosotros... Y todo lo que se proclame de Ella ha de decirse de nosotros también.

En el ambiente académico en el cual trabajo, hay dos roles definidos y bien diferenciados en los proyectos de investigación: el investigador principal y el co-investigador. Así entonces, en la mayoría de estos procesos, uno solo es el investigador principal, quien es el autor y dueño del proyecto, pero este decide acompañarse de otros a quienes invita a participar como co-investigadores de su proyecto.

Pienso que, así también, en María, Dios ha querido invitarnos a participar de su proyecto en la historia de salvación de humanidad, de su nueva creación. Ciertamente, uno solo es el Redentor: Cristo Jesús, el Nuevo Adán de la nueva creación... Pero Dios también ha querido que este Nuevo Adán tenga su *ayuda adecuada* para este proyecto creador: la Nueva Eva en la figura de María, signo de la Esposa de Cristo: la Iglesia, nosotros (Gén 2, 18).

En tiempos en que nuevas formas de feminismo emergen en el siglo XXI, cuando la mujer reclama la reivindicación de su papel en la historia y, contrario a lo que algunas de esas narrativas señalan de María, Ella es la síntesis de la Mujer (de la humanidad) auténticamente libre de sí misma para donarse, por eso se llama así misma esclava; fecunda para dar vida en todas las formas, por eso es Madre; auténticamente fuerte para servir sin protagonismos ni competencias con el Hombre, su compañero de historia, por eso Ella es reina y comparte su reinado de servicio desde «un lugar propio y distinto», junto a Él.

Entonces Jesús salió, con la corona de espinas y el manto de púrpura, y Pilato, mostrándoles a Jesús, les dijo: «¡He aquí al **Hombre!**» (Jn. 19, 4-5).

Junto a la Cruz de Jesús estaba su madre (Jn 19, 25). / «De pie a tu derecha esta la reina» (Salmo 44) / Si sufrimos con Él, también reinaremos con Él (2 Tim. 2, 12).

No se trata de una mera colaboración donde simplemente se aporta algo, sino de auténtica «Comunión» con Él, donde nos vaciamos enteramente para recibirnos todo de Él, para hacernos uno solo con el Esposo de nuestra alma. Por eso Dios ha querido usar el signo de una boda para ayudarnos a

comprender la profundidad de su Alianza de Amor con la humanidad, sellada con su sangre en el árbol de la Cruz.

María es la **Nueva Eva** en la que se restaura la imagen original que Dios quiso para la Mujer (representación de la humanidad), pero que se halla desfigurada en la humanidad caída (ese mundo que rechaza el Plan de Vida abundante al que Dios le llamó desde el principio). Pero Dios nos presenta una nueva versión: En el Edén: un árbol, el primer Adán y la primera Eva fallaron. En el Calvario: otro árbol (el madero de la Cruz), un Nuevo Adán (Cristo Jesús), y una Nueva Eva (María, signo de la Iglesia), inauguran una nueva creación.

María es la Mujer del fin de los tiempos (el fin de los tiempos no es el fin del mundo, sino cuando Cristo, encarnado en el vientre de María, entra en la historia, no para acabar con el mundo de su creación, sino para llevarlo a su plenitud en una nueva etapa); porque la Mujer del fin de los tiempos es la Iglesia, la Esposa de Cristo, de la cual María es figura, signo de la humanidad redimida en la que Dios restaura la imagen de los hijos de Dios: los bienaventurados.

Dios nos llama a participar de su Obra Redentora y creadora. María, la «Mujer», es signo de esa humanidad a la que Dios, en su misericordia, ha querido llamar a participar libremente de la Gran Obra de Redención. A participar de la Nueva Creación. A ser la «**ayuda adecuada**» del Redentor, co-equiperos: «**No es bueno que el hombre esté solo, le haré una ayuda adecuada**» (Gén 2, 18). María, la Mujer, Nueva Eva, es la ayuda adecuada del Nuevo Adán, de Cristo, en la Gran Obra de la Redención... Ella, la Mujer, es signo de cada uno de nosotros, nuestra comunidad de fe, de la Iglesia, la Madre y Esposa de Cristo que gesta en su vientre nuevos hijos de Dios, y que sigue participando de la Gran Obra de Redención del mundo de ayer, de hoy y de mañana...

Y el hombre dijo: Esta sí es hueso de mis huesos, y carne de mi carne (Gn. 2, 23).

Ustedes son el Cuerpo de Cristo (1 Cor., 12, 27).

San Pablo: «Suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 24).

Os exhorto hermanos a presentar vuestros cuerpos como Hostia viva, santa y agradable a Dios (Rom. 12, 1)

Jesús: «esto es mi Cuerpo que por vosotros es partido: **haced esto en memoria mía** » (1Cor. 11, 23-24/Lc. 22, 19)

Así, he comprendido que los dogmas de fe referidos a la figura de María (asunción de María, inmaculada concepción, entre otros) **se refieren a nosotros**, a lo que acontece en la Iglesia: Cuerpo y Esposa de Cristo, de la cual María, la «Mujer», es signo y figura. Porque Dios no escribe la historia de Salvación solo, la escribe con nosotros: Participamos con Él en la Obra de Redención en ese tiempo particular y concreto de la historia en el cual nos llamó a vivir.

Cuando yo terminé de escribir este poema a María, era ya de madrugada. Finalicé el poema con estas palabras que sintetizan lo que viví esa noche:

*Mujer...
¡Qué profundo
es tu misterio!*

*¿Qué más decir de ti,
si tú encarnas la Palabra?*

Mejor guardar silencio...

Y es yo me sentía inundada por ese silencio del principio frente a mi hoja en blanco, pero ahora era **un silencio distinto**: era el silencio de quien guarda insondables misterios meditándolos en su corazón...

María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón (Lc. 2, 19).

Para mí fue una gran sorpresa cuando luego me enteré que, para estas fechas en que escribí este poema, estábamos celebrando en la Iglesia la memoria de **Fray Juan Duns Scoto**, defensor del cuarto dogma mariano de la «Inmaculada concepción de María»⁴⁹...

⁴⁹ Si es necesario proclamar algo más de la figura de María (y de nosotros en Ella), eso solo lo decide el **Magisterio de la Iglesia**, madre y maestra guiada por el Espíritu Santo (Hch. 15, 28). Mientras tanto, como María, guardemos estos misterios meditándolos en nuestro corazón...

José



José

*José
Tú aún no entendías,⁵⁰
el misterio que en María
vivía y crecía...*

*Y aunque temías,
ese Dios de Ella, el mismo tuyo,
te conocía y en ti creía...*

*Aprendiste con Ella
a gestar ese sueño
amoroso de Dios...
Aprendiste a creer con María
que todo es posible
si lo crea el Amor...*

*Tus miedos dejaste vencer...
Tu fe dejaste crecer...*

*Te hiciste refugio y amparo,
ternura, apoyo y sostén,
varón justo por Dios soñado,
su fiel abrazo para la Mujer*

*Y te dejaste por Ella enseñar...
Y te dejaste por Dios tocar...
Y en alas de un Sueño,⁵¹
de la mano con Ella,
empezaste a volar...*

⁵⁰ Mt. 1, 19: Su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió dejarla en secreto

⁵¹ Mt. 1, 20-21: El Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo».

*José:
Silencio elocuente,
escucha y acción,
entrega paciente,
riesgo y decisión:*

*Corres aprisa por la noche
con María y con el Niño,
¡Perseguidos por Herodes,
extranjeros en Egipto!⁵²*

*José:
¡El eterno centinela
de la Casa de David!⁵³
Que despiertas de tu sueño
para nunca más dormir ⁵⁴*

*Fiel y firme
sigues en tu empeño,
ya nada puede
hacerte desistir:*

*La Semilla del Reino
en tus pequeños
¡hay que cuidarla de morir!*

⁵² Mt. 2, 13-18: El ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su Madre, y huye a Egipto. Quédate allá hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo». José se levantó, y esa misma noche tomó al niño y a su madre y partió a Egipto

⁵³ Ez. 33, 1-7: Cuando el centinela ve que los ejércitos enemigos se acercan al país, toca la trompeta y previene a la gente... A ti, hombre, yo te he puesto como centinela del pueblo de Israel. / Gen. 4, 9: El Señor dijo a Caín: «¿Dónde está tu hermano Abel? Y él respondió: «No sé. ¿Acaso soy yo guardián de mi hermano?»

⁵⁴ Mt. 1, 24: Despertado José del sueño, hizo como el Ángel del Señor le había mandado. / Mt. 26, 38-40: Jesús les dice: «Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo...Al volver donde los discípulos los encuentra dormidos; y dice a Pedro: «¿No habéis podido velar una hora conmigo?»

*José
De Cristo en los terrenos del mundo,
de Cristo en mí, de Cristo en todos,
el Sembrador te hizo custodio
cuando puso en ti sus ojos*

*Hoy nuevos peligros
amenazan a tus hijos,
se alzan fuerte los Herodes,⁵⁵
amenazan los espinos⁵⁶*

*Cuida atento la Semilla
de la Iglesia peregrina,
hoy José que fiel cobijas,
como ayer, a tu familia*

*Cristo entonces, cual Semilla,
en nosotros crecerá,
madurando en nuestra vida
en Espíritu y Verdad⁵⁷*

*Cristo, como ayer,
manso y fuerte
en este tiempo y lugar,
obediente al Amor
hasta la muerte,
dando Vida una vez más...*

Bienaventurada Mano Frágil

Febrero 26 /2018

⁵⁵ Mt. 2, 16: Herodes se llenó de ira y mandó matar a todos los niños menores de dos años que vivían en Belén y sus alrededores

⁵⁶ Mt. 13, 3-9: He aquí, el Sembrador salió a sembrar; y al sembrar, parte de la semilla cayó junto al camino, y vinieron las aves y se la comieron [...] Otra parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron y la ahogaron.

⁵⁷ Lc. 2, 41-52: Jesús regresó con sus padres a Nazaret y vivía sujeto a ellos. Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres



¿Cómo nació este poema a San José?

Con vergüenza debo admitir que yo no solía reflexionar sobre San José, ni sobre su papel en la historia de salvación de la humanidad. Su figura apenas apareció en mis pensamientos de manera muy superficial cuando hace muchos años atrás, siendo una adolescente, le describía a Dios el tipo de pareja que yo quería para mí y para mis queridas amigas. Recuerdo que solía decirle a Dios que nos enviara, a cada una de nosotras, un «San José»: un hombre capaz de amar a Dios y a su esposa como este justo varón los amó.

Debo admitir que, en esos años posteriores, yo no tuve mucho éxito hallando ese «*San José*», pero creo algunas de mis amigas sí, me alegro mucho por ellas (una sonrisa surge en mis labios al recordar está anécdota); sin embargo, en medio de los acontecimientos dolorosos de mi vida, la figura de San José se manifestó de una manera muy particular que me llevó a comprender más profundamente su verdadero sentido y el papel del «*signo de José*», no solo en mi vida, sino en la historia de la humanidad. Así, yo fui descubriendo a un José discreto y silencioso, pero no por ello menos importante, que me protegía en el anonimato. Esta ha sido la manera humilde, casi desapercibida, de San José manifestarse en mi historia personal:

Ocurrió años atrás, en mi proceso de retorno a «casa» donde, luego de estar muchos años alejada de la Iglesia Católica en la que crecí junto a mi familia, retorné al seno de esta comunidad de fe de la mano de José y María. Fue en una pequeña parroquia que *no tenía templo material* (estaban en proyecto de construirlo), por eso, era apenas una capilla que, provisionalmente, habían organizado *en el sótano* de un edificio de apartamentos, cerca del lugar a donde llegué a vivir cuando me instalé en la ciudad de Medellín: la *Parroquia San José de Nazaret*. Allí viví esa primera etapa de retorno, luego de una larga noche existencial.

Durante ese tiempo ahí, comprendí que Dios también tenía un proyecto conmigo: hacer de mí un templo vivo a imagen de su Hijo amado Jesús que es el verdadero templo. Porque no somos nosotros los que le construimos un templo a Dios, es Dios mismo quien se construye un templo para vivir en nuestro corazón. Dios está recreándonos a imagen de su Hijo Amado Jesús, quien es templo vivo de Dios:

David tuvo mucho interés en construir un templo en honor del Señor, Dios de Israel, pero el Señor le dijo: «Me agrada que te hayas interesado en construir un templo en mi honor. Sin embargo, no serás tú quien me lo construya, sino un hijo de tus entrañas; él será quien construya el templo» (2 Cro. 4, 7-9/1 Reyes 8, 19) .

Si el Señor no construye la casa en vano se cansan los albañiles (Salmo 126, 1)

Y, en ese proceso, también fui comprendiendo que son muchos los peligros que amenazan con hacernos *abortar el Plan de Dios para nosotros*, son múltiples las situaciones que atentan con estropear el «Proyecto» que Dios está construyendo en nuestra vida, que es *hacer crecer y madurar a su Hijo Amado en nosotros*, construir en nuestro corazón un *templo vivo* que le adore en Espíritu y verdad:

A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de Su Hijo (Rom. 8, 29)

Acérquense, pues, al Señor, la Piedra Viva, rechazada por los hombres pero elegida y preciosa a los ojos de Dios. De esta manera, Dios también hará de ustedes, como de piedras vivas, un templo espiritual, un sacerdocio santo, que por medio de Jesucristo ofrezca sacrificios espirituales agradables a Dios" (1 Pedro 2, 4-5)

Los planes que tengo para ustedes, declara el Señor, son planes de bienestar y no de calamidad, para darles un futuro y una esperanza (Jer. 29, 11)

Jesús le dijo: «Créeme, mujer: llega la hora en que ustedes adorarán al Padre, pero ya no será "en este cerro" o "en Jerusalén" [...] Pero llega la hora, y ya estamos en ella, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. [...] Dios es espíritu, y los que lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad.» (Jn. 4, 21-24)

Como semilla, Jesús, Palabra creadora que se encarna en nuestra historia, ha sido plantada por Dios en nuestro corazón, pero corre el peligro de no llegar a crecer y madurar en nosotros:

Una vez salió un sembrador a sembrar. Y sucedió que, al sembrar, una parte cayó a lo largo del camino... **Otra parte cayó entre espinos; crecieron los espinos y la ahogaron, y no dio fruto...** Jesús explicó: Los sembrados entre los espinos, son los que han oído la Palabra, pero las preocupaciones de este mundo y la seducción de las riquezas, ahogan la Palabra y su fruto no madura (Fragmentos de la parábola del sembrador: Mc. 4, 1-20).

Por eso, Dios nos regala la figura de San José, como *signo del custodio*, del centinela, del guardián necesario para cuidar que Cristo madure en cada uno de nosotros. A José, Dios le encargó la gran responsabilidad de «custodiar a Jesús» en el tiempo más frágil y vulnerable de su vida en este mundo; y ese mismo José, que respondió sin tardanza, continúa hoy haciendo su tarea con cada uno de nosotros:

El Ángel del Señor se aparece en sueños a José y le dice: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y quédate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes está buscando al niño para matarle. **José se levantó y esa misma noche tomó al niño y a su madre, y partió para Egipto**, donde permaneció hasta la muerte de Herodes.» (Mt. 2,13-18)

Cuando el centinela ve que los ejércitos enemigos se acercan al país, toca la trompeta y previene a la gente. A ti, hombre, yo te he puesto como centinela del pueblo de Israel (Ez. 33, 1-7)

Pude comprender que José, silencioso, pero atento, había estado también cumpliendo su tarea en mi vida y en mi historia: velar y «custodiar a Jesús», que frágil y vulnerable, ha estado creciendo en mí. El texto Sagrado dice que Jesús adolescente un día se le perdió a su madre María y a José, y que ellos angustiados lo buscaron durante tres días hasta que lo hallaron. El texto nos cuenta que Jesús volvió con San José y la Virgen María a su casa en Nazaret donde vivió obedeciéndoles en todo y así fue creciendo en gracia: *«Jesús regresó con sus padres a Nazaret y vivía sujeto a ellos. Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia*

delante de Dios y de los hombres» (Lc. 2, 41-52). He ahí al *Rey del universo* sometido humildemente⁵⁸ en obediencia a la limitada autoridad humana, a través de la cual Dios Padre ha querido manifestar su Voluntad⁵⁹.

Comprendí que María y José también a mí me buscaban (Lc. 2, 41) y, cuando me hallaron, me llevaron de regreso a «Casa» (a Dios); María y José me ayudaron a crecer en la obediencia a los principios de vida que Dios me entregaba a través de esa familia en la fe que llamamos Iglesia.

«Obediencia», una virtud, que hasta entonces, era difícil para mí, por mi carácter y pensamiento crítico que todo lo cuestionaba, incluso a Dios. Y no es que esté mal tener un sentido crítico, Jesús ciertamente se mostró así frente a todas las estructuras opresivas del contexto socio-cultural de su época y nos llama también a nosotros a hacer resistencia frente a lo que tampoco está bien en nuestro tiempo, pero el asunto, en mi caso, es que mi rebeldía interior en esa época estaba orientada en la dirección equivocada. Al volver a «Casa» (a Dios) de la mano de María y San José, yo también empecé a «crecer» en gracia para alcanzar esa estatura de hombre maduro como Cristo, de la que habla San Pablo:

Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, **a la condición de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo**; Para que ya no seamos niños, sacudidos por las olas y llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina, por la astucia de los hombres, por las artimañas engañosas del error; sino que hablando la verdad en amor, crezcamos en todos los aspectos en aquel que es la Cabeza, es decir, Cristo (Ef. 4, 11-15)

Yo, hermanos, no pude hablarles entonces como a gente madura espiritualmente, sino como a personas débiles, **como a niños en cuanto a las cosas de Cristo**. Les di una enseñanza sencilla, igual que a un niño de pecho se le da leche en vez de alimento sólido,

⁵⁸ Mt. 11, 29: «Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón»

⁵⁹ Mt. 16, 13-20: Entonces Jesús dijo a Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los Cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los Cielos».

porque ustedes todavía no podían digerir la comida fuerte (Cor. 3, 1-4)

Y al volver a «Casa», en la escuela de obediencia de José y María, Jesús, la Palabra de Dios que se hace carne en mi historia, comenzó a crecer y madurar en mi vida, para ir haciendo de mí también una *hija amada de Dios Padre*: «*a cuantos le recibieron, a todos aquellos que creen en su nombre, les dio poder para llegar a ser hijos de Dios*» (Jn. 1,12-13).

El Evangelio nos dice que al tercer día lo encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros de la ley (Lc. 2, 46-47). Ese tercer día es el tiempo en que Dios, actuando amorosamente, ha cambiado el curso de nuestra historia. Porque, finalmente, cuando hallamos a Dios, nos hallamos a nosotros mismos. Es allí donde, ciertamente, tomamos conciencia de cuán perdidos estábamos, *incluso de nosotros mismos*:

Venid, volvamos al Señor. Pues Él nos ha desgarrado, y nos sanará; nos ha herido, y nos vendará. Nos dará vida después de dos días, **al tercer día** nos levantará y viviremos delante de Él (Oseas 6, 1-2).

Al tercer día lo hallaron en el Templo, sentado en medio de los maestros de la Ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían quedaban asombrados de su inteligencia y de sus respuestas (Lc. 2, 46-47).

¡Ay de ustedes doctores, intérpretes de la ley porque se han apoderado de la llave de la ciencia! No han entrado ustedes, y a los que quieren entrar se lo impiden (Lc.11, 52)

El sueño de José:



Esta foto de José dormido y un ángel, la tomé durante mi visita a Tierra Santa (2014); contemplarla me ayudó mucho a entender aspectos muy significativos de este Camino de fe que, con ojos sorprendidos, he ido viviendo. Al respecto, pienso que Dios, no solo nos despierta, sino que también nos cambia nuestros sueños limitados por otros más grades que ni siquiera imaginamos: *«Ni ojo vio, ni oído oyó, mi mente humana jamás ha imaginado lo que Dios tiene preparado par los que le aman»* (Cor. 2, 9). Y en ese proceso, todos, como José, en algún momento de nuestra vida también necesitamos de un «Gabriel» (el ángel o mensajero de la Anunciación), es decir, todos necesitamos de alguien que como un ángel, llegue hasta allí donde estamos «dormidos», **irrupa en nuestro sueño**, y nos ayude a despertar para ver, en el misterio de lo que acontece en nuestro interior o en la vida de los otros, **«la mano de Dios actuando»**, y así no temer a lo que no comprendemos, simplemente porque no encaja en nuestras lógicas o en lo que consideramos que es la forma como debería ser:

María, estaba comprometida con José y, cuando todavía no habían vivido juntos, concibió un hijo por obra del Espíritu Santo. José, que era un hombre justo y no quería denunciarla públicamente, resolvió abandonarla en secreto. Mientras

pensaba en esto, el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, **porque lo que ha sido engendrado en ella proviene del Espíritu Santo**. Ella dará a luz un hijo, a quien pondrás el nombre de Jesús, porque él salvará a su Pueblo de todos sus pecados»... Al despertar, José hizo lo que el Ángel del Señor le había ordenado: llevó a María a su casa (Mt 1, 18-24)

«*Lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo*»: La Escritura destaca el en José que era un hombre «justo», es decir, era un hombre que se esforzaba por serle fiel a Dios: «*El Justo por su fe vivirá*» (*Habacuc 2, 4*). Sin embargo, al principio José también tuvo dificultades para recibir lo que Dios le enviaba a través de María. Y es que la apertura a recibir lo que nos viene de Dios en forma poco convencional, no depende de que tan buenos seamos. Pues, como José, para muchos de nosotros tampoco es fácil asimilar, desde nuestra lógica natural, ciertas experiencias de fe que, cuando acontecen, suelen movernos ese piso conceptual donde tradicionalmente nos hemos parado, y desde el cual interpretamos la vida.

En el evangelio de San Mateo (Mt. 1,1-17) cuando se narra la genealogía de Jesús (sus antepasados humanos en la historia del pueblo de Israel), se mencionan cada uno de los hombres que engendraron a los otros hasta llegar en línea directa a José, y allí entonces, ya no hablan de que Jesús haya sido engendrado por José, sino que el texto dice que José es el esposo de María de quien nació Jesús. Y aquí, algunos se enfrascan en una discusión que se limita al plano meramente natural, y optan por negar este «*signo de José*» que le es problemático a sus esquemas lógicos y naturales, y al negarlo o ignorarlo, *pierden de vista el mensaje relevante del texto, el propósito del «signo de José»*.

En las Sagradas Escrituras, no hay nada escrito por casualidad o por simple capricho humano, en fe sabemos que detrás de cada línea está la mano del verdadero Autor: el Espíritu de Dios que ha permitido que este mensaje llegue hasta nosotros. Por eso, pienso que esto escrito allí sobre el tipo de participación de José en el Plan de Dios y que destaca que José no es el padre natural de Jesús (Lc. 1, 34), es «signo» de una realidad mucho más profunda que nos quiere

hacer comprender que la Obra de Cristo en nosotros no es producto de una iniciativa o «esfuerzo humano»:

A todos los que lo recibieron, a quienes creen en su nombre, les dio poder de llegar a ser hijos de Dios. **Estos no nacieron de sangre, ni por voluntad de carne, ni por voluntad de hombre, sino de Dios.** (Jn. 1, 9-14)

Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no protege la ciudad, en vano vigila el centinela. En vano te levantas tan temprano y te acuestas tan tarde, y con tanto sudor comes tu pan; **Él lo da a sus amigos mientras duermen.** (Sal. 127)

José, ciertamente aparece en las Escrituras «durmiendo», y solo, cuando es despertado por aquel ángel o mensajero que irrumpe en sus sueños, se levanta para desempeñar el rol que Dios le ha confiado de guardián y centinela, ante la situación de peligro que amenaza el proyecto de Dios. Porque a partir de allí, los sueños de José han sido cambiados por el «Sueño de Dios»; José generosamente abraza ese nuevo Sueño que Dios le propone, el mismo Sueño compartido ahora con María. Entonces, el «*signo de José*» nos enseña que la Obra la hace Dios, Él es quien construye el verdadero templo (Cristo), como se lo expresa el mismo Dios al Rey David cuando quería construirle un templo (texto que se lee en la solemnidad de San José):

El Señor le dijo: «Me agrada que te hayas interesado en construir un templo en mi honor. **Sin embargo, no serás tú quien me lo construya**» (2 Cro. 4, 7-9/1 Reyes 8, 19). /Si el Señor no construye la casa en vano se cansan los albañiles (Salmo 126, 1)

La Obra de Cristo en nosotros, es decir, ese Hijo engendrado en nuestro ser por el Espíritu de Dios, su gestación en las entrañas de nuestro corazón que es el verdadero templo, **lo único que requiere es nuestra apertura a dejar que Dios actúe en nosotros**; ese es precisamente el «*signo de María*» que le dice «sí» al proyecto que Dios le propone, pues Dios respeta nuestra libertad y humildemente pide nuestra colaboración para continuar su creación en nosotros. El «**signo de José**», por su parte, tiene otro sentido muy particular en la historia de

salvación de la humanidad, pues también nosotros, en ese otro «*nacimiento a la fe*», no hemos sido concebidos en un «*nivel natural*» por voluntad de padres humanos, sino que hemos sido engendrados por el Espíritu Santo que sigue fecundando a la «Mujer» que, prefigurada en María, es la «Iglesia», es decir, esa comunidad cristiana que se constituye en nuestra familia de fe, en Madre que sigue gestando hijos en la fe:

Mas a todos los que lo recibieron, a quienes creen en su nombre, les dio poder de llegar a ser hijos de Dios. Estos no nacieron de sangre, ni por voluntad de carne, ni por voluntad de hombre, sino de Dios (Jn. 1, 9-14).

Así se lo señala Jesús a Nicodemo cuando este fue a buscarlo en «la noche», esa noche que representaba el estado de oscuridad de su limitado conocimiento y razonamiento en el que no hallaba respuestas para su búsqueda existencial:

Jesús dijo a Nicodemo: en verdad te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios. Nicodemo le dijo: **¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?** Respondió Jesús: en verdad te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. **Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es.** No te extrañes de que te haya dicho: es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu. Nicodemo volvió a preguntarle: ¿Cómo puede hacerse esto? Respondió Jesús: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto? En verdad te digo, que nosotros hablamos de lo que sabemos, y damos testimonio de lo que hemos visto, pero ustedes no aceptan nuestro testimonio. Si ustedes no creen cuando les hablo de cosas de la tierra, ¿cómo van a creer si les hablo de cosas del Cielo? (Jn. 3, 1-12)

«*No temas llevarte a María a tu casa*», eso dijo el ángel a José, y creo que hoy también nos lo vuelve a decir a nosotros: No temas recibir en tu corazón lo que Dios ha querido entregarte de la mano de otros, no abandones silencioso esa experiencia profunda y salvadora de la cual Dios ha que querido que participes. Todos necesitamos de alguien que, como un ángel mensajero de Dios, nos *despierte* de nuestro

sueño y nos acompañe en nuestra misión de «**custodios**» los unos de los otros, que nos haga levantar para que ayudemos a proteger a Cristo, «aún vulnerable», que está creciendo (aunque sea en una forma que quizás no comprendamos) en la vida de esa persona que camina a nuestro lado, compartiendo historia con nosotros; para que le ayudemos a enfrentar tantas amenazas que hoy también, intentan apagar su llama y acabar en ella, el hermoso Proyecto que Dios está creando:

El Ángel del Señor se aparece en sueños a José y le dice: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y quédate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes está buscando al niño para matarle» (Mt. 2, 13)

Este es mi Siervo, a quien sostengo, mi elegido, en quien me complazco. No acabará de romper la caña quebrada, **ni apagará la mecha que arde débilmente** (Is. 42, 43)

Viene la hora cuando cualquiera que les mate, pensará que así rinde un servicio a Dios (Jn. 16, 2)

Ciertamente, la segunda vez que un ángel (significa mensajero) **vuelve a despertar a José**, es para advertirle del peligro que amenaza sobre el niño encargado a su custodia y, por eso, José se levanta en la noche para huir del peligro con María y con el niño. José protege no solo al niño, sino también a su madre: María es signo y figura de la Iglesia como comunidad de fe que continúa su rol de madre de nuevos cristianos que, a lo largo de la historia, el Espíritu Santo de Dios sigue gestando en ella:

Apareció en el Cielo una gran señal: una mujer vestida del sol y con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando encinta, gritaba con dolores de parto y sufría angustia por dar a luz. Y apareció otra señal en el cielo: un gran dragón rojo [...] El dragón se puso furioso contra la Mujer, y fue a pelear contra el resto de los hijos de Ella, es decir, quienes obedecen los mandamientos de Dios y se mantienen fieles al mensaje de Jesús (Ap. 12, 1-16).

También nosotros, como José, en medio de la noche de nuestras confusiones, cuando aún no comprendemos con claridad lo que acontece en nuestra historia, necesitamos despertar, estar alertas y vigilantes para que Cristo, semilla

del Reino sembrada en el terreno de nuestra vida y en la vida de nuestros hermanos, no sea ahogada por los espinos (situaciones de este mundo) que nos amenazan. Igual que en la noche de Navidad, hay que estar atentos como los pastores que vigilaban, y eran los únicos despiertos mientras que el resto de mundo dormía enajenado en sus distracciones y no se percataba del acontecimiento más grande que Dios les regalaba en la presencia de un niño vulnerable: «*Había pastores en aquella región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño*» (Lc. 2, 8).

El signo de la figura de José, es el signo del custodio, del **centinela**, del guardián, que atento vigila en medio de la noche y protege del peligro. A semejanza de José, nosotros también somos guardianes o custodios, primeramente de Cristo en nosotros, luego somos custodios de Cristo en los hermanos que nos rodean, y también somos custodios de Cristo en el mundo. Y no podemos, como Caín, desentendernos en esa responsabilidad: «*Entonces el Señor dijo a Caín: ¿Dónde está tu hermano Abel? Y él respondió: No sé. ¿Acaso soy yo guardián de mi hermano?*» (Gen. 4, 9). Sí... somos guardianes o custodios de nuestros hermanos, de Cristo en ellos, y de Cristo en nosotros:

Si un país esta en guerra, la gente del país toma a un hombre de entre ellos y lo ponen de **centinela**, y cuando éste ve venir el peligro sobre el país, toca la trompeta y advierte al pueblo [...] **A ti, hijo de hombre, te he puesto como centinela para la casa de Israel**, apenas oigas que una Palabra sale de mi boca, tendrás que advertírselo de mi parte (Ez. 33, 1-7)

Hay tantos peligros en el mundo de hoy y también en nuestro interior que, como espinos, amenazan con ahogar la semilla de Cristo que Dios ha sembrado en nosotros (Mc. 4, 1-20); son tantas las situaciones y circunstancias de la sociedad en la que vivimos que hacen peligrar que Cristo crezca y madure en nosotros. Son muchos los enemigos de este proyecto de Dios, de su Sueño sobre la humanidad, que se levantan como nuevos Herodes a lo largo de todos los tiempos. Son tan astutos y sutiles como la serpiente, los lenguajes y discursos que circulan, las nuevas ideologías

disfrazadas de bien y belleza que atentan con apagar la llama de la fe que aún arde en el mundo...

Por eso, mi plegaria adolescente sobre San José ha cambiado totalmente y, ahora, cuando hago mi oración a Dios pidiéndole la intervención de San José en mi historia, digo:

*San José, custodio de la Iglesia, custodia a Jesús en mí: Acompáñame en mi caminar por este mundo, que nada «ahogue» a Jesús en mi vida, que nada le impida crecer y madurar en mí... José, como tú quiero aprender a ser custodio de Cristo en mí, en mis hermanos, en la humanidad, cuidando **que no se apague la llama de la fe en el mundo**⁶⁰, que no muera la Semilla del Reino sembrada en los terrenos de este tiempo, sembrada en la tierra de nuestros corazones...*

«José, el eterno centinela de la Casa de David, que despiertas de tu sueño para nunca más dormir...»

Bienaventurada Mano Frágil

⁶⁰ Recuerdo aquí lo que André Frossard (un ateo que se volvió cristiano) escribió al relatar su conversión y su agradecimiento a las ancianas devotas: «Las miraba, agarradas a sus reclinatorios como a una escala de Jacob en miniatura, y me decía que, tal vez, debía a la fidelidad mantenida de edad en edad por tantas ancianas como ellas, el haber encontrado, en la hora señalada, una religión intacta. Un gran arranque de gratitud me llevaba hacia ellas y hacia todos aquellos que habían guardado la fe... La idea de que la religión habría podido desaparecer de la superficie de la tierra antes de mi llegada, me daba el escalofrío de los terrores retrospectivos» (Frossard, en su libro: *Dios existe, yo me lo encontré*)



Ver

Maestro, ¿dónde vives?

Ven y verás

Ver

Allí estabas...

*Extendiste tu mano hambrienta de justicia⁶¹
Me miraste con tus ojos sedientos
de que, por fin, te viera...*

*Yo tuve miedo de mirarte,
tuve miedo de tocarte,
tuve miedo de encontrarme
con mi propia miseria...*

*Allí sigues...
Día tras día... Año tras año...
Tu presencia mendicante
se ha vuelto paisaje
en esta jungla de concreto...*

*Pero yo ya no puedo ignorarte
¿Acaso puedo seguir de largo indiferente?
Me atraviesa un dolor punzante...
Algo en mí ha cambiado para siempre...*

*Allí estás...
Mis ojos se han abierto
y, entonces, por fin «te veo»:*

Señor, ¡qué humilde es tu templo!

*Dios bajo la piel y rostro de aquel
que mis baratijas mendigó
y, sin embargo, «me vio a mí primero»*



⁶¹ Mt. 25, 31-40: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos inmigrante y te recibimos, o sin ropa y te vestimos?» [...] El Rey (Cristo) responderá: «De verdad les digo que, cuando lo hicieron con alguno de mis hermanos más necesitados, fue conmigo que lo hicieron».

*¡Oh, Dios y Rey al que mi alma,
aún ciega, busca y sigue!*

*¿Cómo adorarte allí,
si es de barro y ceniza
la casa en que vives?*

Allí siempre estarás...
Pero ahora,
allí, yo contigo

Bienaventurada Mano Frágil

Octubre 18 /2017



¿Como nace este poema «Ver»?

Un día, en el centro de la ciudad de Medellín, subí a un autobús y me senté junto a la ventana. En la calle de la zona donde estaba, había algunos indigentes, mendigos jugándose la vida entre los carros en busca de unas pocas monedas. Como la mayoría de la gente para quienes esta escena se ha vuelto algo «normal», «natural», algo así como «parte del paisaje» urbano, yo también permanecía pasiva en mi asiento de «espectadora». De repente, cerca de mi ventana, pasó un mendigo muy sucio, su mirada perdida reflejaba su frágil estado de demencia... Yo lo observé, pero mi mirada «esta vez no pudo pasar de largo». Escuché en mi corazón esa voz de Dios ya conocida por mi alma. Sentía que Jesús me preguntaba de manera directa: «¿Qué harías si ese que está allí, fuese uno de tus hermanos de tu familia de sangre?».

Yo, en mi interior, le respondí sin titubear ni un segundo:

«¡Mi hermano! ¡Me bajaría de este autobús, lo agarraría por las greñas (cabello enredado), lo subiría en un taxi y lo llevaría a mi casa, luego, yo misma lo bañaría hasta dejarlo sin un rastro de mugre!; después lo vestiría decentemente, lo ayudaría a sanar de su demencia y no lo

dejaría... ¿Por qué?, porque amo a mi hermano y no soportaría que anduviera así, perdido en ese estado». Y entonces sentí que Dios agregó: «Pues así es como tienes que amar a ese que está allí afuera: como amas a tus hermanos de sangre, porque él también es tu hermano de sangre: tú y él fueron hechos hermanos con mi propia Sangre».

Yo me quedé en silencio, muy triste por ver icuán lejos! estaba de la medida de ese Amor que Dios me pedía... Luego, cuando por fin pude alzar los ojos al cielo, avergonzada de mi propia «miseria», simplemente le dije a Dios: «Señor, dame de ese Amor tuyo para poder amar como Tú amas, porque el amor limitado e imperfecto que yo tengo no es suficiente, porque el amor mío no me alcanza, porque yo no sé cómo...».

Esa fue mi oración desde entonces y, así, pidiendo la gracia de Dios, porque reconocía que yo por mí misma no puedo alcanzar este nivel de amor del que me siento tan lejos, empecé a intentar crecer en ese amor al que Dios me llama para hacerme mejor prójimo de los demás, y para **ver** y amar su divina presencia en ellos⁶².

Maestro, ¿dónde vives? Jesús les dijo: Venid y **veréis** (Jn. 1, 38).

Bienaventurados los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios (Mt. 5, 8).

El camino de fe no es una experiencia intimista que nos desconecta de la realidad y de la relación con los demás, sino todo lo contrario: es una experiencia tan fuerte y auténtica que nos conecta más profundamente con la realidad más íntima de nosotros mismos donde reside Dios, y que nos permite descubrirlo allí en nuestro interior, en la creación y en quienes nos rodean como templos vivos habitados por su Espíritu Divino: «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1 Cor. 3, 16).

⁶² La foto que ilustra el poema fue tomada posteriormente en otra zona, desde muy lejos (por eso está pixelada), se hizo como registro para evidenciar la situación que siguen viviendo muchos que limpian vidrios de los carros por unas monedas. El dibujo del águila simboliza la visión aguda, profunda y contemplativa del discípulo San Juan Evangelista, y la de aquel discípulo amado, quien alcanzó una relación tan estrecha con Jesús que era capaz de reconocerlo en la oscuridad de situaciones donde los otros discípulos no lograban reconocerlo. Dibujo elaborado por Daniel Álvarez Yarce para este poemario.

Precisamente, en el contexto de este poema, Dios trae a mi memoria, otro recuerdo muy significativo del cual surgió una canción que yo compuse hace muchos años y que presentamos en un festival de música inédita en la ciudad de Barranquilla, evento donde ganamos el primer lugar. La canción titulada «*Pequeños Obreros*» está dedicada e inspirada en dos pequeños niños que para mí **«dejaron de ser parte del paisaje»** de la vida del centro de la ciudad y, por eso, intentando aproximarme a ellos de la manera que en ese momento podía hacerlo, quise darles «*voz y rostro*».

En esa época (90's) recién graduada de la universidad, yo trabajaba en una institución educativa de carreras técnicas que funcionaba en la jornada de la noche, y que quedaba en pleno centro de la ciudad de Barranquilla. Como la mayoría de las ciudades, la zona comercial del centro en horas de la noche es un poco complicada e insegura. Yo solía salir de mi trabajo ya pasadas las 9:30 de la noche y caminaba un poco para tomar el bus que me llevaría hasta mi casa.

Pues bien, a esa hora, en medio de los autobuses y carros que todavía circulaban en el centro de la ciudad, yo me topé en un par de ocasiones con dos niños que no podían pasar de los 6 años de edad. Ellos no andaban juntos, pero se dedicaban a lo mismo: «vender dulces en los autobuses».

Ella era una hermosa pequeña de cabellos muy rubios, tremendamente vivaz y avispada, andaba sola, y se subía al autobús que normalmente permanecía estacionado unos breves minutos esperando suficientes pasajeros para salir. Cuando este arrancaba y ella todavía no había terminado de vender sus dulces, entonces, como toda una fierecilla, le reñía al conductor, quien sonriéndole finalmente se detenía y la dejaba bajar. El otro niño, era más pequeño, pienso que no alcanzaba a tener ni siquiera los 5 años. Incluso no se le entendía muy bien lo que decía cuando intentaba vender sus dulces. Tampoco lograba sostenerse bien mientras intentaba desplazarse entre las sillas con el autobús en movimiento.

Una de esas noches, ya muy tarde, a lo lejos, lo vi de pie en una esquina solitaria, parecía estar esperando otro autobús; su frágil y delgado cuerpecito era remecido por el fuerte viento de diciembre que sopla con mucha fuerza en la

ciudad por esa época en la costa. Solo alcancé a verle por un breve instante, pues yo iba en la ventanilla de otro autobús que pasaba por ahí velozmente. Esa fue la segunda y última vez que lo vi...

Cuando llegué a casa, yo tenía mi corazón demasiado conmovido... Sentía un dolor muy profundo en mis entrañas, mezclado con un sentimiento de impotencia y rabia... Rabia conmigo misma por no lograr ver la forma de intervenir e intentar cambiar esa realidad, con los padres o, si ya no estaban, con los adultos a cargo de los niños que les ponían en esa situación de explotación, con nuestra sociedad en la cual estos niños se han vuelto «*invisibles*» o parte del «*paisaje urbano*»:

El ciego, que comenzaba a ver, le respondió: «**Veo hombres, como si fueran árboles que caminan**». Jesús le puso nuevamente las manos sobre los ojos, y recuperó la vista (Mc. 8, 22-26).

Finalmente, con el corazón todavía compungido, agarré del rincón mi guitarra y con la melodía que resonaba en mi alma, empecé a componerles esa canción titulada «*Pequeños Obreros*». Quería, no solamente desahogarme, sino, al menos con ella, intentar «darles mi voz»... Pocos meses después, yo pasé a un trabajo ubicado en otra zona y ya no tuve que ir de noche al centro de la ciudad, sin embargo, el rostro de estos dos pequeños niños se quedó para siempre grabado en mi corazón...

¡Ellos no debían estar en la calle, sino en la escuela, debían estar en casa jugando con muñecas o carritos de juguete, y no jugándose la vida en medio de esa selva de concreto!

«*Levanta la voz por los que no tienen voz; idefiende a los indefensos!*»(Proverbios 31, 8).



Pequeños obreros

*A todos los niños trabajadores
cuya escuela es la calle y el rebusque su amigo...*

I

No... aún no tiene los 6 años
pero ya conoció su realidad:
La vida es sudor y trabajo
si quiere su hambre calmar.

Los juegos, los sueños y los besos
no tienen en su vida un lugar.
La noche envolvió en su silencio
su grito vendedor sin par...

Coro

*Niños... Ojitos cansados sin poder soñar
Niños... Carritos que son de «verdad, verdad»
Niños... Manitas cargadas de afán de ciudad
Niños... Obreros de asfalto sin pan...*

II

Entre gente, carros y busetas,
tu corazón palpita sin cesar.
Quiere ganarle a la vida
la lucha por tener un lugar.

Angelito que al viento abres tus alas
¿Qué hará de ti esta situación?
Inclemente te lanza a la batalla,
Dios quiera no muera en ti el amor...

III

Tu rostro de niño inocente
parece un adulto precoz,
mas bajo tu gesto insistente,
se puede aún ver al Dios de Amor.
¡Perdón en nombre del mundo!
Por tanto olvido y dolor
¡Perdón, no hemos reconocido
en ti, huellas del Redentor!

PEQUEÑOS OBREROS-

Letra y Música: Judith María Peña Santodomingo.
Adagio

NO, aún no tiene los seis a-
- ños pero ya cansó su rea- li- dad. La vi-
- da es su- dor y tra- ba- jo. Si quie- re su tam- bién cul- mar los
sue- ños, los jue- gos y los be- sos, no tie- nen en su vi- da un lu- gar-
- . La no- che a- ño- vi- ges su si- len- cio. su gri- to ven- de- dor sin par.
Ni- ños, a- ño- si- tos can- su- dos sin po- drer so- ñar. Ni- ños, can-
- tos que son de ver- dad, ver- dad. Ni- ños, ma- ni- tos car- ya- dos de
fca de civ- dad. Ni- ños, a- bre- ros de es- fal- to sin pan.

Partitura de un fragmento de la canción «Pequeños Obreros»

Bienaventurada Mano Frágil

Caridad

«Amaos los unos a los otros como Yo os he amado»

(Jn 13, 34)



SACRATISSIMO CORDI JESU



Caridad

¿Qué es la caridad? ...

Un día pregunté...

*Y, entonces, paso a paso,
fui descubriendo algunas cosas:*

¡Ah! ¡Es amar como a sí mismo a los demás!

Pero...

*No solo a los de tu casa,
no solo a los de tu sangre...*

*No solo al gran amigo,
no solo al que ha de amarte*

Caridad...

Eso que nos mueve a la compasión...

No a la lástima

*Eso que nos hace sentir con el otro
y nos conmueve las entrañas...*

*Ese dar sin calcular,
no limosnas, no migajas*

Sí...

*Hasta ahí, yo creía
haber aprendido bien
la lección de la caridad:*

*La del compartir,
la de la dádiva...*

Pero no... Eso no basta...

- ¿Quieres en verdad aprender de caridad? -

Me preguntó Jesús Maestro

¡Sí, Señor! - con fe le dije...

Y, entonces,
me invitó a dar un paso más:

*A formar un solo Cuerpo junto a otros,
ser Iglesia... construir comunidad...*

*¡Ay, Señor! ¡Qué asunto más difícil
esto de vivir en serio la hermandad!*

Caridad:

*Elegir amar
a quien no me recibe con sonrisas,
ni se complace mucho al verme...*

*Insistir en saludar
a quien ni siquiera me responde,
o me contesta entre los dientes...*

He ahí también la caridad:

*La que aparece ante el rostro duro,
silencio hiriente y nada alegre...*

*La que pone a prueba
mi corazón, a mi orgullo,
y pide a mi alma ser paciente...*

Caridad:

*La decisión de amar una vez más
al del gesto que me hiere...*

*Perseverar y caminar
junto aquellos que aún no saben:
«que este Amor todo lo vence»*

Bienaventurada Mano Frágil

4 de Mayo de 2015



«Tres cosas hay que son permanentes: la fe, la esperanza y el amor; pero la más importante de las tres es el **amor**» (1 Cor. 13,13)

Este poema «Caridad» surge de experiencias que me han ayudado a comprender el sentido profundo de ese tipo de Amor (Caridad) que nos pide Cristo para poder peregrinar en comunidad, una de ellas es esta vivida en Jornada Mundial de la Juventud JMJ (2013, Brasil):

Terminada la pre-jornada en São Paulo, todos los peregrinos viajamos a la ciudad de Rio de Janeiro donde se desarrollaría la Jornada con el Papa Francisco. Al subirme al bus, que llevaba nuestra delegación colombiana, sentí en mi corazón que Dios me expresaba esto: «Te espera Cruz», pero *abrázala con alegría y verás la Gloria de Dios...*

Y así fue... Por dificultades en la comunicación u organización, parece que nadie nos esperaba en Rio de Janeiro, es decir, ninguna de las parroquias, en las que inicialmente estábamos registrados, eran las que finalmente estaban asignadas para recibirnos... Lo único seguro era que nos quedaríamos en alguna de las parroquias de la provincia llamada: «Santa Cruz». Estuvimos rodando con las maletas de un lado para otro, pasando la noche en escuelas que improvisadamente nos abrieron sus puertas para que nos acomodáramos con nuestras carpas o bolsas de dormir, éramos unos 500 colombianos. Ciertamente era incómodo, pero yo estaba feliz, pues la experiencia que recién había tenido en el Santuario de Aparecida nos invitaba a crecer en el amor expresado en el servicio, y ello me daba el impulso necesario para ver en cada situación, no un problema, sino una oportunidad de servir y amar. Hubo un acontecimiento que recuerdo con especial cariño:



¿Para qué toma fotos? ¿No ve que esto es un desastre?

Cansados, y ya de noche, llegamos a una segunda parroquia de la Santa Cruz, en donde tampoco nos podíamos quedar porque no tenían capacidad para albergar tantos peregrinos y además ya tenían asignada otra delegación, mucho más pequeña, que llegaba en poco tiempo. El asunto es que estas personas de la parroquia se apresuraron a intentar acomodarnos en una escuela cercana para pasar la noche. Ellos hacían varios viajes en carros de voluntarios para llevarnos y aligerar nuestro cansancio con las maletas.

Recuerdo que esa noche dormimos en el piso de los salones de la escuela, en bolsas de dormir, y a pesar de las condiciones incómodas, yo tuve este sueño muy bonito: *En mi sueño, a manera panorámica, alguien, cuyo rostro no alcanzaba a ver, me mostraba todo el esfuerzo que las personas de esta pequeña parroquia, en la medida de sus posibilidades, hacían para acomodarnos y acogernos; luego, ese mismo personaje que me mostraba todo, me decía que me alegrara mucho porque estaría participando de una «Eucaristía viva».* Yo me desperté feliz... Luego, junto al resto de colombianos, nos fuimos caminando de la escuela hasta esta pequeña parroquia que sería el punto de encuentro para esperar noticias de a dónde deberíamos dirigirnos luego.

Cuando llegamos allí aún era muy temprano, alrededor de las 6:30 am, pero ya encontramos ahí a los feligreses de la parroquia que se habían madrugado a organizarnos desayuno... Era hermoso verlos en la cocina, preparándonos café y panes con mantequilla (*¿a qué hora los habían conseguido?*), con una sonrisa gigante en sus rostros, sirviéndonos pacientemente e intentando hacerse entender cuando nos hablaban en portugués. Nosotros éramos muchos, unos 500 o quizás más, pues nos juntaron con delegaciones colombianas de otras ciudades.

No sé de donde salía **«tanto pan»**... No era magia, sino «amor desbordante» (Caridad) de quienes alegremente nos servían y compartían de lo suyo... La fila de nosotros era muy larga, pero los panes iban y venían, y todos comimos hasta quedar satisfechos...

Extasiada con este signo tan patente de la **Caridad** que contemplaban mis ojos, me puse a tomar algunas fotos de esta escena. De repente, un señor de nuestra delegación, visiblemente decepcionado por lo que hasta ese momento iba de la jornada, y molesto por las incomodidades y todo lo que habíamos pasado, se me acercó y me dijo: «*¿Para qué toma fotos de esto, acaso no ve que todo esto es un desastre?*»...



Yo estaba tan feliz que sus palabras, honestamente, «*me resbalaron*» (no me molestaron). Cuando terminé de tomar las fotos, fui y me acerqué a donde él estaba sentado. Suavemente, y con todo el cariño que pude, le dije: «*Mire bien... Contemple... ¿Esa escena que ve allí en frente de usted, no le recuerda algo?*» (Yo me referiría a que la escena recordaba el texto de la multiplicación de los panes). Este hombre dócilmente fijó su mirada otra vez en lo que ocurría ahí, y por la expresión de desconcierto que yo vi en su rostro, creo que algo lo cuestionó dentro de sí...

A mí este acontecimiento también me recuerda la parábola que nos narra el Evangelio, de las 10 vírgenes que quieren ir al encuentro del Novio: 5 de ellas, precavidas, se preparan con aceite suficiente para sus lámparas, pero las otras 5, descuidadas, no se prepararon. Como el Novio tarda un poco, y finalmente llega de forma inesperada en la noche, solo las que tenían aceite en sus lámparas logran verlo llegar en la oscuridad, ir a su encuentro y entran a la fiesta de bodas; las otras que no se prepararon con aceite y por eso no pueden encender sus lámparas para ir a su encuentro y ver al novio, se quedan por fuera de la fiesta (Mt. 25, 1-13).

Así sucede con nosotros, cuando vamos a este tipo experiencias sin preparar el alma y el corazón con el Divino Aceite: El Espíritu Santo, quien es el que enciende nuestras

lámparas para poder ver a Dios que llega en las situaciones más inesperadas y, por lo general, en medio de la noche, es decir, cuando todo está oscuro por las situaciones difíciles, y necesitamos de la Luz que nos da su Espíritu para poder verlo allí, incluso en los acontecimientos adversos. Dios llega todos los días, en diferentes situaciones y personas, pero no lo vemos, porque no tenemos la Luz del Espíritu que nos ayude a reconocerlo ahí, como lo hizo el Discípulo Amado: ese que en medio de la noche, divisa una silueta caminando sobre el agua del mar de Galilea, y mientras los otros piensan que es un fantasma (Mt. 14, 26), el Amado en cambio grita: *¡Es el Señor!* (Jn. 21, 7).

Cuando no somos capaces de ver al Señor que llega en esas situaciones, y en esos hermanos, nos quedamos por fuera de la fiesta de la vida, quejándonos de todo, en lugar de alabar la presencia de Dios manifestada en la caridad y servicio que nos ofrecen los hermanos... Nos perdemos la oportunidad de entrar en el Banquete de la Eucaristía, que acontece en el compartir cotidiano de lo que somos y lo que tenemos para ponerlo al servicio del Amor... Dios pasa, acontece, pero no lo vemos y le dejamos pasar de largo...

Esa misma mañana, en medio de este improvisado desayuno, varios jóvenes colombianos de grupos apostólicos de nuestra delegación, empezaron a cantar y bailar, entonando alabanzas al Espíritu Santo y dando gracias a Dios, su alegría desbordante nos contagió a casi todos (siempre hay excepciones), y en medio el reducido espacio de esta parroquia, formamos una verdadera fiesta de fraternidad... Sin embargo, hubo algunos pocos, que no quisieron dejarse envolver por este incendio del Espíritu...

Y es que la Caridad también implica el ejercicio de la libertad. El amor si no es una decisión libre no es amor. Por eso un matrimonio donde uno de los novios va obligado, es un matrimonio nulo. Nadie que se valore a sí mismo desea tener a su lado una pareja obligada... Pues si nosotros no nos conformamos con un afecto obligado, Dios tampoco. Dios no obliga a nadie a amar, y en su respeto a esa libertad que nos ha dado, también permite que suframos las consecuencias de nuestras decisiones... Por eso, es una escuela de vida, donde

a veces el sufrimiento es uno de los grandes maestros, aunque la alegría también es parte del equipo de maestros... La decisión es nuestra.

Es una falacia pensar que el amor es permisivo (no es verdadero amor) y que la misericordia es un *«todo vale»* (no es verdadera misericordia)... Quienes son padres de familia, y educadores, saben que amar desde el «sí» es fácil, pero amar desde el «no» es mucho más exigente. Es decir, que es más cómodo complacer al otro, guardar silencio al respecto de las tendencias sociales contrarias al amor comprometido, es más cómodo decir «sí» a todo lo que se vuelve el común en el proceder de la gente, y unirse a la mayoría que con frecuencia aplaude las «caricaturas de amor». Pero Dios nos invita a decidírnos por el Amor más exigente, ese que a veces debe decir «no» para salvar al otro del peligro, estar en desacuerdo con él, corregirlo cuando sea necesario (Heb. 12, 5-7), ese amor que por su naturaleza auténtica no puede ser «asolapado», sino que implica ser totalmente transparente y valiente, corriendo el riesgo de verse inicialmente incomprendido y de que, a causa de ello, quizás se llegue a perder el afecto del otro a quien amamos. Lo cual, sin embargo, no sería una tragedia, sino la oportunidad de crecer en esa libertad de seguir amando a pesar de todo...

Algunas prácticas externas han desvirtuado el sentido profundo y auténtico de la Caridad, limitándole a un simple dar material sin darse a sí mismo; y, por otro lado, algunas narrativas sociológicas, aprovechando esas caricaturas de la caridad, proponen reemplazarla por otras nociones que no remitan a su raíz cristiana, pretenden reemplazarla por *«solidaridad»*... Pero nosotros no podemos conformarnos con una mera solidaridad. Lo nuestro va más allá. El amor al que Cristo nos invita (después de su resurrección) es un nivel mucho más alto que no solo contiene la solidaridad, sino que la supera, porque implica entregarse como Él: *«Ámense como Yo los he amado»* (Jn. 15, 12).

El nivel del amor que nos propone Jesús Resucitado no es el amar a los demás *«como a sí mismo»*, sino el amar **«como Él nos ha Amado»** y eso es Amor oblativo hasta la Cruz, eso es la **Caridad**...



Mi hermano Lobo

«Yo los envío como a corderos en medio de lobos» (Mt. 10, 16)

Mi Hermano Lobo

*La audacia de ir al encuentro de aquel que de lejos parece un **enemigo**, para descubrir a un **hermano** con quien podemos construir la Paz...*

I

¿Quién es ese lobo
que ronda desafiante...?
¿Qué es realmente
lo que buscan sus ojos,
sus garras y sus fauces
que amenazan devorarme?

Tiene hambre, sí...
mas no solo de pan,
de oveja o carne...
Tiene sed de dignidad,
de justicia, que le amen...

¿Quién es ese que de lejos
parece mi enemigo?

Viene pisando fuerte
con sus botas,
y de otra orilla militante.

Su pensamiento es diferente...
Y levanta su voz
fuerte e intimidante

«Me acercaré un poco más»,
susurrando yo dije...

Me aproximé y te encontré...

II

Ya de cerca,
tu rostro se me torna
inusualmente «familiar»
Y tu pena,
antes para mí desconocida,
mi sordera hace despertar...

Te miré con otros ojos,
y, «sin lo suficiente cerca estar»,
quise tus heridas limpiar,
intenté compartirme mi Pan,
«convencerte» a escuchar mi verdad

II

Pero, desconfiado,
mordiste mi mano...
Aquella lejanía primera
entre nosotros
nos hizo olvidar:
¡Éramos hermanos!

Me aproximé
un poco más otra vez...
Me puse totalmente
a tu alcance...

*¡Tanto,
que me volviste
a morder!*
Y, esta vez, tu boca
probó mi sangre...

*¡Oh, Sabor
que te cura la memoria!
¡Oh, Sabor
que nos trae las paces!*

Porque allí,
aún herida entre tus fauces,
yo decidí
empezar a amarte...

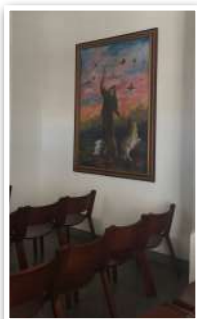
Bienaventurada Mano Frágil

Enero /2016



«Yo los envió como a corderos en medio de lobos» (Mt. 10, 16)

Escribí este poema a partir del relato de San Francisco de Asís y el lobo del pueblo de Gubbio⁶³, luego de contemplar una pintura de este episodio en la Capilla ubicada en la Universidad Franciscana en la cual estaba trabajando. Recuerdo que entré a esta capilla, un día del año 2016, buscando descansar en Dios aquellos sentimientos que me embargaban, pues a veces te encuentras en el camino a personas con las que es un poco complejo interactuar debido a las diferencias en la forma de pensar o de actuar en mundo. Este proceso de aprender amar como Cristo nos pide es un Camino «*cuesta arriba*» porque es fácil amar a los que están cerca de ti, que comparten tu visión del mundo y con quienes estableces relaciones de amistad, pero eso no basta para la propuesta Cristiana, hay que ir más allá: es necesario también amar al que no te quiere, estar dispuesto a no guardar resentimientos. *¡Y cómo cuesta llegar allí!*. Definitivamente, por nuestras propias fuerzas no podemos, necesitamos la ayuda de la Gracia de Dios...



Recuerdo que estaba allí, pidiéndole a Jesús en el sagrario que me ayudara, porque ese nivel de amor todavía me costaba, en especial hacia alguien con quien había tenido serios desencuentros que entristecían mi alma y eran como espinas clavadas en mi corazón... En ese momento, mi ojos se fijaron en el cuadro que estaba a mi derecha. Al contemplarlo, Dios trajo a mi memoria el relato de San Francisco y el lobo del pueblo Gubbio, pues era el tema de esa pintura. Mientras le contemplaba sentía que Dios me interpelaba en el interior de mi corazón, y allí, entre

⁶³ Cuenta el relato que San Francisco de Asís amó tanto que se hizo hermano de todas las criaturas de la tierra, incluso del feroz lobo del pueblo Gubbio que, después de su encuentro con Francisco, vivió en paz en medio del pueblo (Florecillas: relatos que resaltan virtudes del santo).

lágrimas, fueron surgiendo las líneas de este poema titulado «*Mi hermano Lobo*». El contemplar ese cuadro de San Francisco y el lobo, en el marco de los acontecimientos de mi vida y de la historia de la humanidad, me ayudó a comprender la dimensión más profunda del Amor que, con su ejemplo, nos enseñó Jesús, Cordero manso y humilde de corazón. Ese mismo Amor que, en el convulsionado contexto de nuestra historia y realidad social, asume en cada época otros rostros y desafíos... Pues todos, en algún momento de nuestra vida, hemos sido *lobos y corderos*...

Es una escuela donde Cristo nos va subiendo los niveles: Primero, superar la «*Ley del Talión*», esa del ojo por ojo:

Ustedes han oído que se dijo: «Ojo por ojo y diente por diente». Pero Yo les digo: No resistas al que te haga algún mal (Mt. 5, 38).

Luego, vivir aquel mandamiento de amar al prójimo⁶⁴ «*como a ti mismo*»:

Amarás a Dios sobre todas las cosas. Este es el grande y el primer mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: **amarás a tu prójimo como a ti mismo**. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas.

Después, ir más allá y no solo amar a tu prójimo, sino también amar a los que te persiguen:

También han oído que se dijo: «Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo». Pero Yo les digo: **Amen a sus enemigos, y oren por quienes los persiguen** (Mt. 6, 43-44).

Para, finalmente, llamarnos al nivel de la estatura de Cristo Resucitado: amar «*como Él (Cristo) nos ha amado*»:

Jesús Resucitado: «Les doy un mandamiento nuevo: Ámense unos a otros **como Yo los he Amado**» (Jn. 13, 34).

Es toda una escuela donde vamos ascendiendo en grados de amor, y necesitamos aprender de Jesús, nuestro Samaritano misericordioso (Lc. 10, 25-37). Jesús es el

⁶⁴ Prójimo: el cercano ti, con quien compartes algún tipo de afinidad en distintos modos. Pero luego Cristo da una comprensión mas profunda, situándonos en la decisión de acercarnos para hacernos prójimos del otro: prójimo es aquel a quien yo me aproximo, es decir, me hago prójimo, me hago cercano (Parábola del buen samaritano: Lc. 10, 25)

verdadero paradigma de la «No violencia»: El que vence en la batalla para ganar a sus hermanos con la única fuerza de su Amor entregado hasta el extremo y, con ello, nos dejó su legado para que, siguiendo sus pasos, nosotros hagamos lo mismo: «*Miren que Yo los envió como a corderos en medio de lobos, sean astutos como serpientes y mansos como palomas*» (Mt. 10, 16). «*Aprendan de Mí, que soy manso y humilde de corazón*» (Mt. 11,28-30)... Así lo hace Esteban (primer discípulo mártir) quien, con la máxima expresión del Amor que es el perdón a sus enemigos, cambia el rumbo de la historia de Saulo de Tarso (nuestro San Pablo que se convierte en el «*Apóstol de los Gentiles*»: Hch. 7, 54; 8). Y así también lo comprende Francisco de Asís quien amó tanto que se hizo hermano de todas las criaturas de la tierra, incluso del feroz lobo del pueblo Gubbio que, después de su encuentro con Francisco, vivió en paz en medio del pueblo.

Jesús con su mensaje de «*no violencia activa*», es el verdadero «*revolucionario*» de todos los tiempos. Pero no nos engañemos, no se trata de una revolución política ni armada, su revolución es una revolución distinta, porque es una revolución desde adentro del corazón humano, pues ya nos lo dijo: «*Mi Reino no es de este mundo*» (Jn.18,36). Es decir, no funciona bajo nuestras lógicas de poder, porque los «*imperios*» que su «*resistencia pacífica*» derroca no son los imperios que nuestros imaginarios presumen (esos que en su tiempo estaban representados en Roma, y hoy en tantos otros estados o sistemas políticos)... El imperio que su Amor derroca es el del egoísmo en nuestro corazón, porque del interior del corazón humano es de donde sale todo lo que realmente contamina: la codicia, la injusticia y el odio que nos aleja y separa de los hermanos, haciéndonos extranjeros y enemigos (Mt.15,18-20). Jesús es el verdadero Rey «*no reconocido*» entre los suyos, el «*descartado*» por los criterios de este mundo, es el Rey que se aproxima tanto a nosotros que se hace nuestro hermano, el Rey que por Amar hasta el extremo está desnudo, lleva una «*corona de espinas*», y su trono es una Cruz que comparte con dos bandidos a los que busca redimir y liberar: uno a su «*derecha y otro a su izquierda*» (Jn.13,1-15/ Mt.13,45-46/ Ap. 5,9).

Porque su Evangelio «liberador» empieza liberándonos a nosotros mismos de nuestros propios «*demonios interiores*»: odio, avaricia, soberbia, egoísmo, indiferencia. Con su ejemplo, Jesús nos invita a ser nosotros quienes decidamos ir al «encuentro» de aquellos que de lejos vemos como extraños o enemigos, para acortar distancias, cruzar las fronteras, para acercarnos, para aproximarnos a los otros y hacernos tan próximos (prójimos) de ellos que nos reconozcamos como sus hermanos. Pues en la lógica cristiana, nuestro prójimo (próximo, cercano) no es simplemente el que está cerca de nosotros, de nuestra forma de pensar o de estar y actuar en el mundo, sino aquel a quien yo me aproximo y de quien yo me hago próximo: tan cercano que me hago su hermano (Parábola del samaritano compasivo, Lc. 10, 25-37).

Por lo tanto, la propuesta liberadora de Jesucristo tampoco es una propuesta simplemente para la otra vida, sino una propuesta liberadora también para este tiempo: «*Hoy estarás conmigo en el Paraíso*» (Lc. 23). Es hoy, no mañana, ni solamente cuando termine esta vida y nos unamos en plenitud a Dios, porque el Cielo, la restauración del Paraíso Perdido (Gen. 2, 2-25; 3, 1-23) empieza a construirse aquí y ahora: El Amor que vuelve «*próximo*» al que está lejos, y hermanos a los que antes eran enemigos, hace que la paz y la justicia sean una consecuencia que también supere aquellos otros imperios o reinos bestiales y depredadores (sistemas políticos y económicos en contra del ser humano) de los que da cuenta nuestra historia humana, y que fueron prefigurados en las Sagradas Escrituras bajo el simbolismo de bestias o animales que «depredan» o devoran (Daniel 7).

Por lo tanto, la actitud del cristiano que comprende esto y decide encarnarlo en su historia, jamás será una actitud de «resignación» o pasividad frente a la injusticia: «*Jesús le respondió: Si he hablado mal, declara lo que está mal; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?*» (Jn. 18, 23). Esa pregunta de Jesús *¿por qué me pegas?*, es Palabra que atraviesa el corazón, porque interpela y lleva a ahondar en la raíz de la propia injusticia y del mal que genera los actos

violentos. Y es que Jesús ciertamente nos pidió ser corderos y mansos como palomas, pero también ser astutos como serpientes: «Miren que Yo los envío como a corderos en medio de lobos, sean astutos como serpientes y mansos como palomas» (Mt. 10, 16). El cristiano que entiende esto, jamás tendrá una actitud de pasividad o resignación frente a la injusticia, sino una acción liberadora mucho más trascendente que cuestiona la raíz del mal, y que parte de la transformación personal de sí mismo para transformar la relación con los otros, lo cual tiene consecuencias concretas en la forma de vivir y de actuar en el mundo. Esto interpela también a quienes buscan manipular el Evangelio e instrumentalizan el tema de «la Paz», prostituyendo su sentido profundo, usándola para intereses ideológicos o partidistas.

Jesús dice sus discípulos: «La Paz que yo les doy no es como la que da el mundo» (Jn. 14, 27).

Ustedes que odian la justicia y tuercen todo lo que está derecho, que construyen Jerusalén, la ciudad del monte Sión, sobre la base del crimen y la injusticia. Los jueces de la ciudad se dejan sobornar, los sacerdotes enseñan por salario y los profetas venden sus predicciones alegando que el Señor los apoya [...] Por lo tanto, por culpa de ustedes, Jerusalén, la ciudad del monte Sión, va a quedar convertida en barbecho, en un montón de ruinas, y el monte del templo se cubrirá de maleza (Mi. 3, 9-12).

La Paz de Dios definitivamente es muy distinta de la nuestra, pues no admite maquillar el lenguaje para llamar «bien» lo que realmente está «mal» y así adormecer la conciencia. La Paz de Dios surge del interior de cada uno y pasa primero por un proceso de confrontación con la Verdad interior que nos habita: Dios mismo que nos conoce e interpela llamándonos a la conversión con un Fuego interior que nos consume (Lc. 12, 49). Pues su voluntad es que todos vivamos como Él nos ha soñado:

El Señor juzgará entre las naciones y decidirá los pleitos de pueblos numerosos, aun de los más lejanos. Ellos convertirán sus espadas en arados y sus lanzas en hoces. Ningún pueblo volverá a tomar las armas contra otro ni a recibir instrucción para la

guerra. Todos vivirán entonces sin temor, y cada cual podrá descansar a la sombra de su vid y de su higuera. (Mi. 4, 3-4).

Una conversión que es fruto de un Amor capaz de transformar lobos en corderos porque la lógica de actuación de Dios es definitivamente muy distinta de la nuestra:

En el cuento de «*Caperucita Roja*», el feroz lobo depredador termina vencido bajo el «fusil» de un aguerrido cazador que lo mata. En cambio, en la historia de Jesús, los lobos que lo rodean terminan «seducidos» por su Amor expresado hasta el extremo que les da nueva Vida: Salmo 22,16: «*Una jauría de perros me rodea [...] traspasan mis manos y mis pies*» (Salmo del Justo perseguido: el Salmo con el que Jesús ora durante su Pasión en la Cruz).

Pues los mismos que hirieron a Jesús (nosotros) son transformados luego de contemplar la magnitud de su Amor por ellos:

Uno de los soldados le atravesó el costado con la lanza, y salió sangre y agua (Jn 19, 34-37).

Viendo el centurión romano que estaba frente a Él, la manera en que Jesús expiró, dijo: En verdad este hombre era Hijo de Dios (Mc. 15, 39).

En la historia de Cristo, los «lobos» que lo rodean y que lo hieren son transformados por la Luz fulgurante del misterio de su Amor: «*Contempladlo, y quedaréis radiantes*» (Sal 34,6). Y también: «*Mirarán al que traspasaron*» (Zac. 12,10; Jn.19, 37; Ap. 1,7). «*Jesús dijo: Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que en Él crea tenga vida eterna*» (Jn. 3, 14-15).

En una sociedad que difunde una visión pesimista y promueve la cultura de la muerte, el Evangelio (Buena Noticia) será siempre Mensaje Esperanza para la humanidad de todos los tiempos. Porque su auténtico Mensaje Cristiano no es el «*opio del pueblo*», todo lo contrario, nos despierta de nuestro cómodo sueño, pero para liberarnos de otra forma. Porque su revolución es una revolución «distinta». Pues Jesús, aunque asumió posiciones claras frente a los

sistemas de injusticia de la cultura de su tiempo, para decepción de muchos, no es el mesías «alzado en armas» que esperaban algunos: entre ellos, Judas, cuando pone a Jesús en una «situación límite», quizás pensando que con eso, al verse cercado por la violencia de los que vienen a aprehenderlo, Jesús por fin reaccione como ellos esperaban y empiece la «revolución armada» que tanto anhelaban contra el imperio de Roma. La misma respuesta violenta que inclusive Pedro esperaba cuando aún era inmaduro en la fe:

Quando llegó Judas, uno de los Doce, acompañado de gente armada de espadas y palos [...] Simón Pedro desenvainó la espada y de un tajo cortó una oreja al sirviente del sumo sacerdote. Jesús le dijo: «Envaina la espada: Quien a espada mata, a espada muere» (Mt. 26).

Pedro, a pesar de sus «buenas intenciones» no había entendido lo que implicaba ser verdadero «discípulo» de Jesús: «*ir detrás siguiendo*» los pasos del Maestro, haciendo su mismo Camino. Pedro ciertamente, como muchos de nosotros, tenía buenas intenciones, pero se equivocó de método (de camino), pues seguía pensando bajo las lógicas humanas que distan mucho de las de Dios:

Porque mis pensamientos no son sus pensamientos, ni sus caminos son mis caminos, dice el Señor. Porque como los cielos son más altos que la tierra, así mis caminos son más altos que sus caminos, y mis pensamientos más que sus pensamientos (Is. 55, 8).

Pedro quiso ponerse «delante de Jesús», es decir, ser él mismo quien señala el «camino» y no el discípulo que sigue a Jesús quien es el Maestro y El Camino: «*Jesús les dijo: Yo Soy el Camino, la Verdad y la Vida*» (Jn.14,6)... Y por eso, en un principio, vemos a un Pedro con muy buenas intenciones «aconsejando» a su Maestro cómo hacer las cosas... Pedro no entendió que el «Reino de Dios» implicaba «ponerse detrás», y no el «ir adelante» proponiendo un «evangelio» a su conveniencia que no admite la Cruz:

Quando Jesús comenzó a anunciar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén, y sufrir mucho Pedro lo llevó aparte y comenzó a reprenderlo, diciendo: «Dios no lo permita, Señor, eso no

sucedará». Pero Jesús, dándose vuelta, dijo a Pedro: «¡Apártate, ponte detrás de Mí, Satanás! Tú eres para Mí una piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres y no como Dios» (Lc.16, 21-23).

Pero ese mismo Pedro, cuando adquiere la verdadera «fe adulta», finalmente «se deja guiar» a donde inicialmente, cuando aún era «inmaduro en la fe», él no quería ir: a la Cruz por Amor, como su Maestro:

Jesús dice a Pedro: cuando eras más joven te vestías y andabas por donde querías; pero cuando seas viejo extenderás las manos y otro te vestirá, y te llevará adonde no quieras. Y habiendo dicho esto, le dijo: «Sígueme» (Jn. 21, 18-19).

Jesús al hacernos discípulos (seguidores de sus pasos) nos invita a vivir como Él un Amor valiente y comprometido hasta la «sangre», y no por matar a los otros que piensan distinto, sino todo lo contrario: como signo de exponer y entregar la vida hasta las últimas consecuencias por Amor como Él, «participando así del Misterio Redentor»; pues finalmente solo ese tipo de Amor es el que transforma a los «lobos» en «corderos»: es decir, a nosotros mismos y a los otros, pues nos hace hermanos de «sangre», miembros de la misma familia de Dios Padre misericordioso...

Eso es precisamente lo que proclamamos en la Eucaristía: «*Hagan esto en memoria mía*» (Lc.22, 19), lo cual implica más que consagrar el Pan y el Vino para que se conviertan en su Cuerpo y Sangre, o «recordar» el sacrificio de Cristo. Eso significa: «*Yo [Cristo] he hecho esto por ustedes, para que ustedes hagan lo mismo por sus hermanos*» (Jn.13, 15). Es decir, sin acomodarnos⁶⁵ a los criterios injustos de la sociedad de cada tiempo, amar «como Él nos ha amado» (Jn.13, 34), lo cual es: hasta el extremo (Jn.13,1-15).

Ser una Eucaristía viva hoy: «Pan compartido» que no es otra cosa más que una vida entregada en Amor oblativo para que otros tengan vida: ser alimento para una sociedad hambrienta del verdadero Amor de la fraternidad, una sociedad que se conforma con migajas porque tantas veces

⁶⁵ Rom. 12, 2: No se acomoden al mundo presente

ha optado por quedarse al borde de la mesa de la gran familia de Dios, asumiéndose como extranjeros en la Casa de todos que es el corazón misericordioso de Dios Padre, olvidándose de la alta dignidad de hijos que Dios nos ha dado. Similar a lo que nos narra el evangelio de Mateo sobre aquella mujer extranjera que suplica un milagro al cual, según el contexto cultural de la época, ella no tenía derecho porque no era judía (a los extranjeros incluso los llamaban «perros»), y le pide a Jesús al menos las migajas que caen de la mesa del banquete de los hijos:

Una mujer cananea, que llegaba de ese territorio, empezó a gritar: «¡Señor, hijo de David, ten compasión de mí! Mi hija está atormentada por un demonio» [...] Jesús le dice: «no está bien quitarles el pan a los hijos para echárselo a los perros». Y ella le responde: «Sí, Señor; pero aún los perros comen de las migajas que caen de la mesa de los hijos». Entonces Jesús le contestó: «Mujer, ¡qué fe tan grande tienes! Que se cumplan tus deseos» (Mt. 15, 21-28).

«*No está bien dar a los perros el Pan de los hijos*», le dice Jesús a aquella mujer extranjera que le está pidiendo un milagro... Es extraño escuchar esta dura frase en labios de Jesús, pero es necesario comprender que, como Maestro que es, Jesús lo hace con la clara intención de corregir las lógicas exclusivas de quienes estaban en esa escena: tanto los judíos, como la misma mujer extranjera, los cuales, en su pensamiento estrecho, creían que Dios actuaba bajo estos mismos criterios. Porque aquí lo más grave de este escenario, es que la mujer extranjera también se había creído aquello que esa cultura y sociedad le había dicho por generaciones: que los extranjeros eran como «perros», que no pertenecían a la Familia de Dios y que no eran dignos comer el Pan de la Mesa de los hijos; por eso, ella se quedaba al borde de esa misma Mesa, y «se conformaba con migajas». Y entonces, Jesús Maestro aprovecha esta situación para enseñarle a todos una profunda lección del «carácter universal del Amor de Dios», y por eso, le concede a ella mucho más que las migajas que pedía: la exalta y pone como modelo de fe ante aquellos que la consideraban indigna, la eleva e incorpora a la Mesa de la Familia de Dios.

Refiriéndose a Cristo como Cordero de Dios: «Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y **con tu sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación**» (Ap. 5, 9).

San Pablo: A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, se me concedió esta gracia: anunciar a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo (Ef. 3, 7-9).

Sí... Porque era necesario corregir, tanto en «quienes excluyen», como en «quienes se creen excluidos», esas lógicas en que históricamente hemos encasillado y reducido a Dios. Pues Dios no hace acepción de personas, en su misericordia universal Dios ciertamente corrige el pecado, pero ama al pecador y por eso lo llama a la conversión.

Mas Pedro dijo: De ninguna manera, Señor, porque yo jamás he comido nada impuro o inmundo. De nuevo, por segunda vez, llegó a él una voz: «Lo que Dios ha limpiado, no lo llames tú impuro» (Hechos 10, 14-15). / Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: Ciertamente ahora entiendo que Dios no hace acepción de personas (Hch. 10, 34). / Porque en Dios no hay acepción de personas (Rom. 2,11).

Dios nos recibe tal como somos, pero, precisamente porque nos ama, no nos deja en esa situación inicial de pecado o postración en que nos encontró, sino que nos levanta y nos lleva a ascender a la mejor versión de nosotros mismos: la imagen de su Hijo amado Jesús:

Un hombre de Samaria que viajaba por el mismo camino, al verlo, sintió compasión. Se acercó a él, le curó las heridas con aceite y vino, y le puso vendas. Luego lo subió en su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó (Lc. 10, 33-34)

Jesús, nos invita a e ser otros «corderos» como Él, para que el mundo pueda conocer a través de nosotros el verdadero rostro de Dios Padre que es «*Misericordia*» (Lc. 15). Pues Dios, que nos llamó a la vida, es quien también nos invita, como Él, a entregarla para que pueda ser fecunda: «*Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda infecundo; pero si muere dará fruto abundante*» (Jn. 12, 20). Pero es una «entrega en libertad», que se hace donación y respuesta generosa a la invitación que Él nos hace a seguir

las huellas de sus pasos, a recorrer su mismo Camino: «Yo Soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn.14,6). Pues, aunque las circunstancias puedan mostrar otra cosa, la verdad es que al cristiano nadie le quita la vida, el cristiano la entrega voluntariamente por Amor a sus hermanos (Jn. 10, 18).

Jesús con su silueta visible en la historia, va caminando «delante de nosotros», dejándonos sus profundas huellas bien marcadas, para que caminemos sobre ellas. Y ante nuestro deseo natural y legítimo de ceder al desamor por las heridas recibidas, su voz dulcemente, siempre nos susurra al corazón: «Elige amar» (perdonar). No solo para liberar a quien lo recibe, sino también al que lo da. Nuestro peregrinar en esta vida es una constante decisión, donde diariamente podemos elegir el Amor que nos libera. Digerir esto no es fácil, San Pablo nos lo advierte:

Yo, hermanos, no pude hablarles entonces como a gente madura espiritualmente, sino como a personas débiles, como a niños en cuanto a las cosas de Cristo. Les di una enseñanza sencilla, igual que a un niño de pecho se le da leche en vez de alimento sólido, porque ustedes todavía no podían digerir la comida fuerte. (Cor. 3)

Por eso, este poema que he titulado «*Mi Hermano Lobo*», es un poema «*solo para adultos*»: Para «*adultos en la fe...*»

Curso del Hijo Pródigo

Fecha: 20/05/2024

Yo cantaré por ti

*Mi alma está triste hasta el punto de morir;
quedaos aquí y velad conmigo (Mt. 26, 36)*



Yo cantaré por ti

Yo cantaré por ti

Sí...

*Yo te prestaré mis brazos...
mis labios... mi voz...*

*Cuando tus labios callados
no quieran cantar...
yo cantaré por ti...*

*Y si tus brazos están caídos,
no importa...*

Yo levantaré los míos por ti...

*Si tus ojos en lágrimas se cierran...
Si el cansancio te ha vencido...
Entonces, yo «vigilaré» por ti...*

Rezaré por ti... Creeré por ti... Esperaré por ti...

*Y, luego, cuando tu espíritu se levante
y tus brazos recobren la fuerza,
tú tomarás mi turno:*

*Cantarás por los que ya no cantan...
Rezarás, creerás y esperarás
por los que han perdido
la fe y la esperanza...*

*Serás la voz y los brazos
que les dividan el Mar Rojo,
calmen la tormenta
y hagan brillar de nuevo el Sol...*

Bienaventurada Mano Frágil



*Mi alma está triste hasta el punto de morir;
quedaos aquí y velad conmigo (Mt. 26, 36)*

Yo cantaré por ti... Este es un poema en forma de plegaria u oración que escribí el Jueves Santo del año 2012 por un sacerdote amigo y hermano nuestro que en ese tiempo también necesitó que nosotros, su comunidad de fe, lo ayudáramos a descansar sobre la «Roca» (Cristo) y que, en ese período de dura lucha existencial, nos convirtiéramos para él, con sus brazos cansados, en el **Aarón** y **Hur** que lo sostuvieran. Porque todos necesitamos de amigos y hermanos en la fe que nos ayuden para que no perdamos la batalla más importante de nuestra vida:

En la batalla, sucedió que mientras Moisés tenía en alto sus manos, Israel prevalecía; y cuando dejaba caer sus manos, prevalecía Amalec. Pero las manos de Moisés se le cansaban. Entonces tomaron una roca y la pusieron debajo de él, y se sentó en ella; y **Aarón** y **Hur** le sostenían las manos, uno de un lado y otro del otro. Así estuvieron sus manos firmes hasta que se puso el sol (Ex. 17, 11-12).

Por aquel tiempo el rey Herodes echó mano a algunos de la Iglesia para maltratarlos [...] Llegó también a prender a Pedro. Eran los días de los Azimos. Le apresó, le encarceló y le confió a cuatro escuadras de cuatro soldados para que le custodiasen, con la intención de presentarle delante del pueblo después de la Pascua. Así pues, mientras Pedro estaba custodiado en la cárcel, **la Iglesia oraba insistentemente por él a Dios.**" (Hch. 12, 1-5).

Recuerdo que fue una Semana Santa muy particular porque nuestro párroco, que con tanta dedicación había preparado sus homilias para esa Semana Mayor, esta vez se le habían silenciado sus labios, sus brazos estaban caídos, sus ojos cerrados en lágrimas de angustia, y las sombras de un dolor muy profundo le desgarraba las entrañas de su alma. Él, en su fragilidad humana, estaba pasando por una crisis emocional muy fuerte que deterioró su salud peligrosamente.

Yo, en particular, era consciente del riesgo que su vida corría, pues un tiempo antes había tenido un sueño que, en cierta forma, me anticipaba su situación. Recuerdo que por ello, sin saber exactamente lo que vendría, prudentemente, le recomendé que perseverara en la oración... Él solía cada sábado enviar la Virgen Peregrina de Nuestra Señora de Guadalupe de visita a las familias que vivían en los edificios de la zona donde quedaba la parroquia, para que oraran con el Santo Rosario. Sin embargo, ese sábado no vino la familia a la que le correspondía recogerla. Así que me la entregó a mí. Pero yo, recordando aquel sueño, se la devolví, colgando en su cuello la mochila en la que la Virgen venía guardada. Le dije: *«mejor llévala contigo a casa, quizás la vas necesitar más que yo»*... Ese fue el último día que lo vi, antes de su Getsemani⁶⁶... El lunes, nuestro párroco nos enviaba a todos los que formábamos su equipo primario, un mensaje lleno de dolor, que se notaba había escrito en medio de lágrimas, donde nos anunciaba que no podría presidir esa Semana Santa que con tanta dedicación había preparado...

Así que como comunidad parroquial lo rodeamos con todo el apoyo espiritual y el consuelo emocional necesario, mientras el personal médico también hacía su parte. Toda la la parroquia intercedía en oración por nuestro párroco, y creo que la fuerza y perseverancia de nuestra oración logró atravesar las sombras que lo envolvían y lograron confortar su alma.

Por aquel tiempo el rey Herodes echó mano a algunos de la Iglesia para maltratarlos [...] Llegó también a prender a Pedro. Eran los días de los Azimos. Le apresó, le encarceló y le confió a cuatro escuadras de cuatro soldados para que le custodiasen, con la intención de presentarle delante del pueblo después de la Pascua. Así pues, mientras Pedro estaba custodiado en la cárcel, **la Iglesia ora insistentemente por él a Dios.**" (Hch. 12, 1-5).

Como signo de la Obra Misericordiosa de Dios en su vida y en su ministerio sacerdotal, Dios nos regaló muchos

⁶⁶ Mt. 26, 36-38: Llegó Jesús con ellos a un lugar llamado Getsemaní y dijo a sus discípulos: «Siéntense aquí, mientras yo voy más allá a orar.» Tomó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo y comenzó a sentir tristeza y angustia. Y les dijo: «Siento una tristeza de muerte. Quédense aquí conmigo y permanezcan despiertos.»

detalles durante esos días, recuerdo uno muy especial: Una mariposa que irrumpió volando en el Altar en plena Vigilia Pascual, en el momento de la Misa donde se proclama la Resurrección de Jesús, en medio de los aplausos y los cantos de alegría propios de esta celebración... La noche anterior, Viernes Santo, habíamos hecho una la vigilia de oración por su salud; allí, yo les había compartido a quienes oraban conmigo, el sentido de las mariposas y su proceso de metamorfosis como signo de la obra de nueva creación que Dios hace en nosotros. Por eso, cuando ellos vieron esta mariposa volando en el altar de la Misa de Vigilia Pascual, me dijeron: *¿La viste? ¡Era una mariposa!* Ellos también habían comprendido el mensaje... En fe veíamos esta mariposa como signo de metamorfosis y resurrección: Dios victoriosamente levantaba a nuestro hermano sacerdote de las sombras de la noche hacia el amanecer de una nueva etapa en su vida sacerdotal. No es «magia», sino detalles amorosos, signos con que Dios nos habla y da Esperanza.

A la mañana siguiente, Domingo de Resurrección, coincidió con el aniversario de la ordenación sacerdotal de nuestro párroco: abril 8, un «octavo día», domingo también, día de la nueva creación (Mt. 28, 1). De hecho, nuestro amigo sacerdote sanó, y al poco tiempo fue trasladado a otra parroquia llamada: «*Sagrado Corazón de Jesús*». Creo que este fue otro hermoso «signo» de cómo él también fue metido en el Corazón rasgado de Jesús por el «enorme hueco» que nuestra oración le abrió. Pues así funciona la plegaria que hacemos por quienes se encuentran desvalidos, cuando por diversas razones son incapaces de orar por sí mismos, cual paralíticos que no pueden ir hacia Jesús por su propios medios, y por eso necesitan de nosotros:

Entonces llegaron unos hombres que llevaban en una camilla a uno que estaba paralítico. Querían llevarlo adentro de la casa y ponerlo delante de Jesús, pero no encontraban por dónde meterlo, porque había mucha gente; así que subieron al techo y, **abriendo un hueco** entre las tejas, bajaron al enfermo en la camilla, allí en medio de todos, delante de Jesús. Cuando Jesús vio la fe que tenían, le dijo al enfermo: «Amigo, tus pecados quedan perdonados» (Lc. 5, 17-26)

Un año después (2013), el Sábado Santo de Vigilia Pascual de la siguiente Semana Santa, yo fui testigo de cómo nuestro amigo sacerdote, ya restaurado, y con el doble de vitalidad que antes tenía, cantó, oró y levantó sus brazos por todos los que en esa noche de Vigilia Pascual esperaban también ser levantados... Inicialmente, yo había hecho planes para celebrar esa Vigilia Pascual en otro lugar (mi mamá estaba de visita en la ciudad y yo quería que ella participara en las celebraciones de Semana Santa en diferentes parroquias de Medellín), pero las circunstancias se conjugaron para finalmente hacerme estar justo allí, y esta vez, con «cámara de la filmación en mano», pues me habían pedido el favor de grabar la predicación de esa noche.

Recuerdo que, como suele hacerse en esta celebración, se proclamó la lectura del Éxodo en la que Dios pide a Moisés levantar sus manos y dividir el Mar Rojo para que el pueblo pueda escapar de la percusión del faraón de Egipto. Al escuchar esta lectura, yo recordé el poema, que a manera de plegaria, aquel Jueves Santo sacerdotal de un año antes, yo había escrito por mi amigo sacerdote, y cuyas últimas líneas hacen referencia a este pasaje bíblico:

*Y, luego, cuando tu espíritu se levante
y tus brazos recobren la fuerza,
tú tomarás mi turno:
Cantarás por los que ya no cantan...
Rezarás, creerás y esperarás
por los que han perdido
la fe y la esperanza...
Serás la voz y los brazos
que les dividan el Mar Rojo,
calmen la tormenta
y hagan brillar de nuevo el Sol...*

Y así fue, yo fui testigo de como, después de la proclamación de esta lectura, junto a la comunidad allí reunida, vimos a nuestro amigo sacerdote cantar a todo pulmón aquella canción que habla de la victoria sobre los

carros del faraón de Egipto. Luego, levantando sus manos y su voz, con gran autoridad, declaró la libertad para tantos cautivos en esa noche: *¡Fuera miedo!, ¡Fuera tristeza!... Sí... Eso era lo que él gritaba y ordenaba con sus «brazos levantados». Y, entonces, aquella parroquia del Sagrado Corazón de Jesús parecía también «temblar»... Algo similar a ese terremoto que movió la enorme peña que tapaba el sepulcro de Jesús en la noche de su resurrección... El «terremoto» de la Fuerza del Espíritu, una vez más, movía la pesada piedra que había mantenido en el sepulcro a tantos de los allí presentes... ¡Qué maravillosas son las Obras de nuestro Dios!... Y es que eso es la Comunión, esto es Eucaristía... Cuando Jesús ora, dice: «Padre que todos sean uno como Tú y Yo somos uno» (Jn. 17, 21). Y ser «uno» es hacer Comunidad, «templo de piedras vivas»: «También ustedes, como piedras vivas, sean edificados como casa espiritual» (1 Pedro 2, 5).*

Recuerdo que mi amigo sacerdote, en su parroquia anterior, trabajó mucho por lograr construir el templo material de la parroquia que provisionalmente funcionaba en el sótano de uno de los edificios del área. Tenía un terreno donado para su construcción, pero lograr hacerlo era un proceso muy costoso pues estaba en una zona compleja, y llevaba varios años intentando reunir los fondos para empezar la obra. En eso también veía yo un hermoso signo de Dios para él, y también para nosotros, quienes lo hablamos acompañado en esa etapa. Pues como le pasó al Rey David, no sería él quien construiría ese templo material (2 Sam. 7, 5). Dios le había encomendado a él una tarea más importante: construir comunidad de fe, el templo espiritual de los fieles que orarían por Él cuando atravesaba su oscura noche existencial.

Somos un pueblo sacerdotal, pues todos en nuestro bautismo hemos recibido el sacerdocio bautismal de los fieles (diferente al sacerdocio ministerial de los consagrados por el orden sacerdotal).

Vosotros sois linaje escogido, **sacerdocio real**, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 Pe. 2, 9).

Y en virtud de ese don del sacerdocio bautismal que todos compartimos, estamos llamados a orar los unos por los otros, y, en forma especial, por los sacerdotes que por medio del sacramento del orden sacerdotal han consagrado su vida al servicio de Cristo en la Iglesia, pues ellos, cual vasijas de barro, llevan un precioso don dentro de su natural fragilidad humana: *«llevamos este tesoro en recipientes de barro para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros»* (2 Cor. 4, 7).

La Eucaristía acontece en el escenario de la Comunión, de la comunidad, porque es un amar y entregarse por los hermanos, por todos, como Jesús en la Cruz, como Jesús en la Mesa del Altar en cada Misa: *«Hagan esto en memoria mía»* (Lc. 22, 19). Esto implica un compromiso con el otro que camina y hace historia conmigo, pues en el Amor que nos propone Cristo no cabe el desentendernos de la suerte del hermano, porque en el camino de esta historia compartida con los otros, Dios nos seguirá haciendo la misma pregunta que le hizo a Caín: *«¿Y dónde está tu hermano?... «Entonces el Señor dijo a Caín: ¿Dónde está tu hermano Abel? Y él respondió: No sé. ¿Soy yo acaso guardián de mi hermano?»* (Gn. 4, 9). Pues Sí... Todos somos guardianes del hermano, somos «centinelas» (Ez. 33). Somos esos ángeles que Dios le ha dispuesto en su camino para acompañarle en el viaje (Libro de Tobías). Estamos llamados a preocuparnos por él, a celebrar con él sus alegrías y triunfos, pero también a advertirle de los peligros que pueden aparecer en el camino... Es nuestro compromiso iluminar el sendero del hermano para que su pie no tropiece en piedra, y si cae, solidariamente ayudarle a levantarse (Sal. 91, 11-12).

¡Cantemos pues! por los que no cantan; creamos por aquellos que han perdido la fe y la esperanza; oremos, esperemos y levantemos los brazos por aquellos que necesitan nuestra fuerza y perseverancia... Vigilemos en la noche oscura de quienes todavía sufren en las sombras...

Bienaventurada Mano Frágil



El Rey de los Cielos

Santuario *Jasna Góra* (Czestochowa, Polonia, 2016)

Rey de los Cielos

*Y te contemplo allí...
colgado de una Cruz,
absolutamente desnudo,
despojado de todo...*

*La crudeza de tu total
desnudez y tu despojo,
me estremece el corazón
y me conmueve las entrañas...*

*¿Cómo puede ser esto?
¡Tú, el Rey de los Cielos!
El Soberano...
El Autor del universo...
El Dueño de todo lo creado...*

*Tus ojos se cruzaron con los míos...
Y, entonces, desde tu Cruz me hablaste...*

*Conmovida hasta las lágrimas,
escuché de tus propios labios
una Verdad que me aguardaba desde siglos,
que sonaba a mis oídos como un «canto»,
y me sumergía en el fuego infinito de tu Amor:*



*Mírame aquí... Desnudo...
Por ganarte a ti, Yo todo lo vendí,
tú eres aquella perla preciosa
que con mi Sangre he comprado⁶⁷*

*Porque eres preciosa a mis ojos,
eres de gran valor para Mí⁶⁸ y
Yo te Amo...*



Bienaventurada Mano Frágil

Noviembre 24 de 2013



El Reino de los Cielos es como un Comerciante de perlas preciosas, que encuentra una perla de gran valor y entonces va y vende todo lo que tiene para comprar esa perla preciosa (Mt. 13,45-46)

Este poema nace de una experiencia muy especial que tuve en el amanecer de un domingo, Solemnidad de Cristo Rey; fue el 24 de noviembre del año 2013, en ese momento aún no sabía que ese domingo se celebraba la Solemnidad de Cristo Rey, lo supe luego en la Misa, cuando el sacerdote entró con su ornamento dorado y anunció la solemnidad que esa mañana se celebraba:

Horas antes, muy temprano en la mañana de ese domingo, yo estaba en mi cama entre dormida y despierta, realmente no me quería levantar todavía, pues después de una intensa semana de trabajo, el domingo es el único día en que puedo dormir un poquito más; así que decidí quedarme entre mis cobijas unos minutos, para ir luego a la Misa dominical... Todavía en mi cama y en medio de una especie de sueño (no sé si estaba realmente dormida), una escena fue

⁶⁷ Ap. 5, 9: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque Tú fuiste inmolado, y con tu Sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación.

⁶⁸ Eres precioso a mis ojos, eres de gran valor para Mí y Yo te Amo (Isaías 43, 4)

formándose: empecé a contemplar a Jesús crucificado en medio de los dos bandidos que narra el Evangelio. Pero había algo distinto en esa escena, Jesús no aparecía como en las pinturas⁶⁹ que generalmente representan ese episodio: en la escena que yo contemplaba, Jesús estaba en la Cruz totalmente desnudo, como suele estarlo un niño al nacer, tan pobre como en el momento de su nacimiento en Belén... La crudeza de su desnudez me conmovió profundamente...

Durante esta escena, se escuchaban voces cantando una antigua canción⁷⁰ de mi época de apostolado juvenil (años 90), una canción cuyo estribillo, en mi ensoñación, yo también repetía: «*Rey de los Cielos, Rey Soberano, Dueño de todo lo creado*»... Mientras yo le contemplaba allí colgado y desnudo, sus ojos me miraron, y entonces, desde su Cruz, Jesús empezó a cantarme a mí el resto de la canción: «*Por ganarte a ti Yo todo lo vendí*».

Jesús me pedía que le contemplara allí, en la más absoluta desnudez, y, así, comprendiera que Él era el comerciante de perlas finas que lo había «vendido todo» para comprar con su sangre a la perla preciosa que, a sus ojos, era yo y somos todos.

El Reino de los Cielos es como un Comerciante de perlas preciosas, que encuentra una perla de gran valor y entonces va y vende todo lo que tiene para comprar esa perla preciosa (Mt. 13,45-46)./Tú fuiste inmolado, y con tu Sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación (Ap. 5, 9).

Jesús me cambiaba la perspectiva de aquella comparación sobre el Reino de los Cielos que es como un «Comerciante» de perlas preciosas. Yo estaba acostumbrada a entender esto en una sola dirección, usualmente, la que había escuchado en

⁶⁹ Años después, en el 2016, visité Polonia y, en el santuario *Jasna Góra*, en *Czestochowa*, encontré una pintura (desconozco el nombre del autor) que me recordó la escena de esta experiencia, pues allí también Jesús había sido representado desnudo (es la foto que puse en la portada de este capítulo correspondiente a este poema titulado «*Rey de los Cielos*».

⁷⁰ El autor de esta canción es Vicente Arroyo Iriarte, quien la interpretaba en los años 90 cuando yo participaba en la Comunidad Formando el Cuerpo de Cristo de la ciudad de Barranquilla, Colombia. Su música puede encontrarse en YouTube: https://youtu.be/gD_dTiPF9Qs

la Misa; y en esa sola dirección, había aprendido que la Perla Preciosa de la que se habla en parábola era Dios, y nosotros éramos los «comerciantes» que al descubrir a Dios lo dejábamos todo para seguirlo a Él que es nuestro verdadero y único Tesoro; y bueno, ciertamente, eso también es verdad... Pero ahora, desde la Cruz, Jesús, me mostraba este mismo texto en la dirección contraria, es decir desde la perspectiva misericordiosa de su Amor sin límites, donde el «Comerciante» de perlas finas es Dios, y cada uno de nosotros es una perla preciosa para Él. Comprendí, entonces, que la perla preciosa es cada ser humano, porque Cristo habita en su interior, esperando ser descubierto allí, como el tesoro escondido en el campo del corazón (Mt 13, 44).

El Crucificado enviado atrás:

Esa mañana del 24 de noviembre de 2013, me levanté sumamente conmovida por lo que había experimentado durante esa especie de ensoñación... Me di un baño y me fui para la Misa dominical. Me sorprendí mucho cuando al llegar allí, el sacerdote, revestido con ornamentos dorados propios de una gran fiesta litúrgica, nos indicaba que ese día se celebraba la Solemnidad de Cristo Rey. También me sorprendió escuchar los textos bíblicos que se proclamaban según la liturgia de ese día: eran los que hablaban de la crucifixión de Cristo; recuerdo que yo no entendía por qué en la fiesta de Cristo Rey se usaban ese tipo de textos, en lugar de otros que hicieran referencia a su gloria (en ese período de mi vida, yo todavía no comprendía mucho de este tema). Pero entonces, ocurrió algo muy particular:

Al final de la Eucaristía, se nos informó que el Crucifijo grande que estaba adelante, en el altar, lo trasladarían a la *parte de «atrás» del templo*, y, en su lugar, se dejaría la figura de Jesús resucitado como signo de victoria. Todos aplaudimos, nos parecía muy buena idea centrar la mirada en la resurrección de Cristo y no tanto en su crucifixión. En ese instante, yo no relacioné esto con lo que había vivido esa mañana antes de ir al templo para la Misa.

Al día siguiente, mientras conducía, todo comenzó de nuevo: la escena de Jesús crucificado desnudo volvió con insistencia a mi mente y, esta vez, también el recuerdo de aquel Crucifijo que sería trasladado a la parte de atrás del templo... En ese momento fue que apenas relacioné las dos situaciones y comprendí algo importante en nuestra vida:

Los símbolos que representan aspectos de nuestra fe, son elementos importantes que nos conectan con lo sagrado y que, según el proceso de cada quien, nos permiten contemplar aquellos misterios de fe que nos ayudan luego a reconocer a Cristo en los demás: «*Mirarán al que traspasaron*» (Zac. 12,10; Jn.19, 37; Ap. 1,7). Ultimamente hay cierta tendencia por eliminar los crucifijos de diferentes escenarios, una forma de aversión hacia el signo de la Cruz; y, en el campo de la fe, se tiende a centrar en narrativas de prosperidad. Algunas nuevas tendencias en el campo de la Teología, en un intento quizás por alejarse de los excesos que en épocas pasadas se hizo en la pasión y muerte de Cristo, prefieren ahora poner énfasis en una misericordia a veces mal entendida desde un Cristianismo cómodo, laxo y permisivo con las tendencias de la sociedad contemporánea, olvidando con frecuencia la exhortación que San Pablo nos hizo: «*No se acomoden al mundo presente*» (Rom. 12, 2). Y la de Cristo mismo: «*Ustedes son la sal de la tierra, pero si la sal se adultera, ¿con qué se la salará?, ya nos sirve más*» (Mt. 5, 13). La figura de la sal, no solo ejemplifica ese darle sabor de Dios a la sociedad de hoy, sino que también, la sal preserva de la corrupción los alimentos, por lo tanto, aplicando esto a nosotros: si nuestra «sal» se adultera con otros discursos ajenos al Evangelio recibido, nuestro mensaje se corrompe también (Gálatas 1, 6- 8).

Está muy bien que se destaque la figura de Jesús Resucitado que también muchas veces es olvidado. Pues, como nos señala San Pablo: «*Si Jesús no ha resucitado vana es nuestra fe*» (1 Cor. 15, 14). El Crucificado y el Resucitado son como las dos caras de una misma moneda. Pero para llegar a la Gloria del Resucitado, es necesario pasar por la Cruz, por la conversión, como la metamorfosis de la oruga que se transforma en mariposa, como la ostra del mar que

tiene que sufrir la herida de la piedra en su interior para que se transforme en una perla preciosa...

Cuando Jesús comenzó a anunciar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén, y sufrir mucho, Pedro lo llevó aparte y comenzó a reprenderlo, diciendo: «Dios no lo permita, Señor, eso no sucederá». Pero Jesús, dándose vuelta, dijo a Pedro: «¡Apártate, **ponte detrás de Mí**, Satanás! Tú eres para Mí una piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres y no como Dios» (Lc.16, 21-23).

Como el apóstol Pedro, muchos no entendemos todavía que el «Reino de Dios» implica «*poner a Cristo adelante*», y que nosotros, los discípulos, somos quienes han de «ponerse detrás»; no nos corresponde el «ir adelante» proponiendo un «evangelio» a nuestra conveniencia que desplaza la Cruz. Ciertamente estamos llamados a madurar en la fe (Ef. 4, 13), y esto no se refiere a cercenar del Evangelio aquello que no entendemos, que resulta problemático a nuestros limitados razonamientos humanos o que no encaja en los parámetros de explicación contemporáneos. La verdadera «fe adulta», se trata de ponerse detrás del único Maestro Jesús: como discípulos, seguir sus pasos, «dejarse guiar» a donde inicialmente, no queremos ir: a la Cruz como el Maestro.

Jesús dice a Pedro: cuando eras más joven [*inmaduro*] te vestías y andabas por donde querías; pero cuando seas viejo [*maduro en la fe*] extenderás las manos y otro te vestirá, y te llevará adonde no quieras. Y habiendo dicho esto, le dijo: «Sígueme» (Jn. 21, 18-19).

Porque el reinado de Cristo no corresponde a nuestros imaginarios triunfalistas: Jesús es el Verdadero Rey «no reconocido» entre los suyos, el «descartado» por los criterios de este mundo, es el Rey que por Amar hasta el extremo está «desnudo», lleva una «corona de espinas», y su trono es una Cruz que comparte con dos delincuentes a los que busca redimir: uno a su «*derecha y otro a su izquierda*» (Jn. 13,1-15/Mt.13,45-46/Ap. 5, 9). Por eso, no temamos anunciar el llamado a la conversión de la que ya casi no se habla, pues

solo quien se reconoce pecador y necesitado⁷¹ del perdón de Dios, puede luego sentirse redimido y entonar un canto de acción de gracias. Esos son «*los pobres en espíritu, y de ellos es el Reino de los Cielos*». (Mt. 5, 3).

El «*collar de perlas*» de mi infancia:

En ese proceso de seguir avanzando en la comprensión de este aspecto de la fe, Dios también trajo a mi memoria un recuerdo de mi infancia que ahora cobraba un nuevo sentido:

Mi mamá, en la sencillez de su fe, me había enseñado una especie de rosario al Sagrado Corazón de Jesús en el que se decía 100 veces la jaculatoria: «*Sagrado Corazón de Jesús en vos confío*»; y para que pudiera rezarlo bien (yo aún era muy pequeña, tenía quizás unos 8 años), mi mamá me había hecho una especie de largo «collar de perlas» (obviamente no eran perlas finas), así, yo solo le daba la vuelta completa a este collar de perlas sin preocuparme de la cuenta. Yo solía hacerlo con frecuencia y de buen agrado. Lo hacía sin presentir que un día, finalmente, descubriría que Dios me cambiaría esas «perlas» de mi collar por verdaderas «perlas finas», por esa «*Perla Preciosa*» que Él haría de mí, luego de un duro y doloroso proceso de pulir la piedra de mi corazón...

Yo todavía no lo sabía, pero en los sueños de Dios, estaba también el hacer de mí su Perla Preciosa. Un proceso, ciertamente doloroso, como la herida que hace la piedra en el interior de la ostra del mar para formar dentro de ella una perla fina... Así también, Dios forma en nosotros a Cristo: la Perla Preciosa del Reino.



⁷¹ Ap. 3,17. Tú piensas: «Soy rico, tengo de todo, nada me falta». Y no te das cuenta de que eres un infeliz, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo. Yo te aconsejo que de Mi compres oro refinado en fuego para que te hagas verdaderamente rico; vestiduras blancas para cubrirte y no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez, y pídemelo un colirio para los ojos y que puedas ver. Yo reprendo y corrijo a todos los que amo.

«Preciosa», sí, pero en otra voz:

Y aquel recuerdo de la la infancia me llevó a hacer memoria de otra etapa de mi vida adulta: recordé entonces, la primera vez que yo descubrí en mi corazón que Dios me consideraba «*su perla preciosa*». Fue en un encuentro de la Misión Continental de la Arquidiócesis de Medellín, año 2011; en ese tiempo yo estaba viviendo mi proceso de retorno a la actividad de la iglesia, después de varios años de lejanía. Esa tarde, Dios me había tocado profundamente el corazón, y mientras el ministerio de música cantaba, yo lloraba, sentía que Dios hablaba a lo profundo de mi alma, pidiéndome abrir los ojos y contemplar mi mano y el color de mi ropa de ese día: Yo estaba vestida de morado y en mi mano tenía «una pulsera», también de color morado, que me habían regalado; la tenía guardada sin haberla estrenado aún, pero ese día, al ver que hacia juego con la ropa, por primera vez me la puse... Esta pulsera tenía tres dijes grandes: una flor, una mariposa y **una perla**... Dios me hacía caer en cuenta de que estaba vestida de morado, y el morado es el color litúrgico que significa cambio, mutación, metamorfosis... El susurro de su amor parecía interpelarme en interior de mi corazón: «*¿Ves la “flor y la mariposa” en tu pulsera?: el cactus del pedregoso desierto en tu corazón ha florecido, y la oruga se ha convertido en mariposa*». Y así, me mostraba mi propio proceso de metamorfosis...

Posteriormente al ver el tercer dije de la pulsera, la «**perla**», Dios trajo a mi mente aquel texto del Reino de los Cielos y la perla preciosa (Mt. 13,45-46). Y en mi corazón, me hacía comprender: «*Tú eres la Perla Preciosa por la que Yo, el Rey del universo, el Comerciante de perlas finas, lo vendí todo para poder comprarla...Tú eres mi preciosa*». El Señor, en esa misma tónica de enamorado, traía a mi mente este otro texto bíblico: «*Porque eres **preciosa** a mis ojos, eres de gran valor para mí, y Yo te amo*» (Is. 43, 4).

Eso me hizo recordar que en mi antigua relación amorosa, el hombre que era mi pareja solía llamarme «*preciosa*». Y después de que nuestra relación de varios años terminó, a mí no gustaba escuchar esa expresión... Sin

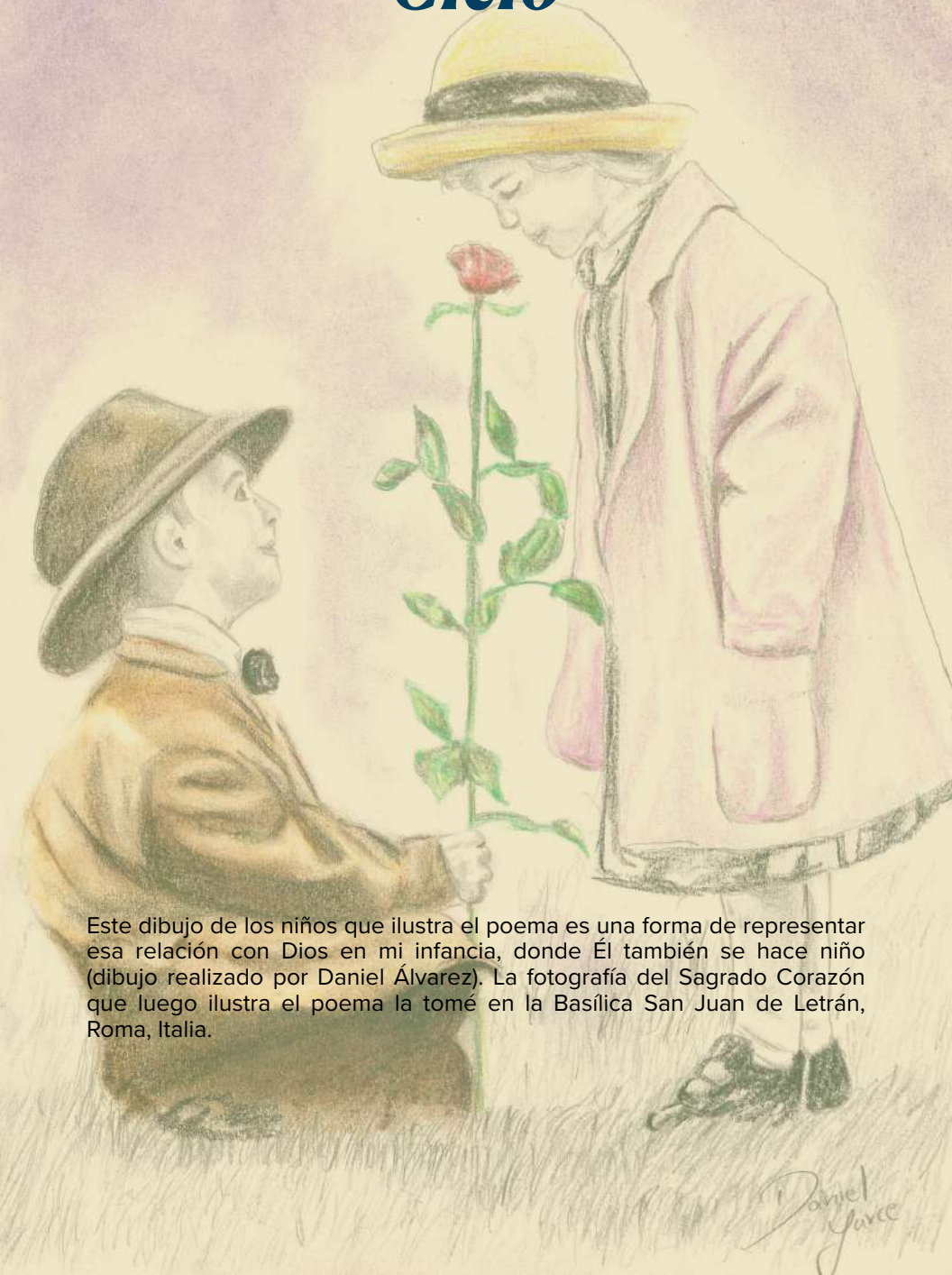
embargo, esa tarde, en la voz de Dios que en el fondo mi corazón parecía susurrármelo una y otra vez, esa expresión «*preciosa*» sonaba tan distinto: Como bálsamo sanador, como dulce miel... Yo estaba conmovida en lágrimas al darme cuenta que Dios no descuidaba ningún detalle de mi historia para manifestarme su Amor. Y ante la magnitud de tal declaración de Amor, nuevamente, yo caí rendida a sus pies: «*Me sedujiste Señor y yo me dejé seducir, eras más fuerte que yo y me venciste*» (Jer. 20, 7).

Y es que la fuerza de Dios, es la fuerza de su Amor sin límites... Su Reino, es decir su señorío en nuestra vida, no se impone con violencia, sino a fuerza de su entrega amorosa que pacientemente nos «rodea» como a la ciudad de Jericó (Josué 6) y logra finalmente derribar nuestras sólidas murallas, para tomar posesión de nuestro corazón: «*el lote que Él se escogió como heredad*» (Salmo 32).

Siempre fui una mujer que me planteaba metas concretas, lo cual en cierta forma estaba bien; cada fin de año solía escribir en una hoja una especie de lista de chequeo con las metas que había logrado y las que quedaban planeadas para el siguiente nuevo año... Un día, en este proceso de ir descubriendo lo que significa el Reinado de Dios en nuestra vida, me encontré algunas de esas hojas, ya viejas y amarillas, y luego de releerlas me di cuenta que en muchos de mis planes no había contado con Dios... Eso del Reino de Dios en mi vida no me lo había tomado en serio. Entonces, decidí quemar estas hojas y le dije a Dios con toda la honestidad de mi corazón: ¡Toma ahora Tú el control!... «Reina en mi vida». Desde lo profundo de mi corazón, te digo a una voz con María: ¡Hágase!... ¡Hágase en mí tu voluntad!.. «*He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según Su Palabra*» (Lc. 1, 38). ¡Cuánta libertad sentí al hacer esta entrega!. Ciertamente, esto no significa dejarle a Dios la responsabilidad de mis propias decisiones, sino abrir mi corazón dócilmente a soñar y caminar con Él, con la plena certeza que sus planes son mejores que los míos:

«Ni ojo vio, ni oído oyó, ni mente humana puede imaginar lo que Dios tiene preparado para los que le aman» (1 Cor. 2, 9).

Cielo



Este dibujo de los niños que ilustra el poema es una forma de representar esa relación con Dios en mi infancia, donde Él también se hace niño (dibujo realizado por Daniel Álvarez). La fotografía del Sagrado Corazón que luego ilustra el poema la tomé en la Basílica San Juan de Letrán, Roma, Italia.

Daniel
Álvarez

Cielo

*Maravilloso Fuego de Amor
que me inflama y no consume⁷²*

*Toda mi alma y mi corazón
desfallecen en tu llama...*

*Fuego Ardiente⁷³ que no da tregua
ya ni aun de madrugada...
Mi dulcísima prisión
en la que me hallo liberada*

*¿Cómo fue que sucedió?
¿Cómo fue que conquistaste?⁷⁴
A este terco corazón,
que ahora solo vive para amarte...*

*¿Hay un Cielo más allá?
¡Oh, sí!... ¡Ahora tengo la certeza!
Ya no tengo que esperar⁷⁵
¡Es mi Cielo aquí en la tierra!*

*Eres Tú todo mi Amor,
mi Fiel Amado y Tierno Amante,
tu Sagrado Corazón,
hoy mi único baluarte*



⁷² Ex. 3, 1-5: Moisés notó que la zarza estaba envuelta en llamas, pero que no se consumía, así que pensó: «¡Qué cosa tan extraña! Voy a ver por qué no se consume la zarza»

⁷³ Lc. 24, 32: Y se dijeron el uno al otro: **¿No ardía nuestro corazón** dentro de nosotros mientras nos hablaba en el camino, cuando nos abría las Escrituras? (Discípulos de Emaús)

⁷⁴ Josué, 9: La Conquista de la ciudad amurallada de Jericó.

⁷⁵ Lc. 23, 43: Hoy estarás Conmigo en el Paraíso.

*Paraíso terrenal
de mi infancia, un día dejado...
Más por el Fuego de tu Amor,
hoy nuevamente restaurado*

*¿Qué más desea ahora mi alma?
Si solo en Ti hallo el Descanso...*

*¿Qué más puedo yo anhelar?
Si ante tu Miel,
lo demás, todo es amargo...*

Bienaventurada Mano Frágil



Moisés notó que la zarza estaba envuelta en llamas, pero que no se consumía, así que pensó: «¡Qué cosa tan extraña! Voy a ver por qué no se consume la zarza.» (Ex. 3, 1-5).

En mis años de infancia, en el piso de un rincón de la habitación de mi mamá, ella tenía un cuadro del Corazón de Jesús. Era un cuadro ovalado, grande, que no estaba colgado en la pared, como tradicionalmente suele estar en la mayoría de las casas en mi país, sino puesto en el piso, adornado con flores y una lucecita, a manera de altar. Allí, yo solía ir a jugar y disfrutaba mucho estar ahí, Jesús parecía estar al alcance de mi pequeña estatura.

Un día, cuando aprendí a leer y escribir, se me ocurrió hacer con crayolas de colores un pequeño cartel con un título para ponerle encima al cuadro del Corazón de Jesús, le llamé: «**El Paraíso de la Felicidad**», me imaginé que le puse ese nombre porque me agradaba mucho jugar allí, pues en la ingenuidad de esa edad yo no conocía de temas teológicos respecto al Paraíso o el Edén⁷⁶, que se narra en el libro del Génesis.

⁷⁶ Gn. 2, 8: «Luego plantó Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado». Para conocer más sobre el Edén, leer el libro del Génesis de las Sagradas Escrituras.

Pasaron los años y, a medida que me fui alejando de ese primer amor de mi infancia, yo olvidé esta hermosa experiencia. Lo recordé sólo treinta años después, en una época de mi vida donde estaba muy alejada y desconectada de la vida de fe. Creo que Dios trajo este recuerdo a mi memoria durante esta etapa de mi vida para ponerme en camino de regreso al *Paraíso de su Divino Corazón, el Cielo*. Ese Corazón de Dios que ahora experimento como *una zarza ardiendo en mi interior*⁷⁷ que me envuelve en las llamas de su Amor sin límites, de su Espíritu que es su mismo Amor...

Fueron tantos los acontecimientos con los que Dios me hizo recordar y hacer memoria, que podría hacer otro libro completo... Por ahora, sólo mencionaré uno de esos tantos que dieron vida a este poema, titulado «Cielo»:

El «día sin carro» y el recuerdo de mi infancia:

Era el «día sin carro» en la ciudad de Medellín (un día en que no pueden transitar los carros particulares que usan gasolina, solo circula el transporte público, esto se hace para intentar reducir los niveles de contaminación ambiental, era el año 2013 quizás). Yo, acogiendo la norma, dejé mi carro en casa y tomé un autobús. Me dirigía hacia la Iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria para celebrar la Misa de 6:00 a.m. antes de ir al trabajo. El viaje a esa hora, por ser muy temprano en la mañana, realmente fue muy corto, aproximadamente ocho minutos y, como es común en algunos autobuses de servicio público de la ciudad, el conductor tenía encendido un parlante con una emisora de música comercial. En la radio del autobús sonaba una canción de hace muchos años atrás, de la época de mis hermanos mayores, cuya letra me dejó sorprendida... Yo iba desprevenida y, de repente, el estribillo del coro de la canción me sacó súbitamente de mi distracción. La canción decía esto en su estribillo: «*Un paraíso de placer dibujaré*

⁷⁷ Ex. 3, 1-5: Moisés notó que la zarza estaba envuelta en llamas.

sobre tu piel... Yo haré de cada amanecer un paraíso, un Edén⁷⁸»

Mientras yo escuchaba este estribillo de la canción que repetía una y otra vez lo de un «Paraíso», un «Edén» que un enamorado prometía dibujar en su amada, a mi memoria llegó la escena del encuentro de Jesús con la mujer adúltera (ella representa a la humanidad infiel al Amor de Dios) que narra el Evangelio de San Juan (cap. 8). Según ese texto, una mujer fue sorprendida en adulterio, había sido infiel a su esposo y, de acuerdo con la ley de Moisés, debía morir apedreada. Jesús, al encontrarse frente a ella, se inclina y comienza a escribir con su dedo sobre la tierra. Jesús finalmente libera a esta mujer de ser apedreada y la restaura públicamente. Pero, ¿qué era lo que escribía Jesús con su dedo sobre la tierra?⁷⁹, aún más importante: ¿qué era lo que esta acción significaba? ¿Y qué tenía que ver eso conmigo y con el estribillo de aquella canción que sonaba en el autobús?... Las respuestas a estas preguntas las recibiría yo en ese momento:

En mi mente yo volví contemplar a Jesús «escribiendo con su dedo sobre la tierra», pero esta vez yo sentía que Él me lo decía a mí como si le hablara a esa misma mujer:

Mira lo que estoy **dibujando** sobre tu “nueva piel”, sobre tus “cueros nuevos”⁸⁰, esa piel de tu corazón de la que yo sané la “lepra”... Estoy dibujando un nuevo jardín, **un paraíso, estoy restaurando ese Edén perdido en tu corazón...** Estoy escribiendo en la tierra, en el barro de tu vida, y con mi Dedo estoy **creando** en ti un corazón nuevo, un **Paraíso** donde Yo voy a volver deleitarme...”

⁷⁸ La canción se titula «Paraíso», y la interpreta «Claudia de Colombia» quien es una cantante colombiana de los años 80.

⁷⁹ Los detalles sobre lo que Jesús escribía sobre la tierra lo explico en otro libro que publiqué en el año 2014, titulado «Octavo Día».

⁸⁰ Marcos 2,22: Jesús dijo: Nadie echa vino nuevo en cueros viejos, porque los cueros se revientan, y tanto el vino como los cueros se pierden. Por eso hay que echar el vino nuevo en cueros nuevos / Marcos 1, 40-45: En aquel tiempo se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas: Si quieres, puedes limpiarme. Sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó diciendo: Quiero quedarte limpio. La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio.

Me bajé del autobús caminando como entre nubes, mientras todo aquello seguía resonando dulcemente en mi corazón. Yo me sentí tan infinitamente amada por Dios que en esos momentos me pareció **tocar el «Cielo»**... Entré a la Iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria y celebré la Eucaristía con mi corazón lleno de alegría y agradecimiento por tanto Amor... Y de repente, a mi memoria volvió también un viejo «recuerdo de mi infancia» que ahora cobraba más sentido que nunca:

Recordé aquella imagen del **Sagrado Corazón de Jesús** que estaba en el piso de un rincón del cuarto de mi mamá donde ella había improvisado un sencillo altar, y a donde yo solía jugar y orar cuando era niña. Recordé que era una experiencia que en esa tierna etapa de mi vida me llenaba de mucha alegría y por eso un día, en la parte de arriba del marco



de ese cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, a mí se me ocurrió ponerle un «título» que escribí con crayolas de colores, lo llamé: **«El Paraíso de la felicidad»**. En la ingenuidad de esos años, yo nunca sospeché la trascendencia e implicación que aquel sencillo y espontáneo acto tendría en mi vida y en mi historia... Al reconstruir este recuerdo de mi infancia en mi memoria, Dios me mostró una verdad tan hermosa que yo nunca imaginé y que hoy descubro con asombro: siento que Jesús susurra a los oídos de mi corazón esta profunda declaración de Amor: *«Yo, igual que lo hacen los enamorados, también grabé en tu corazón un título que decía: Mi paraíso de la felicidad»*.

Así se cumplía en mi historia lo que declara la Sagrada Escritura:

Grábame como un sello en tu corazón, ¡Llévame como una marca sobre tu brazo! (Cantares 8, 6)

¡Qué revelación tan hermosa!... Comprendí que, no solamente yo le había puesto *título* a su Sagrado Corazón ese día de mi niñez, Jesús también había hecho lo mismo con el

mío: Jesús le había «puesto un título a mi corazón», Jesús había escrito en él: «Mi Paraíso». Sí... «Su Paraíso»... Eso era yo también para Él: «Su paraíso»... Eso sigo siendo todavía. Y la verdad es que Jesús lo había hecho antes que yo, porque la verdad es que Dios nos amó primero (1 Jn, 4, 19).

«No me habéis elegido vosotros a Mí, sino que Yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca» (Jn. 15, 16). Este es el texto bíblico que corresponde a las lecturas que siempre se proclaman el día de mi cumpleaños, 14 de Mayo, fiesta de San Matías apóstol (Hch. 1, 12-26): San Matías es aquel discípulo que acompañó a Jesús y quien fue elegido para reemplazar a Judas (el apóstol que traicionó a Jesús). Pienso que casi todos, y en particular yo, hemos sido en algún momento de nuestra vida ese Judas que «aborta» su vocación, el discípulo de la «vocación frustrada»; y en otro momento somos un «San Matías», ese otro discípulo en quien Dios restaura el llamado, restaura la «elección», la vocación que se nos da bajo otro nombre y bajo un nuevo rostro...

Porque los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables (Rom. 11, 29).

Jesús dice: Y la voluntad de mi Padre, que me envió, es que **Yo no pierda a ninguno** de los que Él me ha confiado" (Jn. 6, 36).

¿Quién podrá apartarnos del Amor de Cristo?... Estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna, podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm. 8, 31-39)

Volviendo a mi relato de infancia de ese Jesús que también le había puesto el «título» de «paraíso» a mi corazón, yo me sentí tan profundamente conmovida por semejante ternura... ¿Cómo no estarlo?... Si es ver que absolutamente todo lo que acontece en nuestra historia, aún por insignificante que parezca, tiene un sentido y un propósito bajo la mirada de Dios...

Ahora entiendo que la historia de la humanidad acontece de la misma forma en mi propia historia:

Mi corazón, en la inocencia de esos tiernos años de mi infancia, fue también como aquel jardín del Edén que menciona el libro del Génesis en la Sagrada Escritura, ese «paraíso» donde «Dios se deleitaba»... Pero yo arruiné el jardín... Desplacé a Dios de allí, y puse en su lugar otros «amores», cosas o circunstancias a las que les di mayor importancia en mi vida y que se volvieron mis ídolos...

En el relato del Génesis se narra la manera como el pueblo de esa época entiende la ruptura en la relación del ser humano con su Dios creador; allí se narra la expulsión del ser humano del paraíso como consecuencia de haber roto su relación con Dios, pero lo plantea como si fuera Dios quien expulsa al ser humano del paraíso: «Y así fue como Dios le expulsó del jardín del Edén» (Gn. 3, 23).

Sin embargo, yo descubrí que esa manera de entenderlo así, es todavía limitada, porque en realidad somos los seres humanos quienes expulsamos a Dios de nuestro corazón que es el lugar donde Dios habita y se deleita: nuestro corazón es el paraíso de Dios... Por lo tanto, no fue Dios quien me sacó del Paraíso de su Corazón, fui yo quien desplacé a Dios del paraíso de mi corazón donde Él se deleitaba:

En el Edén: Dios llamó al hombre y le dijo: «¿Dónde estás?» Este contestó: «Te oí andar por el jardín y tuve miedo, porque estoy desnudo; por eso me escondí» (Gn. 3, 9-10)

No fue Dios quien se separó de mí, fui yo quien con el pasar de los años me separé de Él... Fui yo la que, como aquel hijo pródigo que narra la parábola del Evangelio de Mateo⁸¹, me fui de Su Casa para gastar «a mi manera» la vida que, en su generosidad, Él me había dado.

Yo, como tanta gente, le di la espalda a su Proyecto de Amor en mi vida, comencé a confiar y creer más en mis planes que en los Suyos... Toda aquella postura que «sospecha» de Dios, de sus obras, también me llenó de

⁸¹ Mateo 15, 11-32: Parábola del padre misericordioso, también llamada la «Parábola del hijo pródigo».

orgullo y, desde esos nuevos marcos de referencia, pensé que podría definir yo sola lo que estaba bien o mal... Mi corazón se tornó rebelde, obstinado... Y entonces, fue solo cuestión de tiempo para que llegase el desenlace que se repite en la humanidad de todos los tiempos: el Paraíso de mi corazón dejó de ser jardín...se hizo un «desierto pedregoso»... como el desierto del Sinaí... Sí... Mi corazón era como ese «Jardín del Edén», el «Paraíso» de Dios, pero yo, al separarme de su proyecto de Amor para mí, lo convertí en un desierto...

Pero tengo esto contra ti: que has dejado tu primer amor (Ap. 2,4).

Aviva el Fuego del don de Dios que está en ti (2 Timoteo 1, 6).

Yo también había perdido al «Amado» de mi alma, ese «primer Amor de mi niñez» y la «noche» entonces, había llegado a mi vida:

Por las noches, en mi lecho, **yo buscaba al Amado de mi alma**. Lo busqué y no lo hallé. Y dije: Me **levantaré** ahora y rodearé la ciudad. Por las calles y las plazas buscaré al Amado de mi alma. Lo busqué y no lo hallé. Me encontraron los centinelas, esos que andan de ronda por la ciudad, y les dije: **¿Habéis visto al Amado de mi alma?** (Cantares, 3)

María se quedó afuera, junto al sepulcro, llorando. Y mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro, y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús; uno a la cabecera y otro a los pies. Los ángeles le preguntaron: — Mujer, ¿por qué lloras? Ella les dijo: —“Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto”. Apenas dijo esto, volvió la cara y vio allí a Jesús, pero no sabía que era Él. Jesús le preguntó: —**Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?** (Jn. 20, 11-18).

Afortunadamente, el Amado de nuestra alma, nuestro Dios, permanece fie a su Amor sin límites... Él lo deja todo por venir en nuestra búsqueda y entregar su vida: *«Tanto amó Dios al mundo, que nos dio a su Hijo único, para que todo aquel que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna» (Jn. 3, 16).*

Finalmente, Dios es quien repara esa ruptura inicial y nos abre nuevamente las puertas del Paraíso: Su Corazón:

En la Cruz uno de los condenados que estaban crucificados con Jesús, le dijo: «Jesús, acuérdate de mí, cuando llegues a tu Reino». Y Jesús le respondió: «En verdad te digo: **hoy estarás Conmigo en el Paraíso**» (Lc. 23,40-43).

Sí, «hoy estarás en el Paraíso»... Es hoy, ya no hay que esperar... El paraíso, el Cielo, comienza aquí y ahora si nosotros le abrimos nuestro Corazón a Dios. Porque el Paraíso, ese Cielo eterno, es el Divino Corazón abierto de Jesús, su Corazón traspasado en la Cruz del cual brota un manantial de Amor sin límites: su Espíritu Santo.

Uno de los soldados le atravesó el costado con la lanza, y en seguida brotó sangre y agua. (Jn. 19, 34-37).

Jesús: «el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré se convertirá en él en una fuente de agua viva que brota para vida eterna» (Jn. 4,14).

Bienaventurada Mano Frágil

Si sunieras...



Si supieras

Jesús resucitado se aparece a sus discípulos, y les dice:
 “¿Tenéis algo de comer?” (Lc. 24, 41)

El Amado (Dios):

Si supieras que tengo hambre de ti y de tu sonrisa...
 La noche espera la aurora que anuncia el nuevo día
 y a su agonía pone fin...
 Yo espero tu sonrisa escondida entre la noche
 que anuncie el final de mis días sin ti...

Si supieras que tengo hambre de ti y de tu mirada...
 El cielo se alimenta con la luz de millares de estrellas
 que iluminan su oscura faz...
 Yo suspiro por el brillo de tus ojos
 que ilumine con sólo una mirada
 la oscuridad del Amor, en ti adormecido,
 y perdido tiempo atrás.

Si supieras que tengo hambre de ti y de tus abrazos...
 El mar abraza las playas y las rocas
 en un ir y venir de infinitos encuentros...
 Yo muero de frío esperando
 que tú cruces, *mar adentro*⁸²,
 la orilla hacia mi Vida
 para fundirte Conmigo
 en un abrazo eterno⁸³



⁸² Lc. 5, 1-11: Jesús dijo a Simón: «**Rema mar adentro**». / Mc 4, 36: Al caer la tarde, Jesús les dijo: «**Pasemos a la otra orilla**»

⁸³ Os. 2, 21: «Yo te desposaré Conmigo para siempre»

La Amada (alma humana):

Si supieras que tengo hambre de ti⁸⁴ y de tus besos...
El viento besa cada hoja, cada flor...
y hay miles de besos entre las nubes...
Yo agonizo por sentir un pedacito del Cielo
a través del suave toque de tus labios
tan cálidos y tiernos.

Si supieras que tengo hambre de Ti,
de tu voz y tu presencia⁸⁵...
Dicen que tu susurro de Amor
está en cada detalle de la creación
que me rodea y me habla de Ti
con tácita elocuencia...

Pero yo intento arrancarle al silencio
una palabra que suene como la tuya,
y en vano busco⁸⁶, entre los rostros
que dicen que me aman,
alguno donde ver
un destello de tu Alma...

Y los dos gritan:

¡Si supieras que tengo hambre!... Sí...
¡Hambre de ti, de tu sonrisa, tu mirada, de tus abrazos,
tus besos, de tu voz y tu presencia...!
¿Cuándo vendrás por fin
a colmar mi hambre...?

Bienaventurada Mano Frágil

⁸⁴ Amós 8, 11: Vienen días en que enviaré hambre sobre la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la Palabra del Dios

⁸⁵ Jn. 20, 15: María Magdalena llora junto al sepulcro... Jesús resucitado aparece a su lado y le pregunta: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?»

⁸⁶ Cantares 5, 2: «Yo dormía, pero mi corazón velaba. ¡Y oí una voz! ¡Mi amado estaba a la puerta! "Hermana, amada mía; preciosa paloma mía, ¡déjame entrar!" [...] Le abrí a mi amado, pero Él ya no estaba allí y tras su voz se fue mi alma. **Lo busqué, y no lo hallé...**»



«Jacob trabajó por Raquel durante “siete años”, aunque a él le pareció muy poco tiempo porque la amaba mucho» (Gn. 29, 20)

Este poema titulado «**Si supieras**», representa la manera como, a lo largo de mi vida, he ido entendiendo la relación entre Dios y el ser humano: como *una Alianza matrimonial*. A continuación comparto esta bella anécdota que me ayudó a comprenderlo:

Entre las montañas y el río: Un Amor Fiel y Perseverante:

Uno de esos días (quizás año 2011), en la ciudad de Medellín, mis amigos Luisa y Roberto me invitaron junto a otros amigos a ir a un concierto de un grupo musical llamado «Suramericana», es un grupo que canta música con mensaje social, y que son muy acogidos en esta ciudad de Medellín. El concierto fue al aire libre, en un parque de la zona residencial que está junto al Museo de Arte y el Río Medellín. Nosotros no queríamos estar apretujados cerca del escenario, decidimos ubicarnos un poco más afuera, en la grama y nos sentamos en el suelo desde donde podíamos también contemplar la belleza de las montañas de esta ciudad y el río.

Inició el concierto y este grupo musical, en medio de su repertorio, empezó a cantar una canción de una cantante muy conocida y querida: Mercedes Sosa. La canción se llamaba «**Cambia, todo cambia**»... Y al escuchar esta canción, eso me trajo recuerdos de todas las cosas que a nivel afectivo yo había vivido en años anteriores, y que de alguna forma me alejaron de Dios, pero que ahora ya no estaban. Era muy particular estar allí sentada entre el «río» (siempre en movimiento) y las montañas (firmes e imponentes), y escuchando precisamente una canción que habla de los

«cambios». Y entonces escuché una parte de esta canción que me conmovió profundamente:

«Cambia, todo cambia... Pero no cambia mi Amor por más lejos que te vayas»...

Me conmovió mucho, porque en ese instante yo sentí que Dios me lo decía mí... Y es que, en ese momento, yo estaba precisamente contemplando las montañas frente a mí, y al hacerlo, el Espíritu de Dios trajo a mi mente un texto bíblico que leí años atrás:

Aunque las montañas cambien de lugar y los cerros se vengán abajo, **mi Amor por ti no cambiará** ni se vendrá abajo mi Alianza de paz contigo (Is. 54, 10)

Sentía que mi corazón iba estallar con tanto Fuego de Amor, y en ese instante lo único que anhelé fue amarle como nunca lo había hecho... Como Moisés supé que estaba entrando en «Tierra Santa», que estaba muy cerca de un misterio de Amor que me sobrepasaba y me quedé allí como extasiada... Dios ha demostrado que me Ama con un amor apasionado... Dios, como el personaje de Jacob Gn. 29) nunca se ha dado por vencido para conquistar mi corazón:

Así que Jacob trabajó siete años para poder casarse con Raquel, pero como estaba muy enamorado de ella le pareció poco tiempo [...] **Jacob tuvo que trabajar para Labán siete años más** (Gn.29, 15-30).

Jacob trabajó durante «7 años» por Raquel para poder hacerla su esposa. La historia dice que incluso a Jacob le tocó volver a trabajar «otros 7 años más» y él volvió a hacerlo porque la amaba mucho... Y, así también, otro personaje, **Josué** (*equivalente hebreo de "Jesús"*) con el Arca de la Alianza rodeó a la ciudad amurallada de Jericó 7 veces hasta hacer caer sus murallas y poder conquistarla:

Josué rodea 7 veces la ciudad amurallada de Jericó y la conquista para Dios: Jericó estaba herméticamente cerrada [...] Entonces el Señor dijo a Josué: Yo he puesto en tus manos a Jericó [...] El séptimo día, ustedes darán **siete vueltas** alrededor de la ciudad, y los sacerdotes harán sonar las trompetas (Josué 6).

La ciudad amurallada de Jericó, donde nadie puede «entrar», y nadie puede «salir», representa una triste imagen de «separación», que ejemplifica la ruptura de nuestra relación con Dios. La conquista de *la de la Ciudad amurallada de Jericó*, es «La historia del Amor Fiel y Perseverante de Dios»... Ambos personajes, Jacob (que trabajó siete años para casarse con Raquel) y Josué (que conquista la ciudad amurallada de Jericó rodeándola siete veces hasta que hace caer sus murallas), son signo del Amor fiel y perseverante de Dios que nos rodea pacientemente, y que trabaja siempre para conquistar nuestro corazón.

Ellos atacaban a Jesús, porque hacía esas cosas en sábado (*el día séptimo, "día de descanso"*). Pero Jesús les dijo: «Mi Padre todavía trabaja, y Yo también trabajo» (Jn. 5, 15-18)

El Amor de Dios: Fiel y Perseverante, nunca se da por vencido... **Él no descansará**, Dios trabajará en mí y seguirá trabajando en cada uno de nosotros, no solamente «siete días» (Gn. 2, 2), no solo «siete años» como hizo Jacob por Raquel (Gn. 29, 20), sino todo el tiempo que sea necesario hasta hacernos semejantes a la imagen de su Hijo: «*A los que de antemano conoció, también los destinó a reproducir la imagen de Su Hijo*» (Rom. 8, 29). Hasta hacer de nosotros esa tierra prometida que Su Divino Corazón enamorado anhela, una tierra fértil, que da fruto abundante y que mana leche y miel (Ex. 3).

Yo seré bondadoso con Sión, la ciudad que estaba toda en ruinas. Convertiré las **tierras secas del desierto** en un Jardín, como el **jardín** que el Señor plantó en el **Edén**. Allí habrá felicidad y alegría, cantos de alabanza y son de música (Is 51, 3)

Empieza a hablar mi Amado, y me dice: «Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven. Porque, mira, ha pasado ya el invierno, **han cesado las lluvias y se han ido**. Aparecen **las flores** en la tierra, el tiempo de las canciones ha llegado, se oye el arrullo de la tórtola en nuestra tierra» (Cantares, 2, 10-14).

Dice Dios: «Yo te desposaré conmigo para siempre» (Os. 2, 21).

El amor de pareja como signo: Luisa y Roberto.

Luisa y Roberto siempre fueron un signo patente de lo que es el Proyecto de Amor que Dios ha planeado para la pareja humana; ellos se constituyeron para mí, y para muchos, en un «sacramento» (signo visible) del sentido más profundo que tiene el amor entre un hombre y una mujer, vivido desde Dios, fundamentado en la Roca sólida



que es Cristo, animado por el Espíritu Santo, acompañados dulcemente por María y San José... Ellos vivían con radicalidad y alegría el Evangelio; cuando firmaban sus nombres lo hacían así: «Luisa de Roberto» y «Roberto de Luisa»...

Por tanto, el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne (Gn. 2, 24).

Llevaban 14 años de matrimonio, pero parecían un par de recién casados, o mejor, de novios recién enamorados... Seguramente como seres humanos y pareja enfrentaron muchos retos y dolores que vienen como parte del paquete de la vida, sin embargo, ellos supieron construir un *Cielo* aquí en la tierra... Por eso, ese 14 de enero del 2014, Roberto más que *irse al Cielo*, simplemente continuó ese Camino que ya había empezado a hacer aquí de la mano de Luisa... Cuando Roberto falleció, su muerte a esta vida temporal fue lo que Cristo nos enseñó a comprender como Pascua: «paso» de esta vida a la plenitud en Dios.

La Pascua de Roberto fue repentina, él no estaba enfermo y, la tarde que sufrió el primer infarto, estaba feliz jugando baloncesto con sus compañeros de trabajo, como era su costumbre hacerlo después de salir de la oficina, algunos días a la semana.

El justo, aunque muera prematuramente, tendrá descanso, pues la vejez honorable no consiste en vivir mucho tiempo ni se mide por el número de años; los cabellos blancos del hombre son la prudencia, y la edad madura, una vida intachable.... Llegando a la perfección en poco tiempo, él alcanzó la plenitud de una larga vida (Sab. 4, 7-13)

Luisa me llamó en la madrugada desde el hospital, me contó la gravedad de la situación, y recuerdo que me dijo que, allí en la camilla, cuando aún estaba consciente, Roberto se acordó en ese momento que estaban en el «*octavo día*» de su renovación de la consagración a la Virgen María... Y allí entonces, los dos elevaron nuevamente la oración de consagración que hicieron el día de su Matrimonio... Cuando Luisa me contó ese detalle del «*octavo día*», yo en mi corazón supe que había llegado el día de la *Pascua de Roberto*... Por prudencia no le dije nada a ella, no era el momento para eso...

Roberto, cual *trigo maduro* estaba listo para ser recogido; como San Pablo también él había llegado al final de su «*carrera*» en este mundo, y ahora entraba a recibir la corona merecida:

Porque yo ya estoy a punto para ser derramado como una ofrenda de libación, y el momento de mi partida es inminente. He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe, me aguarda la corona de la justicia que aquel día me entregará el Señor (2 Tim.4, 7)

Porque él, junto a su esposa Luisa, estuvo dispuesto a recorrer el Camino de Cristo, y, paso a paso, se había ido aproximando al misterio de Amor de la Zarza que arde sin consumirse:

Moisés al ver la zarza ardiente pensó: «¿Qué cosa tan extraña! Voy a ver por qué no se consume la zarza.» Entonces Dios le dijo:—No te acerques. Y descálzate, **quítate las sandalias porque el lugar donde estás es Sagrado...** (Éxodo 3, 1-5)

Sí. Roberto fue como aquel *discípulo amado* que había estado muy cerca del Fuego del Corazón de Dios, escuchando

los latidos de ese Corazón Divino que le hacían saberse «amado»:

En la última cena: «Uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado en el pecho de Jesús» (Jn. 13, 23).



Por eso, ahora Roberto ya «estaba listo» para dar el «paso» final, ya no para acercarse un poco más, sino para *entrar* a esa *Zarza Ardiente*: el Corazón de Dios *ardiendo en llamas de Amor*, el Corazón de Jesús que «*ardientemente anhelaba*» unirse en el Fuego de una sola llama con el suyo:

En la última cena Jesús dice a sus discípulos: “Ardientemente he deseado celebrar esta Pascua con vosotros” (Lc. 22, 15)

Jesús dijo que se iba a «prepararnos un lugar» y que cuando estuviera listo volvería a llevarnos con Él (Jn. 14, 2)... Pienso que ese *lugar* que Jesús está alistando, es en realidad “nuestro propio corazón”:

No dirán: "Miradlo aquí o allá", porque el Reino de Dios está dentro de vosotros (Lc.17, 21)

Jesús está terminando los últimos detalles en cada uno nosotros, el *Dedo de Dios* (El Espíritu Santo) está haciendo una *nueva creación*, y cuando ya ha completado la obra, cuando ya estamos «*listos*» para nuestro encuentro definitivo con Dios, entonces somos invitados a *dar un paso más* y *entrar a la Zarza Ardiente* donde nos fundimos en el Fuego de Amor para hacernos totalmente uno con el Amado...

Dios, quien comenzó la Buena Obra en ustedes, la continuará hasta que quede completamente terminada el día que Jesucristo vuelva (Fil. 1, 6).

Luisa me pidió que antes de pasar al hospital fuera primero a Misa ofrecer la Eucaristía por Roberto... Yo me fui con mi vecina Luz María, amiga muy querida nuestra, a la Misa de 6:00 a.m. A la salida de la Misa, recuerdo con cariño a *Omar*, un habitante de la calle que usualmente cuidaba los carros afuera de la parroquia de San Benito, en el centro de la ciudad; siempre conversábamos unos pocos minutos cuando yo salía de la Misa, pero ese día le dije que me iba rápido porque iba para la clínica a ver un amigo que estaba muy enfermo, y le pedí que por favor orara por él... Omar me prometió que lo haría... A la semana siguiente, Omar me preguntó por mi amigo; yo le dije que ya estaba plenamente en el Cielo, y recuerdo su rostro compungido diciéndome: «*Mi niña, yo recé por él... de verdad que yo recé*». Entonces, yo le respondí: «*Y Dios te escuchó Omar, ahora está plenamente con Él*».

Usualmente, en nuestra limitada comprensión humana, cuando pedimos a Dios la sanidad para un enfermo, esperamos solo la física; por eso, cuando fallece esa persona por quien pedíamos la salud, nos sentimos tristes, decepcionados o pensamos que Dios no nos escuchó la oración; en nuestro corazón seguimos estacionados en esta esfera temporal y terrenal y perdemos de vista la dimensión trascendente. Dios siempre responde nuestras oraciones, y *siempre quiere sanarnos*:

Un hombre enfermo con lepra se acercó a Jesús y se arrodilló delante de él y le dijo: «*Señor, si tú quieres, puedes sanarme y dejarme limpio*». Jesús lo tocó con la mano, y dijo: «**Sí, quiero, ¡Queda sano!**». Al momento, el leproso quedó limpio de su enfermedad (Mc. 8, 1-4).

Lo que sucede es que la sanidad de Dios va más allá de lo físico, pues Dios también nos responde con otra sanidad más perfecta que es *la vida eterna*.

La Pascua de nuestro amigo Roberto estuvo llena de muchos detalles y signos de la Mano Amorosa de Dios interviniendo en nuestra historia: Mientras estuvo físicamente con nosotros, él fue, no solo un Hijo de Dios, sino un *hijo de María*, aquel discípulo amado junto a la Cruz que se la llevó a «su casa», a su corazón, a su vida, a su

matrimonio con Luisa, para quien él también fue un *San José*...

En la Cruz: «Cuando Jesús vio a su madre, y al discípulo a quien El amaba que estaba allí, dijo a su madre: ¡Mujer, he ahí tu hijo! Después dijo al discípulo: ¡He ahí tu madre! Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su propia casa» (Jn. 19, 27).

Esa mañana, antes de que Roberto falleciera, además de la preocupación que teníamos, había algo adicional que nos entristecía: no habíamos podido localizar a ninguno de los sacerdotes amigos de Roberto para que le administraran el sacramento de la Unción de los enfermos... Cuando Luisa me llamó en la madrugada me había encargado también esa tarea, pero no me fue posible cumplirla. Así que ya en el hospital, como siempre, empecé a desahogar con Dios mi frustración... Recuerdo que le dije a Dios cosas como: *«yo sé que la vida de Roberto ha sido en santidad, que ha estado ungido todo el tiempo, pero para Luisa y para él es importante este sacramento, ¿Cómo es que este discípulo amado tuyo y su esposa, pareciera que se van a quedar sin este consuelo?»*.

Como a las 8 de la mañana empezaron a llegar al hospital otros amigos, y yo aproveché para ir a la capilla que estaba en frente a la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI), quería orar con el Santo Rosario, esa sencilla forma de orar que Roberto tanto amaba. Cuando voy entrando a la capilla veo salir de allí a un hombre con clérigan en su cuello (distintivo que usan los sacerdotes). Inmediatamente me fui detrás de él, y lo alcancé cuando ya llegaba a su oficina, era el capellán del hospital. Cuando supo de la gravedad de Roberto, se excusó con los que estaban esperándole en la oficina y se fue conmigo. Llamé a Luisa y nos fuimos con él hasta la UCI. Él tenía un carnet con banda magnética que automáticamente nos iba abriendo todas las puertas que antes estaban cerradas para nosotras, pues ni siquiera a Luisa que era su esposa la habían dejado volver a entrar hasta allí desde la noche anterior. Llegamos al último control frente al cubículo de Roberto, allí donde estaban las enfermeras que hacen guardia, ellas nos miraron sorprendidas al vernos llegar hasta allí, pero antes de que pudiesen decir nada, él

sacerdote simplemente les dijo: «*vengo con dos familiares a administrar un sacramento*», y él mismo nos hizo pasar. Al ver todas esas puertas que, delante de nosotras, él hacía abrir automáticamente con su carnet de banda magnética, a mi mente vino aquella imagen de la escena del ángel que abre las puertas de la prisión de Pedro y lo libera:

Herodes después de arrestar a Pedro, lo hizo encarcelar, poniéndolo bajo la custodia de cuatro relevos de guardia, de cuatro soldados cada uno [...] Mientras Pedro estaba bajo custodia en la prisión, la Iglesia no cesaba de orar a Dios por él... Pedro dormía entre dos soldados, atado con dos cadenas, y los otros centinelas vigilaban la puerta de la prisión... De pronto, apareció el Ángel del Señor y una luz resplandeció en el calabozo. El Ángel sacudió a Pedro y lo hizo levantar... Pedro salió y lo seguía... Pasaron así el primero y el segundo puesto de guardia, y llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad. La puerta se abrió sola delante de ellos (Hch. 12: 1-10)

Mientras caminábamos con él hacia dentro de esta unidad, yo sentí en mi corazón ese susurro de Dios que me pedía: *Pregúntale el nombre...* Yo pensé en mi interior: *Señor, no me digas ahora que también se llama «Rafael» (como el arcángel cuyo nombre significa «medicina de Dios»)*. Rafael: presencia y acción sanadora de Dios interviniendo en nuestra historia como lo relata el texto bíblico:

«Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que están delante de la gloria del Señor y tienen acceso a su presencia» (Tobías 12, 15). A un mismo tiempo, fueron acogidas favorablemente ante la gloria de Dios las plegarias de Tobit y de Sara, y fue enviado Rafael para curar a los dos (Tobías 3, 16)

Yo no me atreví a preguntarle el nombre a aquel sacerdote de la clínica, así que le pedí a Luisa que lo hiciera... Luisa le preguntó su nombre, y él respondió: **«Rafael»**.

Obviamente que este sacerdote no era un arcángel, era el capellán del hospital, pero el hecho de que su nombre fuera *Rafael*, era un signo providencial que yo entendía bien y, en cierta forma, también sabía que era la manera como Dios se aseguraba de que yo comprendiera el mensaje: que Él había escuchado y atendido las sentidas quejas que, en mi

frustración, minutos antes yo le había hecho... Porque eso son los ángeles: *mensajeros de Dios*... A veces nuestra idea de ellos es la de seres con «alas y arpas en las manos» como los representan las pinturas. Pero los ángeles, no solo son seres creados por Dios que existen en otros niveles de la creación (Mt. 18,10/ Ef. 6,12), es importante entender que ellos también son presencia y acción de Dios manifestada en las personas de carne y hueso que Dios, en su providencia, dispone en nuestro camino para nuestro bien.

En la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI), después de las debidas medidas de asepsia que exige esta área, Luisa y yo entramos al cubículo donde estaba Roberto y oramos con el sacerdote... Al salir de allí, nosotras nos quedamos en la capilla orando con el Santo Rosario, ese día, martes de la Virgen María, correspondía la meditación de los *misterios dolorosos*... Minutos después, Roberto falleció, fue su Pascua, dio el «paso» final: Entró a la Zarza Ardiente: al Cielo que es ese Sagrado Corazón de Jesús ardiendo en llamas de Amor...

Mi amiga Luisa había bajado a firmar unos papeles, desde allí me llamó al celular y, con esa fortaleza que solo viene de Dios, me dijo una frase que yo nunca olvidaré: «Judith dile a todos, los que aún están allí, que hagan una oración de acción de gracias a Dios por la vida de Roberto, *mi Chinito* se acaba de ir al Cielo»...

Todos corrimos a abrazarla, a rodearla con nuestro amor... sabíamos que ella, ahora estaba en Getsemaní y, en esos momentos, éramos para ella ese ángel que Dios le enviaba para confortarla:

En Getsemaní, Jesús se postró rostro en tierra mientras oraba diciendo: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad sino la tuya» [...] Un ángel del cielo se le apareció para confortarle (Lc. 22, 39-46).

Y Luisa lo comprendió así, de tal manera que durante el sepelio, mientras estaba a la espera de sus familiares que, desde la ciudad de Bogotá y del exterior, también venían a acompañarla, mirándonos a quienes habíamos estado con ella todo ese tiempo, nos dijo: «*He aquí mi madre y mis hermanos*» (Mt. 12, 48)... Sí... nosotros también éramos sus

hermanos, porque ella aprendió que *la fe nos agranda la familia* de tal manera que, además de nuestra familia de sangre, ahora tenemos muchos otros hermanos en la gran familia de Dios Padre.

Jesús extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: «He aquí mi madre y mis hermanos» (Mt. 12, 48).

En la funeraria, providencialmente con el nombre de *Capillas de San Juan*, ocurrió un signo muy significativo:

Alguien me pidió que después de la oración les compartiera lo que le había dicho del «*discípulo amado*» y de aquello que había mencionado sobre el «octavo día». Yo entonces empecé a compartirles las razones por las cuales, como San Juan, también Roberto era un discípulo amado:

Lo primero: Roberto se dejó amar por Dios y se acercó tanto al Corazón de Jesús que se supo infinitamente amado por Él:

En la última cena: «Uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado en el pecho de Jesús» (Jn. 13, 23).

Segundo: se llevó a María a su casa (su vida, su matrimonio, su trabajo):

La Cruz: «Cuando Jesús vio a su madre, y al discípulo a quien El amaba que estaba allí, dijo a su madre: ¡Mujer, he ahí tu hijo! Después dijo al discípulo: ¡He ahí tu madre! Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su propia casa» (Jn. 19, 27).

Tercero: amó y trabajó por la Iglesia, fue obediente al pastor que Jesús encargó de esa Iglesia peregrina en la tierra: «Pedro»; por eso, amaba a Juan Pablo II, y respetaba a cada Papa sucesor de San Pedro. Como el discípulo amado, que aunque corre más rápido que Pedro, lo espera y respetuosamente deja que sea él quien entre primero.

Pedro y el otro discípulo salieron y fueron al sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió más rápidamente que Pedro y llegó antes. Asomándose al sepulcro, vio las vendas en el suelo, pero no entró. Después llegó Simón Pedro, que lo seguía, y entró en el sepulcro (Jn. 20, 1-18).

En consecuencia, Roberto cosechó el bien en abundancia, fue rodeado del Amor Fiel de Dios hasta el final, y de la dulce compañía de la Virgen María: pues Ella, bajo la advocación de la «Candelaria», iba ese día guardada en su bolsillo... he ahí, un hermoso signo de que Jesús, LUZ en los brazos de María, *iluminaba* sus pasos en este último viaje de retorno a la Casa del Padre Celestial. Enero 4/14.

También les explicaba en términos muy sencillos el sentido del «octavo día» como día de la nueva creación: Dios no ha terminado su trabajo de creación en nosotros, Él sigue trabajando todavía en nosotros todos los días para hacernos semejantes a su Hijo Jesús, por eso el mismo Jesús nos dice: «*Mi Padre todavía trabaja*» (Jn. 5, 17); luego, usando de ejemplo a las *mariposas*, les expliqué brevemente que la muerte es en realidad una *metamorfosis*: una metamorfosis que vivimos paso a paso a lo largo de nuestra vida aquí en la tierra con pequeñas transformaciones, y que cuando ya estamos listos, cuando ya El Espíritu Santo completa su obra creadora, entonces Jesús viene a llevarnos con Él: «*Me voy a prepararles un lugar y cuando lo tenga listo los llevaré conmigo*» (Jn. 14, 2). Al respecto, pienso que Roberto ya estaba «*listo*».

Y sucedió que, mientras yo hablaba y explicaba todo esto, entró una hermosa mariposa que se posó sobre el vidrio de la ventana junto al ataúd donde estaba el cuerpo de Roberto...

Varias personas sorprendidas por esta aparente coincidencia, se levantaron a tomarle fotos a esta mariposa, que no era tímida, sino que incluso abría sus alas a quienes se acercaban a fotografiarla con sus celulares... Esta es la foto que uno de ellos me envió:



La mariposa permaneció allí todo el día. Incluso hizo algo más peculiar: Yo me había ido a llevar a algunos familiares de Luisa a que descansaran, y regresé minutos después a recoger a Luisa. Cuando llegué a la funeraria, había mucho revuelo allí, y apenas entré al salón varias personas empezaron a llenarme de preguntas sobre la mariposa... Yo no entendía lo que pasaba...

Luisa entonces me contó. Ella me dijo: Judith todos están sorprendidos, la mariposa no solamente se pasó aquí, junto Roberto, todo el día, sino que ahora en la noche se fue morir precisamente sobre su rostro... Mírala...Y levantando la pequeña tapa del ataúd que cubría el rostro de Roberto, allí sobre el pequeño vidrio encima de su cara, yacía también, como dormida, aquella hermosa mariposa. Los familiares de Luisa se llevaron la mariposa y la hicieron tratar en el Jardín Botánico para ponerla en un cuadro. La persona que hizo el tratamiento de la mariposa le explicó a Luisa todo lo relacionado con esta especie de mariposa, pero el detalle más significativo para ella con respecto a este signo, fue lo último que este hombre le dijo: este es un tipo muy especial de mariposas porque tienen una particularidad: este tipo de mariposas andan siempre en *parejas*.

Y es que enfrentar el dolor y las pérdidas desde la Esperanza que nos da la fe, nos cambia la mirada sobre los acontecimientos. La muerte, ya no es muerte, es Pascua (paso), es la continuación de la vida totalmente sumergidos en el Fuego del Amor de Dios que nos hace *uno con Él*.

¿Hay dolor?, SÍ. ¿Hay lágrimas?, ¡Por supuesto que también!. Los cristianos no somos ángeles encarnados. Jesús mismo, quien es la Resurrección y la Vida, y que fue hombre verdadero, también lloró por la muerte de su amigo Lázaro (Jn.11, 35), y con ello nos dio «*licencia*» a nosotros también para desahogar nuestro dolor. Pero nuestro llanto ya no es un llanto desesperado o sin esperanza...

Jesús dijo: «cualquiera que oye estas palabras mías y las pone en práctica, será semejante a un hombre sabio que edificó su casa sobre la roca; y cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y azotaron aquella casa; pero no se cayó, porque había sido fundada sobre la roca» (Mt. 7, 24-25).

La manera como Luisa enfrentó la pascua de su esposo Roberto, fue toda una lección de *escatología* o de cómo asumir la muerte desde la fe, que no se aprende en la academia o universidad, sino de vivir a los pies del Maestro, de haber escogido *la mejor parte*:

Jesús entró en un pueblo; y una mujer, llamada Marta, le recibió en su casa. Tenía ella **una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra**, mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres. Acercándose, dijo: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude». Le respondió el Señor: «Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y solo una es necesaria. María ha elegido la mejor parte que nadie le podrá quitar (Lc. 10, 38-42)

Luisa como la Virgen María, supo estar de pie junto a la Cruz (Jn. 19,25). Por eso pidió celebrar la Eucaristía de Roberto como lo que era: una Pascua... *una acción de gracias a Dios* por el don de la vida de Roberto entre nosotros que fue un signo visible de Cristo vivo... Por eso también ella no quiso que nadie vistiera de negro, sino de blanco, y que los cantos no fueran de tristeza sino de esperanza, de victoria, de vida... Porque Roberto ahora está más vivo que nunca. Algunos no entendían de donde venía tanta fortaleza, yo sí... Otros quizás hasta podrían pensar que ella no le quería lo suficiente porque no la veían abatida hasta la desolación... Pero eso no es verdad... Yo que les conocí de cerca, fui testigo del inmenso amor que ellos se profesaban el uno al otro, por eso al contemplarla allí, pude ver en ella a aquella «*viuda pobre*» del Evangelio:

Jesús estaba viendo a los ricos echar dinero en los cofres de las ofrendas, y vio también a una viuda pobre que echaba dos moneditas de cobre. Entonces dijo: De veras les digo que esta viuda pobre ha dado más que todos; pues todos dan ofrendas de lo que les sobra, pero ella, en su pobreza, ha dado todo lo que tenía para vivir. (Mc. 12,38-44)

Sí... Luisa allí, era esa *viuda pobre* que, ese día, en el templo, estaba dando más que todos nosotros juntos, porque ella, ese día, estaba entregando a Dios «*su única monedita*», a «*su chinito*» (como cariñosamente lo llamaba), a ese esposo que fue para ella fuente de alegría, amor y fe...

Roberto también fue un *profeta* de nuestro tiempo, pero no porque anunciara el futuro (ese no es el sentido del profeta), sino porque con su vida y con su manera de vivir radicalmente el Evangelio junto a su esposa Luisa, era un *signo de contradicción* en la sociedad de hoy, porque iba contracorriente frente a los esquemas de un mundo que vive a espaldas del plan de Dios: él vivió en *plena fidelidad* a su esposa, amándola y respetándola, en una sociedad que festeja la infidelidad, promueve la promiscuidad y banaliza el matrimonio; a la manera de San José, su vida «silenciosa», pero coherente con la propuesta del Evangelio de Jesús, era toda una *denuncia* a lo que no estaba bien, era una forma de *resistencia pacífica*, no violenta, a las presiones sociales que empujan a tantos a comportarse contrarios al amor.

Él también era como ese otro Juan: «el Bautista», ese profeta que se llamó así mismo «*Yo soy la voz que grita en el desierto, preparad el camino para el Señor*» (Jn. 1, 19), ese que vestía piel de camello, vivía en el desierto y comía plantas silvestres... Porque Roberto, tenía su propio desierto: una casa «desierta de lujos» y cosas «accesorias», incluso sin televisión por cable, pero rica en calidez y alegría, un hogar y un corazón *descalzo* donde *solo Dios basta*...

De hecho, la última producción musical de Roberto y Luisa de su serie «*Una canción Consoladora de Dios*»⁸⁷, la grabaron justo antes de que Roberto falleciera, y ellos la quisieron titular: «*Una Voz que grita en el desierto*». La titularon así porque su canción principal está dedicada a San Juan Bautista:

¿Qué dices de ti mismo? Juan les contestó: «Yo soy la voz que grita en el desierto: ‘Preparad el camino del Señor’, como anunció el profeta Isaías» [...] «Yo bautizo con agua, pero en medio de ustedes hay uno, al que ustedes no conocen, alguien

⁸⁷ Su música se puede escuchar en: <https://www.youtube.com/user/immah2000/featured>

que viene detrás de mí, a quien **yo no soy digno de desatarle las correas de sus sandalias**» (Jn. 1, 19-28).



«Yo no soy digno de desatarle las correas de sus sandalias»: Juan Bautista, esa voz que gritaba en el desierto «preparando el camino al Señor», sabía que él no podía tomar para sí el *derecho de Aquel que realmente es el Esposo*: Dios. Porque eso significa aquí (en el contexto bíblico), el «quitar la sandalia» para dársela a otro. Así nos lo explica otro texto narrado en las Sagradas Escrituras:

Booz dijo a su pariente: «Si le compras a Noemí la parcela de campo, también tendrás que casarte con Rut» [...] El pariente dijo a Booz: «Ejerce tú mi derecho, porque yo no puedo hacerlo». En Israel existía antiguamente la costumbre de quitarse la sandalia y dársela al otro para convalidar los convenios de redención o de intercambio de tierras. Esta era la manera de testificar en Israel. Por eso el pariente dijo a Booz: «Adquiérela para ti», y se quitó la sandalia (Rut 4, 7-8).

Roberto, también se «quitaría la sandalia», es decir, se «soltaría» de todo, incluso de Luisa, y entraría «descalzo» a la Zarza Ardiente: al Corazón de Dios que también aguardaba por él:

Moisés al intentar acercarse a la zarza que arde sin consumirse, escucha que Dios le dice: «**quítate las sandalias porque el lugar donde estás es Sagrado**»(Éxodo 3, 1-5)

Porque Roberto estaba en el camino para hacer lo mismo que Juan el Bautista: disminuir para que Cristo creciera:

Juan el Bautista dijo sobre Jesús: «Es necesario que Él crezca y yo disminuya (Jn. 3, 30)...

Juan Bautista sabía que su misión no era ser el protagonista de esta historia, sino señalar al verdadero Esposo de nuestra alma, re-direccionar los pasos de quienes le seguían hacia Aquel que es el «Camino», ayudarles a los demás a ver a Dios que pasa y acontece en sus vidas, en los hechos cotidianos de cada día:

Juan, al ver a Jesús que pasaba, dijo a sus discípulos: «*He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*» (Jn. 1, 29).

Roberto también fue así. Él era un músico dotado de un talento especial, de una voz extraordinaria, que renunció voluntariamente a la fama personal que en otros escenarios le hubiese garantizado su talento; que decidió hacerse a un lado y darle paso a Jesús para que usara su voz y su vida, y que, desde allí, pudiera hablarle al mundo de este tiempo... Porque Roberto quiso ser solo «la Voz» de quien es la Palabra de Dios: Jesús.

Juan Bautista también conocía que su lugar en las bodas del Cordero (Cristo) era *ser solo el amigo del novio* y, por eso, su misión era mostrar al verdadero Esposo:

Algunos de los seguidores de Juan fueron a decirle: “El que estaba contigo al oriente del Jordán, aquel de quien nos hablaste, ahora está bautizando y todos le siguen”. Juan les dijo: “Nadie puede tener nada si Dios no se lo da. Vosotros mismos me habéis oído decir claramente que yo no soy el Mesías, sino que he sido enviado por Dios delante de él. **En una boda, el que tiene a la novia es el novio; y el amigo del novio, que está allí y le escucha, se llena de alegría al oírle hablar. Por eso, también mi alegría es ahora completa. Él ha de ir aumentando en importancia, y yo, disminuyendo**” (Jn. 3, 25-30)



Al respecto, pienso que Roberto hizo lo mismo: mostrar quien es el verdadero esposo de su alma y de la de Luisa. Recuerdo que ellos, como pareja, solían firmar sus nombres de una manera muy peculiar: «*Roberto de Luisa*», y «*Luisa de Roberto*»... Pero con su muerte (Pascua), un tanto inesperada, Roberto le dejó *un último mensaje de Amor* a su esposa Luisa, aquella extraordinaria mujer que él tanto amaba, la esposa que también lo amó a él con absoluta devoción y entrega:

Como Juan Bautista, en la Fiesta de Bodas de Dios, Roberto le muestra a Luisa que él solo era el «*amigo del Novio*», el amigo del Esposo, porque el verdadero y absoluto Esposo del alma de Luisa es Dios, es Cristo Jesús. Por eso, la firma de su nombre habría de ser: «*Luisa de Jesús*».

Con su Pascua, ciertamente dolorosa para Luisa, *Roberto disminuyó en la vida de Luisa de tal manera*, que ella finalmente pudo ver en este acontecimiento un signo que le señalaba a Jesús, «Cordero inmolado» que allí también, en medio de ese dolor, estaba «pasando» por su vida, por esa historia de Amor que había estado construyendo de la mano de Roberto y que, ahora, como Juan el Bautista, él también le señalaba a ella a volver su mirada al verdadero Esposo: «*He ahí el Cordero de Dios*» (Jn. 1, 29).

Y Luisa lo comprendió muy bien. Por eso, con esa entereza que la caracteriza, una de estas tardes que conversábamos al respecto, me dijo que Dios a través de esta dolorosa experiencia le había enseñado algo muy importante a ella que, a pesar de toda su vida de fe, aún necesitaba aprender: «más que Roberto, *Dios es su Esposo*»... A continuación, este fue el texto bíblico que ella me dijo que Dios le había estado poniendo en sus manos frecuentemente en esos duros días de duelo:

Ya no te llamarán «Abandonada», ni a tu tierra «Devastada»; a ti te llamarán «Mi favorita», y a tu tierra «Desposada», porque el Señor te prefiera a ti, y tu tierra tendrá marido... Como un joven se casa con su novia, así te desposa El que te construyó; la alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo (Is 61,10 - 62,5).

Al escucharla, yo veía aquí, una vez más, esa presencia y acción providente de Dios interviniendo en nuestra historia, representada en el personaje de «*Rafael*»: aquel ángel, cual *custodio*, que Dios dispone como guía y compañero de camino de una familia humana y que, en su misión, cumple varias *tareas* específicas, entre ellas: dar sanidad y devolver la visión a quien no podía ver, *arreglar las bodas*, es decir, entregar la esposa a quien tenía el derecho de ser el Esposo... Y, finalmente, luego de *celebrada la boda y terminado el viaje*, la última tarea de Rafael es «*acompañar al hijo a retornar seguro a la Casa de su Padre*» (Libro de Tobías: Antiguo Testamento).

Creo que «*Rafael*» también estuvo presente de muchas maneras a lo largo de la vida de pareja de Luisa y Roberto y, en esta ocasión, lo vimos representado en aquel capellán del hospital que administró el sacramento de la Unción de los enfermos que proveía la *sanidad plena* a Roberto. Por lo tanto, «*Rafael*» cumplió en ellos varias de sus tareas: no solo acompañó a Roberto en su camino de retorno a la Casa del Padre Celestial, sino que también se había estado ocupando de la tarea de poner algunas cosas en orden en sus vidas: de *arreglar las Bodas de Dios* con cada uno de estos dos hijos amados. No había duda de que ambos, Roberto y Luisa, cada uno en su circunstancia particular y, esta vez de

manera personal, estaban ahora celebrando su «Boda» con Dios.

Y así Jacob trabajó durante **siete** años para poder casarse con Raquel, pero a él le pareció muy poco tiempo porque la amaba mucho... aunque Jacob tuvo que trabajar para Labán **siete años más** (Gn. 29, 20,30).

Porque, tal como hizo Jacob con Raquel, Dios había estado trabajando por cada uno de ellos no solo 7 años, sino 7 años más: 14 años. Y es que los 14 años de matrimonio de Luisa y Roberto fueron un *signo* de ese trabajo paciente y perseverante que Dios, a lo largo de sus vidas, había estado haciendo por cada uno de ellos para poseer totalmente su corazón. Dos meses después de la Pascua de Roberto, y luego de estar un tiempo con su familia en Bogotá, mi amiga Luisa regresó a la ciudad de Medellín y se quedó conmigo el fin de semana, el lunes era puente festivo en Colombia. Fue un tiempo de compartir muy especial. En la mañana del martes, antes de irme a trabajar, oramos juntas, y en ese espacio de oración buscamos un texto bíblico para meditar en él; Luisa decidió leer el pasaje que circunstancialmente estaba separado en mi Biblia con una estampita:

Miren, la Virgen está embarazada y dará a luz un hijo, y lo llamará con el nombre de Emmanuel, que significa «Dios con nosotros» (Is. 7, 14).

Recibiendo en fe esta Palabra que Dios nos regalaba en la oración de esa mañana, yo le dije a mi amiga Luisa: «*Luisita, estamos embarazadas de Dios*»... Nosotras que, como es natural, por esos días no andábamos muy pendientes a las fechas, no sabíamos que justamente ese día se celebraba la fiesta de la Anunciación a la Virgen María (25 de marzo). Y el texto con que providencialmente habíamos orado, fue el mismo que luego se proclamó esa mañana del lunes en la primera lectura de la Misa (Is. 7,10-14.8, 10c).

«*Estar embarazadas de Dios*», he ahí un gran reto para las dos pero, en especial, para Luisa... Porque este hermoso signo implicaba para ella el no quedarse en el dolor que, naturalmente con el pasar de los días, le generaba la

ausencia física de Roberto... Dios le regalaba un signo que la empujaba a levantarse y *ponerse en marcha*, como la Virgen María, para *continuar sirviendo*:

En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre e Isabel quedó llena del Espíritu Santo. Entonces dijo: Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, ¿Quién soy yo para que venga a visitarme la Madre de mi Señor? Pues tan pronto como escuché tu saludo, mi hijo se movió de alegría en mi vientre. María se quedó con Isabel unos tres meses. (Lc. 1, 39-56).

Por eso, pienso que la experiencia de Luisa ha sido la misma de María Magdalena cuando lloraba frente al sepulcro ante la «*aparente pérdida*» de Jesús que en realidad está *Vivo*:

En la escena de la resurrección María Magdalena llora frente al sepulcro: Jesús le dice: ¡María! Ella, volviéndose, le dice en hebreo: ¡Raboní! (que quiere decir, Maestro). Jesús le dice: «**Suéltame** porque todavía no he subido al Padre; pero ve a Mis hermanos, y díles: Subo a Mi Padre y Padre de ustedes, a Mi Dios y Dios de ustedes» (Jn. 20,17).

Luisa también aprendió que no podía «retener» a Roberto quien, como Jesús, seguía su viaje de *ascenso* a la Casa del Padre; Luisa ahora debía «*soltarlo*» para ella también poder continuar su misión en esta tierra: ir a compartirle a otros la Esperanza que había recibido, ser testigo de la Vida que no acaba, sino que alcanza su Plenitud en Dios.



Tiempo después yo le escribí una carta a Luisa, recordándole una canción que ella interpretaba en su producción musical grabada con Roberto : «**La Esposa del Espíritu**»⁸⁸. Esa es una canción dedicada a la Virgen María quién en su realidad humana era esposa de José, pero que también tenía una vocación más trascendente: ser la Esposa del Espíritu de Dios. San José también se descubrió a sí mismo como el “*amigo del novio*”, porque tuvo claro que María era la Esposa del Espíritu:

El ángel dijo a María: 'El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios... Dijo María: 'He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra (Lc. 1, 35-38).

Y eso se cumple no solo para María como signo de la Iglesia de Cristo, sino que se cumple también para todos los que, con María, le dicen sí al proyecto de Dios en sus vidas.

Por eso, en mi carta, yo le dije a Luisa que, más allá de quien pudiera estar junto a ella mientras va de camino por la noche del Emaús de esta vida, nunca olvidara su verdad más profunda: que ella también es una Esposa del Espíritu. Así como ella misma lo cantaba en aquella canción que ella interpretaba en su producción musical junto a Roberto.

Y asumir esta identidad, implica ir avanzando en ese camino de vaciar el corazón para hacerle espacio al verdadero dueño de nuestra vida y de nuestro corazón: Dios.

Ya no te llamarán «Abandonada», ni a tu tierra «Devastada»; a ti te llamarán «Mi favorita», y a tu tierra «**Desposada**», porque el Señor te prefiere a ti, y tu tierra tendrá marido... Como un joven se casa con su novia, así te desposa El que te construyó; la alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo (Is 61,10 - 62,5).

⁸⁸ Se puede escuchar la canción interpretada por Luisa en su cana de YouTube: <https://youtu.be/ITuDiYn7QPs>

Una identidad que es la misma para cada Cristiano, independiente de cuál sea su realidad humana temporal, casado, soltero, viudo... Dios es el verdadero Esposo de nuestra alma.



Bienaventurada Mano Frágil

Quince años



«No temas, gusanito Jacob, oruga
de Israel, Yo mismo te auxilio, dice



Quince años

I

No lo sabías...
 Mi pequeña oruga
 jugabas distraída,
 tras otros amores tú corrías.
 Eran tan rastreros tus anhelos,
 y, mientras, Yo soñaba con regalarte el Cielo

No lo sabías...
 Mi pequeña oruga
 te había llegado el tiempo
 de transformarte en mariposa:
 Romperías la crisálida, y muy alto volarías,
 con el sol sobre tus alas, estrellas y luna celosa

II

Mi pequeña oruga⁸⁹
 ¿Qué puedo hacer Yo
 para ahorrarte el dolor
 de tan dura transición?

Como a planta que necesitaba dar fruto,
 tuve que removerte la tierra alrededor...
 Podar en ti las ramas secas⁹⁰,
 dejar la lluvia de mis lágrimas fecundar tu corazón

Fui paciente Viñador ⁹¹,
 le di tiempo a tus raíces:
 Un año, quizás dos...
 Siete, ocho ¿tal vez quince?

⁸⁹ No temas, gusanito Jacob, oruga de Israel. Dice el Señor: «Yo mismo te auxilio» (Is. 41, 14)

⁹⁰ Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador. Toda rama que no da fruto en mí, la corta. **Y toda rama que da fruto, la poda para que dé más fruto** (Jn. 15, 2).

⁹¹ Entonces Él viñador le respondió diciendo: «Señor, déjala aún este año, hasta que **yo remueva la tierra alrededor** de ella y la abone. Si da fruto en el futuro, bien; y si no, la cortarás» (Lc.13, 1-9)

¡Oh, mi quinceañera ¿qué más da?!
 ¡Serán los años que necesites!
 Para de Mí aprender docilidad,
 mi Sabiduría y Corazón libre

¿Acaso no empieza aquí la eternidad?
 ¿No sembré en ti el Paraíso
 desde el día en que de Mí naciste?

III

Mira, finalmente llega «*tu hora*»
 y el Corazón se me desgarrá...
 ¿Acaso puedo Yo dejarte ir?
 ¿Me quedaré indiferente?
 No... ¡Tú no puedes morir!
 ¡Vivirás para siempre!

Heme aquí:
 Tu corazón de piedra
 no responde todavía,
 entonces, moriré Yo por ti,
 te daré mi propia Vida...

¡Hagamos nuevo intento!
 ¡Recibe otra porción de mi Aliento!
 Yo pondré en tu interior mi Corazón,
 y viviré en ti desde muy dentro...

¡Abran las Puertas Eternas!
 Que ahí viene el Rey de la Gloria:
 Tú, mi pequeña oruga
 que en Mí te transfiguras⁹²

Bienaventurada Mano Frágil

Marzo de 2017

⁹² Rom. 8, 30: «A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo»/Mt. 17, 1-5: Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y se los llevó aparte a un monte alto. **Y se transfiguró** delante de ellos [...] una nube luminosa los cubrió con su sombra, y de la nube salía una voz que decía: «Este es mi Hijo, el amado, el predilecto, en quien me complazco»



«Señor, déjala aún este año, hasta que yo remueva la tierra alrededor de ella y la abone» (Lc. 13, 8)

Pienso que podría escribir otro libro titulado «8 vidas», como las que se dicen tienen los gatos. Es que han sido varias las ocasiones en que me he sentido muy cerca de la muerte, y donde Dios parece haber estado dándome «otra oportunidad», como si pacientemente estuviese esperando a que mi vida se torne fecunda y, por fin, dé los frutos que Él quiere de mí (Lc. 13, 8), para que finalmente me convierta en la nueva creación que ha soñado para mí (su Hijo Amado). Como la oruga que está llamada a transformarse en mariposa.

Este poema titulado «**Quince Años**», nace de una de esas experiencias en que me he sentido muy cerca de la muerte, pero también sostenida por la mano misericordiosa de Dios:

En la Cuaresma del año 2007, mientras vivía en los Estados Unidos, pasé por una situación muy compleja: me descubrieron un gran tumor y, según los exámenes médicos, todo había salido positivo para cáncer, así que me remitieron a un oncólogo; cuando me dieron los resultados de los exámenes, yo estaba sola ese día; me dijeron que organizara todo porque necesitaba una cirugía urgente, y que el pronóstico era muy preocupante; que no sabían en cual fase de cáncer estaba y si había hecho metástasis (extendido a otros órganos del cuerpo). El tumor era muy grande.

Al salir de allí, me quedé sentada dentro de mi carro, sin moverme del parqueadero de la clínica y sintiendo que el mundo se me venía encima, no me sentía capaz de subirme a la autopista y manejar (la clínica quedaba fuera de la ciudad donde yo vivía). Finalmente, cuando reuní las fuerzas necesarias para conducir y regresar a casa, empecé a discutir con Dios. En esa época, yo estaba muy alejada de la Iglesia Católica en la que había crecido y de la cual había recibido la fe Cristiana. Recuerdo que al llegar a donde vivía, sentada en

la cama de mi habitación, en medio de mis lágrimas comencé a reclamarle a Dios, diciéndole cosas como:

Yo reconozco que mi vida últimamente no ha estado muy conforme a lo que me enseñaron de niña en la Iglesia, pero sé que, al menos, en una cosa he sido fiel: he sido una buena hija, pues a mi mamá y a mi papá siempre les he cuidado con amor y mucho esmero... He sido fiel en aquello de «honrar a padre y madre» que es el único mandamiento con promesa de «larga vida»⁹³. ¡¿Dónde está entonces «mi larga vida», si ahora dicen que me voy a morir?!

Recuerdo que luego, llorando, tomé en mis manos aquella Biblia olvidada que yacía empolvada sobre una mesita y, en mi desespero, comencé a hojearla sin saber realmente qué respuesta buscaba allí... Hasta que mis manos finalmente se toparon con un texto Bíblico del Antiguo Testamento que yo no conocía y que relataba la historia de la enfermedad de un rey llamado «Ezequías»: Este era un rey que un día cae gravemente enfermo y Dios, a través del profeta Isaías, le dice que organice todas sus cosas porque ciertamente «va a morir»...

Imagino lo que pueden estar pensando: ¡«Qué horror», se supone que debía recibir una palabra de esperanza, no una reafirmación de aquella sentencia de muerte!. Afortunadamente, yo no detuve mi lectura en esta línea, sino que seguí leyendo hasta el final del texto, quizás porque el golpe emocional me tenía como paralizada... Así que continué la lectura del texto: decía que El rey Ezequías, entonces, volviéndose hacia a Dios le dice: «recuerda que te he sido fiel». Dios, en respuesta a su oración, nuevamente le manda a decir, a través del mismo profeta, que le prolonga la vida por «**15 años más**» (Is. 38, 1-20).

Cuando relato esto, algunas personas, bromeando, me preguntan cuántos años llevo desde entonces... Realmente, lo de los «15 años» no se pueden tomar en forma literal, pues en la Biblia los números tienen un sentido simbólico. En la cultura de mi país, los 15 años marcan la edad en que las niñas empiezan una nueva etapa de su ciclo vital como

⁹³ Ef. 6,1-3: «Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra»

mujeres, por eso el cumpleaños de los 15 años constituye todo un acontecimiento familiar y social. En mi experiencia personal, yo descubrí que ese «*quince*» con el que Dios me hablaba en esta dolorosa circunstancia de salud, tenía un sentido más profundo: significaba «*metamorfosis*», es decir un tiempo de transición para transformarme en alguien mejor, acorde con los sueños más elevados que Dios tiene. Por ello, «*quince*» también significa «*tiempo extra*», esa «*segunda oportunidad*» que Dios, en su misericordia, a mí también me concedía para ayudarme a reorientar el rumbo de la historia de mi vida:

Entonces Jesús dijo esta parábola: Cierta hombre tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella y no lo halló. Entonces dijo al viñador: He aquí, ya son tres años que vengo buscando fruto en esta higuera y no lo hallo. Por tanto, córtala. ¿Por qué ha de inutilizar también la tierra? Entonces el viñador le respondió diciendo: «**Señor, déjala aún este año, hasta que yo remueva la tierra alrededor de ella y la abone.** Si da fruto en el futuro, bien; y si no, la cortarás» (Lc.13, 1-9) .

Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador. Toda rama que no da fruto en mí, la corta. Y toda rama que da fruto, la poda para que dé más fruto (Jn. 15, 2).

Porque Dios es ese «*Viñador*» Misericordioso y paciente que haría todo para salvar mi existencia. Incluso, «*remover la tierra alrededor*», o «*barrer la casa*» (Lc. 15, 8):

¿Qué mujer, si tiene diez monedas de plata y pierde una moneda, no enciende una lámpara y **barre la casa** y busca con cuidado hasta hallarla? (Lucas 15, 8).

Es decir, dejar que las consecuencias de mis decisiones siguieran su curso⁹⁴, y permitir ese necesario «*terremoto existencial*» en mi historia, que lograra poner en «*orden mi universo personal*»:

Tan pronto como pasen aquellos días de sufrimiento, el sol se oscurecerá, la luna dejará de dar su luz, las estrellas caerán del cielo y las fuerzas celestiales temblarán (Mt. 24, 29)

⁹⁴ Lucas 15: Parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso.

Todas aquellas seguridades, situaciones y afectos que, en ese momento en mi vida, yo había puesto como centro de mi universo, estaban siendo violentamente remecidos y, como el sol y la luna, se apagaban. Mis pequeñas «estrellas» se estaban cayendo: esos criterios estrechos que como estrellas para un viajero, en ese entonces, guiaban mis decisiones, ya no funcionaban más para orientar mi camino. Mi mundo, ese que yo había estado planeando sin tener en cuenta a Dios, se desbarataba. Y entonces, Dios (verdadero Sol), **que aprovecha toda oportunidad de nuestra historia para salvar nuestra vida del desastre**, con su Fuego de Amor y su Luz disipaba las tinieblas de mi alma. Mi mundo y mi vida ciertamente parecían estarse derrumbando, pero en realidad estaban siendo iluminados por el verdadero Sol, y renacía en mí **un cielo y una tierra nueva:**

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: Aquí está el lugar donde Dios vive con los hombres, y Él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. El que estaba sentado en el trono dijo: «Yo hago nuevas todas las cosas» (Ap. 21, 1-4).

Aprovecho aquí para aclarar que yo no veía nada de lo que me pasaba en esa época como castigo de Dios por andar alejada de la fe. Creo que Dios no anda por ahí enviándonos calamidades o enfermedades, eso es parte del paquete de la vida en el cual vienen dolores y alegrías juntos, nos corresponde a nosotros elegir cómo afrontarlas para que nos ayuden a seguir creciendo como seres humanos.

Así que, a pesar de mi obstinada rebeldía durante ese período de mi vida, Dios, siempre fiel, estaba allí conmigo, rondándome, pacientemente cuidándome de múltiples maneras, a través de muchas personas, que como ángeles siempre ponía en mi camino para ayudarme. A pesar de todas mis circunstancias, yo podía sentir su fuerte Presencia

alrededor de mí y lograba así reconocer su Mano Misericordiosa en tantos detalles de su Amor para conmigo:

Así dice tu Creador: “No temas, que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre. Tú eres mío. **Si pasas por las aguas, Yo estoy contigo, los ríos no te anegarán. Si andas por el fuego, no te quemarás, ni la llama prenderá en ti** (Is. 43, 1-3).

Cuando Israel era niño, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Pero cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí... Sin embargo, con todo y eso, yo enseñé a andar a Efraín, yo lo llevé en mis brazos, pero ellos no comprendieron **que era Yo quien los cuidaba** (Os. 11, 2-3).

Ciertamente, a su manera, Dios me cuidaba: el descubrimiento de ese gran tumor fue por una aparente casualidad, pues yo no tenía ningún síntoma, solo algunos espasmos musculares en el cuello y la espalda, que yo pensaba eran producto del stress, además de un extraño sueño que tuve una semana antes: en este sueño, veía salir de adentro de mi vientre una mano; yo la agarré entre mis manos y al repararla me llamó la atención porque tenía «6 dedos», de hecho, en el sueño conté estos dedos uno por uno, y dije: *«¡qué cosa tan rara! ¿6 dedos?, ¿yo tenía “eso” dentro de mi cuerpo?»*. Recuerdo que le relaté este raro sueño a una compañera de trabajo. En ese momento ni siquiera sospechaba lo que iba a pasarme...

Volviendo a mi caso, a mi médico general se le ocurrió hacerme una resonancia magnética, pues no sabía de dónde venían los espasmos musculares. La resonancia fue de la cintura hacia arriba, pues todo indicaba que el problema estaba en mi espalda (pero allí estaba muy bien), sin embargo, el tumor que tenía en la zona pélvica era tan grande que su sombra fue captada por el corte inferior de este examen. Pero Dios una vez más metió su Mano de Misericordia en esta circunstancia de mi vida: en su Providencia había previsto para mí uno de los mejores seguros médicos del país (a través de mi empleo, yo trabajaba con una institución del Gobierno Americano que pagaba mi seguro médico; esto fue una gran bendición, pues estos servicios de salud eran costosos); Dios me puso también en manos de un excelente médico oncólogo, en una

clínica con tecnología de punta (cirugía láser y robótica), y ahora lo más grande: Contrario a todos los resultados positivos de cáncer que inicialmente me habían diagnosticado los exámenes médicos, al hacerme la cirugía, mi «enorme tumor» resultó totalmente «benigno» y solamente lo tuvieron que extraer de mi cuerpo. El tumor realmente era grande (del tamaño de la cabeza de un niño pequeño), mi médico sorprendido se preguntaba dónde tenía escondida semejante cosa, pues yo era muy delgada y no se notaba en mi abdomen... Sí... El tumor era grande, pero más grande es Dios que me Ama con infinita misericordia y que tenía otros planes para mí: «*Los planes que tengo para ustedes son planes de bienestar y no de calamidad, para darles un futuro y una esperanza*» (Jer. 29,11).

Pasé el resto de la Cuaresma y la Semana Santa en período de recuperación de esta delicada cirugía. Mi médico estaba sorprendido por la rapidez con la que estaba sanando, incluso la herida de corte «*bikini*» que él cuidadosamente me había hecho, había cicatrizado en un tiempo muy corto.

Después de la Semana Santa, el segundo domingo de Pascua, durante la «**Fiesta de la Divina Misericordia**», yo le agradecí mucho a Dios por tanta «paciencia» y Amor para conmigo. Recuerdo que ese día, todavía en período de recuperación de la cirugía, decidí ir a Misa en una parroquia donde, luego de la Eucaristía, habría un concierto de una cantante católica Colombiana de nombre, Nana Angarita. En el concierto se quedaron muy pocas personas, quizás porque era en español. Yo aproveché y me senté en la segunda fila, muy cerca del Altar. El concierto en esta parroquia fue hermoso y muy edificante...

Nana Angarita, en esos momentos embarazada, con su esposo y su pequeña hija de aproximadamente cinco años, daban un maravilloso testimonio de vida, y sus hermosas canciones, entre ellas, una titulada «*Hay un tiempo para todo*» (*Eclesiastés 3*), realmente me conmovieron mucho. Durante todo el concierto yo no paré de llorar de manera intensa, sentía que todos me miraban preocupados, incluida Nana, la cantante. Dicen que las lágrimas en la oración son un don del Espíritu Santo. Luego, yo fui entendiendo que

esas lágrimas son parte de ese proceso de purificación y sanación que Dios permite en nosotros. Ciertamente, hay cosas en nuestra experiencia de fe que solamente las comprendemos después:

Al lavarle los pies a Pedro, Jesús dijo: «**Lo que Yo hago, tú no lo entiendes ahora; pero lo entenderás después**» (Jn.13, 7).

Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido? Y yo le respondí: Señor mío, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que vienen de la gran tribulación, y han lavado sus vestiduras y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios. (Ap. 7, 13-15)

Muchos años después (marzo de 2017), ya de regreso en Colombia, en un evento académico de la Universidad con la cual estaba trabajando, un fraile franciscano leyó una breve historia de un hombre que para los «quince años» de su hija quería darle un regalo muy especial. Este papá había estado planeado cuidadosamente darle el mejor regalo que su hija pudiera soñar, pero cuando ya se acercaba el tiempo en que ella cumpliría sus 15 años, la jovencita enfermó gravemente y necesitaba de un nuevo corazón para seguir viviendo. Cuenta el relato que su padre, resuelto a no dejarla morir, decidió donarle su propio corazón para ella pudiese vivir...

Al escuchar esta breve historia en torno a ese regalo de 15 años, a mi memoria vinieron los recuerdos de aquella experiencia vivida años atrás, recordando los simbólicos 15 años que representaban en mi vida, no solo una nueva oportunidad, sino también un tiempo de transición, de «**metamorfosis**» como la oruga que se convierte en mariposa, o la niña que se transforma en mujer. **Las metamorfosis son dolorosas, pero necesarias.** Nuestros sueños aún rastreros, como el gusano de oruga, han de cambiarse por unos sueños de vuelos más elevados como el de las mariposas.

Ese mismo fin de semana, coincidió con un incidente al final de la Misa dominical en la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús en Envigado: una señora mayor tuvo un desvanecimiento que no parecía grave. Quienes estábamos cerca de ella la llevamos dentro de la casa cural para que

reposara, una médico que estaba en la Misa nos acompañó para revisarla. La señora nos manifestó que tenía implantado un aparato en su corazón porque no le funcionaba bien. Estando allí sentada con nosotros, y mientras la médico la revisaba, ella repetía una y otra vez «Jesús», hasta que volvió a desvanecerse por unos segundos, quedando con sus ojos extrañamente abiertos y fijos, sin reaccionar. La médico que la estaba atendiendo, muy preocupada, nos dijo que en esos segundos realmente se nos «había ido» y que no sabía cómo había vuelto por sí sola. Como la ambulancia tardaba, decidieron llevarla a la clínica en un carro de sus familiares que ya estaban allí también.

Realmente no sé que pasó luego con la señora, pero en mi memoria quedó grabado su rostro lleno de paz que parecía rejuvenecido y con cierto brillo, mientras repetía «Jesús» hasta volver a desvanecerse... Pensé en la Pascua. Pascua significa *«paso»*: paso de la muerte a la vida plena en Dios, paso de Dios por nuestra historia. Pienso que en nuestra historia vivimos muchas formas de pascua: cada vez que algo muere en nosotros para dar paso a algo nuevo, a una nueva etapa de nuestra de vida, es pascua; hasta que llega la Pascua definitiva cuando morimos físicamente y dejamos este mundo temporal para vivir eternamente y plenamente en Dios. La vida es en realidad un *«continuo»* que no se interrumpe, donde la muerte física es solo un paso, es metamorfosis: como la oruga se transforma en mariposa, nosotros nos transfiguramos en Cristo. La muerte es realmente un nuevo *«nacimiento»*, es **«Navidad»**: *«A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo» (Rom. 8, 30).*

Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y se los llevó aparte a un monte alto. **Y se transfiguró** delante de ellos [...] una nube luminosa los cubrió, y de la nube salía una voz que decía: Éste es mi Hijo, el amado, el predilecto, en quien me complazco (Mt. 17, 1-5).

Meditando esto en mi habitación, relacioné el acontecimiento de la señora de la Misa y su corazón enfermo, con la breve historia del fraile franciscano sobre el corazón que un padre le regaló a su hija para pudiera vivir cuando se

cumplieron sus 15 años. Y no pude evitar asociar todo esto con esos «quince años» que en mi vida han simbolizado esa nueva oportunidad que Dios me sigue dando para vivir de otra manera, ese tiempo de una dolorosa, pero necesaria metamorfosis: tiempo de transición, en el que Dios, Padre amoroso, también desgarró su propio Corazón y lo pone hoy dentro mí para que en el presente que vivo, y también cuando llegue «mi hora», el tiempo de mi Pascua definitiva, yo pueda seguir viviendo «transfigurada» en Él eternamente.

Os daré un **corazón nuevo**, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi Espíritu en vosotros (Ez. 36, 26).

¿Quién subirá a la montaña del Señor? ¿quién estará de pie en su santo recinto? El de manos limpias y de **puro corazón**, el que no pone su alma en cosas vanas ni jura con engaño [...] Así es la raza de los que Le buscan, de los que buscan tu rostro, ¡Dios de Jacob! [...] ¡Puertas, levanten sus dinteles, elévense, portones eternos y que pase el Rey de la gloria! ¿Quién es ese Rey de la gloria? El Señor... (Sal. 24, 3-8)

Dios también nos da un regalo de «**Quince Años**»: **su propio Corazón**. Así fue como nació este poema titulado “Quince Años”, que escribí en marzo del 2017.

No temas, gusanito Jacob, oruga de Israel. Dice el Señor: “Yo mismo te auxilio” (Is. 41, 14).

Bienaventurada Mano Frágil

Cruz



**La Escalera Santa
Basílica San Juan de Letrán
Roma, Italia**

Cruz

I

Dios ha puesto una Escalera⁹⁵ entre el Cielo y la tierra:
 Es Dios mismo, el Emmanuel
 que a la tierra **ha bajado...**
 ¡Primer peldaño: Tus Divinos Pies
 que han tocado nuestro barro!
 Señor... ¡Qué bueno ha sido
 que te hayas encarnado!

II

Dios ha puesto una Escalera entre la tierra y el Cielo:
 Es Dios mismo que me pide
 que, ahora, **yo suba** de su Mano...
 ¡Oh, cuán dulce es esta miel
 que mi alma eleva a lo sagrado!
 Señor... ¡Pero cómo duele también
 esta Cruz de subir cada peldaño!⁹⁶

III

Dios ha puesto una Escalera... Sí...
 Es Jesús, mi Dios humano,
 y soy yo que en Él,
 por fin, me he transfigurado...

Bienaventurada Mano Frágil

Fecha: diciembre 2014

⁹⁵ Jacob tuvo un sueño, en el que veía una **ESCALERA** que estaba apoyada en la tierra y llegaba hasta el Cielo, y **por la cual los ángeles de Dios subían y bajaban** [...] Cuando Jacob despertó de su sueño, pensó: «En verdad el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía [...] Este lugar es muy sagrado. Aquí está la casa de Dios; ¡es la Puerta del Cielo!» (Génesis 28,10-19).

⁹⁶ Respondió Jesús a Natanael: «¿Porque te dije que te vi debajo de la higuera, crees? Cosas mayores que éstas verás». Y le dijo: «En verdad, en verdad os digo que veréis el Cielo abierto y **a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre**» (Juan 1, 51).



*«Jacob tuvo un sueño, en el que veía una **escalera** que estaba apoyada en la tierra y llegaba hasta el Cielo, y por la cual los ángeles de Dios subían y bajaban»
(Gn. 28, 10-19)*

Este poema «**Cruz**», lo escribí en diciembre del año 2014, luego de un retiro de adviento en preparación para la navidad, de hecho el primer verso se refiere a la encarnación y nacimiento de Cristo. El poema resume una experiencia compuesta de distintos momentos en el proceso de mi vida. Pero fue hasta abril del año 2017, en Roma, Italia, donde realmente vi la relación entre ciertos acontecimientos pasados y otros que, posteriormente, tuve la oportunidad de vivir en Roma, y que en este poema que yo había escrito años antes. Para mí fue un bonito detalle de Dios que reafirmaba con un signo concreto lo que años antes había inspirado en mi corazón cuando compuse este poema titulado «Cruz»:

En abril del 2017, yo estaba en Roma, Italia, haciendo una pasantía académica de tres meses, como parte del doctorado en Psicología que estaba cursando. Durante ese tiempo, algunas fechas coincidieron con la Semana Santa. Una noche soñé con un episodio que viví años atrás: volví ver en mi sueño que intentaba subir las escaleras de mi casa familiar con muletas. Eso efectivamente sucedió en el año 2002 cuando, por un pequeño accidente que sufrí, me tocó usar muletas durante un mes, y como las habitaciones de la casa estaban en el piso de arriba, a mí me costaba mucho subir con las muletas, así que prefería subir la escalera de rodillas; yo no tenía quien me cargara, pues vivía con mi mamá y abuela. Lo particular de este recuerdo, es que también hizo parte de una experiencia muy profunda que viví en ese año 2002 a través de la meditación de los misterios dolorosos del Rosario que, en ese período, correspondía a la Cuaresma y Semana Santa (la historia completa sobre esto aparece en otro libro que escribí en el año 2014, titulado «Octavo Día»)

Luego en Roma (abril 2017), me sorprendí mucho cuando tuve ese sueño que evocaba aquel viejo recuerdo y, al día siguiente de este sueño, tuve una especial experiencia:

Fui temprano a Misa en la Basílica de San Juan de Letrán (*Basilica di San Giovanni in Laterano*). Me puse luego a caminar por los alrededores y, de repente, del otro lado de la calle, me topé con un lugar donde había varias personas haciendo fila. Esto llamó mi atención, pues no sabía qué lugar era ese. Me acerqué y me di cuenta que la fila era para entrar a subir una escalera que llegaba finalmente a una pintura de Jesús en la Cruz. En ese momento no sabía qué tenía de especial esa escalera y el porqué las personas la subían de rodillas.



Pregunté entonces a los encargados de este lugar; ellos me explicaron que era una escalera muy especial, pues correspondía a la escalera del pretorio de Poncio Pilato en Jerusalén. Era la escalera por la cual Jesús subió y bajó el Viernes Santo.

Inmediatamente pensé: «pero, ¿cómo puede ser esta la escalera si eso ocurrió en Jerusalén? Supe luego que, según

la tradición cristiana, en el siglo IV, esta escalera, que estaba en Jerusalén, fue traída a Roma por Santa Elena, madre de Constantino. Esta escalera fue declarada como Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1980.

Yo no voy a entrar en detalles relacionados con el aspecto histórico de este patrimonio. Para mí lo más importante era el sentido que este episodio tenía para mí y para la experiencia de fe de tantos otros. Era particularmente significativo su relación con el sueño de la noche anterior sobre aquel recuerdo del pasado (yo subiendo de rodillas la escalera de mi casa) que ahora cobraba un sentido más amplio y que reafirmaba aquello que había plasmado en ese poema «*Cruz*» que escribí tres años antes.

En el poema meditaba el misterio de la encarnación de Cristo, la navidad, y la manera como yo he ido descubriendo ese proceso de irnos aproximando a una relación más cercana con Dios que nos lleva a una comprensión distinta de nosotros mismos, y del punto hacia donde se dirige nuestra existencia... Jesús nos dice que Él es el Camino (Jn. 14, 6), y esto yo solamente lo pude comprender desde la Cruz de Cristo y la metáfora de la Escalera de la que hablan las Sagradas Escrituras:

Jacob tuvo un sueño, en el que veía una **ESCALERA** que estaba apoyada en la tierra y llegaba hasta el Cielo, y **por la cual los ángeles de Dios subían y bajaban**... Cuando Jacob despertó de su sueño, pensó: «En verdad el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía.»... «Este lugar es muy sagrado. Aquí está la casa de Dios; ¡es la Puerta del Cielo!» (Génesis 28:10-19).

Respondió Jesús a Natanael: ¿Porque te dije que te vi debajo de la higuera, crees? Cosas mayores que éstas verás. Y le dijo: En verdad, en verdad os digo que veréis el Cielo abierto y **a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre** (Juan 1:51).

Una «Escalera» donde «*suben y bajan*»... La escalera de Jacob es un Camino de dos vías: Una que desciende y otra que va de «ascenso», y que implica pasar por los mismos peldaños recorridos por Aquel que bajó...

Los peldaños ciertamente implican distintos niveles de esa escalera que es **CRISTO**, quien es el CAMINO, quien es la PUERTA del Cielo... Esos peldaños de la Escalera son «niveles» de relación con Dios, son niveles de «conciencia» a la realidad trascendente de Dios, de la cual nosotros hemos sido llamados a participar y a la cual nos vamos abriendo poco a poco...

Y en esos «niveles», hay un nivel donde uno todavía se siente «cómodo»: el nivel del «**primer peldaño**» de la Escalera: aquel nivel donde Dios, que ha «bajado» de su condición Divina a la de siervo y se hace «carne» en nuestra historia, va caminando a nuestro lado, compartiendo nuestra cotidianidad en las cosas simples y ordinarias de esta vida terrena... Es el nivel donde Dios «viene» a nuestro encuentro... Es el nivel donde nos encontramos con el «*Dios humanado*», el *Emmanuel*, el «Dios con nosotros» del pesebre de Belén, el Jesús de mar de Galilea que comparte la cotidianidad del trabajo de los pescadores... Ese es el primer peldaño de la Escalera, donde Dios, «*Samaritano compasivo*», que ha dado el primer paso, se aproxima y se hace tan cercano a nosotros que asume nuestra humanidad.

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz (Fl. 2, 6-8).

Y aprendiendo del ejemplo de Jesús, en ese nivel, es donde también nosotros logramos movernos en un sentido «**horizontal**» para abrirnos a nuestros hermanos, cuando, en esta realidad cotidiana, en la historia que compartimos juntos, nos hacemos «próximos» de los otros, cuando podemos reconocer en ellos el rostro de Dios que se ha hecho carne en su humanidad, cuando, a ejemplo de Jesús, nosotros también damos el paso para ir a su encuentro en ellos... Es por tanto también, el nivel de la «solidaridad»...

Pero esa «Escalera» implica también hacer un Camino «**ascendente**», que es precisamente el que «nos corresponde hacer a nosotros»... Y que significa elevar el alma y el espíritu, ir pasando cada vez a un nivel superior de

conciencia y de mayor intimidad en nuestra relación con Dios, lo cual nada tiene que ver con nuestras lógicas competitivas y trepadoras, sino que significa ir creciendo en el Amor (con mayúscula), «despojándose» de sí mismo, para que logre salir de nuestro interior el «tesoro escondido» que llevamos dentro del «campo de nuestro corazón»: «Dios que nos habita» (Mateo 13, 44-52/ Lucas 17,21)...

Este «Camino ascendente» es un ir adentrándose cada vez más en la profundidad del «misterio» del Fuego de la *Zarza Ardiente* (Ex. 3, 1-5), de ese misterio que no es misterio porque que se «oculte», a nosotros, o que aparezca y se vuelva a ocultar otra vez, sino todo lo contrario:

El brillo de su luz es tan grande que sobrepasa la capacidad de ver con nuestros ojos «naturales»... Es decir, no logramos abarcarlo, ni explicarlo con la limitada lógica de nuestra «razón» natural... Y entonces nosotros, en un esfuerzo nuestro por «retenerlo en ese nivel», con frecuencia mutilamos de la realidad de Dios todo aquello que no encaje en nuestros limitados esquemas de comprensión...

Y por eso, «ascender» esos peldaños de la «Escalera» es un «**Camino de Cruz**»... Porque ciertamente «duele» ir muriendo a sí mismo, al querer personal, egoísta, y abrirse al nivel de Amor que Dios nos propone cuya medida es el Amor oblativo que el mismo nos entregó en la Cruz: «*Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros como Yo los he amado*» (Jn. 13, 34).

También duele mucho llegar hasta ahí, pues en ese nivel, como Jesús en la Cruz, uno humanamente se va quedando solo: Pues allí vamos llegando poco a poco y no siempre al mismo tiempo de nuestros compañeros de Camino... de aquellos que Dios trajo a nuestra historia para hacer con nosotros este viaje de la vida:

San Pablo, relatando su proceso de conversión cuando aún era el gran Saulo de Tarso, dice: «Como no podía ver a causa del resplandor de aquella luz, fui guiado de la mano por los que estaban conmigo» (Hch 9).

Pedro y el otro discípulo salieron y fueron al sepulcro. Corrían los dos juntos, **pero el otro discípulo corrió más rápidamente que Pedro y llegó antes**. Asomándose al sepulcro, vio las vendas en

el suelo, pero no entró. Después llegó Simón Pedro, que lo seguía, y entró en el sepulcro... (Juan 20, 1-18)

Dice el Evangelio de San Juan que *«El otro discípulo corrió más rápidamente que Pedro y llegó antes» (Jn 20, 1-18)*: Ese otro discípulo que corría más rápido y llega primero es aquel que tenía una relación muy cercana con Cristo: se aproximó tanto a su corazón, que en la última cena recostó su cabeza en el pecho de Jesús, donde seguramente escuchó los latidos de su Corazón Divino que le decían lo mucho que era amado por Cristo...



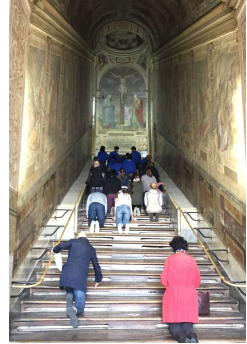
Por eso, aunque allí, al llegar a ese nivel de la Escalera, ciertamente saboreamos la «miel de Dios» que se derrama en cada paso de nuestro ascenso, también experimentamos las «espinas» de sentirnos incomprendidos por quienes todavía no pueden ver lo que, con ojos sorprendidos, «contempla nuestra alma»... Ese es precisamente mi grito que brota de lo profundo de mis entrañas y lo plasmo en el segundo verso del poema:

Dios ha puesto una Escalera entre la tierra y el Cielo:

*Es Dios mismo que me pide
que, ahora, **yo suba** de su Mano...*

*¡Oh, cuán dulce es esta miel
que mi alma eleva a lo sagrado!
Señor... ¡Pero cómo duele también
esta Cruz de subir cada peldaño!*

Un experiencia que se ve gráficamente expresada en el signo concreto de aquellos que devotamente suben de rodillas esa Escalera Santa en Roma, intentando hacer el mismo Camino de Jesús... Experiencia que se parece a aquella que, por circunstancias de mi vida (un accidente), yo experimenté cuando en la Semana Santa del año 2002 a mí me tocaba subir de rodillas la escalera de mi casa porque no podía hacerlo con las muletas...



Entonces Moisés pensó: «¡Qué cosa tan extraña! Voy a ver por qué no se consume la zarza.» Entonces Dios le dijo:—No te acerques. Y descázate, **quítate las sandalias porque el lugar donde estás es Sagrado...** (Éxodo 3, 1-5)

En ese proceso de irse acercando, «aproximando» e intimando cada vez más con nuestro Dios ilimitado, hay un punto donde nuestra razón llega a su límite en la capacidad de conocer y comprender esas realidades que están más allá del plano natural y que pertenecen al insondable mundo del Espíritu, a ese «terreno de lo sagrado», de lo inexplicable desde nuestra limitada lógica humana...

Nosotros no hablamos de estas cosas con palabras aprendidas de la sabiduría humana, sino con el lenguaje que el Espíritu de Dios nos ha enseñado, expresando en términos espirituales las realidades del Espíritu. El hombre puramente natural no valora lo que viene del Espíritu de Dios: es una locura para él y no lo puede entender, porque para juzgarlo necesita del Espíritu. (1 Cor. 2, 13-14)

Y entonces, como Moisés, para poder «cruzar esa frontera» y entrar en un nivel superior de mayor intimidad en nuestra relación con Dios, es necesario «quitarse las sandalias», (o las muletas), subir de rodillas (signo externo de la humildad y disponibilidad del alma), es decir:

Liberar la mente y el corazón de todo afán de explicación y razonamiento inútil sobre lo que contemplamos, y abrirse a

esas otras formas de «conocer» que Dios nos propone... Dejarse Amar por Dios... Confiar como los niños y simplemente, humildemente, obedecer lo que Él nos pide: «Quítate las sandalias»... Entra al Fuego ardiente de Amor de la zarza de mi corazón: El Espíritu Santo...

Bienaventurada Mano Frágil

«Cuando vayas a orar, entra en tu habitación y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está

En lo secreto...

Fotografía de una Crisálida: el gusanito u oruga se halla en proceso de transformación a mariposa



En lo secreto

«Cuando vayas a orar, entra en tu habitación y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto»

(Mt. 6, 6-13)

I

Allí donde nadie me ve,
en lo secreto,
en lo más íntimo
de mi interior,
allí resides Tú⁹⁷

Sí...
Allí donde nadie me ve...
Solo Tú.

Allí, sin ninguna apariencia,
sin ninguna máscara,
solo la verdad desnuda de mí⁹⁸

Frente a Ti no hay excusas,
no hay justificaciones...

Mi lengua,
vacía de argumentos,
abraza el silencio
de mi realidad
descarnada ante Ti.

⁹⁷ Jer. 33, 3: Llámame y yo te responderé y te mostraré cosas grandes y ocultas que tú no conoces./ Porque tu amas la verdad y **en lo secreto** me has hecho aprender sabiduría (Sal. 51, 6).

⁹⁸ Ap. 3,17. Tú piensas: «Soy rico, tengo de todo, nada me falta». Y no te das cuenta de que eres un infeliz, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo. Yo te aconsejo que de Mi compres oro refinado en fuego para que te hagas verdaderamente rico; vestiduras blancas para cubrirte y no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez, y pídemme un colirio para los ojos y que puedas ver. Yo reprendo y corrijo a todos los que amo.

II

Tú me invitas a entrar
y la puerta cerrar⁹⁹,
quitar mis sandalias¹⁰⁰
y mi historia abrazar.

Temerosa lo intento,
la puerta yo cierro
y mirando hacia dentro,
con sorpresa contemplo
que Tú vives en mí

*¡Oh, Verdad
que me enfrentas
a mi propia miseria,
al error de mi senda,
y abres mis ojos
al fulgor de tu Luz!*

No eres ahora susurro,
ni caricia de alivio,
sino el duro martillo¹⁰¹
de un firme Escultor.

Ese, que a Fuego y con fuerza,
tu Rostro en mi piedra¹⁰²,
esculpiendo entre golpes,
vas sacando de mí.

⁹⁹ Mt. 6: Cuando vayas a orar, entra en tu habitación y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto.

¹⁰⁰ Ex. 3, 1-5: Descálzate, quítate las sandalias porque el lugar donde estás es Sagrado

¹⁰¹ Jr. 23, 29: ¿No es mi palabra como fuego que quema o como martillo que rompe la roca?

¹⁰² Is. 51, 1: Fíjense en la roca de la que fueron tallados, en la cantera de la que fueron extraídos

III

De repente me veo
y cual, si fuera un espejo¹⁰³,
soy vibrante reflejo
de tu Amor por mí

Lo que tengo de hermoso,
de bueno y valioso
es tu imagen Divina
en mi alma esculpida,
radiante de Ti¹⁰⁴

En mí ya no hay mácula,
has blanqueado mis ropas¹⁰⁵,
me vestiste de fiesta,
de virgen doncella,
y con traje de boda¹⁰⁶,
reinaste en mí...

Tu martillo ahora es beso
y tú Fuego caricia...
El huracán de tu acción¹⁰⁷
se tornó en suave brisa¹⁰⁸...

¹⁰³ 2 Cor. 3, 16–18: Pero al que se convierte al Señor, se le cae el velo [...] Nosotros, con el rostro descubierto, reflejamos, **como en un espejo**, la gloria del Señor, y somos transfigurados a su propia imagen con un esplendor cada vez más glorioso, por la acción del Señor, que es Espíritu.

¹⁰⁴ Rom. 8, 30: A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo

¹⁰⁵ Ap. 7, 13-15: Estos vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de dónde han venido? [...] Estos son los que vienen de la gran tribulación, y han lavado sus vestiduras y han emblanquecido en la sangre del Cordero.

¹⁰⁶ Ap. 21, 2: Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, preparada como una novia ataviada para su esposo.

¹⁰⁷ Hch. 2, 1-3: Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos reunidos. De repente vino del cielo un estruendo, como de viento huracanado, que llenó toda la casa donde se alojaban. Aparecieron lenguas como de fuego, que descendieron sobre cada uno de ellos.

¹⁰⁸ Vino primero un huracán tan violento que hendía los cerros y quebraba las rocas. Pero el Señor no estaba en el huracán [...] Y después del fuego, el **susurro de una brisa suave**

Tu susurro de Amor
infunde Vida Nueva a mi arcilla¹⁰⁹

¡Oh, Amante Creador!
Misericordiosa terquedad
que hizo de mí perla fina¹¹⁰

¡Caricia que da libertad
a mariposa de Dios
en la oruga escondida!¹¹¹

IV

Allí en lo secreto,
había un tesoro
oculto en mi tierra¹¹²...

Allí en lo secreto,
el Esposo ya llega¹¹³...

Ven... Entra y cierra la puerta...

Bienaventurada Mano Frágil

Fecha: 2018

¹⁰⁹ Gn 2, 7: Dios modeló al hombre con arcilla del suelo y sopló en su nariz un aliento de vida. Así el hombre se convirtió en un ser viviente.

¹¹⁰ Is.43, 4: Eres precioso a mis ojos, eres de gran valor para Mí y Yo te Amo/Mt. 13,45-46: El Reino de los Cielos es como un Comerciante de perlas preciosas /Ap. 9: Tú fuiste inmolado, y con tu Sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación

¹¹¹ Is. 41, 14^a: No temas, gusanito Jacob, oruga de Israel. Dice el Señor: «Yo mismo te auxilio».

¹¹² Mt. 13, 44. El Reino de los Cielos es semejante a **un tesoro escondido en un campo**.

¹¹³ Mt 25,6: Ya llega el Esposo, ¡salid a recibirlo!



«Cuando vayas a orar, entra en tu habitación y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto» (Mt. 6, 6-13)

Cuando Jesús nos dice que oremos en la habitación y cerremos la puerta, no se trata simplemente de un lugar físico. Ciertamente, hay que buscar un lugar apropiado para orar, lejos de las distracciones. Pero su invitación, como todo lo que Jesús dice, es mucho más profunda y va más allá del nivel físico o temporal.

Jesús nos invita a orar entrando a lo más íntimo de nuestro ser para tener un encuentro a solas con Dios que nos habita, un diálogo auténtico con Dios que reside en nuestro interior. Un cara a cara con quién es la Verdad misma, y que nos enfrenta con la verdad de nosotros mismos: la verdad de lo que hemos sido, de lo que somos, y de que Dios sueña que seamos en la eternidad.

Y Pilatos preguntó: ¿Qué es la verdad? (Jn. 18, 38). /Jesús dice: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn. 14, 6).

Este poema nace, precisamente, de lo que yo he experimentado en la intimidad de la oración, en ese encuentro cada vez más cercano con Dios.

Moisés llegó hasta Horeb, la montaña de Dios. Allí el ángel del Señor se le apareció en una llama de fuego, en medio de una zarza. Moisés se dio cuenta de que la zarza ardía con el fuego, pero no se consumía... Moisés pensó: «Voy acercarme para ver este extraño caso: ¿por qué no se consume la zarza?» [...] Entonces Dios le dijo: «No te acerques. Quítate las sandalias porque el lugar donde estás es Sagrado» (Ex. 3, 1-5).

Cuando escribí este poema, no lo hice de manera planeada, ni con una estructura previa de lo que iba a escribir. Yo simplemente dejé fluir lo que sentía mi corazón respecto al proceso que he vivido en mi historia, iluminada por la Luz de la fe. Y también, a lo que, anticipadamente, desde la oración, Dios me ha permitido contemplar para el futuro. No solo mi futuro, sino el de todos los que, como

María, acogen a Cristo y se abren a la acción creadora de Dios:

A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre les dio potestad de llegar a ser Hijos de Dios (Jn. 1, 12).

María respondió «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su Palabra» (Lc. 1, 26-38).

Cuando terminé de escribir el poema, me di cuenta que tenía una estructura a manera de secuencia. Y pude identificar allí distintas etapas. El poema, entonces, lo conforman cuatro escenas o momentos que corresponden a etapas distintas de nuestra existencia:

La primera, «*el encuentro con al Luz de Cristo*» que ilumina nuestra conciencia y nos conduce a la conversión; la segunda, «*la Purificación del Templo*» que es esa necesaria limpieza profunda de nuestro corazón para que sea una digna morada de Dios; la tercera, «*la Natividad*» de la nueva creación que somos nosotros mismos hechos nuevas criaturas conforme a lo que Dios ha soñado de nosotros; y la cuarta, «*la Unión con el Amado*», que es ese encuentro definitivo con Dios donde nos fundimos en su Amor infinito por toda la eternidad como aquella «*zarza ardiente*» contemplada por Moisés (Ex. 3, 1-5). Algunas de estas etapas corresponden a esta vida temporal terrenal, y otras acontecen en la vida eterna en Cielo. Pero todas ellas constituyen un proceso continuo del actuar creador de Dios:

I. El encuentro con la Luz de Cristo:

Tú piensas: «*Soy rico, tengo de todo, nada me falta*». Y no te das cuenta de que eres un infeliz, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo. Yo te aconsejo que de Mi compres oro refinado en fuego para que te hagas verdaderamente rico; vestiduras blancas para cubrirte y que no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez, y pídemme un colirio para los ojos y que puedas ver. Yo reprendo y corrijo a todos los que amo (Ap. 3,17).

El encuentro con la Luz de Cristo es el encuentro con nuestra verdad más profunda: Luz que sana nuestra ceguera

espiritual e ilumina con la fe todo lo que hemos vivido y lo que hemos sido. Esta iluminación de nuestra conciencia, nos lleva a reconocer la verdad de lo que hemos sido, porque frente a Dios que es la Verdad misma, toda apariencia desaparece.

Saulo de Tarso tiene ese encuentro que lo lleva a convertirse en San Pablo apóstol; y él mismo lo narra:

Saulo, que todavía respiraba amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para la sinagoga de Damasco, para traer presos a Jerusalén a cuantos hombres y mujeres hallase adeptos a esta [...] Me sucedió, cuando viajaba y llegaba cerca de Damasco, como a mediodía, que de repente me rodeó de resplandor una gran luz del cielo. Yo caí al suelo y oí una voz que me decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Entonces yo respondí: "¿Quién eres, Señor?" Y me dijo: "Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues." Yo dije: "¿Qué haré, Señor?" Y el Señor me dijo: "Levántate y ve a Damasco, y allí se te dirá todo lo que te está ordenado hacer." Como no podía ver a causa del resplandor de aquella luz, fui guiado de la mano por los que estaban conmigo, y entré en Damasco donde estuve tres días sin ver, comer, ni beber. Entonces un tal Ananías, hombre piadoso conforme a la ley, que tenía buen testimonio de todos los judíos que moraban allí, vino a mí y puesto de pie me dijo: "Hermano Saulo, recibe la vista." Y yo le vi en aquel instante. Y él me dijo: "El Dios de nuestros padres te ha designado de antemano para que conozcas su voluntad y veas al Justo, y oigas la voz de su boca. Porque serás testigo suyo ante todos los hombres de lo que has visto y oído (Hch. 9)

He ahí, el antes «gran Saulo», ahora convertido en el «pequeño» Pablo: muriendo a todo el prestigio que le daban los títulos de su época: fariseo, romano, etc. Pablo ahora ha encontrado el tesoro escondido en el campo (Mt. 13, 44-52) y lo ha vendido todo para poseerlo: su prestigio, sus grandes discursos, su gran conocimiento; Pablo se hecho pequeño para poder entrar por la puerta "angosta" del Reino de Dios (Mt. 7, 13-14), esa Puerta (el Corazón abierto y traspasado de Cristo) por donde solo entran los «pequeños»... pequeños como Jesús en la Cruz... Eso es Cruz, porque implica *crucificar, en el madero de la renuncia*, nuestro egoísmo y nuestra autosuficiencia, nuestro orgullo y nuestra soberbia,

nuestra ambición y nuestra vanagloria... y eso cuesta... especialmente cuando estamos «acomodados» en ciertos estilos de vida o cuando no queremos «incomodar» y desentonar en el entorno o círculo social en el que nos movemos, cuando tememos ser objeto de burlas, ser señalados, discriminados o ridiculizados por pensar y actuar diferente al resto o mayoría:

¡Tú me has seducido, Señor, y yo me dejé seducir! ¡Eras más fuerte y me venciste! Ahora soy motivo de risa todo el día, todos se burlan de mí. (Jer. 20, 7)

La sanación interior, la «conversión» (ese «volver» al proyecto de Dios), no es algo instantáneo o mágico sino un proceso que implica «etapas» donde, poco a poco, vamos «*tomando conciencia*» del actuar salvador de Dios en nuestra historia...

Respecto a esto, algunos se refieren a la experiencia de Saulo como una conversión «tumbativa», como repentina, casi que instantánea... Yo me atrevería a decir que: «tumbativa sí, pero no instantánea... *«Tumbativa»* sí, porque implicó «caerse» de sus seguridades e incuestionables certezas, abandonar su credenciales de ciudadano romano, maestro y fariseo de la prestigiosa escuela de Gamaliel, y dejarse humildemente guiar por otros no prestigiosos en las escuelas teológicas de su tiempo, ni desde los criterios del mundo de la época, sino llenos del Espíritu Santo... Instantánea no, porque tuvo que estar 3 días ciego, sin comer ni beber... Y esos 3 días, implican también un proceso», donde Dios hace de él una «Nueva Creación» y donde la intervención de la comunidad cristiana es el canal a través del cual Dios derrama su Gracia. Y no porque haya algo imposible para Dios: *«les aseguro que incluso a estas piedras Dios puede convertirlas en descendientes de Abraham»* (Mt. 3,9)... Sino porque Dios respeta nuestra libertad y nuestro ritmo y cuenta con nuestra decisión, con nuestro «sí» a su llamada... Nosotros damos el paso, le entregamos nuestros pocos peces y panes, y Él los multiplica (Jn. 6, 1-15) ... Se trata entonces: de *«un camino de muchos*

pasos» que acontece a lo largo de nuestra historia... Porque toda nuestra vida es un camino de conversión:

Quando Jesús vio a los leprosos les dijo: «Id, mostraos a los sacerdotes». Y aconteció que mientras ellos iban de camino fueron limpiados de su lepra (Lc, 17,11-19).

«*Mientras iban de camino*»: La conversión no acontece inmediatamente, sino paso a paso de un camino que vamos recorriendo y que ha de llevarnos finalmente a reconocer la Gracia actuante de Dios en nuestras vidas, para luego hacernos volver (conversión) a Quien es el verdadero Autor de nuestra sanación: Jesús...

Entonces uno de los leprosos, viendo que había sido sanado, volvió, glorificando a Dios a gran voz, y se postró rostro en tierra a los pies de Jesús, dándole gracias... Respondiendo Jesús, dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los otros nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero? (Lc. 17, 17-18).

Esa es la Iglesia que «*peregrina*» aquí en la tierra, iglesia que «va de camino» hasta alcanzar la Santidad plena, prometida por su Esposo, el Cordero... Pues la santidad, no es una condición para el Amor gratuito de Dios... La santidad tampoco es un punto de partida sino de llegada, un camino de permanente conversión que hacemos acompañados de Dios paso a paso... Un «*Camino que es superior a nuestras fuerzas*» y, por eso, necesitamos alimentarnos con el único Pan capaz de sostenernos para llegar a la meta:

Y el Ángel dijo a Elías: ¡Levántate!, come y bebe porque el camino es superior a tus fuerzas (1 Reyes 19, 5-8).

He aquí, el resumen de los pasos del Camino: El primer encuentro con la Luz de Cristo se halla narrado en el pasaje del presentación del niño Jesús en el templo: Jesús Luz del mundo, en los brazos de María y José ilumina el templo del pueblo de Dios (Lc 2, 21-40). Segundo: ese mismo templo, al que luego Jesús, ya adulto, entrará y purificará con fuerza (Jn 2, 13-22). Y tercero: el templo que Jesús anuncia será

destruido y reconstruido, pues es su propio Cuerpo (Jn. 2, 18-22). Todo un proceso de ir *iluminando el templo* de nuestra alma, camino a la verdadera conversión:

I

*Allí donde nadie me ve,
en lo secreto,
en lo más íntimo
de mi interior,
allí resides Tú...*

*Sí...
Allí donde nadie me ve...
Solo Tú.*

*Allí, sin ninguna apariencia,
sin ninguna máscara,
solo la verdad desnuda de mí¹¹⁴*

*Frente a Ti no hay excusas,
no hay justificaciones...*

*Mi lengua,
vacía de argumentos,
abraza el silencio
de mi realidad
descarnada ante Ti.*

¹¹⁴ Ap. 3,17. Tú piensas: «Soy rico, tengo de todo, nada me falta». Y no te das cuenta de que eres un infeliz, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo. Yo te aconsejo que de Mi compres oro refinado en fuego para que te hagas verdaderamente rico; vestiduras blancas para cubrirte y no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez, y pídemos un colirio para los ojos y que puedas ver. Yo reprendo y corrijo a todos los que amo.

II. La purificación del templo.

Ap. 7, 13-15: Estos vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de dónde han venido? [...] Estos son los que vienen de la gran tribulación, y han lavado sus vestiduras y han emblanquecido en la sangre del Cordero.

La purificación del templo corresponde a la purificación del corazón (templo de Dios), revelando las intenciones verdaderas y los deseos más profundos que allí se han gestado. Sacando de allí todo lo que daña o no pertenece al proyecto amoroso de Dios. Un proceso fuerte, espinoso, doloroso, necesario y continuo, que experimentamos mientras peregrinamos en esta vida temporal.

Jn 2, 13-22: Jesús llegó a Jerusalén y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas, palomas, y a los cambistas con sus mesas. Entonces hizo un látigo de cordeles y los expulsó del templo, con todo y sus ovejas y bueyes; a los cambistas les volcó las mesas y les tiró al suelo las monedas; y a los que vendían palomas les dijo: «Quiten todo de aquí y no conviertan en un mercado la casa de mi Padre». En esos momentos, sus discípulos se acordaron de lo que estaba escrito: El celo por tu casa me devora.

Dios es Amor y misericordia pero eso no significa que sea una especie de alcahueta o cómplice de nuestro pecado. Ejemplo de ello es la escena con la mujer sorprendida en adulterio (esta mujer que representa la humanidad caída, y a cada uno de nosotros que fallamos en la fidelidad a Dios): ciertamente Jesús libera a esta mujer de la condena de la ley, pero también le manda a que no siga pecando: «*Dijo Jesús a la mujer: Ni yo te condeno. Vete y no peques más*» (Jn. 8 3, 11). Por lo tanto, el Amor auténtico hará todo que tenga que hacer para salvar la vida de quien ama: «*Yo reprendo y corrijo a todos los que amo*» (Ap. 3, 17). Cuánto daño se hace por un amor y una misericordia mal entendida y acomodada a la medida de nuestros caprichos.

Porque Dios «*barre*» nuestra casa como aquella mujer que busca la moneda perdida (Lc. 15, 8-10), o como el viñador remueve la tierra para abonar la higuera sin fruto

(Lc. 13, 6-9), o que poda las ramas secas (Jn. 15, 2). Y cuando Dios hace todo esto, acontece una especie cataclismo existencial en nuestro universo personal:

Tan pronto como pasen aquellos días de sufrimiento, el sol se oscurecerá, la luna dejará de dar su luz, las estrellas caerán del cielo y las fuerzas celestiales temblarán (Mt. 24, 29)

Cuando comience a suceder esto, tengan ánimo y levanten la cabeza, porque se acerca su liberación (Lc. 21, 20-28).

Sí. Todas nuestras seguridades o lo que hayamos puesto como centro de nuestro universo, son violentamente remecidos y, como el sol y la luna, se apagan. Veremos caer a nuestras pequeñas «estrellas»: esos criterios estrechos, que nos han guiado hacia decisiones equivocadas. Ese mundo, planeando sin tener en cuenta a Dios, se desbarata. Y allí es cuando Dios (verdadero Sol), aprovecha toda esa oportunidad para salvar nuestra vida del desastre. Y entonces, iluminados por la Luz de Cristo, renace en nosotros un cielo y una tierra nueva:

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido [...] Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron (Ap. 21, 1-4).

Toda purificación duele... Pero es necesaria:

Jesús dice: «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo quita; y todo el que da fruto, lo poda para que dé más fruto (Jn. 15, 1).

Y si queremos acercarnos para tener una relación más estrecha con Dios, tenemos que «*quitarnos las sandalias*» y pisar con nuestros pies descalzos ese terreno sagrado al que estaremos entrando. Es decir, dejar nuestros esquemas, seguridades, y demás cosas que estorben nuestro caminar hacia ese otro escenario al que Dios nos llama.

Entonces Moisés pensó: «¡Qué cosa tan extraña! Voy a ver por qué no se consume la zarza.» Entonces Dios le dijo: «No te acerques. Y descálzate, quítate las sandalias porque el lugar donde estás es Sagrado» (Ex. 3, 1-5)

A Moisés esto de la Zarza que arde sin consumirse le parece un asunto muy «extraño» y naturalmente se pregunta el por qué no se consume la zarza... Moisés quiere «ir a ver», quiere conocer... Pero Dios le hace notar algo que es una condición indispensable para acceder a este «nivel» de conocimiento: Primero, **«quítate las sandalias»** para que te puedas aproximar más... Sí... Porque es necesario «descalzarse»: liberar la mente y el corazón de nuestras certezas y tradicionales formas de conocer, para poder aproximarse al Misterio que sorprende y sobrepasa la capacidad de visión de nuestros ojos con la magnitud del brillo de su Luz: San Pablo, relatando su proceso de conversión cuando aún era el gran Saulo de Tarso, dice:

«Como no podía ver a causa del resplandor de aquella luz, fui guiado de la mano por los que estaban conmigo» (Hch. 9)

Ese es el sentido del «misterio», que no se refiere a algo «oculto u oscuro», sino todo lo contrario: es una realidad «tan resplandeciente» que, como le pasó a Saulo de Tarso, la magnitud del brillo de su luz sobrepasa la capacidad de visión de nuestros ojos, su profundidad es tal que no cabe en nuestro limitado razonamiento humano...

Por eso, luego de su conversión a Cristo, Saulo de Tarso cambia su nombre de Saulo (que significa «grandioso») por el de Pablo (que significa «pequeño»), porque como Moisés frente a la Zarza Ardiente, Pablo comprendió que para poder aproximarse a la Verdad de tan resplandeciente misterio, hay que hacerse pequeño: dejar a un lado nuestras seguridades intelectuales y nuestros créditos académicos, abandonar nuestros tan apreciados esquemas explicativos, y humildemente *dejarse guiar* por aquellos que van delante de él en este nuevo Camino de fe. Jesús mismo nos lo dice:

Si no cambian y no llegan a ser como niños, nunca entrarán en el Reino de los Cielos (Mt. 18, 3).

Y ese «ser como niños» no es un infantilismo inmaduro, sino un hacerse «pequeño» como lo entendió San Pablo: ya no confiado en sus seguridades personales, sino confiado en Dios como un niño en los brazos de su Padre que lo ama. Sí. Una confianza que abraza en fe incluso aquello que inicialmente no comprende...

Jesús se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido. Simón Pedro le dice: «Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?» Jesús le respondió: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora; lo comprenderás más tarde» (Jn. 13, 1-7).

Y así lo expresé en los versos del poema:

II

*Tú me invitas a entrar
y la puerta cerrar¹¹⁵,
quitar mis sandalias¹¹⁶
y mi historia abrazar.*

*Temerosa lo intento,
la puerta yo cierro
y mirando hacia dentro,
con sorpresa contemplo
que Tú vives en mí...*

*¡Oh, Verdad
que me enfrentas
a mi propia miseria,
al error de mi senda,
y abres mis ojos
al fulgor de tu Luz!*

Este proceso de purificación es como el trabajo de un escultor que a martillazos van sacando una obra de arte del interior de la piedra. Al respecto comparto una anécdota con la cual Dios me fue enseñando esto:

¹¹⁵ Mt. 6: Cuando vayas a orar, entra en tu habitación y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto... (Mt. 6)

¹¹⁶ Ex. 3,1-5: Quitate las sandalias porque el lugar donde estás es Sagrado.

➤ *Mi encuentro con un maestro de arte:*

Uno de esos días de trabajo en una institución educativa Franciscana, tuve la oportunidad de conversar con un maestro de arte sobre las obras que él hacía en su taller. Y en medio de nuestra conversación él me enseñó ciertas distinciones en torno a su trabajo creativo. Por ejemplo, me explicó que no era lo mismo trabajar modelando el barro, que hacer esculturas desde la piedra:

En el caso del modelado con el barro, el trabajo se hace «*adicionando*» material (barro) para crear la obra. En cambio, en el caso de la escultura en piedra, el trabajo de creación se hace «*quitándole*» a la piedra lo que sea necesario extraer de ella para «sacar de su interior» la forma que debe conseguir según el «modelo» que se tiene.

Mientras él muy animado me explicaba todo esto, yo inmediatamente pensaba en el trabajo «creador» de Dios: Creo que Dios que no terminó su trabajo creador en el séptimo día (Génesis). Porque pienso que el trabajo creador de Dios en realidad es un proceso continuo que tiene dos etapas: Una «*primera creación*» y una «*nueva creación*».

Cuando escuchaba la explicación sobre el trabajo con el «*barro*», yo recordaba esa primera creación que narra el Libro del Génesis donde Dios, usando esta misma imagen del barro, crea al ser humano:

De la tierra salía agua que regaba todo el terreno. Entonces Dios formó al hombre del barro (Gn. 2).

Y luego, cuando imaginaba al escultor de la «*piedra*», yo pensaba en la «nueva creación» que Dios está haciendo a partir del «Modelo» que es su Hijo: Jesús.

Escuchadme, vosotros que seguís la justicia, los que buscáis al Señor. Mirad la Roca de donde fuisteis tallados, y la cantera de donde fuisteis excavados (Is. 52, 1).

Porque la verdadera Roca de donde somos tallados no es Abraham sino Cristo, Él es la Piedra angular. Y para poder hacer esta nueva creación, Dios «retira» en nosotros todo

aquello que sea necesario quitar hasta sacar del interior de nosotros al Hijo Amado: a Cristo Jesús.

A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de Su Hijo". (Rom. 8, 29) / Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza (Gn. 1, 26).

Dios es alfarero, escultor, sembrador, pastor (y la lista de «oficios» sigue), pero sobre todo es Creador... Ese es su «trabajo». Y Dios no ha terminado su obra creadora en nosotros, pues aún sigue trabajando:

«Mi Padre todavía trabaja, y Yo también trabajo» (Jn. 5, 15-18).

Al respecto hubo algo maravilloso que descubrí en Jerusalén, cuando visité Tierra Santa en el año 2014

➤ *Escribir es «crear»... Tierra Santa:*

En Tierra Santa, cuando estuve en Jerusalén, uno de los lugares que visité, fue el Muro de los Lamentos: un muro que es lo único que conservan los judíos del «templo destruido», y a donde ellos van a hacer oración. En la visita a este lugar aprendí muchas cosas, y allí tuve varias experiencias que relato en diferentes escritos. Pero aquí me quiero detener solamente en un episodio en particular que me sorprendió mucho:

Ese día que estuve allí, coincidió con el «*Sabbat*», es decir, el sábado o «séptimo día», el día de «descanso», donde, según el libro del Génesis, es el día que Dios «descansó de su trabajo creador»; y, por eso este día se honra también descansando y dedicándolo para la oración. Yo nunca me imaginé que en la comunidad judía fuesen tan rigurosos con eso del «descanso»: literalmente cesan las actividades; en el hotel no hay comida caliente ese día, solo los alimentos guardados del día anterior.

Ese día del «*Sabbat*», según lo que ellos mismos afirman, «no se puede crear nada nuevo»... Esto me llamó la atención porque en nuestras traducciones al español, el término usado es que no se puede «trabajar»; sin embargo, más que

«trabajo», lo que ellos repiten una y otra vez que en *Sabbat* no se puede crear nada nuevo; Y por lo tanto, también está prohibido «**escribir**», pues escribir es crear algo nuevo.

Yo no lo podía creer: ellos consideran que «**escribir**» es crear algo nuevo, por lo tanto, no se puede «**escribir**» en el *Sabbat*. De hecho, algunos visitantes o turistas, acostumbran dejar en las grietas de este muro, papelitos escritos con peticiones, pero para poder hacerlo deben llevarlos ya escritos previamente, porque allí, no se le permite a nadie escribir... Ese día, yo misma fui testigo de cómo regañaron a dos personas que intentaron escribir, una de ellas simplemente estaba tratando de «tomar notas» en su pequeño cuaderno de lo que estaba diciendo el guía, pero inmediatamente fue reprendida por alguien de la comunidad judía que estaba allí, y que acercándose a ella, le indicó que “no se podía escribir en *Sabbat*”...

Al contemplar esta escena, yo recordaba algo que había escrito en año 2013 sobre el pasaje bíblico de Jesús «escribiendo» sobre la tierra, esa tarde de su encuentro con la mujer adúltera (Jn. 8, 8). En ese capítulo, una de las cosas que yo aprendí es que Jesús, al escribir con su dedo sobre la tierra, no estaba solamente escribiendo la ley de Misericordia que Dios había prometido que escribiría ya no en tablas de piedra sino en nuestros corazones (Jer. 31, 31-33). Jesús, con el «*Dedo de Dios*», estaba «*creando*» estaba «*trabajando*» sobre una nueva creación: un nuevo corazón para el ser humano donde se escribe la ley de Misericordia de Dios... Jesús estaba haciendo del corazón de esa mujer adúltera (que somos cada uno de nosotros), el nuevo corazón de una *virgen inmaculada*... un corazón inmaculado como el de la Virgen María...

Porque en la Cruz del Calvario, hemos sido engendrados en el Espíritu: del Corazón traspasado de Cristo brotó Sangre y Agua, del costado abierto del Nuevo Adán que yace dormido sobre el madero, Dios crea a *su nueva esposa inmaculada*: nosotros.

El Señor Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, de su costado tomó una de sus costillas, y cerró la

carne en su lugar. Y de la costilla que el Señor Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre (Gn. 2, 21-22).

Pero, mientras en el *primer Adán* la herida de su costado de donde Dios creó a su Mujer, *fue cerrada*, en cambio, acontece distinto en el Nuevo Adán: la herida del costado de Jesús permanece eternamente *abierta*... Él, que es el verdadero Templo, en su corazón roto y traspasado nos ha dejado la Puerta abierta... Sí... en su Corazón, la Puerta de la Misericordia de Dios que nos hace «Nueva Criaturas», nunca se cierra... Ese es el misterio de la misericordia.

Tenían las puertas cerradas, pero Jesús entró, se puso en medio de ellos y los saludó, diciendo: ¡Paz a ustedes! Luego dijo a Tomás: Mete aquí tu dedo, y mira mis manos; y **trae tu mano y métela en mi costado**. No seas incrédulo; ¡cree! Tomás entonces exclamó: ¡Mi Señor y mi Dios! Jesús le dijo: ¿Crees porque me has visto? ¡Dichosos los que creen sin haber visto! (Jn. 20,26-28)

Al respecto, una noche tuve un sueño muy particular. En este sueño, yo estaba en un lugar donde había mucha gente, era como una casa con varias habitaciones, decidí entonces salir de ahí, y llegué luego a una especie de pasillo que parecía estar en medio como de un jardín, en el patio de esta casa... Cuando llegué allí, me causó gran impresión un hombre que, tendido en el suelo, sangraba abundantemente por las heridas que parecía tener en sus manos y pies; yo me acerqué a Él para intentar ayudarlo, pero al hacerlo, la enorme herida de su pecho abierto me causó una impresión mayor: era un «enorme hueco» en el lado izquierdo de su costado, que parecía un «*abismo sin fondo*», un abismo sin fin... De ese enorme hueco brotaba mucha sangre, y yo no entendía cómo podía seguir vivo con semejante hueco en su pecho... Impresionada por lo que acaba de ver, me di la vuelta para salir corriendo de allí, pero su voz, gritándome desde el suelo donde Él yacía, me hizo detenerme en mi carrera...Yo, sin volver mi rostro otra vez hacia Él, pues me impresionaba mucho, simplemente escuché lo que me dijo desde el suelo: «*Estas son las heridas del Amor, son las heridas de un Dios de Amor*»... y luego agregó: «*Tú también*

las tendrás, pero pasará algún tiempo antes de que eso suceda»...

Yo me desperté sobresaltada, con la imagen muy viva de ese enorme hueco en el costado izquierdo de este hombre. Y en medio de mi impresión, como Juan, aquel discípulo amado, simplemente exclamé: *¡Era el Señor!* (Jn. 21,7). Sí, porque en mi experiencia de fe, el Cristo con el que yo me he encontrado tiene un detalle muy particular: la herida de su costado es en el lado «izquierdo».

Ahora, luego de mi visita a Tierra Santa, este sueño tenía un mayor sentido para mí: comprendí que su pecho abierto, ese enorme hueco que «no tenía fin», es la Misericordia infinita de Dios, es esa herida del costado del Nuevo Adán (Cristo) que como “Puerta” de entrada al Cielo que es su mismísimo Sagrado Corazón, permanece siempre abierta... Y en cuento aquello que me dijo de que yo también tendría esas mismas heridas del Amor, pero que pasaría un tiempo para ello, pienso que se refería aquella promesa de Dios de hacer de nosotros una nueva creación a imagen de su Hijo, y eso implica reproducir en nosotros también ese Amor que lleva al sacrificio, a la donación, a la entrega en el servicio...

Pero en este proceso creador, Dios es respetuoso de nuestra libertad, por eso nos «invita» a participar de su proyecto amoroso como María, totalmente dispuesta a la acción creadora de Dios: *«María respondió al ángel: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»* (Lc. 1, 38).

Como toda obra de arte, el proceso creador implica quitar lo que sobra, para darle la forma perfecta que se sueña. Lo cual implica un proceso fuerte e intenso, donde vemos que Dios es un Dios de contrastes: Pues, ese Dios del que habla el profeta Elías (1 Reyes 19,8-9.11-16), que no estaba ni en el «terremoto», ni en «el fuego», ni en el «huracán», sino en el susurro de la «brisa suave», ciertamente, es el mismo Dios que, en Pentecostés¹¹⁷, y en la Resurrección de Jesús, aparece en cada uno de esos mismos elementos:

¹¹⁷ Hch. 2, 1-3: Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos reunidos. De repente vino del cielo un estruendo, como de viento huracanado, que llenó toda la casa donde se alojaban. Aparecieron lenguas como de fuego, que descendieron sobre cada uno de ellos.

Porque en Pentecostés el Espíritu de Dios estaba en el «*Viento huracanado*» que irrumpió con fuerza en la casa donde, junto a María, oraban sus discípulos temerosos; y también estaba en las «*Lenguas de Fuego*»: ese ardiente impulso que encendió de valor sus corazones, los sacó de su encierro y los lanzó a la calle a proclamar las maravillas de Dios... Y ciertamente, es el mismo Espíritu de Dios que estaba en el «*Violento Terremoto*» que movió la enorme piedra que sellaba el sepulcro cuando acontece la Resurrección¹¹⁸ de Jesús...

Sé que, a través de todas las situaciones de mi historia, poco a poco, Dios está haciendo su Obra: formar a Cristo en mí, para que mi propia vida, sea un *Evangelio* que otros puedan leer hoy con un lenguaje actualizado a las realidades de este tiempo... El asunto, es que, como muchos, yo aún estoy «en proyecto de construcción» y todavía me faltan bastante martillazos del Divino Escultor (El espíritu Santo), hasta que le quede igual al modelo: Cristo...

II

*No eres ahora susurro¹¹⁹,
ni caricia de alivio,
sino el duro martillo¹²⁰
de un firme Escultor.*

*Ese, que a Fuego y con fuerza,
tu Rostro en mi piedra¹²¹,
esculpiendo entre golpes,
vas sacando de mí.*

¹¹⁸ Mateo 28, 1-7: De pronto, se produjo un gran terremoto: el Ángel del Señor bajó del cielo, hizo rodar la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella. Su aspecto era como el de un relámpago[...] El Ángel dijo a las mujeres: «No teman, yo sé que ustedes buscan a Jesús, el Crucificado. No está aquí, porque ha resucitado como lo había dicho.

¹¹⁹ 1 Reyes, 19, 3-15: Vino primero un huracán tan violento que hendía los cerros y quebraba las rocas. Pero el Señor no estaba en el huracán [...] Y después del fuego, el **susurro de una brisa suave**.

¹²⁰ Jr. 23, 29: ¿No es mi palabra como fuego que quema o como martillo que rompe la roca?

¹²¹ Is. 51, 1: Fíjense en la roca de la que fueron tallados, en la cantera de la que fueron extraídos.

III. La Natividad:

La Natividad es el nacimiento de una nueva creación, fruto de los dos procesos anteriores. Y como todo parto, aunque inicialmente doloroso, es desbordante de alegría y sorprendido de felicidad al contemplar la Verdad de lo que somos en el sueño amoroso de Dios:

«Ni ojo vio, ni oído oyó, ni mente humana puede imaginar lo que Dios tiene preparado para los que le aman» (1 Cor. 2, 9).

A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo (Rom. 8, 30).

Que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Ef. 4, 11).

Aquí hay dos momentos en ese nuevo nacimiento: uno corresponde todavía a esta vida temporal y el otro es el nuevo nacimiento a la vida eterna.

➤ *El nuevo nacimiento en esta vida terrenal:*

Este nuevo nacimiento acontece todavía en esta etapa de nuestra vida terrenal. Porque consiste en un cambio de mentalidad, una transformación en la forma de pensar y de ver el mundo, que se concreta en un cambio de estilo de vida, fruto de la conversión del corazón. Es ese nuevo nacimiento del que le habló Jesús a Nicodemo:

Jesús dijo a Nicodemo: en verdad te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios. Nicodemo le dijo: **¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?** Respondió Jesús: en verdad te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. **Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es.** No te extrañes de que te haya dicho: es necesario nacer de nuevo [...] Nicodemo volvió a preguntarle: ¿Cómo puede hacerse esto? Respondió Jesús: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto? [...] Si ustedes no creen cuando **les hablo de cosas de la tierra**, ¿cómo van a creer si les hablo de cosas del Cielo? (Jn. 3, 1-12)

Y Dios nos regala muchos signos en la naturaleza para ayudarnos a comprender este nuevo nacimiento. Uno muy especial es la oruga y la mariposa. Un proceso doloroso como la metamorfosis de la mariposa que implica para ese gusano (la oruga antes de transformarse en mariposa) pasar un período de oscuridad prisionero en el vientre del capullo de la crisálida. Como Jonás en el vientre del pez:

Jonás permaneció en el vientre del pez tres días y tres noches. Entonces Jonás oró al Señor, su Dios, desde el vientre del pez, diciendo: "Desde mi angustia invoqué al Señor, y él me respondió; desde el seno del Abismo, pedí auxilio, y tú escuchaste mi voz" (Jonás 2, 1-11)

Al respecto, el año 2010 viví una experiencia muy particular con las mariposas... Durante los meses de octubre y noviembre de ese año, una «mariposa» (imagino que no era la misma, pero es muy parecida siempre), me rondaba por todas partes, en el apartamento, en el trabajo, en el aeropuerto... Incluso, en el reclinatorio, donde me arrodillé, durante el sacramento de la confesión. Sí, hasta allí llegó una mariposa otra vez y se paró cerca de mis manos mientras me confesaba con el sacerdote... Por fin luego de muchos días, yo finalmente entendí el mensaje de "la mariposa", de hecho, estaba relacionado con un incidente que ya casi había olvidado:

Una noche, al inicio de ese año, muy enojada con Dios, le reclamé por mis sufrimientos de estos últimos años de mi historia... Sé que es injusto reclamarle a Dios por nuestras decisiones equivocadas, pero uno suele ser así cuando aún tiene el entendimiento oscurecido... El motivo de mi reclamo era porque yo, en el pasado, con mucha fe le había hecho a Dios unas peticiones en torno a mi vida y, en algún momento, pensé que, efectivamente lo que había pedido había llegado bajo los rostros y situaciones que habían entrado a formar parte de mi historia... Sin embargo, cuando vi todo aquello desmoronarse y tornarse en una pesadilla dolorosa, empecé a reclamarle muy enojada...

Recuerdo que esa noche, llena de rabia y dolor, hasta le cité el texto del Evangelio que dice: *«pedid y se os dará»*,

pues quién de nosotros si un hijo le pide pan le da una piedra... y que si nosotros siendo malos damos cosas buenas a nuestros hijos, «cuánto más Dios dará cosas buenas a quienes se las pidan...» (Mt. 7, 7-12). Con lágrimas en los ojos, muy enojada, pues no comprendía todo lo que había pasado últimamente en mi vida, yo le dije a Dios: ¿Por qué me diste una piedra cuando yo te pedía pan?, en otras palabras: ¿por qué trajiste a mi vida algo tan diferente a lo que yo te había pedido y que ahora me causa tanto dolor?...

Igual que en el relato del Génesis, como Adán, en el momento de arruinar el paraíso en que Dios lo había puesto, yo también estaba «echándole la culpa a Dios» de mis decisiones equivocadas en las situaciones donde yo debí haber hecho opciones distintas: «Adán dijo a Dios: la mujer que TÚ me diste por compañera me dio a comer del árbol y yo comí» (Gn. 3, 10-12), en otras palabras, Adán esta como diciendo: finalmente, fue tu culpa Dios por haberme dado esa mujer... Y luego la mujer también hace lo mismo: «*la serpiente me engañó y yo comí*» (Gn. 3, 13); o sea que, finalmente, también es tu culpa Dios, pues Tú pusiste en el paraíso a la serpiente que me engañó...

Sé que esto suena injusto y hasta «tonto», pero si analizamos bien nuestras acciones, es lo que, en el fondo de nuestros conflictos humanos (personales y sociales), la mayoría de nosotros hace: culpar a Dios y culpar a los demás...

Recuerdo que, justo después de mi discusión con Dios, me volví hacia mi computador y vi un e-mail que recién había entrado a mi correo en internet con un mensaje en diapositiva. A pesar de lo mal que me sentía, decidí abrir este e-mail; el correo solo traía como mensaje una diapositiva que relataba la siguiente historia:

Alguien le había pedido a Dios una flor y una “mariposa” y emocionado cuando le llegó su pedido se fue a abrir la caja con el paquete... Pero... resulta que lo que Dios le había mandado era: Un «espinoso cactus» y una horrible «oruga». Esta persona pensó que Dios seguramente estaba demasiado ocupado con las peticiones de tanta gente y que «equivocó» el pedido, así que decidió no molestar más a Dios y dejó la caja con el paquete olvidada, hasta que un día se volvió a encontrar con la caja del

paquete que había abandonado y al abrirla se encontró con una sorpresa: El «espinoso» cactus se había convertido en una bella flor y la horrible «oruga» se había transformado en una hermosa «mariposa» ...

Pues bien, después de muchos días de andar inquieta por la mariposa que últimamente me había rondado por todas partes, yo me volví a topar en mi computador con aquella diapositiva de la flor y la mariposa... Decidí leer nuevamente el mensaje de esta diapositiva y, al hacerlo, recordé a la singular mariposa que durante todo este tiempo me había estado encontrando por todas partes y, finalmente, también recordé aquella discusión que, meses atrás, yo había tenido con Dios...

Mientras tanto, algo más aconteció en esos mismos días: En casa, tenía dos pequeños cuadros, cada uno con un texto bíblico, que una amiga me los había regalado y los colgué en la pared de mi apartamento. Uno de ellos se estuvo cayendo repetidamente de la pared durante el mes completo en que la insistente *mariposa* me rondaba. Ya cansada de recogerlo y volverlo a colgar, decidí finalmente dejarlo tirado sobre el sofá de la sala. Con los años, el contenido de estos cuadros se me había vuelto «paisaje», es decir, ya no reparaba en el mensaje que cada uno tenía escrito. Y, ni siquiera en ese momento, se me ocurrió volver a leer el texto del cuadro que había dejado tirado en el sofá de la sala. El 9 de diciembre del 2010, fui a la Hora Santa en la parroquia cercana a donde vivía en esa época. Antes de finalizar la Hora Santa, una servidora de la parroquia se acercó a donde yo estaba y me pidió que hiciera una de las lecturas de la Misa que continuaba después. Cuando subí y proclamé la Palabra, mi voz se quebró con un nudo de lágrimas en la garganta, casi a punto de llorar, pues el texto de la primera lectura que me fue asignado era «Isaías 41»:

Yo, el Señor, tu Dios, te agarro de la diestra y te digo: «No temas, Yo mismo te auxilio. No temas, gusanito de Jacob, ORUGA DE ISRAEL, Yo mismo te auxilio, tu Redentor es el Santo de Israel. Mira, te convierto en trillo aguzado, nuevo, dentado: trillarás los montes y los triturarás; harás paja de las colinas; los aventarás, y el viento los arrebatará, el vendaval los dispersará; y tú te

alegrarás con el Señor, te gloriarás del Santo de Israel» (Is. 41, 13-20).

Al leer las líneas donde el Señor llama a Israel su «oruga», su gusanito yo recordé todo... De repente fue como si se me abriera el entendimiento, y entonces ahora todo cobraba sentido... Al llegar al apartamento, reparé en el texto bíblico del cuadro que obstinadamente se había estado cayendo de la pared en mi apartamento, durante el tiempo que la persistente mariposa no abandonaba mi casa: era también del capítulo de Isaías 41. Comprendí que era Dios escribiéndome sus mensajes por todas partes... ¡Qué delicado y detallista es nuestro Señor!... ¡Qué grande y perfecto es su Amor...!

Finalmente, todas las piezas de este rompecabezas encajaban y yo por fin entendía lo que Dios había estado intentando decirme *a su manera*. Esto fue lo que comprendí:

La oruga, ese el gusano que se «arrastra» por la tierra, encierra dentro de sí, otro ser ... un ser muy distinto, con una meta más alta, más libre... pero para descubrirlo, necesita pasar por proceso tan doloroso como una especie de «muerte», para dar paso al «nacimiento» de una nueva criatura alada: la mariposa... Ese proceso se llama «*metamorfosis*»... Así también era necesario que yo pasara una dolorosa *metamorfosis existencial* para descubrir quién realmente soy... que estoy llamada a ser:

En Cristo nueva criatura soy. Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo (2 Cor.5, 17).

Algunos dicen que empezamos a morir desde el momento en que nacemos, y que morimos un poco cada día, pero yo pienso que no es así, porque Dios no nos creó para la muerte:

Jesús dijo: Y en cuanto a que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, en el pasaje sobre la zarza ardiendo, cómo Dios le habló, diciendo: "Yo Soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob"? Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos (Mc. 12, 26-27).

Creo que, en nosotros, el nacimiento no es algo que se «interrumpe» sino un «continuo»... En realidad, lo que pasa

es que el *proceso de nuestro nacimiento* no termina cuando salimos del vientre de nuestra madre biológica, sino que continúa hacia otro nivel: el del *espíritu*... Porque Dios todavía nos está creando, y lo que sucede en nosotros es que nos estamos transformando cada día, vamos *en camino* a alcanzar la plenitud de nuestro *Nacimiento* a esa Vida sin final a la que hemos sido llamados:

A todos los que lo recibieron, a quienes creen en su nombre, les dio poder de llegar a ser hijos de Dios. Estos no nacieron de sangre, ni por voluntad de carne, ni por voluntad de hombre, sino de Dios. (Jn. 1, 9-14)

Jesús dice a Nicodemo: Lo que nace de padres humanos, es humano; lo que nace del Espíritu, es espíritu (Jn. 39).

➤ *El nuevo nacimiento a la vida eterna:*

El siguiente, es el nuevo nacimiento a la vida eterna, cuando Cristo nos llama a hacer Pascua definitiva con Él: pasar de este mundo al otro donde Dios nos espera:

Jesús les dijo: «cuando resuciten de la muerte, ya no se casarán hombres y mujeres, sino que serán como los ángeles en el cielo» (Marcos 12, 25).

Dios les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir» (Ap. 21, 3-4).

La Navidad (Natividad), es una bella época del año, donde no quisiéramos que ningún ser querido falleciera... Yo pasé por eso, cuando mi papá falleció en un diciembre; y años después, tuve mucho temor de perder a mi mamá también para esa misma época: ella sufrió un infarto, en la víspera de la fiesta de la «*Inmaculada Concepción*» de la Virgen María (8 de diciembre)... Mi mamá recién había cumplido 80 años, y padecía condiciones de salud como la diabetes y el tratamiento de insulina... El panorama no era muy favorable para su salud física en ese momento.

A pesar de mi experiencia de fe, en mi fragilidad humana, yo no me sentía lista para dejar ir a mi mamá todavía, y menos en esa época... Recuerdo que llena de dolor, lloraba hasta la madrugada con una imagen de la Virgen María agarrada fuertemente entre mis manos... Y María, ciertamente estaba allí consolándome... Ella a su manera se ocupaba de que yo lo supiera: Cuando trasladamos a mi mamá a la clínica especializada en temas cardíacos, la enfermera que la recibió se llamaba «*María Inmaculada*»... Y luego, el sacerdote que me consiguieron para que le administrara el sacramento de la Unción de los enfermos, venía de la Parroquia de nuestra Señora del Carmen (mi mamá toda su vida ha sido muy devota de esta advocación mariana); el nombre del sacerdote era «José del Carmen»...

Si alguno está enfermo, que llame a los presbíteros de la Iglesia, para que oren por él y en el nombre del Señor lo unjan con aceite. Y cuando oren con fe, el enfermo sanará, y el Señor lo levantará; y si ha cometido pecados, le serán perdonados (Sant. 5, 14-15).

Yo comprendí con todos estos detalles que Jesús, María y San José habían estado cuidando de mi mamá en todos los sentidos pero, especialmente en lo más importante: en la sanidad de su alma, pues el signo de la «*Inmaculada*» la acompañaba...

Jesús dijo: ¿Qué es más fácil decir? ¿tus pecados te son perdonados o toma tu camilla y anda?

Y Dios también fue compasivo conmigo... Decidió prestármela por otros años más: Mi mamá recuperó su salud física. Y hasta el cardiólogo que atendió su proceso también era un hombre devoto de la Virgen María...

A través esta experiencia, Dios me enseñó a tener más Esperanza, a comprender que la muerte no es muerte sino «*Natividad*»: nuevo nacimiento a la vida eterna... Porque la vida es realmente un proceso continuo hasta la eternidad.

Al respecto, una de mis primas quien ha sido como una hermana para mí, también pasó por un proceso similar con su mamá, quien enfermó gravemente y estuvo hospitalizada

por casi dos meses. Fue un tiempo naturalmente doloroso, pero al mismo tiempo acompañado fervientemente desde la fe; durante ese tiempo, su mamá recibió la unción de los enfermos, se confesó, y comulgó después de muchos años. a Un sacerdote de nombre Rafael (su nombre significa medicina de Dios)¹²² le administró los sacramentos y acompañó a la familia para vivir en fe y con Esperanza ese tiempo doloroso. Fue todo un proceso de sanidad, que no limita a lo físico sino a la sanación espiritual, donde Dios la fue preparando cuidadosamente y alistando su alma para ese encuentro eterno. Un encuentro donde la Virgen María *Inmaculada*, que nos ha precedido, nos visita y acompaña también para prepararnos a este tránsito. La mamá de mi prima finalmente falleció en el mes de mayo, y la fecha que Dios especialmente escogió para que ella partiera a la eternidad fue la misma de cuando cumplía años de nacimiento.

Recuerdo que ese día, dos horas antes de su partida de este mundo, el padre Rafael celebró la Misa del cumpleaños de ella, con transmisión en línea por video, y mi prima se la puso a través del teléfono celular en su cama de hospital para que pudiera escucharla. Esa fue la última Misa de celebración de su cumpleaños acá en la tierra y también la Misa de su nuevo cumpleaños de nacimiento a la vida eterna en el Cielo...

Porque «Natividad» es nacimiento, y la muerte física es esa «Natividad» a la vida eterna donde ya avanzamos hacia aquella meta donde somos como Dios ha querido que seamos: como su Hijos amado Jesús. Una etapa a donde María nos ha precedido y, por eso, la llamamos «*inmaculada*» porque lo que se ha cumplido en Ella, también se cumplirá en nosotros: Inmaculada significa «*sin mácula*», es decir «sin mancha de pecado». Y eso es lo que nosotros llegaremos a ser también cuando nuestras ropas sean limpiadas por los méritos de la sangre de Cristo derramada por nuestra redención:

¹²² El Libro de Tobías narra el papel del Arcángel San Rafael

III

De repente me veo
y cual, si fuera un espejo¹²³,
soy vibrante reflejo
de tu Amor por mí

Lo que tengo de hermoso,
de bueno y valioso
es tu imagen Divina
en mi alma esculpida,
radiante de Ti¹²⁴

En mí ya no hay mácula,
has blanqueado mis ropas¹²⁵,
me vestiste de fiesta,
de virgen doncella,
y con traje de boda¹²⁶,
reinaste en mí...

Tu martillo ahora es beso
y tú Fuego caricia...
El huracán de tu acción¹²⁷
se tornó en suave brisa¹²⁸...

Tu susurro de Amor
infunde Vida Nueva a mi arcilla¹²⁹

¹²³ 2 Cor. 3, 16–18: Pero al que se convierte al Señor, se le cae el velo [...] Nosotros, con el rostro descubierto, reflejamos, **como en un espejo**, la gloria del Señor, y somos transfigurados a su propia imagen con un esplendor cada vez más glorioso, por la acción del Señor, que es Espíritu.

¹²⁴ Rom. 8, 30: A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo

¹²⁵ Ap. 7, 13-15: Estos vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de dónde han venido? [...] Estos son los que vienen de la gran tribulación, y han lavado sus vestiduras y han emblanquecido en la sangre del Cordero.

¹²⁶ Ap. 21, 2: Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, preparada como una novia ataviada para su esposo.

¹²⁷ Hch. 2, 1-3: Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos reunidos. De repente vino del cielo un ruido, como de viento huracanado, que llenó toda la casa donde se alojaban. Aparecieron lenguas como de fuego, que descendieron sobre cada uno de ellos.

¹²⁸ 1 Reyes, 19, 3-15: Vino primero un huracán tan violento que hendía los cerros y quebraba las rocas. Pero el Señor no estaba en el huracán [...] Y después del fuego, el **susurro de una brisa suave**.

¹²⁹ Gn 2, 7: Dios modeló al hombre con arcilla del suelo y sopló en su nariz un aliento de vida. Así el hombre se convirtió en un ser viviente.

¡Oh, Amante Creador!
 Misericordiosa terquedad
 que hizo de mí perla fina¹³⁰

¡Caricia que da libertad
 a mariposa de Dios
 en la oruga escondida!¹³¹

IV. La Unión con el Amado.

Empieza a hablar mi Amado, y me dice: «Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven» (Cantares, 2, 10-14).

Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, preparada como una novia ataviada para su esposo (Ap. 21, 2).

Dice Dios: «Yo te desposaré conmigo para siempre» (Os. 2, 21).

Esta Unión con el amado (Dios), también es un proceso que inicia en esta vida temporal, pero que alcanza su plenitud en la otra vida eterna que nos espera, cuando llegue el momento de dejar este mundo.

Aquí quiero recordar algo que ocurrió en el año 2016 y que conmovió al mundo:

El 28 de noviembre de 2016 a las 21:58 (hora Colombiana) sucedió un trágico accidente del avión que transportaba al equipo de fútbol brasileño «*Chapecoense*» que se dirigía a jugar en la ciudad de Medellín (Colombia) la final de la Copa Sudamericana. El avión no alcanzó a aterrizar, estrellándose en las montañas que rodean el aeropuerto. Fueron 71 personas fallecidas en este accidente aéreo.

¹³⁰ Is. 43, 4: Eres precioso a mis ojos, eres de gran valor para Mí y Yo te Amo/Mt. 13,45-46: El Reino de los Cielos es como un Comerciante de perlas preciosas /Ap. 9: Tú fuiste inmolado, y con tu Sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación

¹³¹ Is. 41, 14^a: No temas, gusanito Jacob, oruga de Israel. Dice el Señor: «Yo mismo te auxilio».

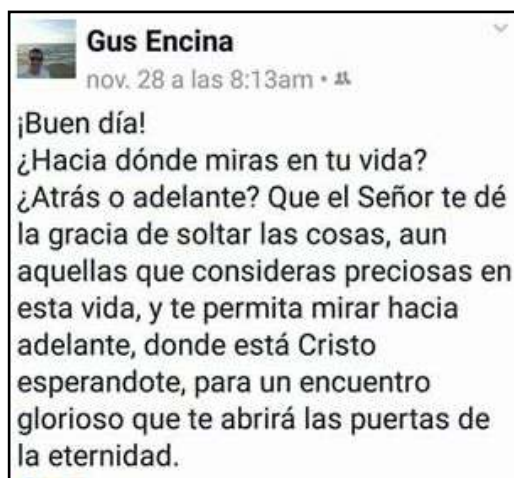


Facebook Gustavo Encina

Entre quienes fallecieron estaba Gustavo Encina, un piloto del Paraguay, que ese día no iba como piloto, sino solo como tripulante en este vuelo.

Gustavo Encina era padre de 3 hijos: un joven de 20 años, una adolescente de 17 años y una pequeña niña de 2 años. También era un hombre de fe, pues así lo demostraba en los mensajes que publicaba en sus redes sociales donde, con frecuencia, invitaba a creer en Cristo.

Pero lo sorprendente es que este hombre, justo en horas de la mañana de ese día en que abordaría ese avión, dejó un mensaje muy significativo en su página personal de la red social Facebook¹³²; un mensaje que parecía un anticipo de lo que horas después él mismo experimentaría¹³³:



Facebook Gustavo Encina

¿Qué habrá inspirado Dios en el corazón de este hombre de fe para que eligiera publicar ese mensaje para ese día?

Al respecto, creo que la intimidad de la oración es ese lugar de encuentro «*en lo secreto*», donde Dios se nos va revelando:

Porque tu amas la verdad y **en lo secreto** me has hecho aprender sabiduría (Sal. 51, 6).

¹³² Nota periodística de Aleteia: <https://es.aleteia.org/2016/11/30/cristo-esta-esperandote-el-mensaje-que-dejo-el-piloto-del-avion-accidentado/>

¹³³ Esta publicación ya no está disponible al público, solo quedan los registros de las notas periodísticas que lograron publicarlo en esos días.

Y Dios, a su manera, nos va preparando para este encuentro eterno. Así lo demuestra el mensaje que dejó Gustavo Encina, justo ese día en que partió a la eternidad:

«¿Hacia dónde miras en tu vida? ¿Atrás o adelante? Que el Señor te dé la gracia de soltar las cosas, aún aquellas que consideras preciosas en esta vida, y te permita mirar hacia adelante, donde está Cristo esperándote, para un encuentro glorioso que te abrirá las puertas de la eternidad» (Gus Encina).

«*Soltar*»... No hay duda que a este hombre Dios también le estaba preparando para «*soltarse*» de todo lo que amaba en esta vida temporal y mirar hacia adelante. Así como lo hizo con María Magdalena:

En la escena de la resurrección María Magdalena llora frente al sepulcro: Jesús le dice: «¡María!» Ella, volviéndose, le dice en hebreo: «¡Raboní!» (que quiere decir, Maestro). Jesús le dice: «Suéltame porque todavía no he subido al Padre; pero ve a mis hermanos, y díles: Subo a Mi Padre y Padre de ustedes, a Mi Dios y Dios de ustedes» (Jn. 20, 17).

«Suéltame» porque todavía no he subido al Padre... Este texto yo lo había escuchado muchas veces antes, pero no había comprendido su sentido.

Y es que cuando esta frase resonaba en mi corazón, yo pensaba en todas las personas que tanto amo, a los que no quisiera dejar todavía, porque me duele pensar en dejarlos (aunque solo sea físicamente), cuando llegue «la hora» de ir al encuentro definitivo con Dios, de volver a la Casa del Padre.

Como María Magdalena, estos afectos humanos que, ciertamente han sido regalo y presencia del Amor de Dios a lo largo de mi historia, se constituyen también en lazos muy fuertes que me «retienen», como a la mayoría de nosotros... Y este es un sentimiento muy natural y humano, que sin embargo Dios pone en escena para hacerme consciente que aún debo seguir avanzando en ese proceso de ir «*soltándome*» de ellos para amar plenamente como Él quiere que ame: sin apegos, sin ataduras, en libertad... Que cuando llegue «la hora» feliz de volver a los brazos paternos del Dios en el Cielo, su Paz inunde mi corazón y el

corazón de ellos con la certeza de que a partir de ese momento es cuando realmente podré *«estar siempre con ellos»*.

“Me voy, pero para quedarme siempre con ustedes”. En cierta forma, eso fue lo que dijo Jesús al despedirse de sus amados, cuando ya se acercaba «su hora» de dejar esta etapa de su vida terrena (Jn. 14). Y aunque suene extraño, es así... Pues para Jesús y para los cristianos, los que hacemos el mismo «Camino» de Cristo, no existe la muerte, sino la Pascua: el paso a una vida más plena, porque a partir de ese momento, por la obra del Espíritu Santo, nos uniremos más perfectamente en el Amor con Dios y con nuestros hermanos. Será la comunión Plena: eso es el Cielo. Entonces podremos decir como Jesús: *«Yo estaré siempre con ustedes»* (Mt. 28, 20). Y también: *«Todos los días de mi vida mi morada será la Casa de Dios»* (Sal. 27 y 22). Una morada donde, de otra manera, nos volveremos a encontrar también con nuestros seres amados, pues así lo ha prometido Cristo:

Jesús dice: «No se entristezca su corazón. Crean en Dios y crean también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no fuera así, yo no les hubiera dicho que voy a prepararles un lugar. Y cuando me haya ido y les haya preparado un lugar, volveré y les llevaré conmigo, para que donde esté yo, estén también ustedes» (Jn. 14, 1-13).

«Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, tus antepasados». Por tanto, Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para Dios todos ellos están vivos (Mt. 22, 32).

Que un día, como Simeón y como Job, después de contemplar la intervención de la Gracia de Dios en nuestra historia, todos podamos decir:

Ahora Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto tu Salvación (Lc. 22, 2-35).

Señor, yo te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos (Job 42,5).

➤ *Un encuentro «inesperado» en Roma:*

Esta cuarta etapa de «*la Unión con el Amado*», es también un proceso de descubrimiento: Dios es el Esposo de nuestra alma que llega cada día a la puerta esperando que le abramos y tengamos ese encuentro de comunión con Él:

Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo (Ap. 3, 20).

Jesús lo narra como una boda donde el Novio llega a media noche, y hay que estar listos con las lámparas encendidas por poder ver su llegada y entrar a la fiesta de bodas:

El Reino de los Cielos será semejante a diez vírgenes, que, con su lámpara en la mano, salieron al encuentro del Novio. Cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Las necias, al tomar sus lámparas, no se proveyeron de aceite; las prudentes, en cambio, junto con sus lámparas tomaron aceite en las alcuizas. Como el novio tardara, se durmieron. A media noche se oyó un grito: "¡Ya está aquí el novio! ¡Salid a su encuentro! [...] llegó el novio, **y las que estaban preparadas entraron con Él al banquete de boda, y se cerró la puerta** (Mt. 25, 1-13).

Al respecto, en Roma (año 2014) tuve una experiencia muy significativa: Allí me uní a un grupo de colombianos que estaban en peregrinación por la canonización de Juan Pablo II y luego seguían a Tierra Santa... El domingo, en la Misa de la canonización de Juan Pablo II y Juan XIII, algunos del grupo se habían ido a buscar un lugar en la Plaza desde la media noche, yo no lo pude hacer porque honestamente el cuerpo físicamente ya no me respondía: llevaba dos noches de traspaso acumulado (cuando estuve en Francia) y de extremo cansancio de andar de un avión a otro... Así que decidí irme más tarde yo sola, usando el servicio público de transporte del metro

A pesar de todo, alcancé a entrar a la Plaza de San Pedro y participar de la celebración de la Eucaristía... A mí realmente no me importaba estar en el mejor lugar, para mí era suficiente estar allí, en la fiesta que la Iglesia peregrina en la

tierra había preparado para estos dos hermanos que ya estaban en el Cielo y, en cierta forma, para tantos otros «Santos Anónimos» que no suben públicamente a los altares.

Pues bien, éramos muchos allí en la Plaza de San Pedro... Miles apretujados en cualquier rincón de la plaza donde nos pudiéramos acomodar. Y esa fue una verdadera prueba de fuego para la «caridad» de todos... Sí. Porque Dios nos daba la oportunidad de crecer en el amor frente a la incomodidad y el querer estar más adelante, aún pasando por encima de los otros hermanos.



Plaza de San Pedro en Roma, Italia (27 de abril de 2014)

Como la parábola de las 10 vírgenes, hubo quienes fueron preparados a esta fiesta con el aceite del Espíritu y con sus lámparas de la fe encendidas, y por eso allí dieron testimonio de Amor expresado en el servicio... Pero también hubo otros, quizás sin aceite suficiente en sus lámparas, que dejaron

pasar la «oportunidad» de entrar a la fiesta con «el Novio»: no fueron capaces de ver cuando Cristo llegaba y pasaba delante de ellos en la persona de sus hermanos allí congregados, a los que pisaban o empujaban para estar más adelante...

Recuerdo que, en el momento de la Comunión, yo estaba ubicada tan lejos que parecía que hasta allí no iba a alcanzar a llegar ningún sacerdote o ministro extraordinario de la Comunión para darnos la Sagrada Hostia.... Yo, consciente de la dificultad de acceso, ya me había resignado a este hecho... De repente, un ministro extraordinario de la Sagrada Comunión llegó cerca de allí... Me emocioné mucho, pensando que finalmente sí podría comulgar ese día...

Sin embargo, aquella esperanza se diluyó pronto. Pues inmediatamente también, algunos empezaron a empujar desde atrás para abrirse camino e ir a recibir la Sagrada Hostia... Era como una avalancha de personas que se nos venía encima.

Delante de mí había una joven en silla de ruedas, junto a otra señora que la acompañaba. Y, entonces, quienes estábamos a su lado, rápidamente formamos una especie de «escudo humano» en torno a ella para evitar que saliera lastimada... Allí aguantamos hasta que esta avalancha humana se abrió paso entre nosotros. Obviamente eso significó que no pudiéramos ir a recibir la Sagrada Hostia...

Con un poco de sentimiento de impotencia, vi alejarse al Ministro de la Sagrada Comunión, mientras sostenía con mis manos la parte trasera de aquella silla de ruedas...

Al bajar mi mirada, aquella joven en sillas de ruedas había vuelto su rostro hacia mí y me sonreía agradecida: «*Thank you*» (*gracias*), me dijo en su idioma... Y cuando miré a sus profundos ojos azules, yo sentí que estaba mirando a Cristo mismo... En lo más íntimo de mi corazón, yo escuché la voz de mi Amado Jesús que me decía: «*Mírame, Yo estoy aquí para ti*»...

Esa fue mi «Eucaristía», esa fue mi «Comunión» ese día: Mi encuentro con el Novio, con mi Amado Jesús que venía hasta mí, allí en la persona de esa hermana que tenía bajo mis ojos... En ese momento sentí una alegría inmensa de

estar en una gran Fiesta, y participando en un gran Banquete de Comunión íntima con Dios:

Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo (Ap. 3, 20).

Sí. Cristo, el Novio, el Esposo, llega cada día en las situaciones más inesperadas. Y para poder verlo, necesitamos del aceite del Espíritu Santo que mantiene nuestra lámpara encendida, es decir, nuestro corazón iluminado con la Luz de fe... El espíritu Santo que «*purifica*» nuestra visión para poder ver a Dios:

Jesús dijo: «Bienaventurados los de corazón limpio, pues ellos verán a Dios» (Mt 5, 8).

La oración es ese encuentro íntimo «*en lo secreto*» con El Amado (Dios) que nos habita, y que también habita en el interior de los otros, porque Él es nuestro tesoro allí escondido... Un tesoro que solo podemos descubrir en nuestro interior y en los demás, cuando somos iluminados con la Luz de la fe. Una Luz que nos lleva a descubrir, maravillados, que también nosotros somos el tesoro de Dios, por el cual Él lo ha dejado todo...

Porque tú fuiste inmolado, y **con tu sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación**» (Ap. 5, 9).

Es la oración la que nos permite mantener la lámpara de la fe encendida, aún en los momentos aparentemente más oscuros de la vida y ver a Dios allí actuando...

Y un día, cuando sea nuestra «hora» de dejar este mundo y pasar a la eternidad, Cristo también llegará para llevarnos definitivamente con Él:

«Volveré y les llevaré conmigo, para que donde esté Yo, estén también ustedes» (Jn. 14, 1-13).

¿Estaremos listos con las lámparas encendidas para recibirlo y entrar a la fiesta de nuestra boda?

IV

Allí en lo secreto,
había un tesoro
oculto en mi tierra¹³⁴...

Allí en lo secreto,
el Esposo ya llega¹³⁵...

Ven... Entra y cierra la puerta...

Bienaventurada Mano Frágil

¹³⁴ Mt. 13, 44. El Reino de los Cielos es semejante a **un tesoro escondido en un campo.**

¹³⁵ Mt 25,6: Ya llega el Esposo, ¡salid a recibirlo!

Ciencia



Ciencia

No hay ciencia más alta y profunda, sino la de la Cruz

I. El Maestro:

Ponte detrás de Mí
No seas piedra de tropiezo¹³⁶

Deja que Yo guíe el Camino
Deja que Yo sea el Maestro

¿Acaso hay resurrección
sin muerte?

¿Acaso hay amanecer
sin noche?

¿Acaso hay tierra fecunda
sin lluvia?

¿Acaso hay gloria
sin cruz?

Yo Soy Camino estrecho
Yo Soy Puerta angosta
Yo Soy Maná en el desierto
Yo Soy la Luz en tu sombra

Ponte detrás de Mí
y escúchame...
Solo así alcanzarás
mi estatura¹³⁷

¹³⁶ Lc.16, 21: Jesús anunció a sus discípulos que debía ir a Jerusalén, y sufrir mucho...Pedro lo llevó aparte y comenzó a reprimirlo, diciendo: "Dios no lo permita, Señor, eso no sucederá". Jesús, dándose vuelta, dijo a Pedro: ¡Apártate, ponte detrás de Mí, Satanás! Tú eres para Mí una piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres y no como Dios

¹³⁷ Ef. 4, 11: Que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de **la estatura de la plenitud de Cristo**.

Ponte detrás de Mí
y sígueme...
Solo así comprenderás
mi fe adulta¹³⁸

Ponte detrás de Mí
y ámame¹³⁹...
Solo así conquistarás
mi obediencia

Ponte detrás de Mí
y entrégate...
Solo así descubrirás
mi Ciencia

¡La Verdad de mi Amor
que no admite tibieza!
¡El dolor redentor
del Vino Nuevo en la fiesta!

Mira:
La Cruz es mi trono al reinar,
*¿estarás a mi derecha y mi izquierda?*¹⁴⁰

Dime:
*¿Tomarás allí tu lugar,
junto a mí, sin tardanza?*
*¿Quieres de nuevo pactar
conmigo «en serio» esta Alianza?*

¹³⁸ Jn. 21, 18: Jesús: "Simón hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?" Le dice él: "Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Le dice Jesús: "Apacienta mis corderos... En verdad te digo: cuando eras más joven te vestías y andabas por donde querías; pero **cuando seas viejo extenderás las manos y otro te vestirá, y te llevará adonde no quieras... Y habiendo dicho esto, le dijo: Sígueme**

¹³⁹ Jn 14, 21: Los que obedecen mis mandamientos son los que me aman

¹⁴⁰ Mc. 10, 38: Ellos le dijeron: Concédenos que en tu gloria nos sentemos uno a tu derecha y el otro a tu izquierda. Pero Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del cáliz que Yo voy a beber?

II. El discípulo:

¿Qué Sabiduría es esta
que me propones?
¿Cómo es la «madurez»¹⁴¹
a la que me llamas?

¿Qué es esta Ciencia
a la que me abres?
¿Cuál es la estatura¹⁴²
a la que me halas?

¿A qué clase de Amor¹⁴³
me invitas?
¿A dónde me lleva contigo
esta Alianza?¹⁴⁴

¡Mejor hagamos «tres chozas»¹⁴⁵,
pero aquí en la montaña!
¿Por qué hemos de bajar¹⁴⁶
a «tres cruces» mañana?

¡Mi ignorante corazón
que no sabe lo que pide!
Que no entienda al Amor
que en la Cruz le redime:

¹⁴¹ Jn. 21, 18: Jesús dice a Pedro: «Simón hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?» [...] En verdad te digo: cuando eras más joven te vestías y andabas por donde querías; pero cuando seas viejo extenderás las manos y otro te vestirá, y te llevará adonde no quieras... Y habiendo dicho esto, le dijo: Sígueme

¹⁴² Ef. 4, 11: Que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo

¹⁴³ Nadie tiene amor más grande que entregar la vida /Jn. 13, 34: Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros como Yo los he amado.

¹⁴⁴ Lc. 22, 20: Jesús dice: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros».

¹⁴⁵ Lc. 9, 28-33: Jesús subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos [...] **Pedro dijo: Señor, ¡qué bien que estemos aquí! hagamos tres chozas**

¹⁴⁶ Ex.32,7: El Señor dijo a Moisés: “Baja en seguida...Ellos se han apartado rápidamente del camino que yo les había señalado”

Tres cruces¹⁴⁷:
tres etapas de ascenso
de un solo proceso
a la madurez prometida

¡Camino espinoso
por el que transita,
el misterio amoroso
que me lleva a la Vida!¹⁴⁸

Dolorosa Escalera
que, aún de mí, me libera,
que me une al Amor
y me lleva a la entrega,
al fuego de la zarza
que en tu Cruz me espera:

¡Árbol de la Vida!
que me abre el Paraíso
Niño de Belén
que desposa a nueva Eva

Mi sangre unida a la tuya
torna fértil mi higuera¹⁴⁹
Mi corazón traspasado Contigo¹⁵⁰,
¡ha dado fruto mi tierra!

¹⁴⁷ Mc. 15, 27: Crucificaron con Jesús a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda /Lc. 23,43: Jesús le dijo: "hoy estarás Conmigo en el Paraíso"

¹⁴⁸ Gn.3, 22: "Cuidado, no tome también del árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre". Lc. 23: Jesús le dijo: hoy estarás conmigo en el Paraíso

¹⁴⁹ Lc.13,1: Ya son tres años que vengo buscando fruto en esta higuera y no lo hallo. Por tanto, córtala...Él le respondió: Señor, déjala aún este año, hasta que yo remueva la tierra alrededor de ella y la abone.

¹⁵⁰ Lc. 2, 35: Dijo Simeón a María: Y a ti, una espada te atravesará el corazón/Jn. 19,33-34: al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado

¡Es Pentecostés,
tiempo de la siega!¹⁵¹

El Vino Nuevo ya fluye
y renueva la fiesta,
se restaura el Edén¹⁵²,
llegó por fin primavera

Ahí resplandece la Cruz:
Árbol de verdadera Ciencia¹⁵³

Bienaventurada Mano Frágil

Fecha: 2019



¿Ciencia? ¿Cómo nace este poema?¹⁵⁴

Jesús no es un maestro más, sino que es «El Maestro». Y como Maestro, tiene sus propias formas de enseñar. En mi caso, la herramienta que Dios pedagógicamente quiso utilizar fue la meditación de los misterios del Santo Rosario.

Sí. En el año 2002 tuve una experiencia un poco «extrema» con la meditación del santo Rosario. Debo confesar que a mí no me gustaba orar con el Rosario, y honestamente, todavía, a veces me cuesta un poco: en medio de las 50 Ave Marías, mi mente se distrae, pierdo la cuenta...

¹⁵¹ Ex.23, 16: Luego la fiesta de la siega de los primeros frutos de tus trabajos, de todo aquello que hayas sembrado en el campo.

¹⁵² Is.51, 3: Convertiré las tierras secas del desierto en un Jardín, como el jardín que el Señor plantó en el Edén. Cant. 2,10-14: Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven. El invierno ha pasado, han cesado las lluvias... Aparecen las flores en la tierra, el tiempo de las canciones ha llegado

¹⁵³ Gn. 2, 9: En medio del jardín Dios hizo crecer el árbol de la vida y también el árbol del conocimiento (Ciencia) del bien y del mal.

¹⁵⁴ Retomo varios apartes de lo que escribí al respecto en otro libro que publiqué en 2014: «Octavo Día».

Cuando oro a Dios, me esfuerzo por hacerlo de corazón y con mis sentidos concentrados en la oración, por eso me lleno de impaciencia conmigo misma cuando mis preocupaciones me distraen. Sin embargo, también he aprendido que esa es una manera de recordar mis limitaciones y, el aceptarlas con paciencia, es finalmente un ejercicio de humildad y de confianza en que Dios y Nuestra Señora, que conocen la intención del corazón, reciben mi oración imperfecta con amor y misericordia. Además, confianza en que el Espíritu Santo será Quien finalmente ore por mí:

El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad. Pues nosotros no sabemos orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables» (Rom. 8, 26).

El Rosario entonces, era algo que inicialmente, no consideraba en mi vida de oración... A pesar de que las circunstancias, una y otra vez, parecían invitarme a que yo orara con el Rosario, yo siempre me hice la sorda, aludiendo que no me gustaban las «oraciones repetitivas». Y hasta entonces, erróneamente, eso pensaba yo que era el Santo Rosario. Sin embargo, fue tanta la insistencia, que finalmente me rendí, y dije: está bien oremos con el Rosario, pero hagámoslo bien, no simplemente repitiendo con los labios las Ave Marías, sino pensando y sintiendo en el corazón cada palabra de cada Ave María y, sobre todo, «meditando» profundamente en cada uno de los misterios: esas escenas de la vida de Jesús, que se contemplan en la oración con el Rosario.

¿Santo Rosario «meditado»? Sí... «meditado»... Pero sin posturas especiales, sin ejercicios de respiración, ni ningún rito raro... Simplemente en actitud de «escucha», no con los oídos físicos, sino con el corazón, es decir, abriéndome a la acción del Espíritu Santo, dejando que con su Luz me ilumine y me hable al corazón mientras leo y medito los pasajes bíblicos. Sin prisas, despacio... contemplando y meditando cada misterio o escena de la vida de Jesús que propone el Rosario mientras pronuncio cada Ave María y, al hacerlo, renovando con esas cortas palabras el saludo del Ángel Gabriel y la alabanza que, a Ella y al Fruto de su

vientre (Jesús), le hizo el Espíritu Santo a través de los labios de Isabel hace dos mil años...

Y, entonces, pasó algo que sobrepasa cualquier cosa que hubiese imaginado. Durante esta experiencia de oración, en cierta forma, me encontré a mí misma «vivenciando» en mi historia personal cada uno de esos misterios del Rosario que contemplaba, es decir, los principales episodios de vida de Jesús en los cuales meditaba y profundizaba según cada tiempo litúrgico de ese año en que empecé esta experiencia: Adviento/Navidad: solo los gozosos; Cuaresma/Semana Santa: solo los dolorosos; Pascua/Pentecostés: solo los gloriosos. ¿Cómo?... Bueno, honestamente no me di cuenta de esta realidad que estaba experimentando sino como al tercer episodio donde recordé las cosas que me habían estado pasando, y vi que eran como los misterios del rosario «haciéndose carne» en mi vida... En este capítulo no me puedo detener en todos los detalles que comparto en otro libro que escribí y publiqué en el año 2014 y al que titulé «Octavo Día». Por ahora, solo me detendré en lo que tiene que ver con el episodio de este poema «**Ciencia**» y que comparto a continuación:

«Tres Chozas», «Tres Cruces»

*«Señor, ¡qué bien se está aquí!, hagamos tres chozas» ...
Pero mis tres chozas serían «tres cruces»*

Pensé que mi experiencia de oración, a través de Santo Rosario, había llegado a su punto máximo cuando me tocó la meditación de los Misterios Gloriosos (iniciando el lunes de Pascua con la Resurrección y pasando luego por el Pentecostés).

Era tanto el GOZO que estaba experimentando, que una tarde, en oración en la intimidad del Sagrario de la Capilla, y apelando a la intercesión de María, me atreví a pedirle a Dios (un poco en broma y un poco «en serio») que me dejara «para siempre» en los «misterios gloriosos», especialmente meditando y experimentando el tercer misterio glorioso: «**la**

Venida del Espíritu Santo»... Yo quería que mi vida se mantuviera en un permanente «Pentecostés»... Y es que yo, después de acercarme tanto a esa Gloria y saborear ese gozo, **no quería saber nada de la Cruz:**

Entonces se acercó la madre de los hijos de Zebedeo (Santiago y Juan), y postrándose ante Jesús le pidió: Señor que en tu Reino estos dos hijos míos se sienten **uno a tu derecha y el otro a tu izquierda**... Pero respondiendo Jesús, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el Cáliz que yo voy a beber? Ellos le dijeron: Podemos. Él les dijo: Mi Cáliz ciertamente beberéis, pero sentarse a mi derecha y a mi izquierda no es mío el concederlo, sino que es para quienes ha sido preparado por mi Padre... (Mt. 20, 20-22)

Y crucificaron con Jesús a dos bandidos, uno a su **derecha y otro a su izquierda** (Mc. 15, 27)

Sí... Yo también, como los discípulos Santiago y Juan, **no sabía la magnitud de lo que pedía:** fue aquella tarde en el sagrario cuando, también apelando a la intercesión de nuestra Madre, la Virgen María, yo le pedí a Dios quedarme para siempre acomodada en los Misterios Gloriosos, en el misterio de la venida del Espíritu Santo... Sí, yo no sabía lo que pedía, porque el Reino de Cristo es muy distinto a nuestros imaginarios triunfalistas: Jesús es el Verdadero Rey «no reconocido» entre los suyos, el «descartado» por los criterios de este mundo, es el Rey que por Amar hasta el extremo está desnudo, lleva una “corona de espinas”, y su trono es una Cruz que comparte con «dos bandidos» a los que busca redimir: uno a su **«derecha y otro a su izquierda»** (Jn. 13,1-15/ Mt. 13,45-46/ Ap. 5, 9).

Y es que yo, como el apóstol Pedro en el Monte Tabor, también quería quedarme «acomodada» en la «Gloria» de la montaña:

Jesús se llevó con él a Pedro, a Santiago y a Juan, y los condujo, a ellos solos aparte, a un monte alto y se transfiguró ante ellos. Sus vestidos se volvieron deslumbrantes y muy blancos [...] Pedro dijo a Jesús: **«Señor, ¡qué bien se está aquí!, hagamos tres chozas»** [...] Pues no sabía lo que decía (Mc. 9,2-10)

Pues bien, Dios ciertamente me concedió mi «osada» petición, pero lo hizo a su manera:

Una amiga, de nombre *Ángela de Jesús*, fue ese «ángel» de carne y hueso, que Jesús quiso enviar como respuesta (ángel significa «mensajero»).



Mi amiga Ángela (derecha) y yo.

Ella no sabía nada de esta experiencia que yo estaba teniendo en esa época con la oración a través del Santo Rosario, pero días antes, me había inscrito (sin consultarme) en una asociación o apostolado internacional llamado **«el Rosario Viviente»**...

Esto consiste en que personas alrededor del mundo se unen en oración a través del Santo Rosario: a cada persona se le asigna «un misterio del Rosario» para que se comprometa a meditarlo por el resto de su vida. Uno no escoge el misterio, éste se lo asignan ellos. Mi amiga me dijo que me enviarían una carta con el misterio asignado, y explicándome más detalladamente cómo participar de este rosario viviente.

Cuando ella me comentó lo que había hecho y de qué se trataba, yo sonreí y, bromeando, le dije que era muy atrevida por inscribirme en tal cosa sin consultarme... No pensé más en el asunto y ni siquiera en ese momento lo relacioné con lo

que días antes le había pedido a Dios. Todo cambió cuando recibí la mencionada carta...

Para mi sorpresa, el misterio que me habían asignado a mí, era justo ese: «**La Venida del Espíritu Santo**»...


 Judith Peña
 ASOCIACIÓN UNIVERSAL DEL ROSARIO VIVIENTE
 SANTA FILOMENA
 Fundada por Ven. Pauline Jaricot
 U.R.# 159813
 Comience su misterio (década) el:
 13 - Mayo - 2002
 SU MISTERIO (DECADA) ASIGNADO ES:
 La Venida del Espíritu Santo
 La obligación de los miembros, es decir su misterio (década) todos los días de su vida. Por las siguientes intenciones:
 * EL TRIUNFO DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA
 * EN HONOR A SANTA FILOMENA

Y el día que me asignaron para iniciar este compromiso fue el 13 de mayo, día de la Virgen de Fátima, que en ese año coincidió con la solemnidad de la Ascensión del Señor.

Los Hechos de los apóstoles nos narran que antes de ascender Jesús al Cielo, nos anuncia la Promesa del Espíritu Santo, pero también nos advierte que necesitamos permanecer en la fe, sin alejarnos de la comunidad de fe:

Jesús les advirtió que no se alejaran de Jerusalén. Les dijo: esperen a que se cumpla la promesa que mi Padre les hizo, de la cual yo les hablé. Es cierto que Juan bautizó con agua, **pero dentro de pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo** [...] Cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes, recibirán poder y saldrán a dar testimonio de mí, en Jerusalén, en toda la región de Judea y de Samaria, y hasta en las partes más lejanas de la tierra (Hch. 1, 8).

Fue tanta mi alegría al ver que era el del Espíritu Santo, que yo ni siquiera me tomé el trabajo de averiguar sobre la Santa Patrona de esta Asociación del «Rosario Viviente»: De ella se dice que fue una joven mártir de la Iglesia primitiva llamada Santa Filomena. Su nombre, según su historia revelada a la Venerable Madre María Luisa de Jesús, venía del latín «*filia Luminis*» (Hija de la Luz¹⁵⁵). Santa Filomena fue canonizada en enero 30 de 1837, por el Papa Gregorio XVI, quien la nombró patrona del «Rosario Viviente». En 1849, el Papa Pío IX, la nombró Patrona de los Hijos de María. Y, en 1912, el Papa San Pio X elevó la Archicofraternidad de Santa Filomena a Universal, nombrando a San Juan Vianney su Patrón (el santo cura de Ars), quien era un sacerdote gran admirador de esta mártir de la Iglesia primitiva. Este detalle de Filomena (hija de la Luz) es importante para entender lo que viene después con «*Los Misterios Luminosos*».

Pues bien, desbordando de felicidad, yo empecé mi compromiso ese 13 de mayo del 2002 (víspera de mi cumpleaños)... Me sentía como el Apóstol Pedro «saboreando» la Gloria del Monte Tabor (Mt 17, 1-9)... Yo no salía de mi asombro y me parecía un detalle muy hermoso de parte de Dios y la Virgencita... Pero mi historia con el Santo Rosario no terminaba allí: conmigo «acomodada» en los Misterios Gloriosos... En realidad «apenas comenzaba»... Yo todavía no lo sabía, pero los «*Misterios Luminosos*» esperaban por mí... Pero, antes de la Luz, un período de oscuridad también...

Resulta que cuando viví esta primera experiencia con el Rosario (Diciembre 2001- Mayo 2002), aún no se habían incluido y publicado oficialmente los Misterios de LUZ... Fue apenas en Julio de ese mismo año 2002 cuando fueron

¹⁵⁵ Hay polémica en torno al significado de su nombre, según otros, Filomena significa "amante de la música". Sin embargo, la Madre María Luisa insiste en que, en sus revelaciones, la santa le hizo saber el significado: según ella, al momento de nacer le pusieron el nombre de *Lumena*, en alusión a la luz de la fe, de la cual era fruto: sus padres eran paganos y no podían tener hijos, luego de que se convirtieron al cristianismo y se bautizaron nació Filomena. El día de su bautismo le llamaron *Filumena*, hija de la luz (*filia luminis*) porque en ese día había nacido a la fe. Santa Filomena fue canonizada por el Papa Gregorio XVI en enero 30 de 1837, y Pío IX, en 1849, la nombró "Patrona de los Hijos de María". La información está disponible libremente en internet en diferentes portales.

anunciados por el Papa Juan Pablo II en la «Jornada Mundial de la Juventud en Canadá», cuyo himno era «LUZ del Mundo» (yo estuve ahí)¹⁵⁶. Recuerdo que cuando los anunciaron, yo dije en mi interior: «*esos ya no me tocaron*»... Bueno, «*eso pensaba yo*»... Yo imaginaba que me quedaría acomodada como Pedro en la Gloria del Tabor:

Pedro dijo a Jesús: **«Señor, ¡qué bien se está aquí!, hagamos tres chozas»**

Pero mis «*tres chozas*» serían «*tres cruces*»... Porque esta experiencia con el Santo Rosario no se interrumpiría, sino que realmente continuaría en julio de ese mismo año 2002, a partir de esa Jornada Mundial de la Juventud en Canadá... Pues luego de contemplar tanta Gloria de Dios en mi vida, yo entraría en un tiempo de «*oscuridad*», donde mi corazón y toda yo sería «*tallada*».

Sí, tallada a través de acontecimientos de mi vida correspondientes a un necesario período de metamorfosis (conversión) que comenzó ese mismo julio de 2002 y en el cual estuve por 8 años... Pero a donde Dios como *Buen Pastor* fue a buscarme, para sanar mi ignorada «*ceguera espiritual*», curar mis heridas, y traerme de regreso al redil:

Luego de reprender a los pastores negligentes que no cuidaron de las ovejas, así dice Dios: “Yo mismo en persona buscaré a mis ovejas, siguiendo su rastro. Como sigue el pastor el rastro de su rebaño, cuando las ovejas se le dispersan, así seguiré yo el rastro de mis ovejas y las libraré, sacándolas de todos los lugares por donde se desperdigaron un día de OSCURIDAD y nubarrones”... (Ezequiel 34, 11-16)

En mi entusiasmo inicial, yo jamás me imaginé que Dios a mí también me «*desacomodaría*», que me haría «*bajar*» del monte, y que sería el mismo Espíritu Santo quien me «*empujaría*» al *desierto*: es decir, a enfrentar la natural lucha de la vida, donde, al igual que Jesús y todos los seres humanos de cada época, yo también sería probada como se

¹⁵⁶ Sería todo otro relato narrar como termine allí en Canadá en esta Jornada Mundial. Los detalles están relatados en otro libro que publiqué en el año 2014, titulado «Octavo día».

prueba al oro y a la plata por las diversas tentaciones que a lo largo de esta vida intentan hacernos olvidar la verdadera dignidad de quiénes somos (hijos de Dios), y el para qué estamos en el mundo:

En aquel tiempo, el Espíritu empujó a Jesús al desierto, y permaneció en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás... (Marcos 1, 12-15).

Jesús dijo: Simón, he aquí que Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos. Simón Pedro le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte. Y él le dijo: **Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy dos veces, antes que tú niegues tres veces que me conoces** (Lc. 22:31-34).

Y así fue... Yo, como Simón Pedro, también lo negué... Sí, porque fue justamente a partir de allí que yo fui «puesta a prueba» por la vida como jamás me imaginé...

Si te has decidido a servir al Señor, prepárate para la prueba (Ec. 2, 1).

Allí comenzó mi extravío y un largo período de amarga oscuridad... Donde la Cruz no hacía parte de la ecuación:

Cuando Jesús comenzó a anunciar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén, y sufrir mucho, Pedro lo llevó aparte y comenzó a reprenderlo, diciendo: «Dios no lo permita, Señor, eso no sucederá». Pero Jesús, dándose vuelta, dijo a Pedro: «¡Apártate, **ponte detrás de Mí**, Satanás! Tú eres para Mí una piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres y no como Dios» (Lc.16, 21-23).

Como el apóstol Pedro, yo todavía no entendía lo que significaba seguir a Jesús. No sabía lo que significaba el «Reino de Dios» que implica **«poner a Cristo adelante»**, y que somos nosotros, los discípulos, quienes han de «ponerse detrás»; no nos corresponde el «ir adelante» proponiendo un «evangelio» a nuestra conveniencia que se niega a la Cruz. *«Porque muchos viven como enemigos de la cruz de Cristo»* (Fil. 3, 18).

Ciertamente estamos llamados a madurar en la fe (Ef. 4, 13), y esto no se refiere a lo que algunos llaman «fe adulta» entendida como «desmitificar» la fe: quitar todo hecho sobrenatural de Jesús que aparezca narrado en los evangelios, para hacerlo más digerible a la racionalidad moderna, porque no encaja con los razonamientos humanos.

La verdadera «fe adulta», se trata de ponerse detrás del único Maestro: Jesús; como discípulos, seguir sus pasos, «dejarse guiar» a donde inicialmente, no queremos ir: a la Cruz, como el Maestro:

Jesús dice a Pedro: «Simón hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?» [...] En verdad te digo: **cuando eras más joven [inmaduro]** te vestías y andabas por donde querías; **pero cuando seas viejo [maduro en la fe]** extenderás las manos y otro te vestirá, y te llevará adonde no quieras». Y habiendo dicho esto, le dijo: **«Sígueme»** (Jn. 21, 18-19).

Ese fue también mi desconcierto y duro aprendizaje. Entonces, al bajar del Monte de la Gloria del Tabor en donde yo me quería quedar «acomodada», mis «*Tres Chozas*» serían «*Tres Cruces*»:

Y crucificaron con Jesús a dos bandidos, uno a su **derecha y otro a su izquierda** (Mc. 15, 27) .

Tres cruces, porque en diferentes momentos de este proceso de conversión en mi vida y, en medio de un escenario de «Juicio a Dios», yo misma estaría asumiendo el rol de cada uno de quienes que estarían en esas *Tres Cruces*:

Primera Cruz:

Inicialmente, en esa primera etapa de sufrimiento de mi vida, cuando todavía el dolor «cegaba mi visión», yo estaría en la «primera cruz»:

La cruz de aquel delincuente que, enojado por su situación, juzga, culpa y condena a Dios... La de ese que considera a Dios responsable de su sufrimiento por no actuar según sus expectativas humanas... La de ese pecador que aún no comprende que su cruz personal es producto de las

decisiones equivocadas que, en su libertad, él tomó, y por lo tanto, que su cruz es la consecuencia de su opción por separarse de Aquel cuyo Corazón es el Paraíso:

Uno de los bandidos crucificados le injuriaba diciendo: ¿No eres tú el Cristo? Sálvate a Ti mismo y a nosotros (Lc. 23, 39) .

En este nivel o punto de mi proceso, mi propia historia era **como un libro sellado** para mí que no lograba comprender:

Y yo lloraba mucho, porque no había sido hallado ninguno digno de abrir el libro [...] Y uno de los ancianos me dice: No llores, he aquí, el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro, y desatar sus siete sellos (Ap. 5, 1-7)

En este caminar progresivamente de la oscuridad a la Luz, Jesús iría abriendo poco a poco cada uno de los sellos del libro de mi vida. Esto quiere decir: Jesús me ayudaría a leer y entender mi historia iluminada por la luz de la fe. Comprender que las Escrituras que hablan de Jesús, *«también hablan de mí», y también hablan de ti:*

Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, **les explicó** lo que había sobre Él en **todas las Escrituras** (Lc, 24, 13-35). / El funcionario etíope le preguntó a Felipe: «De quién dice esto el profeta: de sí mismo o de algún otro? (Hch. 8, 29-34).

Segunda Cruz:

Luego de las lágrimas que ayudaron a aclarar mi visión en ese oscuro escenario en el que, inicialmente, juzgaba y condenaba a Dios, yo pasaría a estar en la «segunda cruz»:

La cruz del otro, también delincuente, pero moldeado y «tallado» por el dolor, que después de entablar el juicio contra Dios, se da cuenta que ese Dios crucificado que está allí a su lado compartiendo su cruz, es inocente: Dios no es culpable del sufrimiento que hace parte del proceso natural de nuestra vida (por ejemplo, la enfermedad propia del carácter temporal y menguante de nuestros cuerpos), ni

tampoco es culpable del sufrimiento consecuencia de las opciones equivocadas que en nuestra libertad hacemos... Y entonces, al «absolver a Dios», al declararlo inocente, este pecador se reconcilia con ese Corazón Amante que allí mismo, herido y traspasado por Amor, se abre para él, ese Corazón Divino y Misericordioso que es el Paraíso...

Por eso la cruz, esa misma que fue inicialmente el signo de su condena y muerte, se convierte para él en instrumento de Salvación y Vida:

Pero el otro condenado le respondía: ¿Ni siquiera tú que estás en el mismo suplicio temes a Dios? Nosotros, en verdad, estamos aquí merecidamente, pues recibimos lo debido por lo que hemos hecho; pero Éste es **inocente**, nada malo ha hecho. Y decía: Jesús, acuérdate de mí, cuando llegues a tu Reino. Y Jesús le respondió: En verdad te digo: hoy estarás Conmigo en el Paraíso". (Lc. 23,41-51)

Y también David dice: Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado: contra Ti, contra Ti solo pequé, cometí la maldad que aborreces. En la sentencia tendrás razón, **en el juicio resultarás inocente** (Salmo 50) .

Y es que, en la escena de la crucifixión con Tres Cruces se describe gráficamente el proceso que todos hemos de recorrer en nuestro Camino de Conversión y Redención, pues el rol de estos «dos delincuentes», uno que «condena» y el otro que «absuelve a Dios», representan a la humanidad de todos los tiempos y a cada uno de nosotros, que frente a nuestro sufrimiento, cualesquiera que sean sus causas (por ejemplo, el enfrentar una enfermedad propia de la naturaleza temporal y menguante de nuestros cuerpos), sometemos a «juicio» a Dios, quien realmente es el inocente porque, como un «cirineo» (Mc. 15, 21), Él es el inocente que está allí con nosotros compartiendo nuestra Cruz: tomando nuestro lugar para que nosotros podamos ser libres:

Mostrándoles a Jesús...Pilatos les dijo: — ¡He aquí el Hombre!... Cuando le vieron los principales sacerdotes y los guardias, gritaron diciendo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!... Les dijo Pilatos: "Tomadlo vosotros y crucificadle, porque yo no hallo ningún

delito en Él... Pero vosotros tenéis la costumbre de que os ponga en LIBERTAD a un preso durante la fiesta de la Pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al rey de los judíos?”. Entonces todos gritaron de diciendo: ¡No a éste, sino a Barrabás! Y Barrabás era un “delincuente”. (Jn. 43)

Y mientras meditaba en ello, un hermoso recuerdo de mi infancia vino a mente: yo un día con colores le había puesto un título al cuadro del Sagrado Corazón de Jesús donde solía orar cuando era niña, le llamaba: «*El Paraíso de la Felicidad*»...

Sí... Porque así veía yo el Corazón de Dios. Y en la inocencia de esos tiernos años de mi infancia, también mi corazón era como aquel jardín del Edén, ese «paraíso» donde Dios se deleitaba. Pero yo arruiné el jardín... Desplacé a Dios de allí, y puse en su lugar otros amores que se volvieron mis ídolos... No fue Dios quien me sacó del Paraíso de su Corazón, fui yo quien desplacé a Dios del paraíso de mi corazón donde Él se deleitaba... Fui yo la que, como aquel hijo pródigo, me fui de Su Casa para gastar «a mi manera» la herencia de mi vida que en su generosidad Él me había dado... Le di la espalda al Plan perfecto que Él tenía para mí, le di la espalda a su Proyecto de Amor en mi vida, comencé a confiar y creer más en mis planes que en los Suyos... Todo aquel conocimiento secular que «sospecha» y desconfía de Dios y de sus obras, que somete a juicio a Dios y lo «condena» a muerte (como la «muerte de Dios» de Nietzsche), a mí también me llenó de soberbia y, desde esos nuevos marcos de referencia, pensé que podría definir yo sola lo que estaba bien o mal... Mi corazón se tornó rebelde, obstinado... «desobediente»... Y entonces, fue solo cuestión de tiempo para que llegase el desenlace: el Paraíso que era mi corazón dejó de ser jardín, se hizo un «pedregoso desierto»: como el desierto del Sinaí...

Pero como el Amor de Jacob por Raquel (Jacob trabaja por ella más allá de «7 años»), el Amor y Misericordia de Dios es más fuerte y ciertamente vencería porque, a diferencia del nuestro, es un Amor fiel y perseverante:

Yo seré bondadoso con Sión, la ciudad que estaba toda en ruinas. Convertiré las tierras secas del desierto en un Jardín,

como el jardín que el Señor plantó en el Edén. Allí habrá felicidad y alegría, cantos de alabanza y son de música. (Isaías, 51, 3).

Dios se había soñado volver hacer de mi corazón un «jardín» donde Él pudiese deleitarse como solía hacerlo en aquellos años de mi infancia, y lo consiguió... Para ello, fue necesario que lloviera mucho... Un «diluvio» de lágrimas ciertamente... Pero todas esas lágrimas de estos años de mi vida fueron un verdadero don del Espíritu que fecundó e hizo nuevamente fértil mi existencia...

Empieza a hablar mi Amado, y me dice: «Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven. Porque, mira, ya ha pasado el invierno, han cesado las lluvias y se han ido. Aparecen las flores en la tierra, el tiempo de las canciones ha llegado, se oye el arrullo de la tórtola en nuestra tierra"... (Cantares, 2, 10-14)

Ella: "Ven Amado mío a tu jardín, y come de sus frutos exquisitos"... Él: "Ya he entrado en mi jardín, hermanita, novia mía. Ya he tomado mi mirra y mis perfumes, ya he probado la miel de mi panal, ya he bebido mi vino y mi leche" (Cant. 4, 16).

Ha sido un caminar progresivamente hacia la Luz, para entender en clave de fe los acontecimientos de mi historia. Y todas estas luces fueron preciosos regalos que fui recibiendo mientras meditaba aquellos «*Misterios Luminosos*» que estaban pendientes en mi experiencia de oración a través del Santo Rosario. Una experiencia que yo retomaría al regresar a Colombia, en la ciudad de Medellín, a donde me mudé en ese tiempo, y cuya patrona es la Virgen de la Candelaria (Luz), una advocación mariana relacionada a la presentación de Jesús en el templo como Luz del mundo.

Tercera Cruz:

Finalmente, en este mismo proceso redentor, luego de haber estado ya en las dos cruces anteriores: en la del que condena a Dios y en la del que lo absuelve, Dios me invitaría a avanzar un «paso» más en este Camino:

Recuerdo que en el interior de mi corazón, sentía que Dios me interpelaba nuevamente: «*Te falta todavía una*

cruz»... *¿Cuál, Señor?, le dije*». Y la respuesta fue: «*la Tercera Cruz: la mía*».

Sí. Jesús me invitaría entonces, a estar también en la «*Tercera Cruz*»: «*la suya*».

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame (Mc. 8,34) / “Yo Soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn. 14, 6).

Dios me invitaría a mí a asumir y a abrazar como Él la Cruz del «Testigo Fiel» que expone y entrega su vida hasta la Cruz para dar testimonio de la Verdad: el Amor Misericordioso de Dios, y así ser instrumento de salvación y liberación para resto de sus hermanos (Ap. 1, 5). Y en torno a esto, hay muchas formas de entregar la vida, de gastarla por amor, de invertirla, de sembrarla como la semilla en el campo de este mundo para que dé fruto abundante, frutos de paz, de amor, de esperanza... Porque una experiencia espiritual auténtica es una experiencia de encuentro personal con Aquel que, luego de liberarte, te invita a seguir sus huellas, a continuar su Obra en las realidades del tiempo en que te llamó a vivir. Por lo tanto no es una experiencia «intimista» (volcada sobre sí mismo).

La experiencia del Tabor y de la Cruz es una experiencia que te abre a los demás, que no te saca de la realidad, que no te desconecta del mundo y el contexto específico y concreto en que acontece la vida, sino que te lleva al encuentro con los otros bajo esa nueva lógica de relación que Dios nos propone: la del Amor que libera...

Por eso, contemplar al Jesús Glorioso del Monte Tabor, al Hijo Amado de Dios Padre (Anticipo y esperanza de lo que Dios sueña hacer de nosotros también), y al Cristo en la Cruz del Monte Calvario, es una experiencia que «transfigura» la imagen que teníamos de nosotros mismos, cambia nuestros sueños y metas aún limitadas e imperfectas, y que transforma nuestra mirada y nuestra manera de actuar en el mundo. Una experiencia que finalmente transfigura nuestra historia en «historia de salvación». Descubrir la verdadera identidad a la que fuimos llamados:

A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo (Rom. 8, 29).

Porque tu amas la verdad y en lo secreto me has hecho aprender sabiduría (Sal. 51, 6).

Las Tercera Cruz y la Alianza en el Calvario.

En el año 2014 tuve la oportunidad de visitar **Tierra Santa**, fue una experiencia muy profunda de la cual atesoro muchos aprendizajes. Pero hay uno en particular relacionado con esta «Tercera Cruz»:

Estuve en el Calvario, el lugar donde la tradición señala que aconteció la Crucifixión de Jesús. En días anteriores habíamos estado en Caná de Galilea, donde se celebró aquella boda de la que habla el Evangelio y donde Jesús convierte el agua en vino por petición de su madre María (Jn. 2, 1-12). Ese día, varias parejas renovaron allí sus compromisos matrimoniales, y yo quise unirme a este grupo para renovar mi alianza con Dios ahí también. Pero no me dejaron hacerlo; me dijeron que era solo para parejas de matrimonios. Al principio me sentí un poco triste por eso, pero entonces, el guía de la peregrinación me dijo: *no es aquí, sino en la Cruz del Calvario donde tienes que renovar y sellar tu Alianza con Cristo.*

Y entonces recordé algo que había ido aprendiendo en este caminar:

Como en el Edén, Cristo es el nuevo Adán que yace «dormido» sobre la Cruz, y Dios, de su costado abierto, saca a una nueva Eva, a la Mujer, a su Esposa: la Iglesia: nosotros. De ahí se deriva nuestra devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Al ver que Jesús ya estaba muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con la lanza, y en seguida brotó Sangre y Agua” (Jn.19, 34-37).

Meditando en esto, recordé cuando en el año 2012, en Medellín, luego de un largo proceso de reconciliación con

Dios, yo, a manera de signo, decidí celebrar una Nueva Alianza con Dios que mi párroco bendijo. Esta Nueva Alianza estaba simbolizada en un «anillo» en forma de mariposa cuyo cuerpo es la silueta de una mujer resucitada sobre la Cruz.

La fecha en que celebramos este breve signo fue cuando por fin estuvo listo el anillo: un viernes 15 de junio del 2012, que coincidió con la Fiesta de «Sagrado Corazón de Jesús».



Pues bien, volviendo a mi experiencia, en Tierra Santa (2014), fue allí, en la Cruz del Calvario en Jerusalén, donde yo renové y sellé esa Alianza con Dios. Me sentía muy emocionada de esta profunda experiencia a los pies de Cristo. Esto fue lo último que hice allí, en esta visita a Tierra Santa, antes de tomar mi vuelo de regreso a Colombia.

Al día siguiente, fecha de la Ascensión del Señor, mientras contemplaba el crucifijo de mi habitación, sentí que Jesús interpelaba a mi corazón... Fue un cuestionamiento directo sobre «*si realmente yo quería pactar en serio mi Alianza con Él*».

Recuerdo que esa noche estaba intentando buscar un material bibliográfico para retomar la escritura de mi tesis doctoral en Psicología, y me topé con un escrito de Edith Stein (Santa Teresa Benedicta de la Cruz). Ella fue una filósofa alemana, anteriormente atea, de origen judío que, luego de su conversión, se hace monja carmelita y muere mártir en el campo de concentración de Auschwitz, durante la segunda guerra mundial. En el contexto académico, Edith

Stein tiene escritos muy interesantes sobre fenomenología y también psicología. Pero hay un fragmento de texto, escrito por ella, con el cual me topé esa noche, y sentí que era Cristo quien me hablaba a través de él:

Si te decides en favor de Cristo, ello puede acarrearle incluso el sacrificio de la vida [...] Contempla al Señor que ante ti cuelga del madero, porque ha sido obediente hasta la muerte de Cruz. Él vino al mundo no para hacer su voluntad, sino la del Padre [...] **Si quieres ser la esposa del Crucificado** debes renunciar totalmente a tu voluntad y no tener más aspiración que la de cumplir la voluntad de Dios [...] Ponte delante del Señor que cuelga de la Cruz, con corazón quebrantado; Él ha vertido la sangre de su corazón con el fin de ganar el tuyo.[...] **El Crucificado clava en ti los ojos interrogándote, interpelándote. ¿Quieres volver a pactar en serio con Él la alianza?**¹⁵⁷

Después, nuevamente me encontré con algo similar, el lunes festivo (2 de junio /2014), cuando se hizo la preparación al Pentecostés, organizada por la Arquidiócesis en la antigua «Plaza de Toros de la Macarena» en la ciudad de Medellín. El tema fue «*Volvamos al Cenáculo*», allí recibí la invitación de Cristo a ser otra Hostia viva que se parte y comparte para dar vida a otros, a ser como Él, un cordero entregado por Amor a sus hermanos:

San Pablo: Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como una Hostia viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual (Rom. 12,1).

Puede parecer un poco extraño que todo esto sucediera alrededor de la Resurrección y la fiesta de Pentecostés, donde estamos acostumbrados a la Alegría y el Gozo del Espíritu Santo, no al Getsemaní... Pero pienso que fue el mismo Espíritu quien me llevó a aprender que Pentecostés originalmente era también la fiesta de la «cosecha» (Ex. 23, 16; 34, 22), siete semanas después de la fiesta en que, como

¹⁵⁷ «*Ave Crux, spes unica*». De los escritos espirituales de Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein Weke, II. Band, Verborgenes Leben 'Vida Escondida' Freiburg-Basel-Wien 1987, S. 124-126).

acción de gracias, se ofrecían a Dios las primicias, los primeros frutos (Núm. 28, 26-27).

También celebrarás la fiesta de las semanas, es decir, los primeros frutos de la siega del trigo, y la fiesta de la cosecha al final del año (Ex. 34, 22).

También, el día de los primeros frutos, cuando presentéis una ofrenda de cereal nuevo al Señor en vuestra fiesta de las semanas, tendréis santa convocación; no haréis trabajo servil. Y ofreceréis un holocausto como aroma agradable al Señor: dos novillos, un carnero, siete corderos de un año (Núm. 28, 26-27).

Una fiesta donde el trigo que ya está maduro se siega y también donde el pueblo ofrecía sacrificios y holocaustos en acción de gracias a Dios... Y aunque, ciertamente Dios, a través de Jesús, nos enseña que ese no es el tipo de ofrendas que Él quiere, la imagen de la «cosecha» sigue siendo vigente:

Ustedes dicen: «Todavía faltan cuatro meses para la cosecha»; pero yo les digo que se fijen en los sembrados, pues ya están maduros para la cosecha (Jn. 4, 35).

Sí. Porque «*estar maduros para la cosecha*», es estar listos para un compromiso maduro con Cristo, con todo lo que eso implique:

*¿Acaso hay resurrección
sin muerte?*

*¿Acaso hay amanecer
sin noche?*

*¿Acaso hay tierra fecunda
sin lluvia?*

*¿Acaso hay gloria
sin cruz?*

Por eso, ahora yo estoy también en la *Tercera Cruz* que es la Cruz del «Testigo Fiel» y Verdadero que expone y entrega su vida hasta la Cruz para dar testimonio de la Verdad: El Amor Misericordioso de Dios, y así ser instrumento de salvación y liberación para resto de sus hermanos (Ap. 1, 5).

Y es que debo confesar también que cuando escribí mi primer libro en esta línea espiritual (titulado «Octavo Día»), en un último esfuerzo por proteger mi intimidad, inicialmente había decidido publicarlo de manera «anónima»... Como lo dije en la introducción de ese primer libro:

No es fácil desnudar el alma y «exponer la vida». Adicionalmente, en mi adultez, y contrario a lo que fui de niña, soy una mujer muy tímida, no me gustan los protagonismos, y me intimida en sobremanera estar bajo la mirada y escrutinio de tantos ojos. Por otro lado, el campo personal no se puede separar de los otros campos de acción donde acontece nuestra vida, por lo tanto, todo lo que hagamos o digamos, aún en el nivel de lo personal, afecta inevitablemente otros espacios de acción, entre ellos, el profesional, y en este nivel, publicar un libro de esta índole, podría ser considerado por algunos, en el medio científico y académico, como una especie de «suicidio intelectual», pues no cumple con los cánones ni criterios mínimos de la lógica de las ciencias. Y en el plano psicológico, hasta podría ser evaluada por otros como víctima del algún padecimiento psíquico o «patología mental».

En fin, siempre se corren riesgos cuando nos decidimos a exponer la vida, pero eso es mejor que «guardarla» para sí mismo por miedo a perderla (Mt. 6, 25; Mt. 1,18-19).

Ozías, dijo a Judith: ¡Hija, que el Dios altísimo te bendiga más que a todas las mujeres de la tierra!... Porque no vacilaste en exponer tu vida... (Judith 13, 17-20)

Y bueno, así Dios, quien siempre tiene la última Palabra en este tipo de situaciones, me hizo cambiar la decisión inicial del «anonimato». Debo reconocer, sin embargo, que fue una dura batalla entre mi «*¡No quiero hacerlo así!*», y Su «*Sí, así lo quiero Yo, así lo necesito Yo*»:

Mientras Jesús iba, se sentía apretujado por la multitud que lo seguía... Entre la multitud había una mujer que desde hacía doce años estaba enferma de flujo de sangre... esta mujer se le acercó a Jesús por detrás, entre la gente, y le tocó el borde del manto... al instante quedó sanada de su enfermedad... Jesús se volvió a

mirar a la multitud, y preguntó: **¿Quién me ha tocado?** Sus discípulos le dijeron: Ves que la gente te oprime por todos lados, y preguntas: **«¿Quién me ha tocado?»**. Pero Jesús seguía mirando a su alrededor para ver quién lo había tocado. Entonces la mujer, al ver que no podía esconderse, temblando de miedo y sabiendo lo que le había pasado, fue y se arrodilló delante de Él, y contó toda la verdad (Lc. 8, 40-48).

La pregunta de Jesús a la multitud: **«¿Quién me ha tocado?»**, es una pregunta por la «identidad»; es una pregunta que exige un «rostro», es una pregunta que obliga a la mujer, esa que se ha «atrevido» a tocar a Jesús de una manera única y distinta, a «salir de la multitud», a renunciar al «anonimato», a dar la cara, y asumir públicamente la «conquista» de su nuevo destino; porque *«el Reino de Dios lo arrebatan los valientes»* (Mt. 11, 12)

Ahora, Jesús hacía lo mismo conmigo... Dios, a su manera, me pidió ser valiente hasta el final, me hizo entender que el «anonimato» le quitaría la mitad del valor al testimonio... Los discípulos y los «testigos» se diferencian de las «masas» y de la multitud, precisamente por tener «un rostro», un nombre, una identidad, y una voz propia situada en un contexto específico y en un momento histórico real y concreto; el valor de su testimonio radica justo allí, porque es la historia de una vida de «carne y hueso»: lo suyo no es ficción, no es un cuento, no es un mito, ni un invento, tampoco es teoría, no es un saber abstracto aprendido en escuelas o universidades, ni el resultado de teorizaciones particulares desde un escritorio, sino una experiencia de vida.

Una experiencia de «encuentro». Y no de encuentro con «algo», sino de encuentro personal con «Alguien» que nos da una nueva visión, porque cambia nuestra mirada, nos hace ver, leer e interpretar el mundo de la vida desde lógicas distintas. Un encuentro con la Persona de Jesús. Encuentro que, como en San Pablo (Hch. 9), transforma radicalmente nuestra vida y le da un sentido profundamente «trascendente» a nuestra existencia, cambiando para siempre el rumbo de nuestra historia y la manera de comprender el mundo.

Por lo tanto, la «tres cruces» no se tratan de tres personajes, sino de uno solo (cada uno de nosotros) en tres momentos distintos de un proceso de conversión y madurez, hasta ir alcanzando la estatura de Cristo: la tercera Cruz. Porque, en resumen, se trata de un proceso redentor donde hay «tres fases» plasmadas en el signo de «Tres Cruces» que nosotros hemos de pasar en nuestro Camino de Conversión y Redención hacia la plenitud en la Luz de la fe:

Que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de **la estatura de la plenitud de Cristo** (Ef. 4, 11).

Las «Tres chozas» y «Tres Cruces» en Medjugorje.

En el año 2016 tuve la oportunidad de visitar el Santuario de Medjugorje en Bosnia y Herzegovina. La parroquia del santuario de Medjugorje se quedó pequeña para albergar a tantos peregrinos, por eso, han armado una gran carpa en la parte externa que da hacia una plaza detrás de las dos torres de la Iglesia.



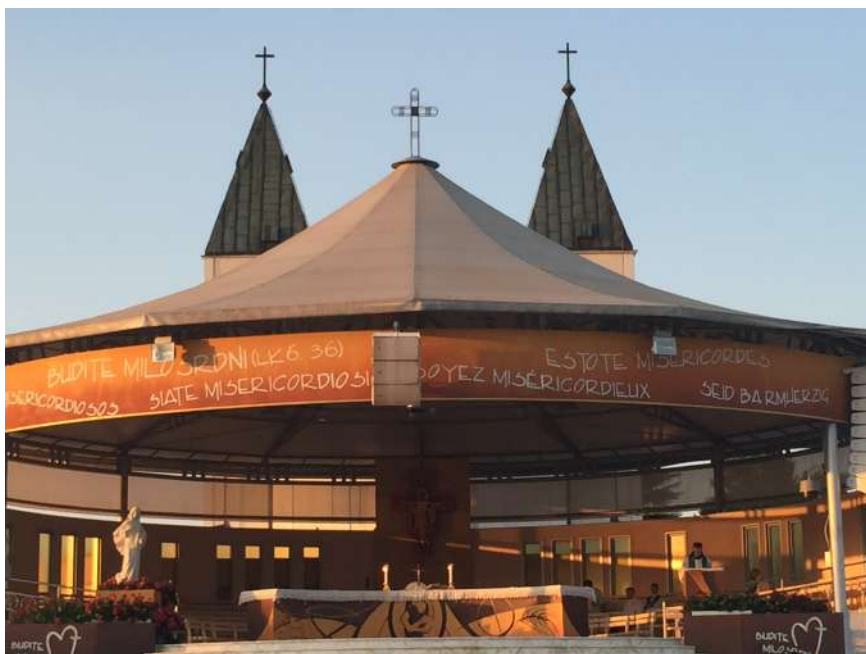
En la última Misa en que participé allí, se proclamó el siguiente texto del Evangelio de San Mateo:

Exclamó Jesús: «Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo

más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt. 11, 25-27).

Al final de la Misa, a mi mente vino el recuerdo de todo este descubrimiento sobre las «tres cruces» del Monte del Calvario y su relación con las «tres chozas» del Monte Tabor que había escrito y publicado tres años antes. Un descubrimiento que, en mi camino de fe, Dios fue iluminando, durante un tiempo de mi vida donde yo carecía de formación teológica. Por eso, aunque para mí tengan sentido, con frecuencia le pregunto a Dios si estas intuiciones son correctas, teológicamente hablando.

Pues bien, mientras estaba allí sentada, aquel altar en Medjugorje, que durante varios días tuve en frente, por primera vez lo vi con ojos nuevos:



De repente, pude ver en frente mío, la imagen que integraba esas «tres cruces» con esas «tres chozas» (las chozas o tiendas tienen forma triangular)... Al verlo, sentí

que Dios me susurraba al corazón: *Allí están tus «tres chozas» (tiendas) con tus «tres cruces».*

Lágrimas de gozo empezaron a rodar por mis mejillas, y una profunda emoción embargaba mi corazón, al ver con ojos sorprendidos, como Dios, nuevamente a través de una experiencia Mariana, me confirmaba todo aquello que me había sido revelado en el pasado.

Llámame y yo te responderé y te mostraré cosas grandes y ocultas que tú no conoces (Jer. 33, 3).

Esto fue lo que Jesús Maestro fue enseñándome usando su particular método de enseñanza: La Cruz; y teniendo como especial instrumento: la oración con el Rosario. En el contexto pedagógico, la palabra método significa «camino», a través del cual llegamos al conocimiento, a la verdad que nuestra mente y corazón buscan en esa ciencia meramente humana, que es apenas una chispa, todavía imperfecta, de la verdadera Ciencia Divina. Por eso quizás nos involucramos en distintos estudios cada vez más avanzados que van desde la escuela infantil hasta los doctorados y posdoctorados... Igual que Pilato, muchos seguimos preguntando por la Verdad, pensando que se trata de un conocimiento teórico, o un hecho verificable, pero Jesús nos dice que la Verdad es una Persona: Él mismo. Y que solo hay un Camino que conduce a la Vida: Él, también.

Pilato le preguntó a Jesús: ¿Qué es la verdad? (Jn. 18, 38).

Y Jesús ya lo había dicho a sus discípulos: «Yo soy el Camino» (Jn. 14, 6). No un camino más entre otros, sino «*el Camino, la Verdad y la Vida*» (Jn. 14, 6).

Cuando escuchaba este frase, yo solía preguntarme qué significaba eso de que Jesús mismo era el «Camino» para llegar al Padre... Ahora lo entiendo mejor.

Jesús dijo a sus discípulos: «Muchas cosas me quedan por decirles, pero no pueden cargar con ellas por ahora; **cuando venga él, el Espíritu de la verdad, les guiará hasta la verdad plena**» (Jn 16, 12-15).

Sí. Hay muchas cosas que Jesús Maestro nos ha dicho, y otras que nos va enseñando a través de su Espíritu Santo, verdadero «*Maestro interior*», porque es el mismo Espíritu de Cristo y *Dedo del Padre Creador*.

Cuando el Señor dejó de hablar con Moisés en el monte Sinaí, le entregó dos tablas de piedra con la Ley **escrita por el dedo de Dios** (Éx. 31, 18).

Y Jesús, inclinándose, **con su dedo comenzó a escribir en la tierra** (Jn. 8, 8).

¿Qué era lo que Jesús escribía sobre la tierra?... Muchos han intentado explicar este misterio. Algunos dicen que, tal vez, Jesús estaba escribiendo los «pecados» de todos los que estaban allí condenando a la mujer sorprendida en adulterio. Pero no... Pienso que no era eso, yo no creo en un Dios «acusetas» que ande llevando la lista minuciosa de nuestros pecados. Confieso honestamente que yo nunca manifesté curiosidad respecto a este detalle, sin embargo, siento que Dios quiso usar precisamente este pasaje para darme su propia respuesta a la historia de mi vida. Por eso, humildemente, a partir de su sentido en mi historia personal, comparto lo que el Espíritu de Dios me iluminó sobre este episodio, que es también el mío y el de muchos otros: Lo primero es en torno a la «acción»: ¿Qué es lo que realmente está haciendo Jesús cuando se *inclina* a escribir sobre la tierra?

La respuesta: Jesús está *creando*, pues escribir es crear algo nuevo. Así lo confirmé en Tierra Santa, cuando en el año 2014 visité el Muro de los Lamentos, en *Sabbat* (día séptimo, día de descanso). Yo no entendía porque personas de la comunidad Judía reprendían a quienes intentaban escribir par tomar apuntes de los que explicaba el guía. Entonces, el guía nos hizo la traducción: nos intentaban decir que *escribir era crear algo nuevo* y en *Sabbat* «no se puede crear nada nuevo», porque es el día en que Dios descansó de su trabajo creador según el texto del Génesis... Confirmé entonces porqué Jesús insistía tanto en *seguir creando en sábado*, y repitiendo que su Padre Dios todavía seguía trabajando: Dios no terminó su creación en aquel «séptimo Día» (Libro del

Génesis), sino que todavía sigue creando, por eso, hay un «*Octavo Día*», día de la Resurrección de Cristo, donde Dios sigue trabajando *continuamente* en su nueva creación.

Ellos atacaban a Jesús, porque hacía esas cosas en sábado (el día séptimo, "día de descanso"). Pero Jesús les dijo: «Mi Padre todavía trabaja, y Yo también trabajo» (Jn. 5, 15-18)

Es decir, Dios Padre todavía sigue Creando con el Dedo de su Espíritu Santo en la tierra, en el barro de nuestro corazón:

Y Jesús, inclinándose, **con su dedo comenzó a escribir en la tierra** (Jn. 8, 8) .

Y lo segundo, se refiere al «contenido» de lo que Jesús escribe: ¿Qué es lo que Jesús está escribiendo?...

La respuesta: Una nueva alianza que sana y restaura el paraíso, el Edén perdido en nuestro corazón por nuestra infidelidad... Sí, porque aquella mujer adúltera que Jesús absuelve, mientras escribe sobre la tierra, somos nosotros... Ella representa a representa a la humanidad caída por el pecado, esa humanidad que decide por sí misma alimentarse de aquel árbol de la Ciencia del bien y el mal, sin tener en cuenta a Dios, fallando en la obediencia al Amor de Dios, que es la Sabiduría misma.

Como en el tiempo antiguo en el Sinaí, El Espíritu Santo, «Dedo Creador de Dios», escribe su nueva Alianza en nuestros Corazones:

La alianza que haré con Israel después de aquellos días, será ésta, dice el Señor: Pondré mis leyes en su mente y las escribiré en su corazón. Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no será necesario que nadie enseñe a su prójimo ni a su hermano y le diga: "¡Conoce al Señor!", porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande (Heb. 8, 10-11/ Jer. 31, 33-34).

En el Monte Sinaí, el Dedo de Dios escribió los mandamientos en tablas de piedra, como signo que representaba la dureza de nuestros corazones mientras todavía estamos en esa etapa inicial de nuestro proceso de creación, en el principio de nuestro peregrinar por el desierto de nuestra historia:

Cuando el Señor dejó de hablar con Moisés en el monte Sinaí, le entregó dos tablas de piedra con la Ley **escrita por el dedo de Dios** (Éx. 31, 18).

Pero Dios nos llama a avanzar a un nivel más alto, donde Cristo se hace Camino: Su tercera Cruz, en medio de aquellas oras dos cruces, cuando el Paraíso es restaurado y nuevamente abierto para nosotros:

El condenado de la segunda cruz decía: «Jesús, acuérdate de mí, cuando llegues a tu Reino». Y Jesús le respondió: «En verdad te digo: **hoy estarás Conmigo en el Paraíso**». (Lc. 23,41-51)

Porque el Paraíso es el Corazón de Dios abierto para nosotros en el costado traspasado de Cristo... Esa es nuestra Tierra Prometida:

En la Cruz: «uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua» (Jn 19, 34).

Y nosotros, ahora restaurados nuevamente en un jardín como aquel Edén del principio, somos fecundados por la lluvia del Espíritu que todo lo sana y recrea... Y, entonces, también nuestro corazón se convierte en la Tierra prometida de Dios, el jardín y el templo donde Él se paseaba:

Oyeron luego el ruido de **los pasos de Yahveh Dios que se paseaba por el jardín** a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahveh Dios por entre los árboles del jardín (Gen. , 8).

En esos días se celebraba en Jerusalén la fiesta de la Dedicación. Era invierno, y **Jesús se paseaba por el templo** (Jn. 10, 22-23).

Sí, Jesús se paseaba por el templo, igual que, en el principio, Dios Creador se paseaba por el jardín del Edén... Y así también se pasea por el templo de nuestro corazón, rodeándonos para conquistarnos como a la ciudad amurallada de Jericó, y entrar a su Tierra prometida: tu corazón (Josué, cap. 6).

La meditación de los *Misterios Luminosos del Santo Rosario*, ha sido para mí todo un proceso de ir descubriendo como, desde la unción que recibimos en el «*bautismo*»,

vamos en «Camino» hacia configurararnos cada vez más con Cristo: pasando por la conversión que implica el Reinado de Dios en nuestra vida, para transfigurarnos en Él, y hacernos Pan partido como Él... Un proceso de «**tres cruces**», que se unifica en la Cruz de Cristo. Pero eso solo es posible si recibimos el «Vino Nuevo» del Espíritu Santo, presente con María en aquellas Bodas de Caná... Sí, el mejor Vino de nuestra mesa está por venir: el Espíritu Santo, y hay que tener cueros nuevos para recibirlo:

Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la Madre de Jesús estaba allí [...] Y como faltaba vino, la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino». Jesús le respondió: «Mujer, ¿qué tenemos que ver nosotros? Mi hora no ha llegado todavía». Pero su Madre dijo a los sirvientes: «Hagan todo lo que Él les diga» (Jn. 2,1-11) .

María, la Mujer, la nueva Eva obediente al plan de Dios, nos empuja a nuestra «hora», como una especie de «parto espiritual»: nos empuja a abrazar nuestra Misión de hijos de Dios.

Entonces se acercó la madre de los hijos de Zebedeo (Santiago y Juan), y postrándose ante Jesús le pidió: Señor que en tu Reino estos dos hijos míos se sienten **uno a tu derecha y el otro a tu izquierda** [...] Pero respondiendo Jesús, dijo: No sabéis lo que pedís. **¿Podéis beber el Cáliz que yo voy a beber?** (Mt. 20, 20-22).

Y crucificaron con Jesús a dos bandidos, uno a su **derecha y otro a su izquierda** (Mc. 15, 27)

La Ciencia de Dios es la Ciencia del árbol de la Cruz, de ese madero en que fue Crucificado Cristo... Y es una Ciencia que no se aprende en escuelas o universidades... Sino a los pies del Espíritu de Jesús Maestro... Como María (nueva Eva), con el corazón abierto a la acción creadora del Espíritu Santo: El Divino Maestro interior, el Dedo Creador de Dios:

Ustedes son una carta escrita por Cristo mismo y entregada por nosotros; una carta que no ha sido escrita con tinta, sino con el Espíritu del Dios viviente; una carta que no ha sido grabada en tablas de piedra, sino en corazones humanos (2 Cor. 3,3).

Sí, somos una carta de Amor escrita por Dios... Y así lo plasmé yo también en los versos de este poema titulado «Ciencia», un diálogo en la voz del Maestro y el discípulo:

¡Es Pentecostés,
tiempo de la siega!¹⁵⁸

El Vino Nuevo ya fluye
y renueva la fiesta,
se restaura el Edén¹⁵⁹,
llegó por fin primavera...

Ahí resplandece la Cruz:
Árbol de verdadera Ciencia¹⁶⁰

¿Y tú? ¿En cuál de las «tres cruces» estás hoy?

Bienaventurada Mano Frágil

¹⁵⁸ Ex.23, 16: Luego la fiesta de la siega de los primeros frutos de tus trabajos, de todo aquello que hayas sembrado en el campo.

¹⁵⁹ Is.51, 3: Convertiré las tierras secas del desierto en un Jardín, como el jardín que el Señor plantó en el Edén. Cant. 2,10-14: Levántate, amada mía, hermosa mía, y ven. El invierno ha pasado, han cesado las lluvias... Aparecen las flores en la tierra, el tiempo de las canciones ha llegado

¹⁶⁰ Gn. 2, 9: En medio del jardín Dios hizo crecer el árbol de la vida y también el árbol del conocimiento (Ciencia) del bien y del mal.

Pan



Puesta en escena de la fracción del Pan Eucarístico

Pan

«Haced esto en memoria mía»

(Lc. 22, 19)

I

Los granos molidos
 El horno encendido
 No hay marcha atrás:
 Como Tú, Pan partido¹⁶¹
 para ser compartido¹⁶²
 y el hambre saciar

II

Dejarse moler
 Dejarse romper
 Hacerse alimento
 Maná en el desierto¹⁶³
 dejarse comer¹⁶⁴

III

Ser hoy tu memoria
 tu huella en la historia
 testigo y profeta
 Amor que se entrega
 a un mundo sin fe

¹⁶¹ Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y dando gracias, lo partió, y dijo: «Tomad, comed: esto es mi Cuerpo que por vosotros es partido: haced esto en memoria mía» (1 Cor.11, 23-24/Lc. 22, 19).

¹⁶² Los exhorto hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios: Este es vuestro culto espiritual (Rom. 12, 1).

¹⁶³ Entonces Moisés les dijo: «Este es el pan que el Señor les da para comer [...] los israelitas comieron maná durante cuarenta años, hasta que llegaron a la tierra donde se establecerían. (Ex. 16, 1-35).

¹⁶⁴ Jesús les dijo: «Denles ustedes de comer» (Lc. 9, 12-13).

IV

Caer en la tierra
y, fecundo en la siega,
ser Pan en la Mesa
que sacia su ser

V

Gastarme la vida
en dar sin medida:
a Ti, Amor que me habitas,
que te puedan ver...

Bienaventurada Mano Frágil

Fecha: 2017



Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y dando gracias, lo partió, y dijo: «Tomad, comed: esto es mi Cuerpo que por vosotros es partido: haced esto en memoria mía» (1 Cor.11, 23-24/Lc. 22, 19)

Este poema «Pan» surge de mi experiencia en la Eucaristía al meditar las palabras de Jesús «*hagan esto en memoria mía*» (1 Cor. 11, 23-24/Lc. 22, 19). Comprendí que esta petición de Jesús va a más allá de la consagración del pan y el vino que se convierten en el Cuerpo y Sangre de Cristo. Yo entendí que en ese «*hagan esto en memoria mía*», Dios también nos llama a ser «pan partido» como Cristo, es decir, entregar la vida por Amor... Ser nosotros mismos su cuerpo místico, un sacramento (signo visible) de su presencia amorosa que hoy se sigue entregando.

Mientras escribía estos versos, yo no pensaba en ningún personaje específico, pero luego de terminar de escribir este poema, al leer cada línea, en mi memoria fueron emergiendo rostros de personas cuyas vidas entregadas encarnaban cada verso:

Primer verso:

I

*Los granos molidos
El horno encendido
No hay marcha atrás:
Como Tú, Pan partido¹⁶⁵
para ser compartido
y el hambre saciar*



Edith Stein, una gran intelectual del ámbito universitario alemán de la época (1913-1933), fue la primera mujer doctora en Filosofía en Alemania, escritora y conferencista destacada. De origen judío, en su adolescencia se declaró atea, y en su madurez se convirtió al cristianismo Católico y se hizo monja Carmelita contemplativa, de clausura, donde tomó el nombre de *Benedicta de la Cruz* (significa «*bendecida por la Cruz*»). Para ella, su conversión al cristianismo no significaba olvidar su legado judío, sino volver de una manera más profunda a la fe que había abandonado en su adolescencia. Su pasión honesta por la búsqueda de la verdad, que inicialmente intentó hallar en el campo filosófico, la llevó a encontrarse con quien es la Verdad misma: Cristo.

Jesús dijo a Pilatos: «Todo el que es de la verdad escucha mi voz. Pilatos preguntó a Jesús: ¿qué es la verdad?» (Jn 18, 38).

Murió mártir en la cámara de gas del campo de exterminio de Auschwitz, a manos de los Nazis, en la segunda guerra mundial de 1942. Ella estaba consciente del sentido más profundo del Amor oblativo al que su vocación Cristiana la llamaba en ese momento histórico: «*Los exhorto hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios: Este es vuestro culto espiritual*» (Rom. 12, 1).

¹⁶⁵ Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y dando gracias, lo partió, y dijo: «Tomad, comed: esto es mi Cuerpo que por vosotros es partido: haced esto en memoria mía» (1Cor.11, 23-24/Lc. 22, 19).

Segundo verso:

II
*Dejarse moler
 Dejarse romper
 Hacerse alimento
 Maná en el desierto
 dejarse comer*¹⁶⁶



Fray Maximiliano Kolbe, fraile franciscano, quien también murió como mártir en Auschwitz: salvó la vida de otro prisionero ofreciéndose a tomar su lugar, y fue condenado a morir de hambre junto a otros nueve prisioneros; durante esos días, fray Maximiliano dio consuelo (pan espiritual) a cada uno de sus compañeros que iban muriendo de hambre en la celda; se hizo a sí mismo alimento espiritual para ellos, fue como su «maná» en ese desierto (Ex. 16, 1-35); cuando los guardias abrieron la celda, él seguía vivo y, entonces, lo hicieron morir con una inyección. Fray Maximiliano Kolbe, sin duda, respondió al llamado de Cristo: «Denles ustedes de comer» (Lc. 9, 12-13). La fotografía la tomé en el campo de concentración de Auschwitz, cuando visité Polonia en el año 2017.

Tercer verso:

III
*Ser hoy tu memoria
 tu huella en la historia
 testigo y profeta
 Amor que se entrega
 a un mundo sin fe*



Facundo Cabral¹⁶⁷, fue un famoso cantante que en su infancia sobrevivió al hambre y a la miseria. Como todos

¹⁶⁶ Jesús les dijo: «Denles ustedes de comer». (Lc. 9, 12-13)

¹⁶⁷ Las imágenes de estos personajes usadas aquí son de dominio público.

nosotros, tuvo diferentes etapas en su vida, con luces y sombras, alegrías y dolores, aciertos y desaciertos... Pero definitivamente fue un hombre auténtico y valiente que, en sus conciertos, era capaz de llevar un mensaje de fe al público ateo de su época. Facundo fue un profeta de su tiempo y, en su búsqueda existencial, vivió un proceso progresivo de conversión a lo largo de los años, como el mismo lo afirma en entrevistas¹⁶⁸ que concedió:

Un entrevistador, comparando al Facundo de cierta época (años 70), con el Facundo que, después, año 2001), él veía tan distinto, le pregunta: «¿En qué ha cambiado?»; Facundo responde: «*me pasó que me crucé con Jesús*»...

Sí. Su experiencia con madre Teresa de Calcuta, le permitió conocer a Jesús en la vida concreta de esta monja y, por eso, Facundo añade: «*cuando te cruzas con esa gente, ves la vida diferente, ya no quieres tener razón, ya no quieres convencer, dejas que Dios te lleve tranquilamente donde quiere, no divides, yo que fui tan crítico...*».

Facundo fue asesinado durante una de sus giras de conciertos, en el año 2011.

Cuarto verso:

IV
*Caer en la tierra
 y, fecundo en la siega,
 ser Pan en la Mesa
 que sacia su ser...*

Monseñor Óscar Arnulfo Romero, arzobispo de San Salvador¹⁶⁹, era defensor de los derechos humanos de su pueblo en medio de la violencia política de su país; fue asesinado mientras celebraba la Misa, le dispararon en el momento del ofertorio del Vino y el Pan Eucarístico sobre la mesa del altar. Era el 24 de marzo de 1980.



¹⁶⁸ Se puede ver la entrevista (2001) en: <https://youtu.be/cEwjoOPMwi8>

¹⁶⁹ País ubicado en Centroamérica

Quinto verso:

V

Gastarme la vida
en dar sin medida:
a Ti, Amor que me habitas,
que te puedan ver...



Madre Teresa de Calcuta: (1910-1997), fundadora de las Misioneras de la Caridad. A diferencia de los anteriores personajes, ella no murió de forma cruenta, pero, en cada una de las arrugas de su rostro y de sus manos están las huellas de una vida totalmente gastada y entregada al servicio del amor por los leprosos moribundos de las calles de Calcuta, en la India. Madre Teresa decía que había muchas formas de pobreza, y se preocupaba también por aquellos otros moribundos espiritualmente: los que están demasiado alejados del amor de Dios.

Fray Gabriel Gutiérrez, «Fray Nero»:

Fray «Nero», es el último que emergió en esta lista, cuando compilaba mi libro de poemas, mientras escribía el contexto de este poema titulado «Pan». Coincidió con el repentino acontecimiento de la Pascua de este fraile amigo. Fray Gabriel fue un fraile franciscano que Dios me dio la oportunidad de conocer personalmente y compartir en la fe. Gastó su vida al servicio de los más pobres en la ciudad de Bogotá, Colombia: los habitantes de la calle, los indigentes sin hogar. Y, en ese servicio, en medio de la pandemia del Covid-19, Fray Gabriel se contagió con el virus y enfermó gravemente. Murió en la tarde del Viernes Santo del año 2021. Creo que fue una fecha especialmente escogida por Dios como signo de su semejanza con Cristo.



Todos ellos son ejemplos de tantos otros que, a lo largo de la historia, muchos anónimos, se han hecho «*pan partido*» como Cristo para que los demás puedan conocer el Amor de Dios. Y es que hay muchas formas de entregar la vida, de gastarla amando como Cristo. Hay muchos que lo hacen de manera silenciosa, anónima, discreta a la manera de San José...

Bienaventurada Mano Frágil

Muro de los Lamentos: Ruinas del
Templo de Jerusalén, en Tierra Santa

Templo

Jesús respondió y les dijo:
Destruid este templo, y en tres días lo levantaré
[...] Pero el templo al que Jesús se refería era su
propio cuerpo (Jn. 2, 19)



Templo

«Destruid este templo, y en tres días lo levantaré [...] Pero el templo al que Jesús se refería era su propio cuerpo» (Jn. 2, 19)

Una Iglesia de piedras vivas
Jamás serás destruida
Ni por las fuerzas del mal
Ni por errar de ella misma

I

***Un templo está en llamas
escombros y ruinas
Pero ¿cómo acabar
lo que son piedras vivas?***¹⁷⁰

Hoy como ayer,
te amenazan de muerte
Te rechazan, te hieren
en tu Iglesia sufriente

¡Oh ingenuos! ¿no saben
que el Amor siempre vence?

***Un templo está en llamas
escombros y ruinas
Pero ¿cómo acabar
lo que son piedras vivas?***

Ciegos de odio que arde
hoy profanan tus templos:
los de piedra, los de «carne»
los de todos los tiempos

¡Oh ilusos y tercos!
¿Acaso pueden matar
a Quien vive allí dentro?

¹⁷⁰ «Acérquense, pues, al Señor, la Piedra Viva, rechazada por los hombres, pero elegida y preciosa a los ojos de Dios. De esta manera, **Dios también hará de ustedes, como de piedras vivas, un templo espiritual**, un sacerdocio santo, que por medio de Jesucristo ofrezca sacrificios espirituales agradables a Dios» (1 Pedro 2, 4-5)

***Un templo está en llamas
escombros y ruinas
Pero ¿cómo acabar
lo que son piedras vivas***

II

Mi casa está en ruinas,
Dijo Cristo a Francisco.
Hoy nos vuelve a mirar
y nos dice lo mismo:

Repara mi casa,
reconstruye mi templo
no con bloques de piedra,
ni madera, ni hierro...
Es tu corazón
donde habitar quiero

***Un templo está en llamas
escombros y ruinas
Pero ¿cómo acabar
lo que son piedras vivas?***

No le temas jamás
a los que matan el cuerpo¹⁷¹
No le creas al mal
si derriban un templo

Nada pueda matar
a Quien llevas por dentro
Nada puede apagar
el Fuego de mi incendio

***Un templo está en llamas
escombros y ruinas
Pero ¿cómo acabar
lo que son piedras vivas?***

Bienaventurada Mano Frágil

Fecha: 2018

¹⁷¹ Mt. 10, 28: No le teman los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma



Este poema lo escribí en febrero del año 2018, recordando mi visita al Muro de los Lamentos en Jerusalén, que corresponde a las ruinas del antiguo Templo de Jerusalén.

Jesús les dijo: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré [...] Pero el templo al que Jesús se refería era su propio cuerpo» (Jn. 2, 19)

Una de las noches anteriores a esta visita a Jerusalén, yo había estado soñando con la Basílica de Nuestra Señora del Pilar (la que está en Zaragoza- España). En el sueño yo entraba a este templo para celebrar la Misa, pero al hacerlo me sorprendía ver en el interior del templo a una multitud de paralíticos, que no estaban en silla de ruedas o muletas, ni sentados en bancas, sino todos tendidos en el suelo... Me quedé a la entrada de este templo cuestionándome el porqué todos los que estaban allí esperando la Eucaristía eran paralíticos.

La respuesta a esos cuestionamientos la encontré luego en dos hechos relacionados de los que fui testigo allí en Jerusalén en dos escenarios cercanos: uno en el «Muro de los Lamentos», y el otro en la «Piscina de Betesda»:



Muro de los Lamentos



Piscina de Betesda

En Jerusalén, yo observaba a la comunidad judía orando frente al Muro de los Lamentos, ese muro que es lo único que ellos conservan del «templo destruido»: las mujeres oran ubicadas en un área del muro (yo estaba ahí) y los hombres en otra. Pero una de las cosas que más cuestionó mi corazón, fue observar los muchos «papelitos» escritos con peticiones a Dios, que las personas allí presentes, especialmente los visitantes, intentaban meter dentro de las grietas de este muro que era lo que quedaba de aquel «templo».

En el suelo yacían cantidades de estos papeles escritos con peticiones a Dios que se caían de las estrechas grietas o huecos de este muro donde ya «no había un papelito más» ...

Yo, por alguna razón que todavía no discernía, no me sentía movida a meter ningún papelito allí. Los otros peregrinos me preguntaban el porqué yo no había traído ningún papelito con alguna petición para meterlo en las grietas o huecos del muro de aquel templo en ruinas, después de haber viajado de tan lejos. La respuesta Dios me la daría después.

Luego de ahí, nos llevaron al lugar de la «Piscina de Betesda» donde se narra aquel milagro del paralítico que no tenía a nadie que lo «metiera en la piscina»:

Hay en Jerusalén, cerca de la Puerta de las Ovejas, una piscina llamada en hebreo Betesda. Tiene ésta cinco puertas, y bajo las puertas yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, tullidos y paralíticos... Había allí un hombre paralítico que hacía 38 años que estaba enfermo. Jesús lo vio tendido, y cuando se enteró del mucho tiempo que estaba allí, le dijo: «¿Quieres sanar?» El enfermo le contestó: «Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua, y mientras yo trato de ir, ya se ha metido otro.» Jesús le dijo: «Levántate, toma tu camilla y anda.» (Jn. 5, 1-8)

Recuerdo que el guía nos preguntó si aquel paralítico había logrado entrar a la piscina. Yo respondí que sí. Algunos me miraban extrañados de tal respuesta, pues en el texto no dice literalmente que aquel paralítico haya entrado. Yo dije que sí porque fue allí que comprendí lo que Dios me había querido decir en el «Muro de los Lamentos», con aquellos

papelitos. Sí, Dios trajo a mi memoria un antiguo recuerdo que le dio sentido a todo. Lo relato a continuación:

El «papelito» y un recuerdo de familia: abriendo huecos en el Corazón de Dios:

Mientras estaba allí, recordé cuando falleció mi papá: Días previos a su Pascua (Paso a la plenitud en Dios), mi papá, debido a su enfermedad que le dificultaba caminar, se había caído sobre aquel cuadro del Sagrado Corazón de Jesús que estaba en el piso de un rincón de la habitación. El mismo cuadro frente al cual yo jugaba de niña y donde empezó mi experiencia de fe, cuando con crayolas de colores le puse el título de «*El Paraíso de la Felicidad*»... Mi papá no tuvo heridas graves, pero al caer, quedó metido de cabeza en el pecho rasgado de la imagen del corazón de Jesús. El cuadro quedó con un enorme hueco en el pecho donde mi papá cayó.

Al recordar esto, también hice memoria de que, muchos años antes de eso, en una fiesta de la Divina Misericordia, en cierta forma, yo también había «metido un papelito en el Templo» del corazón misericordioso de Jesús:

En esa ocasión, en mi ingenuidad y fervor de joven, a mí se me ocurrió «*escribir un papelito*» con los nombres de mis familiares, entre ellos, el de mi papá, y le pedí al sacerdote que por favor me dejara colocarlo en la Mesa de Altar para entrégaselos al Corazón Misericordioso de Jesús, durante la consagración del Pan y el Vino. Entendí, entonces, el porqué yo no sentía la necesidad meter papelitos en los huecos del Muro de los Lamentos del antiguo Templo de Jerusalén: Yo ya había metido «mi papelito» en el el verdadero Templo que es Cristo. Ahora comprendía también que, al hacer esto, yo había hecho lo mismo que aquellos cuatro amigos que «abren un hueco» en el techo de la casa de Jesús, para meter por allí a un parálítico y que Jesús lo sane (Lc. 5, 17-26).

Entonces llegaron unos hombres que llevaban en una camilla a uno que estaba parálítico. Querían llevarlo adentro de la casa y ponerlo delante de Jesús, pero no encontraban por dónde meterlo, porque había mucha gente; así que subieron al techo y,

abriendo “un hueco” entre las tejas, bajaron al enfermo en la camilla, allí en medio de todos, delante de Jesús. Cuando Jesús vio la fe que tenían, le dijo al enfermo: “Amigo, tus pecados quedan perdonados” (Lc. 5, 17-26)

Y entonces, comprendí también el sueño que tuve la noche antes de visitar este Muro de los Lamentos y la Piscina de Betesda: aquel sueño de los parálíticos en la Misa de la Iglesia de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza que mencioné al inicio de este capítulo: Yo también había abierto un hueco en la Casa de Dios: su Corazón. Y le había llevado a un parálítico que no podía caminar por sí mismo para meterse en la Piscina de su Misericordia y ser sanado plenamente: mi papá, cuyo nombre era «Santiago María».

Allí, en el Muro de los Lamentos y en la Piscina de Betesda en Tierra Santa, yo aprendí, una vez más, que Jesús en nuestro Templo, y que en cada Eucaristía todos tenemos la oportunidad de meter en su Corazón misericordioso nuestras propias parálisis existenciales para que Él nos sane. Cada una de sus cinco llagas es una puerta a su Misericordia, como aquellos cinco Pórticos de la Piscina de Betesda. Finalmente, el parálítico sí entro a la piscina sanadora, porque la piscina de verdadera sanidad es Cristo mismo.

El templo en ruinas y una boda en el aire:

En el año 2018 hubo ataques a varios templos que fueron incendiados en Chile, y otros lugares del continente. En ese contexto de violencia contra los templos católicos, El Papa Francisco desarrollaba su visita apostólica a Sudamérica. En su recorrido, el 18 de enero de ese año 2022, el Papa tuvo una experiencia muy especial, criticada por algunos y comprendida en clave de misericordia por otros:

El Papa Francisco celebró una boda en el avión que lo trasladaba desde Santiago de Chile a Iquique. Se trataba de una pareja que hacía parte de la tripulación que lo acompañaba en su viaje apostólico.

Esta pareja, en distintos momentos del recorrido de la visita apostólica, cada uno, por separado, le había contado a cerca de su relación de pareja.

Ellos le comentaron que hacía varios años, estaban por casarse por la Iglesia, y que hasta habían hecho el curso pre-matrimonial, pero en esa ocasión no pudieron celebrar la boda porque el día anterior a la ceremonia, la iglesia de su pueblo se destruyó en un terremoto. Entonces, se canceló la boda por este incidente. La reparación del templo llevó demasiado tiempo y, por eso, ellos decidieron casarse por lo civil mientras tanto. De esto, habían pasado ya 8 o 10 años. Después tuvieron su primera hija y luego la otra hija... Y la boda religiosa siguió posponiéndose; sin embargo, la pareja le confiaron al Papa Francisco: *«pero nosotros siempre hemos tenido esto en el corazón, pero no nos hemos casado»* (Aciprensa).

Posteriormente, los dos tripulantes coincidieron juntos en el mismo vuelo con el Papa Francisco. Esta vez, el Papa, luego de dialogar nuevamente con ellos y hacerle las preguntas que consideró esenciales, les propuso casarlos allí mismo, mientras volaban en el avión. Este fue un signo muy particular: una boda celebrada en el aire, mientras, abajo en la tierra, nuevamente otros templos yacían en ruinas, esta vez, quemados por la violencia de los que no toleraban la fe cristiana en el ciertas áreas del territorio suramericano.

El papa fue criticado por algunas personas, muchas de ellas, bien intencionadas, preocupadas honestamente por respeto a la naturaleza sagrada de un sacramento tan importante como el matrimonio. Sabemos que hay quienes trivializan algo tan sagrado, escogiendo los escenarios más extraños e inapropiados, porque no tienen conciencia del valor sagrado de este sacramento.

El Papa, Francisco, humildemente, intentó explicar las razones por la cuales casó a esa pareja en el avión: *“los sacramentos son para las personas, y vi que las condiciones eran claras y por qué no hacer hoy lo que se puede hacer hoy. Para qué mandarlo a mañana, porque mañana quizás hubiesen sido 8 años más»*, eso dijo el Papa según lo publicado por Aciprensa.

Al respecto, al pensar en el este episodio, viene a mi mente un pasaje muy similar que narra el Evangelio de San

Mateo, y donde Jesús nos interpela sobre decidir «hacer el bien»:

Jesús entró nuevamente en una sinagoga, y había allí un hombre que tenía una mano paralizada. Los fariseos observaban atentamente a Jesús para ver si lo curaba en sábado, con el fin de acusarlo. Jesús dijo al hombre de la mano paralizada: «Ven y colócate aquí delante». **Y les dijo: «¿Está permitido en sábado hacer el bien o el mal, salvar una vida o perderla?».** (Mc 3, 1-6)...

Pienso que algo semejante vivió el Papa Francisco con esta pareja y creo que fue el Espíritu Santo quien lo inspiró a «hacer el bien» en este caso particular: El Papa Francisco valoró que esta pareja reunía las condiciones para el sacramento y procedió en conciencia. Ellos llevaban esperando muchos años: El terremoto había destruido el «templo material» donde planeaban casarse, y ahora 8 años después, de la mano de Francisco, aprenderían que el «templo» eran ellos mismos, pues cada uno de nosotros somos templo del Espíritu Santo (1 Cor. 3,16; 6, 19).

Creo que es importante aprender a leer los «signos» con los que Dios nos habla en este tiempo a través de los acontecimientos, como el caso de esta pareja: Un templo material estaba en ruinas por un terremoto: el templo del pueblo donde esperaban casarse; pero ese día, junto a Papa Francisco, ellos aprendieron que no era necesario seguir «esperando» a que ese templo material fuera «reparado», porque el verdadero templo de sus corazones estaba listo...

¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (1 Cor. 3, 6).

¿Cuánto tiempo más tendremos que esperar nosotros para comprender el mensaje que aquel Cristo, en el templo en ruinas del pueblo de San Damián, le dijo al pobre de Asís: «*Francisco ve y repara mi casa que amenaza en ruinas*»... No es una casa material la que hay reparar... Son nuestros corazones los que necesitan estar listos para hospedar a Dios que vive en nosotros...

No quiero decir que no son necesarios los templos materiales que edificamos para congregarnos como

comunidad eclesial y celebrar la presencia sacramental de Jesús Eucaristía. Por supuesto que los templos materiales son importantes y necesarios, pero nunca debemos olvidar que el verdadero templo donde Dios vive y quiere ser adorado es nuestro corazón, y en nuestros hermanos donde también habita (1 Pedro 2, 5).

Ciertamente, la circunstancia de la boda de la pareja en el avión no fue una situación premeditada: es decir, esta pareja, que llevaba aplazando varios años su matrimonio por la Iglesia, ni siquiera imaginó que ese día y allí mismo en el aire, se casarían, y acompañados por el Papa Francisco; creo que Dios los sorprendió con un maravilloso detalle de Amor y, de paso, aprovechó para darnos una lección a todos que nos recordara lo verdaderamente importante: *Y Jesús les dijo: «¿Está permitido en sábado hacer el bien o el mal, salvar una vida o perderla?» (Mc 3, 1-6).*

Caso distinto, aquellas otras situaciones, donde parejas que, sin tener conciencia sobre el sacramento del matrimonio, planifican hacer de su boda un «espectáculo» o simplemente un evento social (ejemplo: casarse cayendo desde un paracaídas, o en un circo rodeado de leones). Esto quizás sea permitido en bodas civiles, o tal vez desde otras creencias, porque no creen en la misma forma que creemos los que profesamos la fe Cristiana. Nosotros le respetamos.

En nuestra comunidad cristiana, en cambio, está claro que el sacramento del matrimonio no se puede transformar en un espectáculo o un simple evento social. Fue Cristo quien elevó la dignidad y el valor de la unión de los esposos como sacramento o signo de la unidad en el Amor entre Dios y su Iglesia. Por eso, el matrimonio tiene un sentido sagrado en los cristianos. El Espíritu Santo nos ilumine y seamos dóciles a su voz que nos guía en el Amor perfecto:

Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella para hacerla santa (Ef.5, 25-26).

Un templo en llamas: La Catedral de Notre Dame:

Cuando escribí este poema titulado «Templo», también lo hice especialmente por el sentido espiritual que tenía para iluminar, desde la fe y con esperanza, la lectura de acontecimientos ocurridos durante ese año 2018 en Latinoamérica donde hubo ataques a varios templos que fueron incendiados, y el recrudecimiento de asesinatos a cristianos perseguidos en el mundo.

Un año después de haber escrito este poema, aconteció lo del incendio de la Catedral de Notre Dame en París que conmovió a tantos en el mundo y generó inquietudes en torno a su reconstrucción. Recordé el encuentro de san Francisco de Asís con el Cristo de la iglesia en ruinas del pueblo de San Damián: «*Francisco repara mi casa que amenaza en ruinas*», eso sintió Francisco de Asís que le pedía aquel Cristo. Francisco de Asís pensaba que se trataba de reconstruir materialmente aquella iglesia en ruinas por la guerra, pero después entendería que el templo en ruinas a reparar era su propio corazón y también el corazón de la iglesia y sociedad de su tiempo.

*Mi casa está en ruinas,
Dijo Cristo a Francisco.
Hoy nos vuelve a mirar
y nos dice lo mismo:*

*Repara mi casa,
reconstruye mi templo
no con bloques de piedra,
ni madera, ni hierro...
Es tu corazón
donde habitar quiero*

***Un templo está en llamas
escombros y ruinas
Pero cómo acabar
lo que son piedras vivas?***

Recordé la visita que hice a esta catedral de Notre Dame años antes, y la otra visita que hice a la catedral de Milán,

hermosos patrimonios en lo cultural y espiritual, no solo de los creyentes sino de la humanidad. Ambas catedrales sobresalían por su belleza y lo grande de sus edificaciones.



Catedral de Notre Dame; Francia



Catedral de Milán, Italia

Me impactó mucho el estilo gótico de la Catedral de Milán con aquellos picos que se elevan hacia el cielo, como una forma de simbolizar el deseo del ser humano de «subir» o ascender a Dios. Y al estar allí, Dios trajo a mi memoria el recuerdo de aquella pequeña capilla dedicada a «San José» que no tenía «templo material», sino que funcionaba temporalmente en el «sótano» de un edificio de apartamentos en la ciudad de Medellín en Colombia... Ese fue el lugar donde yo tuve ese reencuentro con mi fe católica después de años de alejamiento. Esta peculiar circunstancia me parecía ahora un hermoso signo de que, realmente, **es Dios quien «baja»** a buscarnos a nuestras profundidades existenciales, a esos «infiernos personales» donde nos encontramos perdidos y con el templo de nuestro corazón en «ruinas». Se cumple, entonces, aquello que proclamamos en el Credo cuando afirmamos que Jesús bajó a los infiernos. El sacramento de la reconciliación (confesión) es un camino de humildad que Dios nos ofrece para levantarnos de donde yacemos postrados. Yo creo que no nos confesamos simplemente para no ir al infierno, nos confesamos para salir de allí. La realidad del Cielo y el infierno, inician desde esta vida, en la cual, cada uno de nosotros, decidimos en donde

estar con las elecciones que hacemos cada día donde Dios nos regala la oportunidad de escoger el bien y la vida:

Hoy pongo al cielo y a la tierra por testigos de que te he dado a elegir entre la vida y la muerte, entre el bien y el mal. Elige la vida para que vivas tú y tu descendencia (Dt. 30, 19).

Creo también que es necesario sanar el corazón en ruinas de una sociedad que es capaz de quemar los templos donde los creyentes se encuentran para celebrar litúrgicamente su fe.

Al respecto, un eslogan que algunos de estos colectivos violentos gritan, cuando queman nuestros templos, es que *«la única iglesia que ilumina es aquella que arde»*. Pero lo que ellos no saben, es que hay otro incendio más grande que arde en los corazones de los creyentes y que envuelve al mundo en el Fuego del Espíritu de Dios. Y que, finalmente, también los conquistará a ellos, porque nadie puede resistir al Amor Ardiente de Dios (Ex. 3, 1-5 / Hch. 9, 1-31).

*Hoy como ayer,
te amenazan de muerte
Te rechazan, te hieren
en tu Iglesia sufriente*

*¡Oh ingenuos! ¿no saben
que el Amor siempre vence?*

***Un templo está en llamas
escombros y ruinas
Pero ¿cómo acabar
lo que son piedras vivas?***

A los primeros cristianos que fueron martirizados en el siglo I, los culpaban falsamente del incendio de la ciudad de Roma, esta fue una manera de justificar su persecución para matarlos. Pero como Dios actúa a través de la fragilidad humana, fue el fuego de la fe Cristiana el que realmente se propagó y conquistó el corazón de Roma: Pues allí, donde el apóstol Pedro fue crucificado boca abajo, se levantó después

la Basílica de San Pedro, centro de la fe cristiana católica que acoge universalmente a todos los creyentes.

Jesús dice a Pedro: Y Yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Mt. 16,13-20) .



Basílica de San Pedro (Roma, Italia)

A continuación, comparto lo que viví allí.

Vigilia de Pentecostés en el Circo Máximo de Roma:

En el año 2017, tuve la oportunidad de celebrar la vigilia de Pentecostés en El Circo Máximo (en italiano, *Circo Massimo*), junto al Coliseo Romano. Coincidió con el Jubileo de Oro de Pentecostés de la Renovación Carismática Católica. El Papa Francisco quiso que esta fuera una vigilia ecuménica donde participaran hermanos cristianos de las iglesias protestantes. El Papa Francisco, como pastor de la Iglesia Católica (católica significa universal), sigue animando a todos los creyentes en Cristo a la unidad, más allá de las diferencias que nos separan. Y por eso, en su misión apostólica, no renuncia a seguir trabajando por el mismo deseo expresado por Cristo cuando oraba al Padre del Cielo:

[...] que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea (Jn, 17, 21).

Pero no cualquier unidad como en Babel (Gn. 11, 1-8), sino la verdadera unidad que nos da la Gracia del Espíritu Santo en Pentecostés (Hechos 2).

Antes de este encuentro, el pasado domingo de Ramos en Egipto, grupos extremistas habían perpetrado dos ataques con bombas contra dos iglesias cristianas Coptas, matando a muchos creyentes que celebraban el inicio de la Semana Santa (abril 9 de 2017). Los ataques ocurrieron en la iglesia Copta Mar *Guergues* (San Jorge en árabe), mientras los fieles estaban dentro del templo rezando, y, el segundo ataque, fue frente a la catedral de Alejandría, mientras se oficiaba la misa de Domingo de Ramos.

El Papa Francisco nos pidió orar por todos los cristianos que, igual que en los inicios de la Iglesia, en este tiempo siguen sufriendo persecución por su fe en distintos lugares del mundo... Así lo expreso en estos versos de mi poema:

*Ciegos de odio que arde
hoy profanan tus templos:
los de piedra, los de «carne»
los de todos los tiempos*

*¡Oh ilusos y tercos!
¿Acaso pueden matar
a Quien vive allí dentro?*

***Un templo está en llamas
escombros y ruinas
Pero ¿cómo acabar
lo que son piedras vivas***

Cuando estábamos reunidos en Roma, en el Circo Máximo (*Circo Massimo*), yo pensaba también en aquellos primeros cristianos del siglo I que fueron martirizados, justo allí mismo, en este *Circo Massimo*, donde ahora otros cristianos celebrábamos esta Vigilia de Pentecostés, pastoreados por el sucesor de Pedro.

Era como si, a partir de su sangre derramada en esa tierra donde pisábamos, ahora surgieran de esa misma tierra,

muchos más cristianos multiplicados por miles, y por millones en el resto del mundo.



Circo Massimo (Circo Máximo), Roma

El Papa Francisco, al inicio de su reflexión también nos invitaba a recordar lo que había acontecido allí, en esa tierra que pisábamos donde había corrido la sangre de los primeros cristianos. Y aprovechó entonces, para recordar a los nuevos mártires de nuestro tiempo, especialmente aquellos Cristianos de la Iglesia Copta, que recientemente habían sido asesinados con bombas en los templos, mientras celebraban su fe.

Al respecto, el Papa Francisco, al ver allí reunidos junto a nosotros a los hermanos cristianos de iglesias evangélicas, resaltó que el «**ecumenismo de la sangre**» nos había precedido al ecumenismo celebrativo que ahora nos unía allí en aquella vigilia de Pentecostés. Porque los violentos cuando van a matar cristianos y quemar sus templos, no hacen diferencia en si son Cristianos Católicos, Cristianos Coptos, o Cristianos Evangélicos, simplemente los matan porque son «Cristianos», porque creen en Cristo.

Ya no hay diferencia entre judío y griego, entre esclavo y hombre libre; no se hace diferencia entre hombre y mujer, pues todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús (Gal. 3, 28).

Pero, como Jesús, la Iglesia renace una y otra vez, porque está formada, no ladrillos, sino de piedras vivas que son cada uno de los creyentes en Cristo que es su Piedra angular:

Jesús les dijo: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré [...] Pero el templo al que Jesús se refería era su propio cuerpo» (Jn. 2, 19).

El Extranjero...

Recuerdo que allí, en el la arena del *Circo Massimo*, me encontré con un extranjero, que ya había visto un mes antes en la estación de trenes en el Lisboa, Portugal. Yo estaba en Roma haciendo una estancia académica de 3 meses para mi doctorado en Psicología, y quise aprovechar un fin de semana para viajar a Fátima, planeaba celebrar mi cumpleaños allí, el 14 de mayo, en el marco del centenario de al Virgen de Fátima. En Lisboa, este extranjero se me acercó y me preguntó: *Do you want to pray the Rosary?* (si quería rezar el rosario); yo, desconfiada, sentí temor que un desconocido se me acercara, era tarde en la noche y yo esperaba un tren que me llevaría carca a Fátima donde una familia amiga me recogería. Este hombre tomó ese mismo tren, y cuando llegamos a la estación donde me bajaría, él también bajó, eran como las once de la noche. Recuerdo que me preguntó si donde yo me iba a alojar tendrían lugar también para él; yo, asustada todavía, me alejé de él, mientras lo veía irse. No me sentí capaz de llevar a casa de aquella familia a un desconocido, que me llenaba de temor, pues me parecía un poco extraño. Confieso que después me sentí preocupada por él, pensaba en cómo alguien era capaz de viajar tan lejos y llegar casi a media noche sin buscar previamente un hotel. Luego de terminada mi experiencia en Fátima, yo regresé a Roma y me olvidé de aquel extranjero.

En Roma, yo me estaba alojando en el *Lay Centre at Foyer Unitas*, un lugar que acoge estudiantes extranjeros, ubicado en el monasterio de los Pasionistas, cerca al Coliseo Romano; era un lugar hermoso, y me gustaba rezar el rosario es sus jardines junto a una gruta de la Virgen María. Como casi siempre olvidada llevar el rosario, yo usaba pequeñas

piedras que recogía del suelo de la gruta para llevar las cuentas de las Ave María del Rosario. Al terminar de rezar el Rosario, dejaba estas pequeñas piedras en el pedestal de la Virgen de la gruta, para usarlas de nuevo cuando volviera a salir a dar algún recorrido por los jardines.



La gruta y las piedras: Jardines de monasterio Pasionista

Mi sorpresa fue enorme cuando, un mes después, volví a ver a este extranjero, ahora en Roma (otra ciudad y país). Me lo encontré 2 veces más: una vez saliendo de madrugada de la Basilica de San Francisco de Asís, durante la *Note Sacra* (una noche de vigiliyas y conciertos en los templos de Roma); y luego me lo volví a encontrar en el *Circo Massimo* en aquella Vigilia de Pentecostés, en el marco del Jubileo de Oro, y en medio de aquella multitud de más de 70.000 personas. Al encontrarlo, nuevamente él me preguntó si tenía un lugar para él donde yo me estaba alojando en Roma... Al decirle que no, se fue. En ese momento entendí que Dios es también así, es decir, está pidiendo que hagamos espacio en nuestro corazón para que El Espíritu Santo, como dulce huésped, pueda llenarnos totalmente como a la Virgen María, templo de Dios encarnado, Ella es la «llena de Gracia», figura de la Iglesia de Cristo que somos cada uno de nosotros.



El extranjero, en el Circo Massimo

Yo, entonces sentí curiosidad por saber quién era este peculiar personaje, este hombre extranjero a través del cual Dios parecía querer decirme algo especial. Hasta le tomé una foto de lejos, como una forma de probarme a mí misma que era alguien «real» y no producto de mi imaginación.

Intenté acercarme, pero ahora era él quien parecía huir de mí, al percatarse de mi curiosidad. Cuando ya casi lo perdía, yo le grité lo mismo que él me dijo aquella noche en la estación de trenes de la ciudad de Lisboa, en Portugal: *Do you want to pray the Rosary?* (¿quieres rezar el Rosario?). Inmediatamente se detuvo, dio la vuelta y, sacando su Rosario, nos sentamos a rezar juntos; descubrí que él podía rezar en latín y también en español (con marcado acento extranjero). Le pregunté de qué país o lugar era, pero solo indicó que venía de muy lejos, y que no podía decirme; entonces le pregunté su nombre y me dijo que era un secreto. No lo molesté con más preguntas pues, aunque ya no me inspiraba temor, observaba que mantenía esa actitud un poco extraña, era muy reservado, no conversaba nada, simplemente rezaba. Mientras orábamos con el Rosario, él recogió del suelo del *Circo Massimo* un puñado de pequeñas piedras, y las tuvo en sus manos...

Al ver este gesto, recordé aquellas piedras que yo había estado usando para rezar el Rosario, en la gruta de la Virgen en el monasterio de los Pasionistas donde me alojaba durante mi estancia académica.

Con este signo, entendí entonces, lo que creo que Dios me había querido decir a través de este encuentro: todos nosotros éramos **pedras vivas** de ese templo espiritual que habla la Sagrada Escritura, como aquellos primeros cristianos que derramaron su sangre sobre la tierra que ahora pisábamos en aquel *Circo Massimo*:

Acérquense al Señor, la Piedra Viva, rechazada por los hombres, pero elegida y preciosa a los ojos de Dios. De esta manera, **Dios también hará de ustedes, como de pedras vivas, un templo espiritual, un sacerdocio santo** (1 Pedro 2, 4-5).



Circo Massimo (Circo Máximo), Roma
Vigilia de Pentecostés, año 2017; Jubileo de Oro

Al terminar el Rosario, este hombre extranjero simplemente se fue, sin decir nada más, y nunca lo volví a ver. Creo que su tarea había sido cumplida.

Y en ese mismo escenario, el Papa Francisco, recordando a los cristianos coptos recientemente asesinados en el templo, y a los cristianos mártires del siglo I perseguidos por el antiguo Imperio Romano, nos invitó a mantener la fe y la Esperanza. Sí, porque la historia nos mostraba que los imperios pasaban, pero Dios permanecía. La prueba éramos nosotros reunidos allí, en el corazón del antiguo Imperio Romano y junto a las ruinas del imponente Coliseo Romano como testigos de la victoria de Dios a través de la historia.



Coliseo Romano (Roma, Italia)

Igual que aquel Muro de los Lamentos, testigo de lo que queda del antiguo Templo de Jerusalén:

Jesús salió del Templo, y mientras caminaba, sus discípulos le hacían notar las imponentes construcciones del Templo. Jesús les dijo: «¿Ven todo eso? En verdad les digo: no quedará ahí piedra sobre piedra. Todo será destruido.» [...] «Pasarán el cielo y la tierra, pero mis palabras no pasarán» (Mt. 24, 1-2; 35).



Muro de los Lamentos
(ruinas del antiguo templo de Jerusalén)

Sí. Ahora, estábamos nosotros en Roma, muchos más cristianos que aquellos que fueron martirizados y falsamente acusados de incendiar la ciudad en el siglo I para justificar su persecución y muerte. Pero realmente fue otro tipo de fuego el que los primeros cristianos propagaron: El fuego del Espíritu Santo que propagó su fe en Cristo más allá de Roma. Ese mismo fuego del que habló Jesús:

Dijo Jesús: «fuego he venido a traer a la tierra, y ¡cómo quisiera que ya estuviera ardiendo!» (Lc. 12, 49-59).

El mismo fuego que Jesús prometió a sus discípulos cuando les pedía que no se alejaran y permanecieran:

Cuando todavía estaba con los apóstoles, Jesús les advirtió que no debían irse de Jerusalén. Les dijo: «Esperen a que se cumpla la promesa que mi Padre les hizo, de la cual yo les hablé. Es cierto que Juan bautizó con agua, pero dentro de pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo [...] Cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes, recibirán poder y saldrán a dar testimonio de mí, en Jerusalén, en toda la región de Judea y de Samaria, y hasta en las partes más lejanas de la tierra (Hch. 1, 8).

El Espíritu Santo es denominado por Jesús como «La Promesa» del Padre: Ese fuego del Amor de Dios que transformaría los corazones de aquellos primeros apóstoles, débiles y encerrados por el miedo, lanzándoles con valentía a la misión de propagar la fe en Cristo:

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse. Había en Jerusalén hombres piadosos, que allí residían, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua. Estupefactos y admirados decían: «¿Es que no son galileos todos estos que están hablando? Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa?» (Hch, 2).

Recuerdo que después, el día de Pentecostés, bajo el intenso sol que hacía en Roma, habían dos monjitas que esperaban el transporte público, luego de estar en la Plaza de San Pedro; yo quise ser amable con ellas acercándome a compartirlas mi sombrilla y darles un poco de sombra. Una de ellas, agradecida me sonrió y me regaló un abanico de tela con la foto del fundador de su comunidad Bautistina, Alfonso María de Fusco. Yo quedé muy sorprendida al recibirlo y ver la frase que llevaba impresa: «*I wish that even my shadow do good*» (deseo que incluso mi sombra haga el bien).



Este frase hacía referencia a aquel texto que narra que, después de Pentecostés, el apóstol Pedro estaba tan lleno del Espíritu Santo, que al pasar por la calle, con su sombra los enfermos se sanaban (Hch. 5, 15). Creo que así Dios nos quiere llenar a todos, pero para eso debemos vaciarnos de todo aquello que ocupa demasiado espacio en nuestro corazón. Estar abiertos como María para recibirle y llenarnos con Él.

Al estar en Roma, en aquel Pentecostés del Jubileo de Oro del año 2017, estos textos venían a mi pensamiento, y los meditaba en mi corazón. Me sentía maravillada por lo que

contemplaba acontecer ante mis ojos, y sentía mi corazón arder también. Veía el triunfo de Dios a través de la historia, frente a las ruinas del imponente Coliseo Romano, y nuestros pies pisando la arena del *Circo Massimo*, donde miles de años antes, se derramó la sangre de los primeros cristianos: «*Estamos en un cenáculo con cielo abierto*», dijo el Papa. Y ahí mismo, ahora miles de cristianos, unidos en fe a millones en otros lugares del mundo, orábamos juntos por un nuevo Pentecostés que encienda el fuego del Espíritu Santo en el corazón de la humanidad.

*No le temas jamás
a los que matan el cuerpo
No le creas al mal
si derriban un templo*

*Nada pueda matar
a Quien llevas por dentro
Nada puede apagar
el Fuego de mi incendio*

***Un templo está en llamas
escombros y ruinas
Pero ¿cómo acabar
lo que son piedras vivas?***

Bienaventurada Mano Frágil



Circo Massimo (Circo Máximo), Roma
Vigilia de Pentecostés, año 2017. Jubileo de Oro

La nube

*«Pero en cuanto la nube se levantaba,
ellos seguían su viaje» (Nm. 9, 23)*

Fotografía: Tronchetto, Italia

La nube

*«Pero en cuanto la nube se levantaba, ellos seguían su viaje.
A una orden del Señor acampaban, y a otra orden suya se ponían en
camino» (Nm. 9, 23)*

I
¡Peregrino, la Nube se levanta!
es hora de seguir la marcha
¡Date prisa, no te quedes!
aquí cumpliste tu jornada...

No detengas a saludar en este viaje
No distraigas que el tiempo avanza
Esta vida es corta caminante,
mantén la vista en lontananza

Ve ligero de equipaje,
que nada impida el ritmo de tu marcha
No te aferres al paisaje,
tu siguiente meta está adelante

Y cuando la Nube se detenga,
pondrás tu tienda caminante
Y otra vez allí donde te cubra,
será estación para servir y darte

Pero recuerda:
Estarás ahí por breve tiempo,
mientras la tarde cae y el Fuego arda,
pues, no es aún ésta tu Casa,
y a mi señal irás partiendo.

Sirve aquí, espera y ama,
mientras mi Nube te acompaña

II

¡Caminante!
 ¡La Nube nuevamente se levanta!
 «tu hora» llega, continúa la marcha:
 Peregrinos del «Desierto»,
 en Camino a la Verdadera Casa

¿Acaso puedes ya negarte
 y decir «iré más tarde»?
 ¿Acaso puedes resistirte
 a quien te llama a Casa
 para Amarte?



Bienaventurada Mano Frágil

Fecha: 2019 *172



*«Pero en cuanto la nube se levantaba,
 ellos seguían su viaje» (Nm. 9, 23)*

Este poema nace al toparme con el texto bíblico de la «nube» que acompañaba el peregrinar del pueblo de Dios a través del desierto, hacia la Tierra Prometida (Nm. 9):

La nube sobre el tabernáculo: «Cuando la nube se levantaba de encima de la tienda, los israelitas se ponían en camino, y en el lugar donde la nube se detenía, allí acampaban. Cuando el Señor lo ordenaba, los israelitas se ponían en camino o acampaban, y allí se quedaban todo el tiempo que la nube permanecía sobre el santuario. Si la nube se quedaba sobre el santuario bastante tiempo, los israelitas detenían su marcha para ocuparse del servicio del Señor. Si la nube se quedaba sobre el santuario solo unos cuantos días, a una orden del Señor se ponían en camino, y

¹⁷² El dibujo usado para ilustrar la portada de este poema fue realizado por Daniel Álvarez Yarce por solicitud de la autora. La fotografía fue tomada por mí en Tronchetto, Italia.

a otra orden suya se detenían. A veces la nube se quedaba solo por la noche, y por la mañana se levantaba; entonces ellos se ponían en camino. Lo mismo de día que de noche, cuando la nube se levantaba, ellos se ponían en camino. Y si la nube se detenía sobre el santuario un par de días, un mes o un año, los israelitas acampaban y no seguían adelante. Pero en cuanto la nube se levantaba, ellos seguían su viaje. A una orden del Señor acampaban, y a otra orden suya se ponían en camino...» (Nm. 9, 17-23)

Mientras lo leía, meditada en esa dinámica de la vida y sus cambios: pensé en mis propios ciclos e historia, donde he ido cambiando, no solo de trabajos y cargos, sino también, todas las veces que me he mudado de ciudad y hasta de país...

*¡Peregrino, la Nube se levanta!
es hora de seguir la marcha
¡Date prisa, no te quedes!
aquí cumpliste tu jornada...*

Recordé cada vez que me tocaba ponerme nuevamente en movimiento y me iba apenas con lo que podía empacar en un «par de maletas», todo lo demás se quedaba atrás... Siempre fue muy complejo separarme de mí más preciados afectos, mi familia, mis amistades... Eso siempre duele... Al principio también me costaba desprenderme de ciertas cosas que para mí eran importantes, por ejemplo, mis libros de estudio que suelen ser lo más pesado para cargar en las maletas... Aprendí, entonces, a andar «ligera de equipaje...»

*No detengas a saludar en este viaje
No distraigas que el tiempo avanza
Esta vida es corta caminante,
mantén la vista en lontananza*

*Ve ligero de equipaje,
que nada impida el ritmo de tu marcha
No te aferres al paisaje,
tu siguiente meta está adelante*

Al respecto, recuerdo que en Roma en el año 2017, estando haciendo una pasantía académica como parte de mi proceso doctoral en Psicología, me pasó algo muy particular:

En un parque, unas tres señoras se me acercaron y me saludaron. Yo, muy apenada, tuve que admitir que no las recordaba. Las señoras amablemente me dijeron que ellas sí me recordaban muy bien, por un detalle especial que nunca habían olvidado: «mi pequeña maleta»...

Ellas me contaban que habían estado en el grupo de peregrinos que visitamos Tierra Santa en el año 2014. En este viaje, algunas comentaban sobre mi «pequeña maleta». Solían sorprenderse de como alguien era capaz de viajar tan lejos, desde Suramérica a Medio Oriente, con solo una pequeña maleta de cabina de avión, mientras ellas habían estado encartadas con sus equipajes grandes y pesados durante toda la peregrinación.

Yo me uní a esta peregrinación después de estar en Portugal participando en un evento académico y, luego de visitar otras ciudades de Europa y hacer una corta visita a familiares míos que vivían en Inglaterra. En esa ocasión, quise aprovechar que comenzaba la Semana Santa para unirme a esta peregrinación que iba para Tierra Santa.

Y sí, yo apenas llevé una «pequeña maleta», de esas que se llevan en la cabina del avión como equipaje de mano. En esta pequeña maleta solo metí, muy bien empacado, lo estrictamente indispensable, pues yo sabía que solo iba de paso, que no iba para quedarme y que, en este viaje, me debía desplazar de una ciudad a otra, no solo en aviones, sino también en trenes, buses, metro, subir y bajar «escaleras con la maleta». Por eso, para poder disfrutarme la experiencia, debía viajar muy «ligera de equipaje».

Mientras yo me desplazaba con mi pequeña maleta en el transporte público de las ciudades europeas, pensaba en lo acertado que había sido esa decisión. Obviamente tuve que sacrificar algunas cosas propias de nosotras las mujeres que acostumbramos a llevar más de un par de zapatos y muchos accesorios, cosas que a la larga realmente no son tan necesarias. El dejar todo eso valió la pena, porque mi pequeña maleta me permitía moverme con mayor libertad.



Venecia, Italia



En una barca, Mar de Galilea

Todo ello me llevaba a reflexionar sobre nuestro propio camino en esta tierra donde desarrollamos diferentes tareas, misiones, con las cuales crecemos y vamos construyendo comunidad y aprendiendo a ser mejores seres humanos, a ser más libres y generosos, a seguir en movimiento, a no aferrarnos a nada... *«De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si al final pierde su alma?» (Mc. 8, 36).*

Es todo un proceso de ir configurándonos con Cristo, de ir creciendo hasta alcanzar su Estructura Perfecta: *«Que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Ef. 4, 11).* Una plenitud que solo alcanzaremos en la Pascua definitiva: pascua significa «paso» de esta vida temporal a la vida eterna y plena en Dios cuando partimos de este mundo. Eso a lo que llamamos «morir», pero que en realidad es una «mudanza», un transformarnos, un transfigurarnos como Jesús (Mt. 17, 1-2). Un viaje que iniciamos ya desde aquí, en esta vida y este tiempo de peregrinos donde vamos avanzando siguiendo las huellas de los pasos de Cristo para configurados con Él.

No vinimos a este mundo simplemente para ser doctores, abogados, madres, padres, o cualquier otro rol, sino para que, en ese servicio, mientras peregrinamos en el desierto de esta vida temporal, nos vayamos transformando en una tierra que mana leche y miel (Ex. 33,3). Es decir, que nuestro corazón árido y endurecido como una piedra, se transforme en un corazón misericordioso como el de Jesús: *«aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas» (Mt. 11, 29).*

Eso no significa dejar de vivir esta etapa de nuestra existencia intensamente, sino hacerlo de la mejor manera: peregrinar «ligeros de equipaje» para poder disfrutar de esta experiencia junto aquellos que Dios nos ha regalado como compañeros de camino. Es importante vivir en clave de «éxodo»: en clave de «salida» a otro lugar que nos espera...

*Y cuando la Nube se detenga,
pondrás tu tienda caminante
Y otra vez allí donde te cubra,
será estación para servir y darte*

*Pero recuerda:
Estarás ahí por breve tiempo,
mientras la tarde cae y el Fuego arda,
pues, no es aún ésta tu Casa,
y a mi señal irás partiendo.*

*Sirve aquí, espera y ama,
mientras mi Nube te acompaña*

Al respecto, recuerdo, con especial cariño, a la hermana de mi cuñada en la ciudad de Barranquilla. Ella recientemente había comprado una nueva casa y había estado decorándola antes de decidir mudarse. Sin embargo, no alcanzó a mudarse a aquella bonita casa que con tanto esmero había estado preparando. Días antes de la mudanza, ella se enfermó repentinamente de algo que no parecía grave, aparentemente un simple malestar estomacal. Y en apenas un fin de semana se nos fue, falleció...

En medio de la tristeza que a nuestra familia le generaba su inesperada partida, yo pensaba en los signos con los que Dios nos hablaba en ese momento:

«La mudanza»: Ella ciertamente sí se mudó de casa, pero no a la que ella había estado preparando aquí, sino a la que Dios le había estado preparando a ella en el Cielo:

Jesús dice: «No se entristezca su corazón. Crean en Dios y crean también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no fuera así, yo no les hubiera dicho que voy a prepararles un lugar. Y cuando me haya ido y les haya preparado un lugar, volveré y les llevaré conmigo, para que donde esté yo, estén también ustedes» (Jn. 14, 1-13).

Nuestra verdadera casa, nuestro verdadero hogar no es aquí... Este breve tiempo que Dios nos regala en esta vida temporal, junto a tantos seres queridos, es solo un espacio y tiempo de «peregrinación». Un peregrinar en el cual vamos creciendo y madurando en el amor, aprendiendo a ser verdaderamente «libres» y estar listos para mudarnos definitivamente a esa nueva Casa que nos espera en Cielo: el verdadero hogar preparado por Dios que nos ama infinitamente...

*¡Caminante!
¡La Nube nuevamente se levanta!
«tu hora» llega, continúa la marcha:
Peregrinos del «Desierto»,
en Camino a la Verdadera Casa*

Jesús siempre hablaba de su «hora», refiriéndose al momento de su partida de este mundo (Jn. 2, 4). Y, con ello, nos invita también a nosotros pensar en ese momento cuando llegue nuestra propia «hora»: el tiempo feliz, cuando a los ojos de Dios ya estamos «listos» para dar ese último paso (Pascua) y entrar definitivamente en el Fuego de su Amor Ardiente para hacernos uno solo con El Amado: Dios, su Divino Corazón que es nuestro Cielo...

*¿Acaso puedes ya negarte
y decir «iré más tarde»?
¿Acaso puedes resistirte
a quien te llama a Casa
para Amarte?*

Bienaventurada Mano Frágil



Mendigo y Señor

Mendigo y Señor

Canción¹⁷³

I

Esta mañana al despertar,
 Tu Luz abrió mi ventana.
 Esta mañana al despertar,
 Tu Amor paciente esperaba...

Pude sentirte en la brisa que allí,
 tu canto susurraba...
 Pude sentir tu caricia hacia mí,
 ¡con qué Amor me cuidabas!

CORO

*¡Estoy enamorada del Amor
 que rompió mis cadenas!*

*¡Mendigo y Señor
 que habita en mi alma
 y me llena!*

*Estoy enamorada
 de las mañanas plenas...
 Estoy enamorada, sí,
 de un Amor sin fronteras*

II

Hasta la lluvia al caer
 tu Amor en gotas desgrana...
 Eres mi Roca y mi sostén
 en tiempos de batalla...

Vives en mi sonrisa y, cual miel,
 endulzas mis palabras,
 Ruedas por mis mejillas también,
 si el llanto a mí me embarga

¹⁷³ Escuchar fragmento aquí: https://youtu.be/SRWUhKQ_Lfs?t=2314

III

En tus manos yo pondré
mi amor, mi fe, mi esperanza...
En tus manos dejaré
mi vida y mi confianza...

¡Mis sueños fallidos,
la herida de ayer...
mi mundo y mi nada!
«Aquí estoy, Señor a tus pies,
hágase en mí Tu Palabra»¹⁷⁴

Bienaventurada Mano Frágil

Fecha: antes del año 2002



«Tú me has seducido, Señor, y yo me dejé seducir, eras más fuerte que yo y me venciste» (Jer. 20,7).

La canción «Mendigo y Señor»: Una noche, en sueños, me encontré con un Jesús «caminante», que viste de «mendigo» y lleva sus «pies descalzos». Caminaba muy aprisa, tanto que cuando me invitó a ir detrás suyo, yo tuve que acelerar mi paso para poder seguirlo.

Es un mendigo muy particular, porque en sus «pies descalzos» yo descubrí a un Rey que lo dejado todo por mí, que me ha dicho que yo soy la «perla preciosa», por la que Él lo ha vendido todo (Mt. 13,45-46/Is. 43, 4/Ap. 9).

Ante la fuerza de semejante Amor sin límites, de su Amor que no conoce fronteras, yo no tuve más remedio que caer «rendida a sus pies». Por eso, aquel Mendigo se convirtió en mi Señor:

«Tú me has seducido, Señor, y yo me dejé seducir, eras más fuerte que yo y me venciste» (Jer. 20,7).

¹⁷⁴ Lucas 1, 38: Entonces María dijo: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.»

Sí. Me venciste Señor con la fuerza de tu Amor.

Pasé mucho tiempo pensando en el significado de aquel sueño. Y en las palabras que aquel mendigo me había dicho:

«Recuerda los compromisos del bautismo»:

En aquel sueño que tuve (año 2011), yo caminaba a lo largo de una playa bordeando un gran mar... De repente vi venir a Jesús caminando hacia mí, estaba vestido como un «mendigo», con sus «pies descalzos» y parecía tener mucha prisa... Se acercó a mí y me dijo:

«Recuerda los compromisos del bautismo...»

Con su mirada me invitó a ir detrás suyo, y continuó su marcha. Él iba muy a prisa, y yo me vi obligada a acelerar mi paso para poder seguirlo, pero sin saber realmente qué significaba eso que me acaba de decir sobre los *compromisos del bautismo*... Más adelante me dijo: «*deja que los muertos entierren a sus muertos*».

A la mañana siguiente, empecé a buscar en internet cuáles eran esos «*compromisos del bautismo*» que me había dicho Jesús, pero no los encontré, al menos no bajo esa forma de denominación. Durante toda la semana seguí pensando sobre lo mismo, las palabras de Jesús resonaban en mi corazón una y otra vez y la imagen de sus «*pies descalzos*» se había quedado grabada en mi mente de manera muy persistente... El domingo de esa misma semana, nuestro párroco envió 5 laicos (entre ellos yo) para participar de la reunión de la «Misión Continental», en la ciudad de Medellín, como parte de los compromisos señalados por la V Conferencia Episcopal celebrada en la ciudad de Aparecida, Brasil. En la V Conferencia Episcopal, los obispos de todo el mundo se reunieron en el santuario dedicado allí a la Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora de Aparecida de Brasil, y visionaron el plan de trabajo para la Iglesia en

Latinoamérica; esta V Conferencia Episcopal fue denominada «*Discípulos y Misioneros*».

Volviendo a lo que venía relatando de esa primera reunión de la Misión Continental en Medellín, este fue realmente un encuentro muy bonito y, a mediados de esta jornada, estaba programada una predicación del arzobispo de Medellín... Justo antes de que el arzobispo saliera al escenario, yo tuve una experiencia muy especial: Dios nos habla de muchas maneras, a través de los acontecimientos ordinarios, en las personas que llegan y salen de nuestra historia y, a veces, también podemos sentir, en el interior de nuestro corazón, lo que Él nos quiere decir; eso me pasó a mí ese día. Yo sentí que Dios me hablaba... Básicamente, estas eran las ideas que circulaban en mi interior y que yo reconocía como la voz de Dios:

- «*Cuéntale a Luisa lo que te dije en el sueño*» (Luisa es mi amiga que estaba allí con su esposo Roberto, ella estaba sentada junto a mí)...

- Yo pensé: *¿para qué?*

- Entonces, sentí que Dios insistió: «*Pregúntale por los compromisos del bautismo*»...

- Yo repliqué: «*No hay tiempo de ponerme a conversar con Luisa, el ministerio de música ya va a terminar de cantar y el obispo va a iniciar su predicación; lo haré luego, después de la predicación, en el receso*»...

- Pero Él insistió con mayor fuerza: «*¡Es ya, después será demasiado tarde!*»

- Yo dije: *¿tarde para qué?*

Entonces, sin replicar más y sin entender realmente lo estaba pasando, yo obedecí y le conté muy rápidamente a mi amiga que había soñado con Jesús, descalzo, vestido de mendigo y que Él me dijo: «*recuerda los compromisos del bautismo*». Yo aproveché y le pregunté si ella sabía cuáles eran estos compromisos; ella sin estar segura pensó que podían estar relacionados con aquello que nos dicen cuando nos bautizan: *somos sacerdotes, profetas y reyes*. No pudimos seguir hablando pues el arzobispo ya empezaba su predicación. Y entonces, ocurrió lo inesperado... ¿Qué fue?

El tema de la predicación del obispo era precisamente sobre los «*compromisos del bautismo*»... A manera de exhortación, el arzobispo empezó hablando de que muchos de nosotros no éramos conscientes de los «*compromisos del bautismo*», y señaló los títulos que habíamos recibido cuando fuimos bautizados: *profeta, sacerdote y rey*. Explicó cada uno de ellos:

El significado de ser *profeta* en el mundo de hoy, denunciando valientemente lo que está mal y defendiendo el amor, la fraternidad, la paz; la manera como los laicos también ejercemos un *sacerdocio bautismal* como pastores de otros; y que estamos llamados a hacer realidad el Reino de Dios, a la manera del *reinado de Cristo* en el Amor, como Jesús que no vino para ser servido sino para servir.

Al escuchar al arzobispo, mi amiga Luisa me miró sorprendida, pues minutos antes era lo que le había preguntado. Y, entonces, yo entendí aquello de que debía «*decirle ya, pues luego sería tarde*»... Lo de «*tarde*» pienso que era para mí... Porque era necesario hablar lo que el Señor me había dicho en sueños, antes de que aconteciera lo que vendría después, pues si lo hubiese dicho luego de la predicación del arzobispo, yo podría haber pensado que todo lo vivido había sido mi imaginación y, simplemente, producto de lo que había escuchado en esta charla... Y es que, desde que comencé a vivir este tipo de experiencias que veces parece que se salen un poco de lo natural, han empezado muchos cuestionamientos en mi interior en torno a si estoy imaginando cosas... Por la formación que he recibido desde el campo de la psicología en la universidad, humanamente intento examinar bajo lupa racional todo lo que me pasa... Así que, desde mi razonamiento humano, alguna vez le dije en oración al Señor: *¿Será que estoy imaginando cosas?*... Y por eso, creo que Dios, que no tarda en responder, se ocupó de disipar cualquier inquietud mía al respecto.

Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis (Jn. 14, 29).

Miren cómo se cumplió todo lo que antes anuncié, y ahora voy a anunciar cosas nuevas; se las hago saber a ustedes antes que aparezcan (Is. 42, 9).

El hecho de contarle todo a mi amiga antes de que el arzobispo empezara a hablar, era como ese signo para mí que me tranquilizaba y me hacía saber que mis sueños y lo que sentí en mi corazón, realmente venían de Dios. Luego de la predicación, el obispo hizo una oración por nosotros y después declaró el «envío» misionero para quienes estábamos allí: con sus manos levantadas hacia nosotros pidió una nueva efusión del Espíritu Santo. En mi corazón yo recordé aquel tiempo del primer amor con Dios, cuando le había dicho un sí convencida, al Señor que me llamaba con aquel texto bíblico:

Y oí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por Nosotros? Yo respondí: Heme aquí Señor, envíame a mí. (Is. 6, 8).

Entonces, le pedí perdón por haber dejado la misión tirada aquella primera vez y le volví a decir: «*Si aún quieres Señor, envíame a mí*». En ese momento, el ministerio de música empezó a cantar una canción de un cantante Cristiano, cuya letra era sobre ese mismo texto de Isaías: «*Heme aquí, envíame a mí*»... Mis lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas...

Mientras el ministerio de música cantaba, yo no paraba de llorar inconteniblemente... Y Dios siguió hablando a mi corazón:

Él me pedía abrir los ojos y contemplar mi mano y el color de mi ropa de ese día... Yo estaba vestida de morado y en mi mano tenía “una pulsera”, también de color morado, que me había regalado mi cuñada en mi pasado viaje a la ciudad de Barranquilla, yo la tenía guardada sin haberla estrenado aún, pero ese día, al ver que, hacia juego con la ropa, por primera vez me la puse... Esta pulsera tenía tres dijes grandes: una flor, una mariposa y una perla... Sentí que Dios me decía al corazón:

Estas vestida de morado, el morado es el color litúrgico que significa cambio, mutación, metamorfosis... ¿Ves la «flor y la mariposa» en tu pulsera?, el cactus del desierto ha

florecido, y la oruga se ha convertido en mariposa... Tú ya no eres oruga, un gusano que se arrastra, te has convertido en una nueva criatura: en mi mariposa...

Posteriormente al ver la «perla», Dios trajo a mi mente aquel texto de la parábola que dice que el Reino de los Cielos es como un comerciante de *perlas preciosas* que se encuentra una perla de gran valor y va vende todo lo que tiene para comprar esa perla preciosa (Mt. 13,45-46) ... Yo solía pensar que la Perla Preciosa de la que hablaba la parábola, era Dios y el Cielo por el cual “nosotros”, una vez que lo descubríamos, vendíamos todo, es decir, lo dejábamos todo, para ganar un lugar en ese Reino (y también es cierto)... Pero Dios me dijo justo lo “contrario”: *«Tú eres la Perla Preciosa por la que Yo, el Rey del universo, lo vendí todo para poder comprarla... Tú eres mi preciosa»...*

Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque Tú fuiste inmolado, y con tu Sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación (Ap. 9)

Porque eres precioso a mis ojos, eres de gran valor para Mí y Yo te Amo (Is. 43, 4)

«Preciosa»... Esa expresión me hizo recordar una relación amorosa del pasado que yo tuve, donde el hombre que era mi pareja solía llamarme «preciosa», y yo a él lo llamaba «pedacito de Cielo» (Luego yo aprendería que mi único y verdadero *Cielo* es el Corazón de Dios). Aquella relación de pareja duró 8 años y, finalmente, terminó. Recuerdo que después de aquella ruptura, yo no soportaba escuchar esa expresión «*preciosa*»... Sin embargo, esa tarde, en los «labios de Dios» sonaba tan distinta... era como bálsamo sanador, como dulce miel... Inmediatamente y, como si no fuera suficiente, el Señor, en esa misma tónica de «enamorado», agregó: *Porque eres «preciosa» a mis ojos, eres de gran valor para mí, y Yo te amo* (Is. 43, 4). Yo conmovida en lágrimas, pensé una vez más en mi interior: Dios no descuidó ningún «detalle» para manifestarme su Amor (con mayúscula, porque ese sí es verdadero Amor) y se aseguró de que yo finalmente comprendiera su Mano Amorosa interviniendo en mi historia...

El aceite sagrado de la «unción» y la «estrella»:

En el año 2014 tuve la oportunidad de visitar Tierra Santa, y fui a Belén, donde tuve una experiencia muy especial con la estrella de Belén y el aceite Sagrado. Antes de narrar esta experiencia, empezaré dando un poco de contexto:

Allí, en Tierra Santa, inicialmente, estuve en el lugar donde está señalada la tumba del Rey David, aquel pequeño pastor de ovejas a quien Dios unge como rey y del cual, en lo humano, desciende Jesús¹⁴¹ (Lc. 3, 23-38).

David es ungido rey: Dios dice a Samuel: Anda, llena de aceite tu cuerno, que quiero que vayas a la casa de Jesé, el de Belén, porque ya escogí como rey a uno de sus hijos... Cuando ellos llegaron, Samuel vio a Eliab y pensó: “Con toda seguridad éste es el hombre que el Señor ha escogido como rey”. Pero el Señor le dijo: “No te fijas en su apariencia ni en su elevada estatura, pues no es el que Yo he elegido. No se trata de lo que el hombre ve; pues el hombre se fija en las apariencias, pero Yo me fijo en el corazón”... Entonces Jesé presentó a Samuel siete de sus hijos, pero Samuel tuvo que decirle que a ninguno de ellos lo había elegido el Señor. Finalmente le preguntó: ¿No tienes más hijos? “Falta el más pequeño, que es el que cuida el rebaño” —respondió Jesé. —“Manda a buscarlo, porque no comenzaremos la ceremonia hasta que él llegue” —dijo Samuel—Jesé lo mandó llamar... Entonces el Señor dijo a Samuel: “Éste es. Así que levántate y conságralo como rey” (1 Sam. 16, 1-13).

David había sido «descartado» desde el principio porque no coincidía con los criterios y expectativas de lo que su familia y el mismo sacerdote Samuel veían en los reyes del mundo de su tiempo. Por eso a David ni siquiera lo habían considerado en la lista de los 7 hijos que podrían llegar a ser ungidos como rey. Pero Dios había puesto sus ojos en David, el que faltaba en la lista, el “octavo” de ellos, el más pequeño de todos... Pues Dios acostumbra a trabajar precisamente con los del «descarte» (Mateo 21:42/ Salmo 118, 22)...

Por eso también, en sus cuentas, Dios «todavía trabaja» en un día más que no estaba en «nuestra lista» de los 7 días de la creación: el «Octavo Día» de la Nueva Creación:

El hombre fue a decir a los judíos que era Jesús quien lo había sanado. Ellos atacaban a Jesús, porque hacía esas cosas en sábado (el día séptimo, “día de descanso”). Pero Jesús les dijo: «Mi Padre todavía trabaja, y Yo también trabajo» (Jn. 5, 15-18)

En la unción de David en Belén, fue prefigurado Jesús quien es el Verdadero Rey no reconocido entre los suyos¹⁷⁵, el «descartado» por los criterios de este mundo¹⁷⁶, el Rey que por Amar hasta el extremo está desnudo, lleva una corona de espinas, y su trono es una Cruz (Jn. 13,1-15/ Mt. 13,45-46/ Ap. 5:9)¹⁷⁷... Jesús *el Buen Pastor* que cuida el rebaño (Jn. 10:11), ese Dios que, como el *samaritano compasivo* (Lc 10,25-37), para aproximarse a nosotros, para hacerse «Dios con nosotros», se ha *abajado tanto*¹⁷⁸ a nuestro nivel que se hizo el más pequeño de todos: el niño del pesebre de Belén...

Pues bien, durante mi visita a Tierra Santa, hubo muchos regalos espirituales, pero a continuación, relato uno que atesoro con especial cariño, aconteció el jueves 8 de mayo del 2014. He aquí la hermosa experiencia que viví en aquella Gruta de Belén donde nació Jesús:

La Basílica de la Natividad fue construida sobre la cueva, por eso, el lugar del nacimiento de Jesús es una gruta pequeña, debajo del presbiterio, a la que hay que «*agacharse*» para entrar. En el suelo, hay una estrella de

¹⁷⁵ Juan 1,11: En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por medio de Él, y el mundo no le conoció. A los suyos vino, y los suyos no le recibieron. / 1 Corintios 2:8. Esta sabiduría que ninguno de los gobernantes de este siglo ha conocido, porque si la hubieran conocido nunca habrían crucificado al Señor de la Gloria...

¹⁷⁶ Entonces Jesús les dijo: ¿No han leído nunca en la Escritura: “La Piedra que desecharon los constructores, es ahora la piedra angular, esto es obra del Señor y es un prodigio admirable”? (Mt. 21, 42 / Sal. 118, 22)

¹⁷⁷ El Reino de los Cielos es como un “Comerciante” de perlas preciosas, que encuentra una perla de gran valor y entonces va y vende todo lo que tiene para comprar esa perla preciosa (Mt. 13,45-46) / Eres precioso a mis ojos, eres de gran valor para Mí y Yo te Amo (Isaías 43:4) Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque Tú fuiste inmolado, y con tu Sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación (Ap. 5, 9)

¹⁷⁸ “Jesús se inclinó, y con el dedo, comenzó a escribir en la tierra” (Jn 8, 8)

plata que marca el lugar del nacimiento de Jesús. Usualmente, los peregrinos entran y se arrodillan sobre la estrella. Es una gruta tan pequeña que, una vez adentro, no hay forma de ponerse en pie, sino permanecer de rodillas o agachado.



Gruta de Belén, Basilica de la Natividad. Tierra Santa.

A mí me pareció muy hermoso este signo de tener que *agacharse o inclinarse* para poder entrar a esta pequeña gruta y arrodillarse sobre la *Estrella* que «está en el suelo» señalando el lugar donde nació Jesús; eso me recuerda la actitud de Dios: el Rey del Universo que, tomando la iniciativa, es quien se ha *inclinado* a nuestro nivel, encarnando nuestra condición humana (tierra, barro) y, siendo infinito, ha entrado en nuestra historia:

Jesús se inclinó, y con el dedo, comenzó a escribir en la tierra (Jn. 8, 8).

Dios dice a través del profeta: “Me incliné a ellos para darles de comer” (Os.11,4)

Llegué a Belén y, en la pequeña gruta de la Natividad, me sucedió un peculiar incidente: al arrodillarme sobre la «*estrella*» puesta sobre el suelo que la tradición señala como el lugar del nacimiento de Jesús, se derramó encima de mí una lámpara de aceite de olivo de las que alumbran el interior de la gruta:

El lugar estaba muy lleno de peregrinos. Yo me había ubicado en la fila que descendía por la escalera hacia la pequeña gruta. Pero el lugar era estrecho y éramos muchos, así que ni siquiera alcanzaba a ver cómo era el proceso de ingreso a la gruta. Cuando ya casi llegaba mi turno de entrar a la gruta, las personas que me apretujaban en la fila me fueron llevando y, no sé cómo, terminé allí abajo, en frente, casi que empujada...

Rápidamente me agaché para entrar y arrodillarme sobre la estrella... En medio de la confusión, no me había percatado de las pequeñas lámparas de aceite de olivo que estaban dentro de la gruta colgando de la parte superior. Apresurada por quienes estaban allí, no me fijé en estas lámparas y no tuve el debido cuidado, así que una de las que estaba colgada, cayó sobre mí, y se derramó el aceite. Yo quedé llena de aceite de pies a cabeza... Providencialmente, el aceite de la lámpara, que se derramó encima de mí, no estaba tan caliente y gracias a Dios no me causó quemaduras.

Los frailes ortodoxos que cuidaban la gruta, en su idioma que no entendía, parecían regañarme por este incidente. Yo, muy apenada, me apuré a levantarme... Mientras tanto, las personas que estaban alrededor se apresuraban a intentar recoger, con servilletas o pañuelos, aquel aceite sagrado que había quedado regado en el piso...

La hermana Blanca, una monjita, que era parte del grupo de nuestra peregrinación, me dijo al respecto: *¿Niña usted no se ha dado cuenta de lo que le sucedió?... la ungieron de pies a cabeza, y justo en la gruta de la «Natividad» en Belén... ¡Qué bendición!...*

Sí, justo allí, arrodillada sobre la estrella que señala el lugar del nacimiento de Jesús... Yo medité este hermoso detalle en mi corazón, y pensaba en aquella *estrella de Belén* que marca la ruta para que la humanidad de todos los tiempos (representada en aquellos sabios de Oriente) pueda llegar hasta el Rey de la Gloria que se manifiesta al mundo en la pequeñez de un niño (Mt. 2, 1-12).

Supe entonces que yo también, y cada uno nosotros, estábamos llamados a ser como aquella *estrella* de Belén que

señale a la humanidad de hoy el Camino hacia Dios: la única Fuente de Paz y Vida... Ser lámpara encendida con el Aceite del Espíritu Santo que arda e ilumine la oscuridad del mundo en este tiempo... Ser *Luz* que ayude a vencer la noche en la que caminan aquellos que han perdido la ruta y andan de espaldas a Dios: Mostrarles, ayudarles a ver ¡cuánto los ama Dios!...

Jesús dijo a sus discípulos: Vosotros sois la *luz* del mundo. Una ciudad situada sobre una montaña no se puede esconder, Ni se enciende una lámpara para ponerla debajo de una mesa, sino sobre el candelero para que alumbre a todos (Mt. 5, 14- 15).

Pero entonces, sentí que debía continuar meditando en el detalle de *esa estrella en el «suelo»*:



Estrella que marca el nacimiento de Jesús en la Gruta de Belén

Sí, aquella «*estrella que estaba en el suelo*» de la pequeña gruta de la Natividad en Belén sobre la cual nosotros nos arrodillábamos: Allí me di cuenta que yo, y muchos otros, también hemos sido como «*estrellas en el suelo*», estrellas sin luz que yacen en la tierra *sin cumplir la misión* para la

que fueron creadas... Porque el suelo no es lugar a donde realmente pertenecen las estrellas...

Pero Dios también se «*inclina*» sobre nosotros y nos *levanta* del suelo para luego revestirnos con su Brillo y que alumbremos el oscuro firmamento en la noche de la humanidad de todos los tiempos:

¡Levántate y resplandece, que tu luz ha llegado! ¡La gloria del Señor brilla sobre ti! Mira, las tinieblas cubren la tierra, y una densa oscuridad se cierne sobre los pueblos. Pero la aurora del Señor brillará sobre ti; ¡sobre ti se manifestará su gloria! Las naciones serán guiadas por tu luz, y los reyes, por tu amanecer esplendoroso (Is.60, 1-3).

Nosotros, en cambio, con el rostro descubierto, reflejamos, como en un espejo, la gloria del Señor, y somos transfigurados a su propia imagen con un esplendor cada vez más glorioso, por la acción del Señor, que es Espíritu (2 Cor. 3,16 – 18).

Yo soy el Señor, en justicia te he llamado; te sostendré por la mano y por ti velaré, y te pondré como pacto para el pueblo, como luz para las naciones, para que abras los ojos a los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de la prisión a los que moran en tinieblas (Is. 42,6-7)

Y entonces, recordé mis «*anhelos de infancia*», esos deseos de mi corazón de niña:

Cuando era muy pequeña, yo decía que quería ser «*astronauta*» para estar muy cerca de aquellas *estrellas* que contemplaba en el cielo y, que con su brillo iluminaban el oscuro firmamento de mi ciudad, en esas noches en las que había «*apagones*» porque fallaba la luz eléctrica. Pues, precisamente, cuando la noche estaba más oscura por la falla de la luz eléctrica, era cuando mejor se podía contemplar el brillo de las estrellas. Era tanto mi anhelo, que ya desde la escuela primaria estudiaba con gran interés todo lo relacionado con las estrellas y la astronomía, eso me llevó luego, en la secundaria, a destacarme en materias como las matemáticas y la física. Sin embargo, para decepción de algunos de mis profesores, cuando crecí, elegí seguir una carrera propia del campo de la educación: me hice maestra y luego me gradué en psicopedagogía (psicología educativa).

Yo, honestamente, con los años me olvidé un poco de aquello de ser «astronauta»... Quizás, el fondo, intuía que no era eso exactamente lo que anhelaba mi corazón, sino la luz de aquellas *estrellas* que amaba contemplar... Y Dios lo sabía, pues Él mismo había sembrado en mí su anhelo...

Sorprendida, entonces, descubro que Dios siempre escucha los *anhelos profundos de nuestro corazón* y, generosamente, nos responde más allá de lo que podamos desear e imaginar:

Ama al Señor con ternura, y Él cumplirá los anhelos más profundos de tu corazón (Salmo 37,4).

Sí... Porque Dios, con este *signo* recibido en Belén, le decía a mi corazón que Él no había olvidado aquel *anhelo de mi infancia*... Pues Dios me concedería *mucho más* que estar muy cerca de esas «estrellas» que tanto contemplaba cuando era niña: Dios me convertiría en *una de ellas* que iluminaría el firmamento del mundo con el brillo especial de su Amor...

Los sabios resplandecerán con el brillo de la bóveda celeste; y **los que enseñaron a muchos en el camino de la justicia brillarán como las estrellas por toda la eternidad** (Dn.12, 3).

Porque, finalmente, esos deseos humanos, todavía imperfectos y limitados, son como una sombra de los deseos perfectos de Dios que yacen en lo más profundo de nuestro corazón:

Poca cosa es que tú seas mi siervo, para levantar las tribus de Jacob y para restaurar a los que quedaron de Israel; **también te haré luz de las naciones**, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra (Is. 49, 6) .

Y, por eso, Dios toma nuestros deseos limitados y los perfecciona, llevándolos más allá de nuestros presupuestos humanos, y los eleva al nivel de lo que Él ha soñado:

Ni ojo vio, ni oído oyó, ni mente humana puede imaginar lo que Dios tiene preparado para los que le aman (1 Cor. 2, 9).

Este descubrimiento sobre como Dios cumple los deseos de nuestro corazón, lo hice en el año 2014, cuando meditaba

en esta experiencia de la *estrella de Belén*. Al respecto, fue muy grato para mí, descubrir, años después, que un importante teólogo de la edad Media, *San Buenaventura de Bagnoregio*, también había meditado en ello. Fray Carlos Esteban Salto Solá, un fraile Franciscano, a quien tuve la oportunidad de conocer en Roma, hace un interesante análisis de este aspecto en la obra de San Buenaventura de Bagnoregio¹⁷⁹.

Con el tiempo, también descubrí que los anhelos que Dios siembra en el fondo de nuestro corazón, están asociados con la misión para la cual nos ha creado... Recordé entonces aquel sueño, donde vi a Jesús, vestido de mendigo con los pies descalzos, venir caminando apresurado por la orilla del mar, y me invitó a seguirlo, diciéndome:

«*Recuerda los compromisos del Bautismo*».

Sí... Cuando somos bautizados, Dios nos hace *profetas*, *sacerdotes* y *reyes* a la manera de Él: sirviendo en el Amor...

Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz» (1 Pedro, 2, 9) .

Nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre (Ap. 1, 6).

Profetas para anunciar la Verdad y la Vida que es Dios mismo, y denunciar lo que se disfraza de bien o verdad y que conduce la muerte; *sacerdotes*, en el sacerdocio bautismal que, como pueblo de Dios tenemos todos los bautizados en la fe cristiana, para orar los unos por los otros, para ofrecer la propia vida, gastándola como Cristo por la salvación de sus hermanos; y *reyes*, a la manera de Jesús, que «*no vino a ser servido, sino a servir*» (Mt. 20, 28).

Y con estos «títulos», también Dios nos entrega una responsabilidad personal y misión en este mundo, unos

¹⁷⁹ Peña J. Comp. (2019). 800 años del natalicio de San Buenaventura de Bagnoregio. Capítulo de Fray Carlos Salto Solá, páginas 55-58. Ver en: <http://www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co/index.php/libros/institu/item/477>

compromisos bautismales que con los años olvidamos o, simplemente, no éramos conscientes de que los teníamos...

En cambio, nos comprometemos con los tesoros efímeros de este mundo: el poder, la fama, la aprobación social... a tal punto que, una vez más, traicionamos a Cristo y lo condenamos a muerte como Judas, pues nuestra vida pública no tiene coherencia cristiana: cada uno de nosotros relativiza la fe a su medida personal para que se acomode a su estrecha escala de valores mundanos. Criterios egoístas que están dispuestos a sacrificar la vida de los más pequeños y vulnerables para que no nos incomoden. Públicamente nos reconocemos como cristianos bautizados, pero somos capaces de callar ante la injusticia, o promover leyes para permitir quitarle la vida a los más pequeños en el vientre de sus madres... Hasta se le cambia el nombre a actos violentos como el aborto, para que suene menos desagradable a nuestra conciencia adormecida: lo llamamos «*interrupción del embarazo*», «*derecho de la mujer a decidir*», «*salud reproductiva*», etc. Como el relato del Edén, en el libro de Génesis, el mal se se sigue disfrazando de bien, para que lo aceptemos y promovamos como algo justo y deseable:

La mujer vio que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista [...] tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió (Gn. 3, 6).

Y así, se instrumentaliza y ejerce violencia contra la misma mujer, quien es también vulnerable y está necesitada de apoyo, no de más violencia... Porque ninguna violencia se soluciona con otro acto más violento, ni ningún trauma se resuelve generando otro trauma mayor que involucra a otros, especialmente a quienes pierden la vida.

Dios dice: ¿Puede una madre olvidarse de su hijo pequeño, o no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré. Te llevo grabada en la palma de mi mano (Is. 49, 15).

Antes de que yo te formara en el vientre de tu madre, ya te conocía (Jer. 1, 5-12).

Y así, mediante leyes, se ha «normalizado», en esta época, la matanza más grande de inocentes (Mt. 2, 16-18). Algo que debería ser inaceptable en una sociedad civilizada, pero donde se ha forzado a participar en este acto violento a personal del campo de la salud y otras áreas, e incluso, hasta a quienes no están de acuerdo, pero que son obligados a pagarlo a través de sus impuestos, porque se incluye el servicio público de salud que pagan todos.

En mi país Colombia, a inicios del año 2022, jueces de la corte Constitucional aprobaron el aborto legal hasta las 24 semanas, es decir, de 6 meses de gestación... El mismo tiempo que tenía San Juan Bautista cuando saltó de alegría en el vientre de Isabel, al recibir la visita de María, mientras Jesús apenas empezaba a crecer en el vientre de María:

En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre e Isabel quedó llena del Espíritu Santo. Entonces, con voz muy fuerte, dijo: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, ¿Quién soy yo para que venga a visitarme la Madre de mi Señor? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi vientre» (Lc. 1, 39-56).

Pero así sea menos tiempo, es una vida distinta a la de la madre y no tenemos derecho a truncarla; nadie puede ser discriminado por su forma de llegar a este mundo, si fue o no planeado o deseado, si tiene un minuto o 6 meses de vida en el vientre de su madre... El pensamiento mundano, en su agenda de muerte, lo primero que hace es quitarle la dignidad a aquel sobre el cual quiere ejercer violencia para poder justificar su eliminación: al anciano, al enfermo terminal, al recién concebido, como si su dignidad fuera una condición relativa, y no su vida misma, independiente del tiempo de gestación o el tiempo de vida que les quede; por eso, se deshumaniza la vida de los más pequeños en el vientre de sus madres, quitándoles su condición humana. Se olvidan que, el vientre de María, Dios quiso asumir también la *pequeñez de los niños más pequeños y vulnerables*.

Y Dios nos interpela, y nos urge a asumir nuestro rol de *profetas* para levantar la voz *por quienes no pueden hacerlo*, en la época de la historia que nos tocó vivir¹⁸⁰.

«Levanta la voz por los que no tienen voz; ¡defiende a los indefensos!» (Prov. 31, 8).

Al respecto, recuerdo algo que me aconteció en Navidad, en los Estados Unidos:

Un niño Jesús «muy pequeñito»:

En Navidad de 2013, yo estuve con mi mamá en Estados Unidos, ella quería pasar la Navidad con sus nietos y la familia de mi hermano mayor que viven allá. Recuerdo que un día antes del 24 de diciembre, yo quise ir a Misa, y fuimos, entonces, a una parroquia cercana de allí.

Esa mañana, al final de la Misa, el sacerdote celebrante pidió acercarse al altar a quienes habían traído imágenes del niño Jesús para bendecirlos (al día siguiente era nochebuena y, usualmente, se pone la imagen del niño Jesús en el pesebre)... Yo observaba como muchos feligreses subían con hermosos y grandes esculturas del niño Jesús. Y me sentí un poco triste porque no había ido preparada llevando un niño Jesús para aquella bendición y para luego ponerlo en el pesebre de la casa de mi familia.

De repente recordé, que días antes de mi viaje a USA, una amiga (su nombre es Ángela de Jesús), me había regalado una tarjetica de navidad con un recordatorio de un niño Jesús «muy pequeñito», el cual yo había guardado en el bolsillo de cartera que llevaba ese día... Me sorprendí gratamente al ver que era la misma cartera que en ese momento llevaba mientras estaba en la Iglesia en USA. Rápidamente busqué en los bolsillos de la cartera, por si

¹⁸⁰ Comparto una canción que compuse sobre los niños que son abortados y con la cual gané un festival de canción inédita en Colombia, en la navidad del año 1995. La canta una niña de 13 años:

<https://youtu.be/SzjouyaAenI>

acaso, todavía aquel niño Jesús estaba allí. Y sentí mucha alegría al encontrarlo.

Así que sin ningún complejo, yo me acerqué al altar con ese niño Jesús «*muy pequeñito*» que me habían regalado y que circunstancialmente se había quedado guardado en mi bolso... Todavía recuerdo ver los demás «niños Jesús», mucho más grandes y adornados, frente al mío «tan pequeñito», mientras yo lo sostenía *en la palma de mi mano*, también pequeña...

¿Puede una madre olvidarse de su hijo pequeño, o no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré. Te llevo grabada **en la palma de mi mano** (Is. 49, 15).



Niño Jesús que llevaba ese día

Ese detalle me recuerda a los niños *más pequeños* en los vientres de sus madres, esos que la sociedad de este tiempo dice que se les puede cortar la vida: Creo que esa fue una manera de Dios *recordarme* que Él también vive en los *más pequeñitos* que están *en la palma de su mano*, aunque el mundo no los considere lo «suficientemente grandes» para respetarles su vida...

Jesús nos lo recuerda también, y nos advierte al respecto:

Los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron: «¿Quién es el más grande en el Reino de los Cielos?» Jesús llamó a **un niño**, lo colocó en medio de los discípulos, y declaró: «En verdad les digo: si no cambian y no llegan a ser como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos. **El que se haga pequeño como este niño, ése será el más grande en el Reino de los Cielos. Y el que recibe en mi nombre a un niño como éste, a mí me recibe.** El que hiciera caer a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le sería que le amarraran al cuello una gran piedra de moler y que lo hundieran en lo más profundo del mar. ¡Ay del mundo a causa de los escándalos! Tiene que haber escándalos, pero, ¡ay del que causa el escándalo! Si tu mano o tu pie te está haciendo caer, córtatelo y tíralo lejos. Pues es mejor para ti entrar en la vida sin una mano o sin un pie que ser echado al fuego eterno con las dos manos y los dos pies [...] **Cuidense de no despreciar a ninguno de estos pequeños. Pues yo se los digo: sus ángeles en el Cielo contemplan sin cesar la cara de mi Padre del Cielo** (Mt. 18, 1-10).

Recuerdo también, que ese día yo llegué allí, a la misa, caminando bien, sin ningún problema, pero al bajar del altar con aquel niño Jesús pequeñito, me fui con un pie que parecía haberse pinchado con alguna cosa porque me dolía en todo el centro de la planta del pie como si tuviera algo punzante metido ahí. Me extrañaba el asunto, pues yo no podía haberme pinchado con nada, tenía puestas unas botas de cuero... Salí cojeando un poco, el dolor punzante no era tan grave, pero al llegar a casa se fue empeorando... Era mi pie izquierdo, el cual ya no solo tenía ese dolor punzante en el centro de la planta del pie, sino que se empezó a hinchar, y la zona adolorida se tornó de un color como rojizo y luego casi morado, era como si tuviera un hematoma que surgiera desde adentro... La hinchazón de mi pie fue tanta, que ya ni siquiera me podía poner sandalias, ni pantuflas, tuve que permanecer con los «*pies descalzos*».

Así, entonces, me quedé dentro de la casa, abrigándome los pies del frío de esta época. Yo trataba de disimular un poco el dolor para que mi mamá no se preocupara y para no dañarle las fiestas navideñas a la familia; ella me untaba en el pie toda crema que encontraba para la inflamación, pero la hinchazón no bajó sino hasta después de tres días... Eso

quiere decir, que las «elegantes zapatillas rojas» que había traído para ponerme con mi vestido durante la cena de Nochebuena, se tuvieron que quedar guardadas. Esa Navidad, la tuve que celebrar con los «*pies descalzos*»...

Tiempo después de las fiestas navideñas en USA, ya de regreso en Colombia, descubrí que, en algunos pueblos suramericanos, existía una devoción muy especial al «*niño Jesús de la espina*»: Una devoción al niño Jesús llorando, con una espina clavada en su pequeño pie izquierdo; es una manera de representar la dolorosa pasión que este pequeño niño Jesús vive desde el inicio de su nacimiento en un pesebre, y que seguirá cuando le pongan una corona de espinas, y sea clavado en la Cruz.

Apenas regresé a Colombia, fui al médico, y me hicieron muchos exámenes, pero todo salió bien... Parece que esta peculiar experiencia, que me aconteció para Navidad, Dios la supo aprovechar para ayudarme a meditar en el misterio del nacimiento de Cristo desde una perspectiva diferente:

Casi siempre que pensamos en la Navidad, nos quedamos en la emoción de los villancicos, la cena y los regalos, y con frecuencia nos olvidamos de quien es el más importante en esta fiesta: Dios que se hace carne y entra en nuestra historia para reconciliarnos con Él, y traernos su Paz...

Nos gloriamos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien ahora hemos recibido la reconciliación (Rom. 5, 11).

Muchas tarjetas navideñas, ahora con un sentido secular (no religioso), ya no dicen «Feliz Navidad», sino «Felices Fiestas». Pues el mundo no está interesado en «recordar» el origen cristiano de esta celebración y que el verdadero motivo de estas fiestas es el *Nacimiento de Jesucristo*, el *Emmanuel*, el *Dios con nosotros*:

El Señor mismo les dará un signo. Miren, la Virgen está embarazada y dará a luz un hijo, y lo llamará con el nombre de Emmanuel, que significa «Dios con nosotros» (Is. 7, 14).

Nos olvidamos del significado más profundo que encierra el misterio del *Nacimiento de Jesús*: Es un niño que nace

pobre en un *pesebre* que, por cierto, no es una cuna, sino un «bebedero para los animales», y que tuvo que ser allí porque Él y sus padres no encontraron posada, pues todo, igual que pasa tantas veces con nuestros corazones, «estaba lleno» y no había lugar para Él:

María dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el albergue (Lc. 2, 7).

El evangelista Juan dice de Jesús: “En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por medio de Él, y el mundo no le conoció. A los suyos vino, y los suyos no le recibieron” (Jn. 1,11).

El BUEY conoce a su dueño y el BURRO el PESEBRE de SU AMO; pero Israel no conoce, mi pueblo no tiene entendimiento (Is. 1, 3)

Y así, desde el mismo momento de su nacimiento, Jesús empieza ya su Camino de Cruz por Amor a nosotros *sus hermanos...* Un camino *espinoso* como las rosas... Un Camino que aquellos que decidimos seguirlo y caminar sobre las Huellas de sus pasos, también hemos de recorrer y hacer paso a paso, con los «*pies desnudos*» que expresan esa pobreza que ha de tener nuestro corazón cuando se dirige a la Cruz: sin certezas ni seguridades personales, solo con la confianza cierta en la Voluntad Perfecta y Amorosa de Dios Padre... Nuestra Esperanza: la Resurrección (El Nuevo y Definitivo Nacimiento). Navidad es nacimiento... Y no solo el nacimiento de Cristo en la historia de la humanidad, en el pesebre de los corazones dispuestos a recibirlo, sino también el nacimiento de cada uno de nosotros a esa realidad trascendente a la que Dios nos ha llamado (Rom. 8, 22), y que actualiza, una vez más, el misterio de la encarnación de Cristo en la vida de cada uno de nosotros:

A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de Su Hijo (Rom. 8, 29).

Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza (Gn. 1, 26).

En Tierra Santa (2014), descubrí que los guías de las peregrinaciones la llaman el «*Quinto Evangelio*»: pues sus lugares son como un «texto vivo» donde se puede leer el testimonio del paso de Jesús por la historia humana. Allí cada piedra parece gritarnos que su Amor manifestado hasta el extremo no es mito más... Pero, finalmente, también descubrí que Tierra Santa soy yo, y Tierra Santa eres tú... Tierra Santa es cada uno de nosotros... Esa Tierra donde Dios con su «Dedo» creador todavía sigue escribiendo, todavía sigue creando:

Y Jesús, inclinándose, con su dedo comenzó a escribir en la tierra (Jn. 8, 8).

Pienso que la plenitud de la experiencia de la Encarnación de Cristo en nuestra historia, llega cuando, como en María, la Palabra creadora de Dios se hace carne en nuestro «barro», y nos convertimos entonces en *Tierra Santa*: Una vida donde «Dios pasa» dejando las huellas históricas que dan testimonio de su paso, y que nos recuerdan que su Amor no es un «mito», ni una leyenda.



Jerusalén, Tierra Santa



Virgen María, en Jerusalén

Navidad es tiempo para recordar el milagro de Amor infinito de Dios quien, cuando aún la humanidad vivía de espaldas a Él, considerándole su «enemigo», decide «inclinarse» a nuestra pobreza (porque somos pobres sin Él) asumiendo nuestra misma condición humana, e intervenir

en nuestra historia, dar el primer paso para reconciliarnos con Él, para traernos su Paz:

Si cuando todavía éramos sus enemigos, Dios hizo las paces con nosotros por medio de la muerte de su Hijo, con mayor razón nos salvará ahora que su Hijo vive, y que nosotros estamos en paz con Dios (Rom. 5, 10)

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados...Nosotros amamos porque Dios nos amó primero (1 Jn. 4, 10; 19)

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz (Fil. 2, 6-8).

El actuar de Dios es muy diferente a nuestras lógicas de guerra, con ejércitos hoy más sofisticados, pero igual de intimidantes y amenazantes. Dios en cambio, hace las *paces* con nosotros dócilmente: en el rostro de un niño vulnerable que se nos entrega totalmente y, voluntariamente, «se pone en nuestras manos»:

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él. (Jn. 3, 6).

Jesús dijo: Yo soy el Buen Pastor. El Buen Pastor da su vida por las ovejas. Pero el asalariado, que no es pastor, a quien no pertenecen las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye, y el lobo hace presa en ellas y las dispersa, porque es asalariado y no le importan nada las ovejas... **A Mí nadie me quita la Vida; Yo la entrego voluntariamente** (Jn. 10, 11-18).

Sí, porque «ese pequeño niño» del pesebre de Belén es el *Buen Pastor* ya anunciado por los profetas, y que nos traería su Paz:

«El lobo habitará con el cordero y el leopardo se recostará junto al cabrito; el ternero y el cachorro de león pacerán juntos, y un niño pequeño los pastoreará»(Is. 11, 6).

Jesús, el Buen Pastor que ha venido al mundo a buscar *personalmente* a sus ovejas, a esas que se perdieron en un tiempo de *oscuridad*:

Esto dice el Señor: ¡Ay de los pastores de Israel, que se cuidan a sí mismos! Lo que deben cuidar los pastores es el rebaño. Ustedes no ayudan a las ovejas débiles, ni curan a las enfermas, ni vendan a las que tienen alguna pata rota, ni hacen volver a las que se extraviaban, ni buscan a las que se pierden, sino que las tratan con dureza y crueldad. Mis ovejas se quedaron sin pastor y se dispersaron, y las fieras salvajes se las comieron. Se dispersaron por todos los montes y cerros altos, se extraviaron por toda la tierra, y no hubo nadie que se preocupara por ellas y fuera a buscarlas... Por eso, así dice el Señor: «Yo mismo en persona buscaré a mis ovejas, siguiendo su rastro. Como sigue el pastor el rastro de su rebaño, cuando las ovejas se le dispersan, así seguiré yo el rastro de mis ovejas y las libraré, sacándolas de todos los lugares por donde se desperdigaron un día de oscuridad y nubarrones (Ez. 34, 1-16).

En este texto el profeta Ezequiel habla sobre unos pastores descuidados con su labor, y esto no solamente se refiere a los líderes religiosos del antiguo pueblo de Israel, o a quienes hoy en nuestra Iglesia puedan estar ejerciendo una labor pastoral, sino a todos nosotros que constituimos esa Iglesia y compartimos el sacerdocio y reinado de Cristo en el Amor y el servicio, y que somos responsables de ser custodios los unos de los otros:

Pero ustedes son linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 Pedro 2, 9) .

Y vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa. (Éxodo 19:6)

Entonces el Señor dijo a Caín: ¿Dónde está tu hermano Abel? Y él respondió: No sé. ¿Acaso soy yo guardián de mi hermano? (Gn. 4, 9)

A ti Yo te he puesto como centinela del pueblo de Israel (Ez. 33, 1-9)

Precisamente respecto a esto, cuando visité Tierra Santa, estuve en el «Campo de los Pastores», en el Santuario del «*Gloria in Excelsis Deo*» (Gloria a Dios en el Cielo), el lugar donde se conmemora el primer anuncio del nacimiento de Cristo a aquellos pastores (diferentes a los pastores descuidados del texto del profeta Ezequiel) que en medio de la noche velaban cuidando el rebaño: Es decir, estaban despiertos y atentos, haciendo lo que en su trabajo les correspondía hacer, aunque fuese de noche y el resto del mundo «durmiese»:

Había en la región unos pastores que moraban en el campo y estaban velando las vigiliass de la noche sobre su rebaño. Se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió con su luz, y quedaron sobrecogidos de temor. El ángel les dijo: No temáis, os anuncio una gran alegría que es para todo el pueblo: Os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David. Esto tendréis por señal: encontraréis al Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Al instante se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, alabando a Dios, diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres que el Señor ama".

Los pastores de Belén estaban «despiertos», por eso en medio de la oscuridad de la noche, fueron capaces de escuchar el anuncio del ángel, ese mensajero de Dios (hoy también yo) que les traía la Buena Nueva: ¡Gloria a Dios en el Cielo, y en la tierra Paz a los hombres que el Señor ama!...

Y es que hoy también, en la oscuridad de la noche de una humanidad que «duerme», es decir, que funciona sin percatarse de la Presencia de Dios, que lo ignora o lo considera un «mito» que ya debemos superar, que lo asume incluso como un enemigo y lo razona como un «obstáculo para el progreso» de los pueblos, hay que estar despiertos, pero como los pastores de Belén:

Vigilad y orad, pues vuestro enemigo el diablo como león rugiente anda rondando buscando a quien devorar (1 Ped. 5, 8).

Velad y orad para que no caigáis en tentación; el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil. (Mt. 26, 41).



Santuario del «Gloria in Excelsis Deo» (Gloria a Dios en el Cielo)

Todos ustedes son hijos de la luz, hijos del día. Nosotros no pertenecemos a la noche ni a las tinieblas. No nos durmamos, entonces, como hacen los otros: permanezcamos despiertos y seamos sobrios (Tes. 5, 5-6).

Paradójicamente, en la sociedad del mundo de esta época (2012-2022), hay una tendencia denominada «*Wokismo*», «*Wokeness*» o cultura «*Woke*» (estar despierto o consciente, alerta). En los países de habla hispana se le dice «despertar» y, dentro de esta tendencia, se intenta agrupar toda una serie de posturas ideológicas relacionadas con la conciencia sobre el racismo, la lucha por la justicia social, la lucha de clases, etc... Aparentemente, reivindicaciones justas y necesarias, pero que, realmente, en la sociedad de este tiempo, lo que han generado es más división, porque separan a la humanidad en categorías según el color de la piel, el lugar de procedencia, o si es económicamente rico o pobre, si es indígena, afro, latino, etc. Formando colectivos, a manera de

guetos y, en clave de opresor y oprimido, se incentiva el ver a al otro como enemigo; se intenta reemplaza la herencia cristiana por otras ideas más afines a su línea ideológica; y se promueve una especie *cultura de la «cancelación»* contra quienes no se alinean con esta tendencia, y no concuerdan con lo que se considera «políticamente correcto» según los ideólogos de turno:

Dijo Jesús: «Tengan cuidado con los falsos profetas, pues ellos están disfrazados de mansas ovejas, pero por dentro son lobos feroces; por sus frutos los conocerán» (Mt. 7, 15-29).

Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que le iba a entregar, dijo: ¿Por qué no se vendió este perfume por trescientos denarios y se dio a los pobres? **Pero dijo esto, no porque se preocupara por los pobres, sino porque era un ladrón** (Jn. 12, 4-6).

En síntesis, en lo que el mundo de esta época llama el «despertar» (*wokismo*), se hace demasiado énfasis en las *diferencias*, politizándolas, y dejando de lado lo más importante que nos une como familia humana. Eso, realmente, *no es cristiano*, pues Jesús nos enseñó que éramos hermanos, y el mensaje que recibimos de sus apóstoles, así nos lo recuerdan:

Ya no hay judío, ni griego; no hay esclavo, ni libre; no hay varón, ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús (Gal. 3, 28).

Me temo que, así como la serpiente con su astucia engañó a Eva, los pensamientos de ustedes sean desviados de **un compromiso puro y sincero con Cristo** (2 Cor. 11, 3).

Por lo tanto, nuestro «*estar despiertos*» (*awake*), según Dios, es muy distinto al que propone el mundo...

Sí. Como los pastores de Belén, es necesario estar despiertos hoy para poder escuchar la voz de Dios y recibir su Mensaje de Amor y Paz que nos sigue llegando actualizado a la realidad de este tiempo y, como suele hacerlo Dios, bajo formas muy inesperadas. Porque el *Mensaje* siempre es mismo, aunque los mensajeros de hoy seamos otros, y el *campo del mundo*, listo para la siega, parezca

diferente... Pues en Jesús ya se ha inaugurado la plenitud de los tiempos, el cumplimiento de las promesas de Dios:

El pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una gran LUZ; Sobre los que habitaban en sombras de muerte ha brillado la Luz. Acrecentaste el regocijo, hiciste grande la alegría (Is. 9, 1-3).

Por eso, creo que el Espíritu Santo, trajo a Jesús una noche a mis sueños, para «recordarme» aquellos compromisos del bautismo que yo también había olvidado:

Jesús dice a sus discípulos: «el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todo y **les recordará todo lo que yo les he dicho**» (Jn. 14, 26).

Y ese Jesús caminante de mis sueños, también me invita a seguirlo, *a paso acelerado*, porque esta vida temporal es corta, y no hay tiempo que perder... La Misión no da más espera...

La misión está simbolizada en esos «*pies descalzos*» de Jesús que vi en mi sueño: pies libres para avanzar y listos para andar presurosos a llevar la buena noticia del Amor de Dios a quienes lo necesitan:

Todos los que invoquen el nombre del Señor, alcanzarán la salvación. Pero ¿cómo van a invocarlo, si no han creído en él? ¿Y cómo van a creer en él, si no han oído hablar de él? ¿Y cómo van a oír, si no hay quien les anuncie el mensaje? ¿Y cómo van a anunciar el mensaje, si no son enviados? Como dice la Escritura: **¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!** (Rom. 10, 13-15).

El Señor designó a otros setenta, y los envió de dos en dos delante de El, a toda ciudad y lugar adonde El había de ir. Y les decía: La mies es mucha, pero los obreros pocos; rogad, por tanto, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies. Id; mirad que os envíe como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias... (Lc. 10, 1-3).

Al respecto, recuerdo que yo entré con los «*pies descalzos*» a esta gruta de la Natividad en Belén, cuando fui en ese año 2014 y me sucedió lo del aceite... No lo hice por razones relacionadas con mi fe, sino porque recientemente había estado en Europa, en época de primavera, con frío y

lluvia, y llevaba puestas las mismas botas con las que viajaba. Estas botas, ciertamente, fueron muy apropiadas para el frío y la lluvia de la primavera en Europa, pero muy inadecuadas para el intenso calor de la mayoría de los lugares de Tierra Santa. Cuando caminaba con ellas por suelo de Galilea, parecía tener fuego en los pies por el intenso calor... Así que me vi obligada a quitarme las botas cada vez que tenía la oportunidad de entrar a algún lugar con el suelo cubierto, para aliviar el calor de los pies.

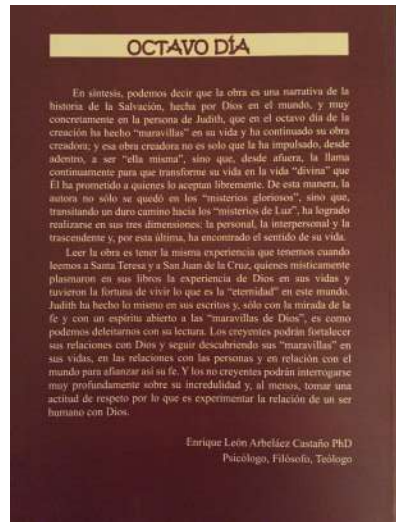
Finalmente, en los alrededores de la playa del lago de Galilea, pude comprar unas «*sandalias*» mucho más apropiadas para caminar... Eso fue lo único que compré para mí en ese viaje a Tierra Santa.

A propósito de esa especie de «*fuego*» que sentía en los pies por el calor del suelo, creo que es también un recordatorio de que para vivir el discipulado y la Misión, necesitamos del Fuego del Espíritu Santo... Es este Espíritu Divino el que mueve y anima el caminar de la Iglesia naciente, y sigue sosteniendo a los cristianos de ayer, de hoy y de mañana:

Jesús les dijo: Cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes, recibirán poder y saldrán a dar testimonio de mí, en Jerusalén, en toda la región de Judea y de Samaria, y hasta en las partes más lejanas de la tierra (Hch. 1, 8).

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas **lenguas como de fuego** que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo (Hch, 2).

A mi regreso a Colombia, llegué decidida a terminar mi primer libro publicado ese mismo año, titulado «*Octavo Día*».



Sé que a través de aquella primera publicación, Dios me ha dado la oportunidad de compartir los regalos espirituales que he recibido de su mano providente a la largo de mi vida... Supe que no me los podía guardar pues, finalmente, no me pertenecían a mí, sino a muchos otros a quienes Dios ha bendecido a través de los sencillos escritos de esta *Mano Frágil de mujer*, que Dios ha querido usar para comunicar su mensaje de Amor¹⁸¹.

Pedro, volviéndose, vio que les seguía el discípulo muy amado por Jesús, el que en la cena se había recostado sobre el pecho de Jesús... Entonces Pedro, al verlo, dijo a Jesús: Señor, ¿y éste, qué? Jesús le dijo: Si Yo quiero que él permanezca hasta que Yo venga, ¿a ti, qué? Tú sígueme... Por eso **se corrió el rumor de que este discípulo no moriría...** Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y el que escribió esto, y sabemos que su testimonio es verdadero. Y hay también muchas otras cosas que Jesús hizo, que, **si se escribieran en detalle, pienso que el mundo mismo no podría contener los libros que se escribirían** (Jn. 21, 24-25)

¹⁸¹ Fragmento del conversatorio: https://youtu.be/SRWUHKQ_Lfs?t=1084

«El mundo no podría contener los libros que se escribirían»... Eso dice el evangelista San Juan, aquel que tanto se aproximó a la Zarza Ardiente en llamas de Amor del Corazón de Jesús que se supo infinitamente amado por Dios, y por eso, habla de «*el discípulo amado*», sin dar su nombre, pues ahí va nuestro nombre... Pero él mismo se identifica cuando escribe de sí mismo, al final de la versión de su Evangelio:

Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y el que escribió esto, y sabemos que su testimonio es verdadero (Juan 21, 24-25).

El discípulo de la *visión aguda como el águila*, porque es capaz de ver más allá, y reconocer los signos que distinguen la presencia y el actuar de su Maestro en cada acontecimiento de la historia y le hacen reconocerlo aún en medio de la noche, donde otros no logran verlo:

Entonces aquel discípulo, a quien Jesús amaba, dijo a Pedro: «¡Es el Señor!» (Jn. 21,7).

Aquel discípulo que nos ofrece la «cuarta versión» del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo según San Juan, y que nos indica que aún faltan muchos más libros por escribir, pues aún falta por contar una versión más del Evangelio de Jesús: la versión de cada uno de nosotros...

Y es que Juan, tan cercano al Corazón de Cristo, es aquel «tipo de discípulo» (el que se sabe muy amado por Dios) que Jesús quiere que *permanezca*. Por eso, es el discípulo amado «que no morirá», pues sigue vivo en los «discípulos amados» de todos los tiempos, a través de cuyas vidas Dios sigue escribiendo y comunicando una *versión más* de su Evangelio: Un «Quinto Evangelio». Porque Dios todavía sigue trabajando, sigue escribiendo, sigue creando:

Mi Padre todavía trabaja, y Yo también trabajo” (Jn. 5, 15-18).

Y Jesús inclinándose, con su dedo comenzó a escribir en la tierra (Jn. 8, 8) .

Al respecto, recuerdo que esta canción titulada «*Mendigo y Señor*», la compuse una mañana, cuando sentí que Dios me invitaba a aprender de sus labios mis canciones todavía no cantadas: Yo pensaba en mi interior que ya había terminado de «escribir» canciones. Que se me había agotado la inspiración... Recuerdo que le dije a Dios: «*ya no tengo más canciones para escribir*»... Entonces, Dios puso en mi corazón esta canción, cuyo sentido solo comprendería veinte años más tarde... Porque Dios todavía sigue creando, todavía sigue escribiendo, a través de esta *Mano Frágil* de Mujer...

El día de aquella primera publicación, en línea espiritual (2014), titulada «*Octavo Día*», yo decidí cantar esta canción «*Mendigo y Señor*». Una canción que Dios inspiró a mi corazón, cuando todavía no vislumbraba todo este camino recorrido de su Mano...

III

*En tus manos yo pondré
mi amor, mi fe, mi esperanza...*

*En tus manos dejaré
mi vida y mi confianza...*

*¡Mis sueños fallidos,
la herida de ayer...
mi mundo y mi nada!*

*«Aquí estoy, Señor a tus pies,
hágase en mí Tu Palabra»¹⁸²*

Bienaventurada Mano Frágil

¹⁸² Lucas 1, 38: Entonces María dijo: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.»

Corona

«Y tejiendo una **corona de espinas**, se la pusieron sobre su cabeza» (Mt. 27, 29)



Corona

*«Y tejiendo una **corona de espinas**,
se la pusieron sobre su cabeza» (Mt. 27, 29)*

I
¡Cómo duelen las espinas!¹⁸³
Has puesto tu corona
¡oh Rey! sobre mi sien...

A extraña gloria Tú me invitas,
un reinado duro de entender¹⁸⁴

II
«Lo que Yo hago,
ahora, no comprendes,
lo entenderás después».

Humilde, eso me dijiste,
mientras lavabas Tú mis pies¹⁸⁵

Y así, inclinado sobre mi vida,
en mi barro, tu Dedo escribe nueva ley:¹⁸⁶

Como Tú, amar hasta la sangre,¹⁸⁷

¹⁸³ Mt. 27, 29: «Y tejiendo una **corona de espinas**, se la pusieron sobre su cabeza»

¹⁸⁴ 1 Cor. 9, 25: Los atletas se privan de todo; y eso ¡por una corona corruptible! Nosotros en cambio, corremos por **una corona incorruptible**.

¹⁸⁵ Jn. 13, 1-7: Jesús se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido. Simón Pedro le dice: «Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?» Jesús le respondió: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora; lo comprenderás más tarde»

¹⁸⁶ Jn. 8 3-6: Dijeron a Jesús: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en adulterio. En la ley, Moisés nos ordenó que se matara a pedradas a esta clase de mujeres. ¿Tú qué dices?» [...] Jesús inclinándose, **con su dedo comenzó a escribir en la tierra.** / Jr. 31, 33: Ésta será la alianza que pactaré con Israel en aquel tiempo: Pondré mi ley en su interior y **la escribiré en sus corazones...**/Ex. 31, 18: Después de hablar con Moisés en el monte Sinaí, le dio las dos tablas de piedra, **escritas por el dedo de Dios.**

¹⁸⁷ Jn. 13, 34: Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros como Yo los he amado.

ser hoy tu Cuerpo
que han de romper¹⁸⁸

Contigo «una sola carne»¹⁸⁹,
un solo Espíritu y Padre,
mismo Camino a recorrer¹⁹⁰

Que en el Amor
todo se comparte:
dolor y gloria
vinagre y miel¹⁹¹

III
Una guirnalda de flores
adorna mi cabeza:

Son las espigas,
acaban de florecer...¹⁹²

Bienaventurada Mano Frágil

Fecha: octubre 2019



En mi infancia solía ser una niña muy alegre, me gustaba bailar y cantar, por eso en la escuela me escogieron para ser reina infantil... Con los años,

¹⁸⁸ I Col 1, 24: Vosotros sois el cuerpo de Cristo. /Ap. 12, 1: Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; estaba encinta, y gritaba, estando de parto y con dolores de alumbramiento.

¹⁸⁹ Gn, 2, 24: El hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne./Dijo Jesús: ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido que no lo separa el hombre.

¹⁹⁰ Jn. 14, 6: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida, nadie va a Padre sino por Mí/Mc. 8, 34: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame.

¹⁹¹ Ap. 12, 1: Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y **una corona de doce estrellas sobre su cabeza.**

¹⁹² 2 Tim. 4,7: Porque yo ya estoy para ser derramado como una ofrenda de libación, y el tiempo de mi partida ha llegado. He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe [...] **me aguarda la corona de justicia** que el Señor, el Juez justo, me entregará en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.

Dios me cambió aquella corona por la propuesta de una corona mucho mejor, aunque, como el parto de un hijo, inicialmente dolorosa...

Este poema surge de lo que Dios me ha ido mostrando con cierta frecuencia e insistencia a lo largo de mi vida con un lenguaje que, desde esas profundidades del ser donde Dios nos habla, me ha ayudado a comprender la vocación a que todos hemos sido llamados, y que se concreta en una vida entregada al servicio de los demás desde la cotidianidad de cada día, en amor oblativo. Vocación que halla su plenitud en la unión definitiva con Cristo: somos la Esposa del Cordero. Como María, somos la mujer «*con la corona de doce estrellas*» y dolores de parto, figura de la Iglesia de todos los pueblos y todos los tiempos (Ap. 12).

Los signos que fueron tejiendo la «Corona»:

En julio y agosto del año 2019, en la ciudad de Medellín, Dios parecía tener una especial insistencia con el signo de la «**corona**»:

Primero, al traerme vivamente el recuerdo de un antiguo sueño que tuve con una corona de espinas que al alcanzarla hería dolorosamente mis dedos al punto hacerme despertar... Y luego, en un nuevo sueño, ahora más dulce, con unas manos amorosas que armaban una corona de flores y la ponían sobre mi cabeza. A pesar de lo agradable de este otro sueño, me desperté sobresaltada porque me hizo recordar que esa noche yo tenía una cita con mis amigas del edificio donde vivía para orar con el santo Rosario. De hecho, pensé que aquel sueño era simplemente mi mente que había evocado la figura de aquella corona de flores por su relación a lo que puede recordarnos un rosario (corona de rosas), pues yo me había quedado dormida pendiente de que tenía aquella cita con mis amigas esa noche... Ciertamente llegué tarde, ellas ya habían iniciado la oración. Una de mis amigas, al verme llegar, me pide que me incorpore a la oración con la meditación del siguiente misterio. Yo pregunto cuál misterio me corresponde, y ella me dice: el tercer misterio doloroso:

la «Coronación de Espinas»... Pensé en mi interior que Dios definitivamente tenía sentido del humor: yo soñando con una corona de flores que alguien tejía y ponía dulcemente sobre mi cabeza, y ahora, ya despierta, mis amigas me recibían, pero con la meditación de la «Corona de Espinas»... Sin embargo, al mismo tiempo, mi corazón intuía que algo más profundo Dios me quería decir... Tiempo después, lo que fui descubriendo, como lo dice uno de los versos de este poema:

*Que en el Amor
todo se comparte:
dolor y gloria
vinagre y miel¹⁹³*

Esa misma semana (agosto 23 de 2022), yo fui a Misa muy temprano antes de entrar al trabajo, a la parroquia anexa a la Universidad Franciscana donde laboraba. Allí me encontré con uno de mis compañeros de trabajo del área académica que estaba colaborando tocando el órgano para los cantos. Así que yo también decidí colaborar con la proclamación de una de las lecturas de la Misa y el estribillo correspondiente al aleluya, que se lee antes del evangelio.

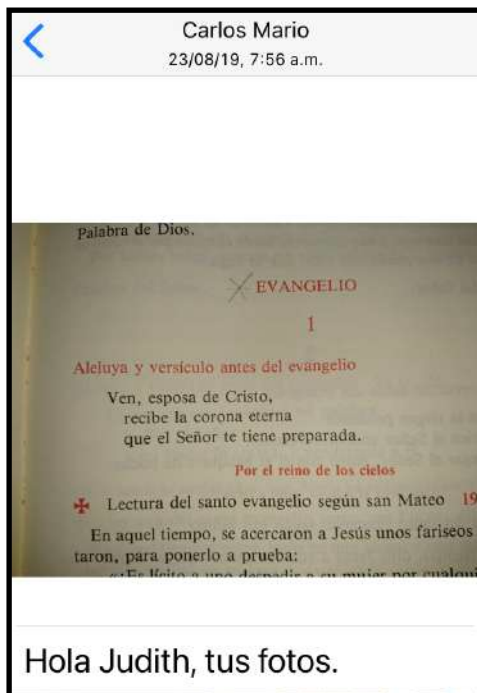
Pues bien, allí me encontré nuevamente con aquel signo de «**la corona**»... Ahí estaba, en el estribillo del aleluya que esa mañana proclamé con la voz quebrada por la emoción que me embargaba y al mismo tiempo me llenaba de un profundo estupor:

*«Ven, esposa de Cristo,
recibe la corona eterna
que el Señor te tiene preparada»*

Era tal mi sorpresa que quise guardar una evidencia de aquello que contemplaban mis ojos y estremecía mi corazón.

¹⁹³ Ap. 12, 1: Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y **una corona de doce estrellas sobre su cabeza.**

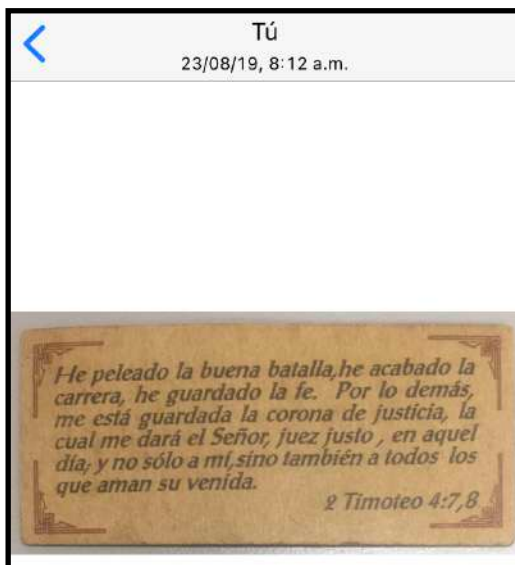
Por eso, al finalizar la Misa, quise tomarle una fotografía al texto, con la cámara de mi celular, pero no tenía como hacerlo porque no había llevado mi celular a la Misa. Así que le pedí el favor a mi compañero que aún estaba arriba en el altar guardando las cosas del sonido. Él amablemente, y un poco sorprendido porque no entendía aquella extraña petición, usó la cámara de su celular para tomar varias fotos del texto y me las envió. Esta es una de las fotografías:



Apenas unos minutos después, ya en el trabajo, una de mis compañeras tenía en su escritorio una cajita de promesas de Dios en forma de pequeños versículos bíblicos. Al acercarme a saludarla, yo saqué una de esas promesas entre las muchas que había en la cajita... Y allí, otra vez emergió «la Corona»... Dios parecía insistir en su mensaje:

«He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada **la corona** de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día, y no

solo a mí, sino también a todos los que aman su venida» (2 Tm 4, 7-8)



Ya no tenía dudas: Dios me estaba hablando directamente, pero yo todavía no comprendía muy bien el mensaje que en esta ocasión me quería dar a través de estos signos tan insistentes en torno a una «**Corona**»... Así que en la intimidad de la oración en los días que siguieron le pedí que me ayudara a comprender mejor...

Por esos días me topé en internet con el video de una noticia de años anteriores sobre un Cristo en una parroquia en México cuya Corona de Espinas había empezado a florecer. Sucedió en la Semana Santa, en una ciudad llamada Ocotlán, del estado de Jalisco en México. La noticia me impactó, no solo porque era nuevamente sobre el mismo tema de la **Corona**, sino que también porque era del año 2015 y yo la estaba viendo justo en este período en que Dios me insistía con lo de la «corona» (año 2019). Circunstancialmente, me topé con esta noticia en los videos que salen en YouTube¹⁹⁴.

¹⁹⁴ Enlace al video: <https://youtu.be/pnCqAzVEwQ4>

A partir de ahí, empecé a entender mejor la relación entre aquellas dos coronas con la que había soñado en dos momentos distintos de mi vida:

La primera: una corona de espinas que al alcanzarla ha herido dolorosamente mis dedos... Y la segunda: unas manos amorosas que delicadamente han tejido una corona de flores y la han puesto sobre mi cabeza.

Veía en este signo la doble dimensión del Reinado de Cristo que a tantos nos cuesta entender porque no cuadra en nuestros imaginarios triunfalistas:

I
¡Cómo duelen las espinas!¹⁹⁵
Has puesto tu corona
¡oh Rey! sobre mi sien...

A extraña gloria Tú me invitas,
un reinado duro de entender¹⁹⁶

Sí... Cristo ha querido compartir **su Corona** con la humanidad, con cada uno de nosotros, conmigo, contigo... con esa comunidad Cristiana que le ha aceptado por Rey y a la que Él ha hecho su Esposa: su Iglesia... Esa esposa por la cual este Rey enamorado ha dado su vida para que esa Esposa tenga vida eterna y una vida transfigurada en gloria a imagen de la suya...

Pero transfigurar a la Esposa cuesta y duele como toda metamorfosis de oruga a mariposa (Is. 41, 14), o como el fuego que purifica al oro y a la plata (Ec. 2, 5). Un Rey que se abaja a sí mismo para lavar los pies de los que ama (Jn 13, 1-7), como signo de que Él está purificando sus corazones para transformarlos en un Corazón semejante al suyo y que ame como Él nos ha amado:

¹⁹⁵ Mt. 27, 29: «Y tejiendo una **corona de espinas**, se la pusieron sobre su cabeza»

¹⁹⁶ 1 Cor. 9, 25: Los atletas se privan de todo; y eso ¡por una corona corruptible! Nosotros en cambio, corremos por **una corona incorruptible**.

II

*«Lo que Yo hago,
ahora, no comprendes,
lo entenderás después».*

*Humilde, eso me dijiste,
mientras lavabas Tú mis pies¹⁹⁷*

*Y así, inclinado sobre mi vida,
en mi barro, tu Dedo escribe nueva ley:¹⁹⁸*

Como Tú, amar hasta la sangre,¹⁹⁹

*ser hoy tu Cuerpo
que han de romper²⁰⁰*

Veía en toda esta contemplación, el llamado de Dios a asemejarnos a Cristo viviendo la experiencia del Amor oblativo (ese que ama hasta entregar la vida en sacrificio por la vida de quienes ama). Cuando se trata de contemplar a Dios entregando su vida por Amor a nosotros es algo que nos hace sentir muy amados, pero cuando Dios nos pide que hagamos lo mismo, esta llamada nos asusta...

¹⁹⁷ Jn. 13, 1-7: Jesús se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido. Simón Pedro le dice: «Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?» Jesús le respondió: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora; lo comprenderás más tarde»

¹⁹⁸ Jn. 8 3-6: Dijeron a Jesús: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en adulterio. En la ley, Moisés nos ordenó que se matara a pedradas a esta clase de mujeres. ¿Tú qué dices?» [...] Jesús inclinándose, **con su dedo comenzó a escribir en la tierra.** / Jr. 31, 33: Ésta será la alianza que pactaré con Israel en aquel tiempo: Pondré mi ley en su interior y **la escribiré en sus corazones...**/Ex. 31, 18: Después de hablar con Moisés en el monte Sinaí, le dio las dos tablas de piedra, **escritas por el dedo de Dios.**

¹⁹⁹ Jn. 13, 34: Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros como Yo los he amado."

²⁰⁰ I Col 1, 24: Vosotros sois el cuerpo de Cristo. /Ap. 12, 1: Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; estaba encinta, y gritaba, estando de parto y con dolores de alumbramiento.

Y una vez más, yo me sentí tan «pequeña», porque como la mayoría de nosotros, esa estatura de Amor la vemos muy alta... Sin embargo, es su Gracia sobrenatural la que nos anima a seguir su mismo Camino agarrados a la mano del Divino Esposo de nuestra alma:

*Contigo «una sola carne»²⁰¹,
un solo Espíritu y Padre,
mismo Camino a recorrer²⁰²*

*Que en el Amor
todo se comparte:
dolor y gloria
vinagre y miel²⁰³*

III

*Una guirnalda de flores
adorna mi cabeza:*

*Son las espinas,
acaban de florecer...²⁰⁴*

²⁰¹ Gn, 2, 24: El hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne./Dijo Jesús: ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido que no lo separa el hombre.

²⁰² Jn. 14, 6: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida, nadie va a Padre sino por Mí/Mc. 8, 34: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame.

²⁰³ Ap. 12, 1: Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y **una corona de doce estrellas sobre su cabeza.**

²⁰⁴ 2 Tim. 4,7: Porque yo ya estoy para ser derramado como una ofrenda de libación, y el tiempo de mi partida ha llegado. He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe [...] **me aguarda la corona de justicia** que el Señor, el Juez justo, me entregará en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.

Un signo inesperado: la «Corona» en el rostro de un «virus» que hiere y sana a la humanidad:

Cuando terminé de escribir este poema (2 de octubre del año 2019), pensé que todo quedaba hasta allí, con esta profunda reflexión que Dios me había inspirado a través de los signos tan insistentes sobre aquella «**Corona**»... Inicialmente pensé que se limitaba a mi historia personal, obviamente con aquellos aspectos trascendentes que son comunes a todos.

Sin embargo, Dios me mostró que este signo de la «**Corona**» con el cual me había insistido tanto en esos meses, era algo mucho más grande que trascendía mi limitada existencia y abrazaba a gran escala a toda humanidad, a esta generación con quienes comparto la historia de este tiempo que me correspondió vivir.

Y es que en ese momento, yo no sabía lo que viviríamos a nivel mundial en el año 2020 con la Pandemia del «**Coronavirus**».

Al finales del 2019, probablemente en el mes de diciembre, en la ciudad de Wuhan en China, apareció una ola de contagios por un nuevo un «Coronavirus»: un tipo de virus llamado así por su forma particular (con una especie de picos que sobresalen de sus membranas) que se asemeja a la «**corona del sol**».

Los contagios se extendieron rápidamente por el resto del mundo y, en el inicio del año 2020, la humanidad avizoraba la llegada de una inminente pandemia provocada por este nuevo Coronavirus al que denominaron **Covid-19**.

Estupefactos y confundidos por el miedo, el dolor de las muertes de seres amados y la incertidumbre de lo que estaba ocurriendo, fuimos repentinamente hermanados por un virus con su propia «corona» que nos puso como en «una misma barca» sobre un mar embravecido y gran tormenta, sin importarles nacionalidades, nivel económico o la formación académica de nadie. La humanidad entró en una especie de noche forzosamente compartida a nivel global.

Lo que nunca imaginamos, de repente, sucedió: el mundo se paró, todo cambió de un día para otro... Las fronteras de los países se cerraron y los aeropuertos con sus miles de vuelos diarios también... Las cuarentenas decretadas en los países nos obligaban a encerrarnos y evitar el contacto social. Fue un tiempo extrañamente de retiro forzoso, en aislamiento, una especie de desierto existencial... **Las cuarentenas a lo largo y ancho del mundo eran signo de una «Cuaresma» compartida a la que fuimos empujados...**

Sí, porque coincidió entonces con el tiempo de Cuaresma del año 2020... Y para los cristianos de todo el mundo fue una Cuaresma atípica: Las cuarentenas (40) nos obligaron a quedarnos encerrados en casa, mientras que otros tenían que salir a luchar en la primera línea de los hospitales y demás centros de salud atendiendo a los enfermos, y algunos muriendo junto con ellos.

Esto nos puso a prueba en el Amor y la obediencia, sacando a flote lo mejor y peor de nosotros, incluso de los que nos consideramos personas de fe. Aquellos que por la cuarentena no podíamos participar en la Eucaristía, tuvimos ahí la oportunidad para unirnos solidariamente a Cristo sufriente en tantos cristianos perseguidos en otros lugares que han estado sin poder participar en la Santa Misa durante años... Fue la oportunidad también para vencer nuestro querer y ceder para no poner en riesgo la vida de otros más vulnerables, una forma de vivir así el verdadero Amor cristiano, el Amor oblativo, la Caridad...

Dichoso el hombre que soporta la prueba, porque, una vez aquilatado, recibirá la **corona** de la vida que el Señor ha prometido a los que lo aman (St. 1, 12).

Todavía no sabemos con certeza el origen de este virus. Pero, sea que haya sido consecuencia de nuestro actuar irresponsable con el medio ambiente, o cualquier otro factor humano, natural o de cualquier otra índole, solo hay algo evidente que pude ver allí y que resume lo que vivimos en ese tiempo:

Una Cuaresma atípica donde Dios quiso compartir su Corona de espinas con la humanidad...

Y esto no quiere decir que Dios nos mande un virus, o que no le importe que perezcamos y se goce en nuestro sufrimiento, no, eso no correspondería a su naturaleza Santa.

Dios no conoce la tentación al mal y Él no tienta a nadie [...] Mis queridos hermanos, no se engañen. Todo beneficio y todo don perfecto viene de arriba, del Padre de los astros, en el cual no hay fases ni períodos de sombra (St. 1, 16-18).

Todo lo contrario, significa que Dios va con nosotros en la «misma barca» sobre ese mar embravecido y nos ayuda a enfrentar la tormenta. Porque, finalmente, lo que su voluntad perfecta quiere, es que «pasemos a la otra orilla», es decir, que avancemos como humanidad al nivel superior que Dios sueña de nosotros, que hagamos Pascua (paso), que pasemos de la oscuridad a la Luz... Y, para ello, hay que purificar los corazones a partir de las pruebas que enfrentamos juntos:

Al atardecer, Jesús les dice: **«Pasemos a la otra orilla.»** ... y le llevan en la barca; e iban otras barcas con él. En esto, se levantó una fuerte tormenta y las olas irrumpían en la barca, de suerte que ya se anegaba la barca. Él (Jesús) estaba en popa, durmiendo sobre un cabezal. Le despiertan y le dicen: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» Él, habiéndose despertado, increpó al viento y dijo al mar: «¡Calla, enmudece!» El viento se calmó y sobrevino una gran bonanza. Y les dijo: «¿Por qué estáis con tanto miedo? ¿Cómo no tenéis fe?» (Mc 4, 35-40).

Así lo expresó el papa Francisco en el momento extraordinario de oración por la pandemia de coronavirus que afectaba al mundo (Viernes, 27 Marzo de 2020), cuando, iluminado por el Espíritu Santo, supo discernir este tiempo, y nos ayudó a leer en clave de fe estos signos de la historia:

«Al atardecer» (Mc 4,35). Así comienza el Evangelio que hemos escuchado. Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los

gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: "perecemos" (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino sólo juntos... «Estamos en la misma barca... Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo" Papa Francisco.

Sí, «*necesitamos como los antiguos marineros las estrellas*» que nos guían para poder navegar en medio de la noche e iluminar la ruta de nuestro viaje. «Estrellas» son todas aquellas personas que, en medio de los tiempos de confusión y miedo, son ungidos por el Espíritu Santo para ayudarnos a leer en clave de fe los acontecimientos de la historia y descubrir la presencia de Dios con nosotros «El Emmanuel» (Jn 21,1-7). Son humanos y frágiles como lo fue Pedro y los demás apóstoles, pero ungidos por la Gracia que Dios que les sostiene y actúa a través de su debilidad y humanidad.

Al respecto, creo que ha sido providencial que este tiempo de la historia, Dios, en su insondable sabiduría nos haya bendecido con dos estrellas fulgurantes simultáneamente, dos ungidos por Espíritu Santo: el Papa Francisco y el Papa Emérito Benedicto XVI, uno trabajando afuera liderando el rebaño, y el otro retirado en oración ferviente sosteniendo la fe. Muy similar a aquel relato de las Sagradas Escrituras, del libro del Exodo, que nos narra cómo el pueblo de Dios enfrenta una gran batalla y, mientras Josué lidera la lucha afuera enfrentando a los enemigos, Moisés permanece retirado en la montaña en oración con los brazos levantados a Dios (Ex. 17:11-12), un Moisés frágil que también necesita ayuda de otros (Aarón y Hur) para mantener su manos

levantadas. Y en esa lucha, ambos personajes son importantes y necesarios:

Moisés dijo a Josué: «Elígete algunos hombres, y sal mañana a combatir contra Amalec. Yo me pondré en la cima del monte, con el cayado de Dios en mi mano» [...] Y sucedió que, mientras Moisés tenía alzadas las manos, prevalecía Israel; pero cuando las bajaba, prevalecía Amalec. Se le cansaron las manos a Moisés, y entonces tomaron una piedra y se la pusieron debajo; él se sentó sobre ella, mientras Aarón y Hur le sostenían las manos, uno a un lado y otro al otro. Y así resistieron sus manos hasta la puesta del sol (Ex. 17:11-12).

También, en el año 2020, la humanidad de este tiempo libraba una batalla importante como comunidad humana frente a un enemigo global que amenazaba la existencia de millones en el mundo... Y en ese escenario, contemplamos una humanidad que se ve confrontada frente a sus prioridades y donde muchos vuelven sus ojos hacia lo trascendente buscando respuestas y esperanza.

Fue entonces también una **Semana Santa** muy peculiar la de ese año 2020: sin procesiones, sin celebraciones públicas, sin la participación presencial o física de los fieles. y el Papa rezando desde una Plaza de San Pedro vacía, en medio de la lluvia de la noche donde, apenas, las cámaras de televisión intentaban llevar la señal al resto del mundo atrincherado en sus casas temerosos de esta peste. Con los templos materiales cerrados, pero en su lugar millones de templos humanos abiertos en su corazón a la acción de Dios que nos habla y que escuchamos mejor en esos desiertos existenciales.

Y, es allí, donde los signos aparecen nuevamente:

La «Corona de Espinas» del Cristo sanador de «Gran la Peste» de 1522 en Roma:

El Papa Francisco, dentro de su deseo por traer consuelo a creyentes y no creyentes, fue a orar a Dios ante un antiguo Crucifijo venerado en una parroquia del centro Roma y que había sido protagonista durante la sanación de la «Gran Peste» del año 1522.

A sus 83 años de edad, y con problemas de cadera, el Papa Francisco salió del Vaticano recorriendo a pie parte de la Vía del Corso hasta llegar a la iglesia de San Marcello donde estaba este Cristo de madera que sobrevivió a un incendio y que es considerado milagroso, pues, en el año 1522, fue sacado en en procesión por los barrios de Roma para invocar el fin de la peste que les asolaba en aquella época. Allí, frente al Cristo, el papa Francisco oró en privado por el fin de esta nueva Pandemia. Luego, este Crucifijo fue llevado a la Basílica de San Pedro donde estuvo durante el resto de la Cuaresma y las ceremonias de Semana Santa de ese año 2020. El papa también concedió la **indulgencia plenaria** para todos aquellos que ha fallecido durante esta pandemia, la mayoría de ellos muriendo en completa soledad, porque a ningún familiar se le permite ingresar a las áreas restringidas donde hay pacientes contagiados. Ni siquiera a los sacerdotes se les permite ingresar a dar los últimos sacramentos a los agonizantes... Por eso, esta indulgencia plenaria, signo de la Misericordia Divina, que nos ha sido dada por Dios a través de la autoridad Petrina recibida por Papa Francisco, ha sido un gran consuelo en medio de esta «hora de prueba y sanación» para toda la humanidad:

Jesús dice a Pedro: «Y Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia; y ni siquiera el poder de la muerte podrá vencerla. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos» (Mt 16, 18-19).

Para mi fue muy significativo todo esto, pero especialmente, el Viernes Santo, pues el Cristo estaba cubierto todo con manto rojo y lo único que estaba visible era su «Corona de Espinas»...



ANDREW MEDICHINI / POOL / AFP
Copyright 2020 The Associated Press.
All rights reserved

En ese signo yo podía contemplar **a Cristo que quiso compartir su Corona de espinas con la humanidad** para sanarla y transfigurar esas espinas en una Corona Gloriosa...

III

*Una guirnalda de flores
adorna mi cabeza:*

*Son las espinas,
acaban de florecer...*

La Corona de la prueba del Amor, la marca de las espinas:

Año 2021-2022: Han pasado ya dos años desde que empezamos a sufrir esta pandemia. Durante este período, yo me mudé a la ciudad de Barranquilla; tomé la decisión de regresar allí para estar nuevamente junto a mi mamá anciana (84 años) en esta etapa de su vida. La Virgen María, a su manera, como en las Bodas de Caná, me dio el “empujón” para tomar esta decisión, y Dios puso en mi corazón la certeza de que esa era la decisión que Él quería para mí en este momento de mi historia. Yo, sin titubear, una vez más le dije sí... Y, en fe, me lancé a un nuevo comienzo, con la paz y certeza que es Dios quien me lleva de su mano providente que me guía... Creo firmemente que estoy exactamente donde Dios quiere que yo esté en este momento y, por lo tanto, es donde yo también quiero estar.

Las primeras cepas de este Coronavirus has sido las más agresivas y letales, especialmente por la falta de conocimiento que se tenía de para enfrentar a este virus. Durante este tiempo he visto partir a muchos seres queridos: amigos y familiares, unos muy jóvenes, pero que pienso que estaban listos para su Pascua: maduros en Dios para dar este Paso, uniéndose a Cristo por todos nosotros²⁰⁵. Uno de ellos, el joven sacerdote católico de la parroquia cercana a la casa de mi mamá en la ciudad de Barranquilla, el padre Julio Balza, un hombre definitivamente santo, siempre sonriente... Todavía recuerdo la última Hora Santa que celebró solo, sin feligreses, y que transmitió en vivo por internet (ya estaba enfermo con el Coronavirus) el día antes de ser ingresado en la clínica... Nosotros lo acompañamos a través del internet, mientras él, de rodillas frente al Santísimo Sacramento declaraba que aceptaba la voluntad de Dios cualquiera que fuera... Era un sacerdote muy devoto de la Virgen María, y

²⁰⁵ 2 Tim. 4,7: Porque yo ya estoy para ser derramado como una ofrenda de libación, y el tiempo de mi partida ha llegado. He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe [...] **me aguarda la corona de justicia** que el Señor, el Juez justo, me entregará en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.

justamente falleció el 24 de mayo, día de María Auxiliadora. Dejó grabado su último mensaje desde el hospital, un mensaje dedicado a la Virgen María y a su deseo de querer seguir a Jesús hasta el final. Fue un gran testimonio de vida y de fe...

En el año 2021, llegaron también las vacunas a mi país, producidas mundialmente en un tiempo récord, generando sentimientos encontrados de esperanza en unos y temor en otros, quienes por distintas razones no confiaban en ellas.

Conociendo el tiempo que usualmente tardan los procesos de investigación clínica para la producción de vacunas o fármacos, yo también tenía mis inquietudes: sentía que faltaban más ensayos clínicos para garantizar que no generaran más problemas a la salud. Sin embargo, también entendía que, desde la ciencia, muchos investigadores, bien intencionados, estaban en una carrera contra el tiempo intentando aportar una solución, independiente de la discusión por el origen del virus. Comprendía también que, más allá de todas las discusiones, se trataba de ser solidarios con los más vulnerables. En particular, yo pensaba en mi mamá de edad avanzada con sus condiciones de salud de diabetes y corazón. Creo que fue un tiempo donde, ciertamente, fuimos probados en el amor, en esa caridad cristiana que tanto cuesta, porque ponerse o no la vacuna se convirtió en un acto de amor:

Sí, un acto de amor, tanto para quienes como yo, y más allá de la desconfianza o el temor, decidieron hacerlo para proteger a otros o contribuir al bien de todos. Y, de igual manera, para quienes, por distintas razones, decidían no hacerlo, y merecerían ser respetados, no ser juzgados o condenados por el resto de la sociedad.

A nivel internacional, en el afán por conseguir la inmunidad colectiva, la mayoría de los gobiernos decretaron la obligatoriedad de estas vacunas para todo el mundo, y el carnet de vacunación se convirtió en requisito indispensable para volver a viajar, para trabajar e, incluso, hasta para participar en torneos deportivos, pese al desacuerdo de que quienes no querían ser obligados a aplicárselas.

En ese contexto, había quienes asociaban todo este ambiente y la obligatoriedad de estas vacunas con lo descrito en el libro del Apocalipsis sobre la marca de la bestia que se la pondrían a muchos y sin la cual no se podría vender o comprar (Apocalipsis capítulo 13).

Y hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se hagan una marca en la mano derecha o en la frente, y que nadie pueda comprar nada ni vender, sino el que lleve la marca con el nombre de la Bestia o con la cifra de su nombre. "¡Aquí está la sabiduría! Que el inteligente calcule la cifra de la Bestia; pues es la cifra de un hombre. Su cifra es 666 (Ap. 13, 16-17).

Al respecto, sabemos que, inicialmente, la interpretación de este texto tiene una aplicación concreta en el tiempo del siglo I, cuando los primeros cristianos fueron perseguidos y martirizados por su fe. Ellos usaban un lenguaje en clave o simbólico para referirse al enemigo de esa época que los perseguía: utilizaban el número 6 tres veces para simbolizarlo, porque este número representa la imperfección y el repetirlo tres veces, representaría la imperfección o el mal más extremo. Así como el 7 representa la perfección, y el repetir el 7 tres veces, 777, representa el sumo bien de la perfección de Dios.

Sin embargo, como suele suceder en la Sagrada Escritura, este texto también se refiere al presente y al futuro. Su simbolismo es aplicable a cada tiempo y generación de la historia de la Iglesia y la humanidad en su peregrinar terreno. Pues, así como el signo del amor distingue el actuar de los hijos de Dios, también la marca del mal (de la bestia) ha estado presente a lo largo de la historia en todas las generaciones.

Por lo tanto, para este tiempo y momento histórico que a mi generación le ha tocado vivir, yo he discernido que aquella marca o signo de la bestia de la que habla la Sagrada Escritura, no se trata simplemente de algo material (ejemplo: un moderno chip implantado en el cuerpo, o quizás una vacuna), sino que corresponde a algo mucho más complejo:

La «*marca en la frente*», lugar de las ideas, simboliza esa de forma de pensamiento que se impone en la sociedad

trayendo muerte y destrucción y que, adicionalmente, crucifica socialmente a quien no está de acuerdo excluyéndoles o cancelándoles de la vida pública si se atreven a disentir abiertamente en los medios de comunicación, en la vida política o social. Y allí, están los falsos profetas, todos aquellos, algunos con muchos títulos intelectuales, que dedican su talento a diseminar estas ideas sofisticadamente maquilladas que se promueven como algo bueno y aceptado socialmente: cuántas ideologías dañinas has salido por el mundo que justifican la barbarie, que tuercen el derecho natural con discursos, que usan eufemismos para llamar bien a lo que realmente está mal: por ejemplo, llamar «derecho» de las mujeres a matar a los hijos en los vientres de las madres y, peor aún, que los que no están de acuerdo se vean obligados a participar de una u otra forma: los médicos a los que se les niega el derecho a la objeción de conciencia, el personal de enfermería que temen perder sus trabajos, aquellos que trabajan en el mercadeo y publicidad de estas organizaciones que instrumentalizan la necesidad de las mujeres embarazadas y, finalmente, quienes se ven obligados a pagar todo esto a través del cobro de los impuestos, pues lo incluyen en el servicio básico de salud que pagan todos... Acontece, entonces, una barbarie inimaginable: se vende la muerte y el asesinato de los más vulnerables como «salud». Como en el relato del Edén en el libro del Génesis, nuevamente el mal se disfraza de algo bueno o deseable:

La mujer vio que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista [...] tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió» (Gn. 3, 6).

La «*marca en la mano*», simbolizan las acciones que concretan ese pensamiento de muerte y maldad en leyes injustas que obligan a actuar en contra de la vida, en sistemas contrarios al amor: Cuántos regímenes e imperios a lo largo de la historia han sido «bestiales», porque deshumanizan y se comportan como bestias depredadoras, justificando la barbarie. La marca de Caín (aquel que mata a

su hermano)²⁰⁶ sigue presente a través de la historia, no solo en las guerras entre naciones hermanas, sino en las pequeñas situaciones de la vida cotidiana donde también se hace daño y donde hay quienes se comportan de manera bestial o inhumana dentro de sus propias familias.

Sin embargo, en este tiempo de pandemia, también tuvimos la opción de que nuestros pensamientos y acciones llevaran «la marca del Amor», ese amor que construye, que se entrega en el servicio oblativo como el de Cristo. Fueron muchos los que arriesgaron sus vidas para servir: médicos y personal de la salud, de los servicios de aseo, voluntarios, personas de distintos credos, sacerdotes valientes que entendieron que era el momento de acompañar de manera creativa y comprometida al rebaño temeroso, donde muchos morían en aislamiento y soledad por las estrictas medidas sanitarias, sin la oportunidad de ese apoyo espiritual que deseaban para partir de este mundo en paz...

Este fue un tiempo de tener las «marcas del crucificado», pero no a la manera de los estigmas visibles de San Francisco de Asís, del Padre Pío y otros estigmatizados, sino la marca espinosa del amor oblativo en nuestros pensamientos (nuestra frente) y acciones (nuestras manos) que nos identifican con Cristo en la entrega de la vida en el servicio: la Corona de Espinas de un Rey crucificado por Amor.

I
*¡Cómo duelen las espinas!*²⁰⁷
Has puesto tu corona
¡oh Rey! sobre mi sien...

*A extraña gloria Tú me invitas,
 un reinado duro de entender*²⁰⁸

²⁰⁶ Génesis, capítulo 4

²⁰⁷ Mt. 27, 29: «Y tejiendo una **corona de espinas**, se la pusieron sobre su cabeza»

²⁰⁸ 1 Cor. 9, 25: Los atletas se privan de todo; y eso ¡por una corona corruptible! Nosotros en cambio, corremos por **una corona incorruptible**.

La Corona de la Virgen de Fátima y la advocación del Monte Carmelo:

En enero del año 2022, pasó algo muy particular: a la Virgen de Fátima que traje de Portugal se le cayó su corona... Era un recuerdo que traje directamente de Fátima como regalo para mi mamá.

Mi mamá es muy devota de la la Virgen María, especialmente bajo su advocación de la Virgen del Carmen (Monte Carmelo): ella guarda con especial devoción una imagen que afirma se fue formando en una tapa que encontró en el suelo al barrer la acera de la calle de su casa en el pueblo donde vivía cuando era niña.



Mi mamá, además de su especial devoción por la advocación del Carmen, tiene recuerdos o souvenirs de diferentes advocaciones marianas, que no solo yo, sino otras personas le han traído de diferentes santuarios marianos alrededor del mundo. Yo siempre le digo a mi mamá que, aunque ella no ha salido a visitar ningún santuario mariano, la Virgen María ha venido a visitarla a ella desde muchos de estos santuarios marianos.

Recuerdo que mi mamá, al ver que se le había caído la corona a la Virgen de Fátima, insistió mucho en que la arregláramos; sin embargo, no era un asunto tan sencillo porque había que conseguir un pegante especial que sirviera para el material de la imagen. Así entonces, la corona de la Virgen de Fátima estuvo a los pies de su imagen durante mucho tiempo.



Yo no pude evitar intuir en ese acontecimiento, la dulce mano de María intentando darnos un mensaje. Y, en el interior de mi corazón, sabía que estaba relacionado con todo esto del Coronavirus... Por eso, yo intenté perseverar en las precauciones sanitarias que siempre habíamos tenido, porque me preocupaba que este virus llegara a casa de mi mamá anciana con condiciones de salud como diabetes (hay inyectarle insulina) y problemas previos de corazón.

Sin embargo, el día **13** de enero, yo salí positiva para el virus. Ese día estaba en el trabajo con fiebre muy alta de casi 40 grados Celsius, deshidratación y taquicardia. Me sentía muy mal y decidí hacerme la prueba a domicilio ese mismo día, recibiendo los resultados 2 horas después. Preocupada, y sin volver a casa de mi mamá, me fui a aislar en el apto de una prima que ya había superado el virus en el mes anterior. Recuerdo que mientras yo viajaba en un carro para dirigirme a su apartamento, delante de mí iba una imagen de el Virgen del Carmen en la parte trasera de un autobús de servicio

público. Entonces, nuevamente, recordé a mi mamá y aquel incidente con la Corona de la Virgen de Fátima, ahí caí en la cuenta que ese día también era 13... Con este signo de su corona y la fecha 13 en que fui diagnosticada positiva, yo supe entonces, que la Virgen María estaba acompañándonos en este proceso, pues la Virgen de Fátima escogió los días 13 para manifestarse al mundo.

A mí en particular, a pesar de tener dos dosis de la vacuna de Pfizer, el virus me dio muy fuerte, sin embargo, no requerí hospitalización, pero sí tratamiento con antibióticos porque la fiebre persistía (quizás por una infección bacteriana oportunista) y estaba afectada por mis condiciones respiratorias previas de alergias. Preocupada por mi mamá, la encomendé, una vez más, en las manos de la Virgen María. Circunstancialmente, en la habitación donde yo estaba aislada en el apartamento de mi prima, había un escapulario de la Virgen del Carmen colgado en la manija de la puerta. Así que, siempre que lo veía, recordaba que la Virgen María estaba cuidando también de mi mamá allá en su casa, mientras yo estaba aislada en el apartamento de mi prima.

Sin embargo, días después, mi mamá también salió positiva para el virus. Sorprendentemente, al inicio, ella no tuvo síntomas y, luego, solo tuvo un malestar muy leve, superando el virus prontamente. Yo ni siquiera tuve que regresar a la casa a cuidarla porque cuando llegó el resultado del examen (que le habían hecho por protocolo), ya habían pasado varios días y ella ya prácticamente lo había superado sin darse cuenta. Nuevamente, la Virgen María había mostrado su ternura y cuidado, como siempre lo hace con cada uno de sus hijos, tanto con los que se sanan físicamente, como con aquellos que, de su mano, continúan su viaje hacia la eternidad, cuando Dios los llama de regreso a su verdadero Hogar eterno:

Al atardecer, Jesús les dice: «Pasemos a la otra orilla» (Mc 4, 35).

Cuando también yo superé el virus, fui a darle gracias a Dios en la parroquia que estaba junto al apartamento de mi prima donde yo había estado aislada. Era la Parroquia de «Nuestra Señora del Carmen». Quería también agradecer a

la Virgen María todo su cuidado y ternura para conmigo y mi mamá durante nuestra enfermedad.

Al llegar allí, experimenté una vez más la ternura de Dios a través de esos detalles especiales con que Él suele hablarnos al corazón: esta vez fue a través de la grata sorpresa que recibí al escuchar el Evangelio que se proclamó en la Misa ese día 29 de enero 2022 y que correspondía en calendario litúrgico para esta fecha: era exactamente el mismo que, al inicio de la pandemia, el Papa Francisco había usado aquel 27 de marzo del año 2020 en el momento extraordinario de oración por la pandemia de Coronavirus que afectaba al mundo:

Al atardecer, Jesús les dice: «Pasemos a la otra orilla.» ... y le llevan en la barca; e iban otras barcas con él. En esto, se levantó una fuerte tormenta y las olas irrumpían en la barca, de suerte que ya se anegaba la barca. Él (Jesús) estaba en popa, durmiendo sobre un cabezal. Le despiertan y le dicen: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» Él, habiéndose despertado, increpó al viento y dijo al mar: «¡Calla, enmudece!» El viento se calmó y sobrevino una gran bonanza. Y les dijo: «¿Por qué estáis con tanto miedo? ¿Cómo no tenéis fe?» (Mc 4, 35-40).

Recuerdo que el Papa Francisco, iluminado por el Espíritu Santo, nos decía en su reflexión sobre la pandemia que sufríamos, que: *«al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa»*. Y, por eso, el Papa Francisco también nos recordaba que, para no naufragar en este viaje sobre ese mar embravecido, **«necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas»**.

Pero ahora yo discernía algo más: en esta travesía sobre ese mar embravecido, que representa nuestro viaje en este mundo, en la misma barca, no solo va Jesús... Yo he descubierto que **también nos acompaña María como «estrella del mar»** que nos guía en ese viaje hacia el puerto seguro que nos aguarda en Dios. Ella es la Mujer con la Corona de 12 estrellas como figura de la Iglesia Universal que guía a la humanidad en el mar turbulento de la historia:

Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza (Ap. 12, 1)

Ella es figura de la Iglesia Universal porque las 12 estrellas de su Corona representan esas 12 tribus (luego 12 apóstoles) de quienes se deriva el nuevo pueblo de Dios al que ahora pertenecen todas las naciones:

Jesus dice a sus apóstoles: «vayan, y hagan discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado; y he aquí que yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt. 28,19-20).

El Señor lo llevó afuera a Abraham y le dijo: Levanta la mirada al cielo y cuenta, si puedes, las estrellas. Y añadió: Así será tu descendencia. (Gn 15, 5-6)

Sí. María es llamada «***Stella Maris***» (Estrella del Mar), un antiguo título dado a la Virgen María. Este título está asociado al texto bíblico del libro de Reyes (1 Reyes 18, 41-45), donde se narra que desde el Monte Carmelo se divisa una nube sobre el Mar, pequeña como «una mano humana», que anuncia el final de una larga sequía. La nube sobre el mar es un signo de esperanza para pueblo que sufre:

Entonces Elías le dijo a Acab: «Anda a tu casa, y come y bebe, porque ya se oye el ruido de un fuerte aguacero». Acab se fue a comer y beber, pero Elías subió a la cumbre del Monte Carmelo, se inclinó hasta el suelo y puso el rostro entre las rodillas. «Ve y mira hacia el mar», le ordenó a su criado. El criado fue y miró, y dijo: «No se ve nada». Siete veces le ordenó Elías que fuera a ver, y la séptima vez el criado le informó: «Desde el mar viene subiendo una nube. Es tan pequeña como una mano» (1 Reyes 18,41-45).

Por eso, bajo este título de «***Stella Maris***» (Estrella del Mar), la Virgen María es invocada como intercesora, como guía y protectora de los viajeros, inicialmente los viajeros del mar y, después, de todos los viajeros...

De allí también surge la devoción a la Virgen María bajo la advocación del Monte Carmelo, o Virgen del Carmen como

patrona de los viajeros, conductores o transportadores de pasajeros...



Virgen de Carmen, Patrona de los viajeros:
«Stella Maris» (Estrella del Mar)

Y es que viajeros somos todos porque, ciertamente, vamos de viaje en la barca de esta vida temporal hacia la nuestra otra morada definitiva en la vida eterna, acompañados y animados por Jesús que nos invita a hacer Pascua con Él: a «pasar a la otra orilla».

Al atardecer, Jesús les dice: «Pasemos a la otra orilla.» ... y le llevan en la barca; e iban otras barcas con él (Mc 4, 35-40).

Pero pasar a la otra orilla tiene sus riesgos: como los discípulos del evangelio también nosotros nos vemos sorprendidos por la tormenta de un mar embravecido que amenaza con hundir la barca de nuestra vida donde viajamos con Jesús. Y entonces, para animar nuestra esperanza, Dios también nos envía aquella nube sobre el mar que nos acompaña en nuestro viaje. Pero para poder ver el signo esperanzador de aquella nube, es necesario subir a lo más alto de la montaña (signo del encuentro con Dios en la oración) como lo hizo el profeta Elías en el Monte Carmelo.

Y así también nos invitaba a nosotros el profeta que Dios nos regaló para este tiempo turbulento: el Papa Francisco,

quien unido en oración con el Papa Emérito Benedicto XVI, convocó a la humanidad a unirse en un momento extraordinario de oración por la pandemia del Coronavirus que afectaba al mundo (Viernes, 27 Marzo de 2020). Y, allí, desde la oración, iluminado por el Espíritu Santo, supo discernir este tiempo, y nos ayudó a leer en clave de fe estos acontecimientos de nuestra historia.

Finalmente, este detalle de la nube que es como una pequeña «mano» sobre el mar y que anuncia el fin del mal tiempo, también me hace recordar el título que Dios me inspiró para este libro de poemas: «*Mano Frágil*». Precisamente, porque está inspirado en la fortaleza de aquella pequeña mano de frágil de mujer (María) a través de la cual la fuerza de Dios actúa.

Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza (Ap. 12, 1)

Ella, la Mujer con la Corona de doce estrellas, es signo de la fuerza de Dios que actúa a través de nuestra fragilidad humana: así es la Iglesia que peregrina en este mundo, esa comunidad de fe conformada por pecadores que, como aquellos leprosos del evangelio, mientras va de camino se va sanando, se va santificando (Lc 17,11-19). No somos una iglesia perfecta todavía, sino redimida y llamada a la conversión constantemente, en camino de santidad para unirse finalmente a la Iglesia gloriosa del Cielo.

Dice el apóstol Pablo: No es que yo ya lo haya conseguido todo, o que ya sea perfecto: yo lo persigo, a ver si lo alcanzo como yo he sido alcanzado por Cristo (Fil. 3, 12).

Y, por eso, debemos orar los unos por los otros, orar por nuestros pastores que, aunque ungidos, también son frágiles y pecadores en camino de conversión y santificación.

Jesús predice la negación de Pedro: Entonces Pedro, respondiendo, le dijo: Aunque todos se aparten por causa de ti, yo nunca me apartaré Jesús le dijo: En verdad te digo que esta misma noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces (Mt. 26, 34).

Jesús resucita y reafirma a Pedro en su misión pastoral: Pedro se entristeció de que Jesús le preguntara por tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas.

Dios conoce nuestra fragilidad, nuestra pequeñez y Él trabaja a través de nuestra debilidades y limitaciones. Por eso, necesitamos orar siempre para ser dóciles a la gracia de Dios como María, y dejarle actuar en todas las circunstancias y acontecimientos de nuestra existencia:

*«Lo que Yo hago,
ahora, no comprendes,
lo entenderás después».*

*Humilde, eso me dijiste,
mientras lavabas Tú mis pies²⁰⁹*

Solo los limpios de corazón son capaces de ver a Dios actuando en nuestro favor en todas las circunstancias, como los niños, a quien Jesús nos pide asemejarnos. María, como una mujer sencilla de su tiempo, y como nosotros, también tenía preguntas en su corazón ante aquello que, inicialmente, ella no entendía.

Nosotros, como María, necesitamos escuchar la voz de Dios que nos habla en todos los acontecimientos de la historia. Y para ello, Dios nos purifica a través de todas aquellas circunstancias que vivimos y que, inicialmente, no comprendemos, porque tenemos la vista nublada, los oídos y el corazón cerrados. Es necesario purificar nuestra mirada para poder ver lo realmente importante, es necesario purificar nuestros oídos para poder escuchar la voz de Dios que nos habla en medio del ruido de de nuestros afanes temporales. Es necesario purificar nuestro corazón para abandonar lo superfluo y poder amar lo trascendente. Es necesario experimentar cuán frágiles somos para poder dejarnos levantar para la fuerza de Dios.

²⁰⁹ Jn. 13, 1-7: Jesús se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido. Simón Pedro le dice: «Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?» Jesús le respondió: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora; lo comprenderás más tarde»

A medida que se acerca nuestra pascua definitiva (nuestro paso de esta vida temporal a la eterna), parece que se va rasgando ese velo que no nos permitía percibir a Dios con mayor claridad.

Al respecto, desde niña, me suele pasar algo muy particular que, a veces, ha sido como una cruz para mí: Sucede que cuando alguien cercano está pronto a fallecer, yo suelo soñar con una mujer que me llena de temor, porque al verla en mi sueño, yo la reconozco como la muerte que llega para alguien. Siempre me ha llamado la atención que suelo identificarla con la figura de una mujer, quizás porque en mi idioma español, la muerte es un vocablo femenino.

Recientemente, la soñé, pero en esta ocasión, con la figura de una mujer anciana. Y, al verla de frente, por primera vez, vi que ella tenía «**3 ojos**». Eso me impactó, pues nunca antes había visto este detalle. Dos días después, falleció la mamá anciana de un amigo. Mientras estaba en su funeral, yo recordaba este particular detalle del sueño, y le pedí a Dios que me ayudara a discernirlo:

¿Qué significaban aquellos «tres ojos» que, en mi sueño, tenía esta vez la muerte simbolizada en la figura de una mujer anciana?

Días después, vino a mi memoria lo que años atrás leí de San Buenaventura de Bagnoregio²¹⁰, fraile franciscano reconocido en el mundo intelectual que, entre sus muchos aportes, reflexionaba sobre el «*oculus triplex*»: esto se refiere a que el ser humano tiene tres tipos de ojos o de niveles para ver las realidades materiales y transcendentales en las que Dios se manifiesta. Según Buenaventura, solamente abriendo cada uno de estos ojos somos capaces de leer los tres libros que hablan de Dios: el libro de la creación que solemos leer con nuestros ojos carnales; el libro de las Sagradas Escrituras, que solemos leer con los ojos de nuestro razonamiento; y el libro de la Cruz, que solo podemos leer con los ojos del espíritu. Buenaventura afirma también que estos ojos han sido oscurecidos por nuestro pecado que nos

²¹⁰ Peña J. Comp. (2019). 800 años del natalicio de San Buenaventura de Bagnoregio. Capítulo de Fray Carlos Salto Solá, página 65. Disponible en: <http://www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co/index.php/libros/institu/item/477>

impide percibir en la creación los signos que hablan de su creador; y, por eso, Dios no ha regalado el libro de la Sagradas Escrituras para iluminar nuestro entendimiento y ayudarnos comprender, en clave de fe, la creación y la historia.

Pero como la humanidad también le ha dado la espalda a la Sagrada Escritura, Dios en su infinita misericordia, por tercera vez, nos regala otro libro: el de su Cruz, donde Dios asume nuestra propia humanidad y nos enseña con su ejemplo como vivir para vencer ese miedo a la muerte que tanto nos asusta cuando hemos perdido la esperanza en lo trascendente y la esperanza en la vida eterna. Jesús, con su muerte y resurrección no regala la certeza de la vida que continúa más allá de la muerte física.

Pero la Cruz y al crucificado solo podemos comprenderles con los ojos del espíritu, iluminados por la fe del Evangelio que se nos anuncia. De otra forma, como los discípulos tristes de Emaús (Lc. 24 13-35), solo veremos allí una aparente derrota de un hombre que murió crucificado y, entonces, nos perderemos la alegría de la resurrección.

Y he aquí, dos de ellos iban el mismo día a una aldea llamada Emaús. E iban hablando entre sí de todas aquellas cosas que habían acontecido. Mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó, y caminaba con ellos. Pero los ojos de ellos estaban velados, y no le reconocieron. Jesús les dijo: ¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes? Respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le dijo: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días? [...] Jesús les dijo: «¡Hombres duros de entendimiento, cómo les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías soportara esos sufrimientos para entrar en su gloria?» Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó en las Escrituras lo que se refería a Él (Lc. 24 13-35).

Jesús dijo a la multitud: «Cuando ven que una nube se levanta en occidente, ustedes dicen en seguida que va a llover, y así sucede [...] Ustedes saben discernir el aspecto de la tierra y del cielo; ¿Cómo entonces no saben leer los signos del tiempo presente?» (Lc 12,54-59).

En esta pandemia, necesitamos leer los acontecimientos con los ojos purificados por la fe, para poder ver en la muerte de tantos seres amados, no el abandono de Dios, sino su Amor infinito que los acoge en sus brazos para darles vida eterna:

Ni ojo vio, ni oído oyó, ni mente humana puede imaginar lo que Dios tiene preparado para los que le aman (1 Cor. 2, 9).

Por eso, también creo que la muerte, esa mujer anciana que yo vi de frente en mi sueño, tiene «3 ojos», el «*oculus triplex*» del que reflexionaba San Buenaventura: signo de que cuando, la muerte, esa anciana sabia nos visite, podremos comprender plenamente el libro de la Cruz.

Al respecto, es común observar una mirada y actitud distinta en quienes están próximos a morir y que sienten que pronto a dejarán este cuerpo físico, templo de nuestro espíritu. Creo que cuando nos acercamos a la muerte, el último velo que cubre nuestros ojos se rasga y empezamos a contemplar un anticipo de lo que nos espera más allá. Algo similar a cuando Jesús muere en la Cruz y se rasga el velo del templo (signo del verdadero templo que es el cuerpo de Cristo): «*Jesús, clamando a gran voz, exhaló el espíritu. Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo*» (Mt. 27, 51).

Cada persona que fallece, especialmente si es cercana a nuestros afectos, es como el sonido de esas trompetas que narra el Apocalipsis (Ap. cap. 8), y que cada vez suenan más cerca, obligándonos a despertarnos de nuestras distracciones para valorar lo realmente importante y trascendente.

Sí. En esta pandemia hemos contemplado la muerte muy cerca, y esto nos ha permitido purificar la mirada para poder ver cuán frágiles somos y dejarnos levantar por la fuerza de Dios que actúa en nuestra debilidad. Porque el Evangelio no se queda en la muerte de Jesús, sino que nos regala la alegría de la resurrección:

Y estos vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de dónde han venido? [...] Estos son los que vienen de la gran tribulación, y han lavado sus vestiduras y han emblanquecido en la sangre del Cordero (Ap. 7, 13-15).

Y allí, en medio de nuestra oscuridad y confusión, también **brilla María**, como figura de la Iglesia que ilumina con la fe para leer en esperanza los acontecimientos de la historia que vivimos.

Ella, la «**Stella Maris**» (Estrella del Mar), una como nosotros, pequeña mano frágil, figura de la Iglesia, también nos lo enseñó con su ejemplo: La fortaleza de María no estaba en su limitada fuerza humana, sino que radicaba en su confianza total en Dios que, en toda circunstancia, actúa con su brazo poderoso en favor de quienes confían en Él.

Y María dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador, porque ha mirado la humildad de su esclava. Desde ahora **me llamarán bienaventurada todas las generaciones**, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí; su Nombre es Santo y su Misericordia llega a sus fieles de generación en generación» (Lc. 1, 39-56).

Así nos lo decía también el Papa Francisco en su reflexión sobre el evangelio de la barca sobre la tormenta, en aquel momento extraordinario de oración por la pandemia: «*Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo*». Sí. Dios convierte en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso aquello que experimentamos como doloroso, y hasta la misma muerte que transfigura en Resurrección para Vida eterna (Rom. 8, 28). Esa es la Fuerza de la Cruz. Esa es nuestra Fe, esa es nuestra Fortaleza, esa es nuestra Esperanza...

III

*Una guirnalda de flores
adorna mi cabeza:
Son las espinas,
acaban de florecer...*

Bienaventurada Mano Frágil

Año 2022

Acerca de la autora



Judith Maria Peña Santodomingo:

De nacionalidad Colombiana. Dedicada al campo de la educación la mayor parte de mi vida, y formada académicamente en el campo de la Psicología Educativa y la Pedagogía. Sin estudios formales en el área de la Teología, simplemente intentando hacer experiencia de fe y seguir a Cristo desde el contexto en que vivo y la historia que comparto con quienes Dios me ha regalado para acompañarme en el Camino...